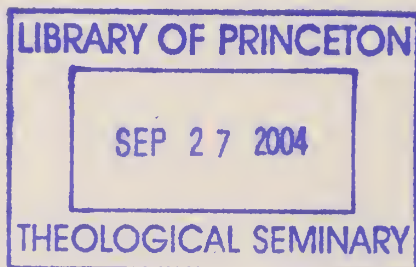

LIBRARY OF PRINCETON
SEP 27 2004
THEOLOGICAL SEMINARY

BOLETIN ECLESIASTICO

ÓRGANO INFORMATIVO DE LA ARQUIDIÓCESIS DE QUITO

Año CVI Jul. / ago. / sep. del 2000

Momentos previos a la misa de inauguración del I Congreso Eucarístico Mariano Arquidiocesano, en el atrio de la iglesia de San Francisco, Mons. Antonio J. González Z., Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador, saluda con Mons. Alain Paul Lebeaupin, Nuncio Apostólico en el Ecuador.

Contenido

Director: Rvmo. Sr. Héctor Soria S. Telf.: 280 703 Apartado 17-01-00106.
Administradora: Hna. Regina Córdova Telf.: 284 429 Apartado 17-01-00106
Suscripción anual dentro del país S/. 100.000. Fuera del país US$ 65.
Se aceptan Canjes.
Levantamiento de textos e impresión: Mora & Asociados 438 866

Editorial

Presentación del Simposio Teológico en el I Congreso Eucarístico Mariano de la Arquidiócesis de Quito

El Primer Congreso Eucarístico Mariano de la Arquidiócesis de Quito ha querido tener una columna vertebral teológica, expresada en el Simposio que inauguramos con los auspicios de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador. El Simposio Teológico tuvo tres momentos temáticos: el primero, ***en la apertura, con una conferencia magistral de carácter histórico****, a cargo del Excmo. Señor Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador, quien tuvo la feliz iniciativa de convocarnos a este I Congreso Eucarístico Mariano. Mons. Antonio González Zumárraga, como Doctor en Derecho Canónico que es por la Univesidad de Salamanca, y gran conocedor de nuestra Historia Eclesiástica, nos introducirá en la reflexión teológica diseñando el marco histórico del culto a la Sagrada Eucaristía y a la Santísima Virgen María entre nosotros, es decir: desde la existencia de la Diócesis de Quito, que fue dando origen a todas las demás jurisdicciones eclesiásticas de la actual República del Ecuador, hasta los tiempos de la presente Arquidiócesis Primada.*

Luego viene ***el momento de reflexión teológica sistemática****, a cargo de diferentes expositores, representantes de los diversos sectores de nuestra Iglesia arquidiocesana. Y finalmente,* ***el momento de las reflexiones de teología pastoral****, con la intervención de varios Señores Obispos, dignatarios de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana, y gracias a la honrosa adhesión que a nuestro Congreso ha querido hacer la Academia Nacional Mariana del Ecuador, correspondiente de la Pontificia Academia Mariana Internacional de Roma, de acuerdo con una de las últimas voluntades de nuestro añorado Señor Cardenal Bernardino Echeverría Ruiz, fundador y presidente vitalicio de la misma Academia.*

La reflexión teológica sistemática tuvo lugar con dos conferencias por la mañana y una conferencia por la tarde, seguidas siempre de un diálogo. Se invitó cada vez a interlocutores que hicieron primero una apreciación de la respectiva conferencia e introdujeron las intervenciones del público. A esta amplia reflexión siguió una secuencia lógica, que estuvo estructurada, en lo horizontal, por tres grandes líneas de la temática eucarística: la presencia de Jesucristo en la Eucaristía, el sacrificio eucarístico, el banquete eucarístico. Hubo también una triple estructura vertical: Las conferencias matutinas presentaron primero la dimensión antropológica (como pregunta) y en seguida la dimensión cristológica (como respuesta) del tema del respectivo día. La conferencia vespertina, a su vez, presentó la dimensión mariológica del mismo tema, en íntima conexión con las dos dimensiones anteriores.

Las tres líneas de la estructura horizontal estuvieron dadas por esos tres aspectos centrales del misterio eucarístico: la presencia de Jesucristo en la Eucaristía, el sacrificio eucarístico, el banquete eucarístico. En estos tres aspectos podemos ver concentrados los principales puntos de la riquísima temática desarrollada en la tradición teológica. Estos mismos son los aspectos tratados de modo preferencial en el libro EUCARISTÍA, SACRAMENTO DE VIDA NUEVA, *elaborado por la Comisión Teológico-Histórica del Comité Vaticano para el Jubileo del año 2000.*

A cada uno de estos tres aspectos centrales de la Eucaristía va unido un correspondiente llamado, de acuerdo con el tema del Sínodo de América y de la Exhortación Postsinodal "Ecclesia in América": llamado en nombre de Jesucristo, que es camino de conversión (Capítulo III), camino para la comunión (Cap. IV) y camino para la solidaridad (Cap. V).

La primera línea horizontal: En la dimensión antropológica aparece un aspecto tristemente característico de nuestro mundo actual, denunciado una y otra vez por el Sumo Pontífice Juan Pablo II: La cultura de muerte, que espera ser evangelizada. A esto responde, en la dimensión cristológica, la presencia eucarística de Jesús, como Pan de Vida, que se ofrece como camino a la conversión y reconciliación. Y en la dimensión mariológica veremos a María, presente en la Iglesia junto a su Hijo, como intercesora, modelo y camino de esperanza.

La segunda línea, descubre en la dimensión antropológica la realidad de un mundo dividido y una Patria desgarrada, que buscan unidad. Responde entonces, en la dimensión cristológica, el sacrificio eucarístico de Jesús, que es camino para la comunión. En la dimensión mariológica aparecerá María como la compañera inseparablemente asociada al Redentor en su sacrificio que lleva a la unidad y a la comunión.

La tercera línea, en fin, nos trae en la dimensión antropológica la situación actual de los pobres y hambrientos de nuestro medio, que necesitan salvación; a lo que responde, en la dimensión cristológica, el banquete eucarístico del Reino, Jesús como alimento del pueblo peregrino y como camino para la solidaridad. Así consideraremos también a María como la Madre que nos da al que es Pan de Vida verdadera, y como la Madre del pueblo de Dios.

En el momento de teología pastoral, hemos tenido las orientaciones de nuestros Pastores sobre puntos particulares que ellos mismos han escogido, dentro del tema eucarístico y mariano. Clausurando nuestro simposio el ilustre Sr. Vicepresidente de la Academia Nacional Mariana, Dr. Jorge Salvador Lara, quien supo presentar las conclusiones de estas diversas líneas de reflexión que han confluido en nuestro homenaje académico a "Jesucristo, Pan de Vida, para el mundo, por María".

A los distinguidos ponentes e interlocutores expresamos nuestra más sincera gratitud, válida también para todos los participantes que, en esta hora tan difícil, profundizan así su fe y su esperanza cristiana.

Por Mons. Julio Terán Dutari S.J.
Obispo Auxiliar de Quito

Saludo de Su Santidad Juan Pablo II



Con ocasión del Congreso Eucarístico Mariano de la Arquidiócesis de Quito, su Santidad Juan Pablo II saluda cordialmente a Mons. Antonio José González Zumárraga, Pastor de esa Iglesia particular, así como a sus obispos auxiliares, sacerdotes, comunidades religiosas y fieles, a la vez que les alienta a vivir con intensidad ese acontecimiento, contribuyendo así a incrementar en todos los bautizados la vitalidad de su fe en Cristo y la devoción a su Santísima Madre, la Virgen María.

Al mismo tiempo, les exhorta a participar con espíritu jubilar en ese Congreso, abriendo el corazón a la misericordia de Dios y celebrando el gran misterio de la Eucaristía, el cual, al ser "Acontecimiento y proyecto de fraternidad" (Dies Domini, 72), es también la fuente que da vigor al espíritu de solidaridad y a la actividad apostólica y misionera.

Mientras pide a Jesús sacramentado que ese Congreso sea un momento privilegiado de evangelización para toda la comunidad eclesial de Quito, lo encomienda a los maternales cuidados de Nuestra Señora del Quinche, a la vez que imparte de corazón a todos los participantes en el mismo la bendición apostólica.

Angelo Cardenal Sodano
Secretario de Estado de Su Santidad

Inauguración del Primer Congreso Eucarístico Mariano en la Arquidiócesis de Quito

Con mucho gusto respondí a la invitación para inaugurar este Simposio teológico que forma parte de las celebraciones del Congreso Arquidiocesano Eucarístico-Mariano. La relación entre el Misterio de la Encarnación y de la Redención, verificada en el Sacrificio del Señor con su muerte en la cruz, es particularmente evidente.

El Misterio de la presencia real del Señor en la Santísima Eucaristía que es el don de Su cuerpo y de Su sangre como nueva Alianza de Dios con la humanidad, está directamente relacionado con la libre respuesta de la Virgen María que facilitó la Encarnación del Hijo Unico del Padre en su seno. Es por esto que la relación entre el Cuerpo eucarístico del Señor y el Cuerpo que nació de la Virgen María no puede ser ignorada. La Virgen se ofreció totalmente a la voluntad divina para permitir al Hijo de Dios ofrecerse totalmente por nuestra salvación. La vida de la Virgen acompaña la vida del Señor y nos conduce a meditar sobre el misterio de la presencia eucarística del Señor considerándolo desde el momento de su Concepción, cuando recibe la Anunciación del Angel, hasta el momento de la Pasión del Señor cuando participa a la Pasión de Su hijo y contempla el cuerpo sufriente del Señor.

Por tanto el Misterio Eucarístico en la realidad de la presencia del cuerpo del Señor, no puede no ser considerado en su relación con la realidad del Cuerpo del Señor concebido por la Virgen María y así la fe del Pueblo de Dios puede profundizar la presencia real del Señor entre nosotros y en su ofrenda como alimento para la vida eterna. La relación del Misterio eucarístico

con la Encarnación es real, y por eso la Iglesia no ha dejado nunca de hacer que el culto mariano se cumpliera en un contexto cristológico y en particular en el culto de la adoración eucarística.

Con el auspicio de éxito y con viva esperanza de resultados concretos y firmes para la fe y la vida, declaro inaugurado el Simposio teológico del Primer Congreso Eucarístico-Mariano de la Arquidiócesis de Quito.

+ Alain Paúl Lebeaupin
Nuncio Apostólico en el Ecuador

Homilía pronunciada en la Misa de apertura del Congreso Eucarístico Mariano de la Arquidiócesis de Quito

"Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mt 28, 20)

Excmo. Señor Nuncio Apostólico, especial representante del Santo Padre Juan Pablo II en este Congreso Eucarístico Mariano de la Arquidiócesis de Quito. Señores Obispos Auxiliares, Sacerdotes, Comunidades de vida consagrada y estimados fieles de la Arquidiócesis de Quito:

Cuando en este Domingo después de Pentecostés celebramos la solemnidad de la Santísima Trinidad, hemos llegado a un punto culminante en la celebración de este Jubileo Universal del año 2.000. Hemos llegado a la solemnidad que celebra el Misterio fundamental de la fe cristiana, el Misterio de la Sma. Trinidad. En este Año Jubilar estamos adorando y tributando un culto extraordinario a la Sma. Trinidad, o sea, al Misterio de la vida íntima de un solo Dios en tres personas iguales y distintas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Por esta centralidad del Misterio de la Sma. Trinidad en la celebración del Año Jubilar, proclamamos en la Oración del Jubileo: "Gloria y alabanza a Ti, Trinidad Santísima, único y eterno Dios".

Desde este domingo, 18 de junio, solemnidad de la Sma. Trinidad, hasta el domingo, 25 de junio, solemnidad de "Corpus Christi", se celebra en Roma el cuadragésimo séptimo Congreso Eucarístico Internacional, dentro del contexto de celebraciones del Jubileo Universal del año 2.000.

Para unirnos espiritualmente a la celebración del Congreso Eucarístico Internacional de Roma, aquí, en la Arquidiócesis de Quito resolvimos también celebrar el "I Congreso Eucarístico Mariano", desde este domingo 18 hasta el domingo 25 de junio

de este Año Santo 2.000, día en que se celebrará la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, "Corpus Christi".

La celebración de este "I Congreso Eucarístico Mariano de la Arquidiócesis de Quito" quiere ser el punto culminante dentro de la programación del Jubileo Universal del año 2.000 de la Encarnación del Hijo de Dios y del nacimiento de nuestro Redentor Jesucristo en la Arquidiócesis primada de Quito.

La ciudad de San Francisco de Quito ha sido sede de tres importantes Congresos Eucarísticos: dos de alcance nacional, el primero en 1886, el segundo en 1949 y el tercero en 1974 fue el IV Congreso Eucarístico Bolivariano.

Sentido de nuestro Congreso Eucarístico Mariano

Iniciamos, pues, con intensa fe y gran fervor, la celebración de nuestro "I Congreso Eucarístico Mariano de la Arquidiócesis de Quito" en esta solemnidad de la Sma. Trinidad.

El sentido de nuestro Congreso Eucarístico Mariano dentro de las celebraciones del Gran Jubileo del año 2.000 se explica de la siguiente manera: siendo Jesucristo el único camino al Padre, para destacar su presencia viva y salvífica en la Iglesia y en el mundo, se celebra en Roma, con ocasión del Gran Jubileo, el Congreso Eucarístico Internacional. El Dos mil es un año intensamente eucarístico, porque en el Sacramento de la Eucaristía el Salvador, encarnado en el seno de la Virgen María hace veinte siglos, continúa ofreciéndose a la humanidad como *Pan de vida* o como fuente de vida divina y prenda de vida eterna. El Dos mil debe ser también para la Arquidiócesis de Quito un año intensamente eucarístico. Por eso celebramos este Congreso Eucarístico en este Año del Jubileo Universal.

Pero nuestro Congreso es Eucarístico y Mariano al mismo tiempo, como lo fueron los dos últimos Congresos Bolivarianos, porque la Sma. Virgen María es compañera inseparable de Jesucris-

to en la obra de nuestra salvación. "En su seno el Verbo se hizo carne". La afirmación de la centralidad de Cristo en la obra de la Redención no puede ser separada del reconocimiento del papel desempeñado por su Santísima Madre. Por otra parte su culto, aunque tan valioso, de ninguna manera debe menoscabar la dignidad y la eficacia de Cristo, único Mediador. *(Lumen Gentium, 62).*

El lema de nuestro Congreso Eucarístico Mariano

Para nuestro Congreso Eucarístico Mariano de la Arquidiócesis de Quito en este Jubileo del año 2.000 hemos escogido el siguiente lema, que resume el objetivo del Congreso: "Jesucristo, Pan de Vida para el Mundo, por María".

En este lema se concentran los cuatro núcleos de los temas que van a ser objeto de nuestra celebración y reflexión en el Congreso Eucarístico Mariano de la Arquidiócesis de Quito.

Jesucristo

El primer núcleo temático de la celebración y de la reflexión de nuestro Congreso Eucarístico Mariano es nuestro Señor Jesucristo mismo, el Hijo de Dios hecho hombre por obra del Espíritu Santo en el seno virginal de María Santísima, por nuestra salvación. Jesucristo, de cuyo nacimiento estamos celebrando los 2.000 años en este Gran Jubileo. Jesucristo, el Verbo eterno de Dios; Jesucristo imagen visible de Dios invisible; Primogénito de toda la creación. Él es el Señor de la historia y Rey del universo, que con su sangre y su misterio pascual nos ha redimido del pecado y de la muerte y nos ha trasladado al reino de la luz y de la vida de Dios, su Padre, con la fuerza del Espíritu Santo. Jesucristo que, después de su resurrección, se ha quedado siempre con nosotros, hasta el fin del mundo, en su Iglesia y especialmente en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, en cumplimiento de su promesa, que consta en el Evangelio: "Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mt 28, 20).

Pan de Vida

Pero la presencia y acción salvadoras de Jesucristo resucitado en medio de los creyentes tiene un carácter sacramental a través de signos sensibles y eficaces. El signo fundamental de la presencia y acción salvadoras de Jesucristo es la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, por medio del cual el Salvador sigue realizando la salvación de los hombres. Dentro de la Iglesia, Jesucristo sigue actuando para nuestra salvación por medio de los sacramentos y especialmente, por medio del Santísimo Sacramento de la Eucaristía, en el cual se ha hecho verdadera, real y substancialmente presente bajo las especies del pan y del vino, para ser el alimento de nuestra vida espiritual. En el Sacramento de la Eucaristía, Jesucristo se ha quedado como *Pan de vida*, para comunicarnos a los creyentes su propia vida divina, que se proyecta hasta la vida eterna. Por eso el Señor Jesús, cuando en Cafarnaún anunció la institución de la Eucaristía, se presentó Él mismo como el *Pan de vida*, al decir: "Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre" (Jn 6, 48. 51), "El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y yo lo resucitaré el último día" (Jn 6, 54).

A Jesucristo, que en el misterio eucarístico se nos ofrece como *Pan de vida*, es a quien vamos a celebrar con fervor, a adorara con devoción y estudiar con dedicación en este Congreso Eucarístico Mariano de nuestra Iglesia particular de Quito.

Para el Mundo

Jesucristo, presente y actuante en el Sacramento de la Eucaristía, es *Pan de vida* para este mundo que va a entrar en el Tercer Milenio, para este mundo del Ecuador y de la Arquidiócesis de Quito, invadido por la cultura de la muerte, por una mentalidad antinatalista y abortista; para este mundo saturado de violencia, de delincuencia. Para este mundo amenazado por la cultura de la muerte, solo Jesucristo en la Eucaristía puede ser el *Pan de vida*.

Jesucristo en la Eucaristía es la víctima del Sacrificio de comunión eclesial, que une a los hombres con Dios y a los hombres entre sí en la comunidad cristiana o Iglesia.

Para este mundo dividido entre grandes mayorías empobrecidas y concentraciones minoritarias del poder y la riqueza a nivel transnacional, solo el Sacrificio Eucarístico en el que Jesucristo es el vínculo de comunión eclesial puede ser el vínculo eficaz de unión. Para este mundo de nuestra Patria ecuatoriana, dividido en sectores sociales irreconciliables, en funciones del poder público y en partidos políticos que luchan entre sí, sin lograr coordinarse para trabajar por el bien común de nuestro pueblo, solo Jesucristo que en la Eucaristía es Sacrificio de Comunión y vínculo de unión, puede ser la única fuerza sobrenatural que nos una.

Para este mundo del Ecuador afectado por una tremenda crisis económica y por una grave crisis moral que se ha manifestado en la corrupción administrativa, en los descalabros de los bancos, en el éxodo de ecuatorianos al extranjero y en la inestabilidad política, solo Jesucristo, que en la Eucaristía es el Pan de los fuertes y el Viático del pueblo de Dios en su peregrinación a través de este mundo, puede ser el remedio de los males que sufre y experimenta nuestro mundo del Ecuador.

Por María

Al mismo tiempo que con nuestro Congreso Eucarístico Mariano celebrado en la Arquidiócesis de Quito, honramos, adoramos y celebramos el Cuerpo Eucarístico de Jesucristo, honramos y celebramos también a la Sma. Virgen María, la Madre del Redentor. Porque el Cuerpo Eucarístico de Jesucristo es el mismo Cuerpo concebido por María, en el que se encarnó el Hijo de Dios hace 2.000 años. La colaboración que la Santísima Virgen María, Madre del Señor y Madre nuestra, ha dado al plan salvífico de Dios con su "Sí" o su "Fíat" de fe y de amor, se extiende y llega a todos nosotros como intercesión, camino, modelo y esperanza. Por eso en este Congreso honramos también con amor

filial a María, tanto en los actos de culto, como en las reflexiones teológicas del Simposio, en las cuales se tratará sobre el papel de la Sma. Virgen María en la realización del plan de salvación.

En la celebración de este nuestro Congreso Eucarístico Mariano en el Jubileo Universal del año 2.000, va a hacerse una realidad aquella exclamación tradicional de nuestro pueblo expresada en ese cántico: "Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar y María concebida sin pecado original". Así sea.

Homilía pronunciada por Mons. Antonio J. González Z.,
Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador,
en la Misa de apertura del Congreso Eucarístico Mariano
de la Arquidiócesis de Quito,
celebrada en la Plaza de San Francisco,
el domingo 18 de junio del 2.000.

Homilía pronunciada en la Misa con la que se clausuró el "I Congreso Eucarístico Mariano de la Arquidiócesis de Quito"

Mientras comían, Jesús tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio diciendo: "Tomad y comed, esto es mi cuerpo... Tomó luego una copa, pronunció la acción de gracias y les dijo: "Esta es mi sangre, sangre de la Alianza, derramada por todos". (Mc 14, 22-24).

Señor Presidente constitucional de la República y señora de Noboa, Señor Vicepresidente, Señor Nuncio Apostólico en el Ecuador, Señor Alcalde del Distrito Metropolitano de Quito y señora de Sevilla, Señor Alcalde electo de S. Francisco de Quito y señora de Moncayo, autoridades civiles, militares y de policía, estimados hermanos Obispos auxiliares, sacerdotes, comunidades de vida consagrada y amados fieles de la Arquidiócesis de Quito:

Nos hemos congregado, en asamblea litúrgica, en este popular estadio del Aucas, ubicado en esta populosa zona de Quito Sur, para celebrar la solemnidad de "Corpus Christi" del Jubileo universal del año 2.000 y para clausurar, en ambiente festivo, el "I Congreso Eucarístico Mariano de la Arquidiócesis de Quito", que hemos celebrado en esta semana.

Hoy también clausura en Roma el Santo Padre Juan Pablo II el cuadragésimo séptimo Congreso Eucarístico Internacional, que se ha llevado a cabo dentro del contexto de celebraciones del Jubileo Universal del año 2.000.

La ciudad de San Francisco de Quito ha sido sede de tres importantes Congresos Eucarísticos: dos de ámbito nacional, el primero en 1886 y el segundo, en 1949; el tercero, en 1974, fue el IV Congreso Eucarístico de los países bolivarianos.

Para unirnos espiritualmente a la celebración del Congreso Eucarístico Internacional de Roma y como punto culminante del Jubileo Universal del año 2.000, hemos celebrado este "I Congreso Eucarístico Mariano de la Arquidiócesis de Quito". El lema de nuestro Congreso Eucarístico Mariano ha sido éste: "Jesucristo, Pan de Vida para el Mundo, por María".

Esta solemnidad de "Corpus Christi", con las tres lecturas bíblicas que se han proclamado en esta celebración -del libro del Éxodo, de la carta a los Hebreos y del Evangelio según San Marcos- nos presenta a "Jesucristo como el Sumo y Eterno Sacerdote, que ha sellado la nueva Alianza de Dios con su nuevo pueblo con la sangre de su sacrificio en la cruz, sacrificio que se perpetúa y actualiza en la Eucaristía".

Dios ha celebrado una nueva y eterna Alianza con el pueblo cristiano

Dios ha llevado a cabo progresivamente su plan de salvación de la humanidad por medio de alianzas celebradas en la historia de la salvación.

En el Antiguo Testamento Dios celebró un pacto o alianza con Noé después del diluvio, comprometiéndose a no destruir la tierra con otro diluvio. Luego celebró una alianza con Abraham, a quien prometió hacerle padre de un gran pueblo. Cuando liberó al pueblo de Israel del cautiverio de Egipto, Dios celebró una alianza con Israel en el desierto por medio de Moisés, como nos ha recordado la primera lectura de hoy. Con la alianza del Sinaí, Dios se comprometió a ser el Dios de Israel y le exigió a Israel a ser el "pueblo de Dios". Los términos de aquella alianza se sintetizaban en esta fórmula: "Yo seré tu Dios, tú serás mi pueblo". Las alianzas del Antiguo Testamento fueron selladas con sacrificios de animales inmolados. La alianza del Sinaí fue sellada con la sangre de víctimas.

Parte de la sangre del sacrificio fue derramada sobre el altar, para significar que esa parte le correspondía a Dios y la otra parte de la sangre fue rociada por Moisés sobre el documento de la ley y sobre el pueblo, en señal del compromiso que éste adquiría de cumplir la alianza. Por eso los israelitas dijeron: "Haremos todo lo que manda el Señor y le obedeceremos". (Ex 24, 7).

Cuando vino al mundo Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, Dios celebró una nueva y definitiva alianza con su nuevo pueblo, convocado de todas las naciones y razas de la tierra. El nuevo pueblo de Dios es la Iglesia, es el pueblo cristiano. Jesucristo es el mediador de esta nueva y eterna alianza.

La Nueva Alianza ha sido sellado no con sangre de animales sacrificados, sino con el Sacrificio que en el ara de la cruz ofreció Jesucristo a Dios, su Padre, de una vez para siempre. Jesucristo, al ofrecerse a sí mismo, como sacrificio sin mancha en la cruz y al derramar su sangre, ha sellado la Nueva Alianza celebrada por Dios con el pueblo cristiano y ha purificado nuestras conciencias de las obras muertas, llevándonos al culto de Dios vivo.

Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote, es el mediador de la Nueva Alianza

Sacerdote es el que da bienes sagrados al pueblo, Pontífice es el que hace de puente entre Dios y los hombres. El sacerdote o pontífice es el que hace de mediador entre Dios y los hombres, para presentar, de parte de los hombres, la adoración y el culto debido a Dios y para atraer, de parte de Dios en favor de los hombres, la protección divina, la bendición y la participación de la vida divina. Si el sacerdote o pontífice es el mediador, el que hace de puente entre Dios y los hombres, solo Jesucristo, que es Dios y hombre al mismo tiempo, puede ejercer esta mediación de manera perfecta. Según la reflexión teológica que hace la carta a los Hebreos -que hemos escuchado como segunda lectura- Jesucristo es el único verdadero y Sumo Sacerdote, sacerdote según el orden de Melquisedec. Jesucristo fue ungido Sacerdote

por el Espíritu Santo desde el momento mismo en que asumió la naturaleza humana en el seno virginal de María Santísima. Jesucristo, como Sumo Sacerdote, ha sido el mediador eficaz para la celebración de la Nueva y Eterna Alianza de Dios con el nuevo "pueblo de Dios", que es la Iglesia; pueblo convocado de todas las naciones, razas y lenguas de la tierra.

El sacrificio de Jesucristo, que se actualiza y perpetúa en la Eucaristía, sella la Nueva Alianza

Sacrificio es la oblación que de parte del pueblo se hace a Dios de una víctima inmolada, para reconocer el supremo dominio de Dios sobre todo lo creado. La muerte cruenta de Jesús en la cruz del Calvario tiene el valor de un sacrificio. Esa muerte fue libremente aceptada por Jesús. Esa muerte cruenta y dolorosa fue la inmolación de una víctima inocente, Jesucristo. Esa muerte fue ofrecida a Dios Padre en sacrificio por la salvación de los hombres. El autor de la carta a los Hebreos nos habla expresamente del sacrificio de Cristo: "Cuánto más la sangre de Cristo, que, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, podrá purificar nuestra conciencia de las obras muertas, llevándonos al culto de Dios vivo". (Hb 9, 14). La Santísima Eucaristía, a la que estamos celebrando y rindiendo culto en esta solemnidad de "Corpus Christi" y en este I Congreso Eucarístico Mariano es no solo el Sacramento que contiene verdadera, real y substancialmente el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo bajo las especies de pan y vino, sino que es también el Sacrificio de la Nueva Alianza. El sacrificio de Jesús en la cruz se actualiza perpetuamente en la Eucaristía. La Eucaristía fue instituida por Jesucristo en la última cena también como Sacrificio. Las palabras que pronunció Jesús en la institución de la Eucaristía demuestran que ella es también Sacrificio. "Tomad y comed, esto es mi Cuerpo, que se entrega por vosotros"... "Tomad y bebed... esta es mi Sangre, Sangre de la Alianza, derramada por todos"... (Mc 14, 22-24). Jesús habla de su Cuerpo entregado y de su Sangre derramada por la salvación de todos. Por tanto su Cuerpo y su Sangre son víctima de un sacrificio.

En la Eucaristía, como en ésta que estamos celebrando en "Corpus Christi" de este Año jubilar 2.000 y en la clausura de este "Congreso Eucarístico Mariano de la Arquidiócesis de Quito", se celebra y ofrece actualmente el Sacrificio de Jesucristo, con el que se sella y perfecciona la nueva y eterna Alianza. El Sacrificio de la Eucaristía es Sacrificio de comunión, o de unión de los hombres con Dios y de los hombres entre sí. Por eso los cristianos, cuando celebramos la Eucaristía, debemos hacernos fermento de unidad para este mundo dividido entre grandes mayorías empobrecidas y concentraciones minoritarias del poder y la riqueza a nivel transnacional. Para este mundo de nuestra Patria ecuatoriana, dividido en sectores sociales al parecer irreconciliables, en partidos políticos que luchan entre sí sin lograr coordinarse suficientemente para trabajar por el bien común de nuestro pueblo, nosotros los cristianos que formamos el pueblo ecuatoriano, unidos y fortalecidos por la Eucaristía, debemos unirnos todos, en una nueva civilización del amor, para trabajar en la búsqueda, no de intereses y bienes particulares de cada persona o de cada grupo, sino en la búsqueda de soluciones de los graves problemas de pobreza y marginación, de corrupción, de violencia que afligen a nuestro pueblo. La solución de los tremendos problemas económicos, sociales, morales y políticos que afligen a nuestro pueblo y la búsqueda del bien común de nuestra Patria no es responsabilidad exclusiva de los gobernantes, es responsabilidad y obligación de todos los ecuatorianos, que debemos unirnos y no obstante nuestras diferencias ideológicas, debemos buscar consensos en una nueva cultura del diálogo para tender a la solución de la crisis que nos afecta y alcanzar el bien común de nuestro pueblo. Que Jesucristo, que en la Eucaristía es Sacrificio de comunión y vínculo de unión, sea la fuerza sobrenatural que nos una a los ecuatorianos.

Al final de esta Eucaristía, vamos a renovar los actos de la consagración oficial del Ecuador a los Corazones santísimos de Jesús y de María, para implorar de ellos para nuestros gobernantes y para todo nuestro pueblo una protección especial, a fin de que se nos conceda el desarrollo auténtico: económico, cultural

y sobre todo moral. Que podamos gozar de la paz, como fruto de la justicia social, para que en este umbral del tercer milenio cristiano se apresure la llegada del Reino de Dios entre nosotros: Reino de verdad y de vida, Reino de santidad y de gracia; Reino de justicia, de amor y de paz. Así sea.

Homilía pronunciada por Mons. Antonio J. González Z.,
Arzobispo de Quito en la Misa con la que se clausuró el
"I Congreso Eucarístico Mariano de la Arquidiócesis de Quito",
el domingo 25 de junio del 2.000,
en el Estadio del Aucas, al Sur de Quito.

Simposio Teológico
del
I Congreso
Eucarístico Mariano
de la
Arquidiócesis de Quito

Historia del Culto Eucarístico y Mariano en la Arquidiócesis de Quito

Para esta sesión de apertura del Simposio Teológico que sobre la Eucaristía y el Culto Mariano va a desarrollarse en el Centro Cultural de la PUCE durante la celebración del "Primer Congreso Eucarístico Mariano de la Arquidiócesis de Quito en este Año Jubilar 2.000", se me ha pedido que diserte sobre la "Historia del Culto Eucarístico y Mariano en la Arquidiócesis de Quito". Esta exposición tendrá dos partes: la primera versará sobre "La Historia del Culto Eucarístico" y la segunda, sobre "La Historia del Culto Mariano" en nuestra Iglesia particular de Quito.

Historia del Culto Eucarístico en el Obispado de San Francisco de Quito y luego, Arquidiócesis de Quito

El culto al Santísimo Sacramento de la Eucaristía comenzó en tierras del antiguo Reino de Quito, luego Presidencia de la Real Audiencia de Quito y actual República del Ecuador, cuando, hacia fines del año 1534, se hicieron presentes los conquistadores españoles en estas tierras de Quito, con Sebastián de Benalcázar a la cabeza, quien ejecutó, el 6 de Diciembre de 1534, la fundación española de San Francisco de Quito.

Hay la tradición de que los conquistadores españoles, cuando llegaron a Quito, escogieron un lugar, ubicado al norte en la elevación en que termina el actual parque de La Alameda, para celebrar la primera Misa en Quito. En ese lugar y para recuerdo de la celebración de la primera Eucaristía, construyeron los primeros vecinos de Quito una pequeña ermita, que se denominó de la Vera Cruz. Junto a esta ermita se colocó una cruz de piedra, de manera que ese conjunto resultó ser un Humilladero o lugar devoto ubicado junto al camino que conducía al norte de Quito. Esta ermita de la Vera Cruz, construida para recordar el lugar en

donde se celebró la primera Misa en Quito, a principios de diciembre de 1534, con el correr del tiempo y la incuria de los hombres se fue destruyendo y convirtiéndose en ruinas. Pero, dada la importancia de aquel pequeño monumento por el recuerdo que debía conservar, el Presidente de la Real Audiencia de Quito, D. José Villalengua y Marfín, en el siglo XVIII se preocupó de reconstruir la ermita de la Vera Cruz; mejor podemos decir que en lugar de la antigua ermita hizo construir una nueva Capilla (Hocce Sacellum, dice la lápida de mármol). Esta capilla resultó más amplia, mejor edificada y elegantemente decorada. Esta capilla fuè inaugurada el 1° de noviembre del año del Señor de 1787, reinando en España Carlos III. A esta Capilla se la denominó de El Belén, probablemente porque señala el lugar en que nació en Quito Jesús Eucaristía. Se conserva en el muro oriental de la iglesia de El Belén una lápida de mármol, en la que consta una inscripción latina en la que se deja constancia de la fecha de la inauguración de la iglesia de El Belén, que se convirtió en la iglesia parroquial de la parroquia de Santa Prisca.

González Suárez, en el discurso pronunciado en la Catedral de Quito, el 4 de junio de 1.900, con motivo del traslado de los restos de Sucre, supone que se celebró la primera Misa en Quito, el mismo día 6 de Diciembre de 1534 o pocos días después en el mismo sitio en que se construyó la Catedral. Dice: "Una tarde del mes de diciembre (de 1534), llegó Benalcázar a la llanura de Turubamba, próxima a Quito por el lado del mediodía... éste, al otro día por la mañana (el 6 de Diciembre), entró en la abandonada capital de los Shyris y fundó una nueva ciudad. Con su espada desenvainada, fue trazando en el suelo el plano de este templo, y no tardaron en comenzar aquí las funciones del culto divino: el altar se levantó allí mismo, donde lo estáis viendo ahora, y aquí en este mismo sitio, para nosotros tan histórico, los indígenas, apiñados en grupos silenciosos, se estuvieron observando, en muda curiosidad, la actitud de los conquistadores y

las augustas ceremonias del culto católico: depuesto el ferrado yelmo, inclinada en religioso recogimiento la cabeza, hincadas ambas rodillas en tierra, asistían al divino sacrificio los conquistadores, mientras el sacerdote, cantando la oración dominical, proclamaba el sublime dogma de la fraternidad cristiana... Delante de Dios, del Dios del Evangelio, no hay razas y quedan borradas las divisiones de los hombres, porque todos somos hermanos" (Obras Oratorias. Federico González Suárez. Colección Grupo Aymesa 1, pág. 371). ¿Quién pudo ser el sacerdote que celebró la primera Misa en Quito? Probablemente fue el Padre Fray Martín de Victoria, religioso mercedario, que fue uno de los capellanes de Benalcázar (Cfr. González Suárez, Historia General de la República del Ecuador, tomo II, pág. 238).

El poeta Jorge Carrera Andrade se imagina que la primera Misa en Quito fue celebrada, pocos días después de la fundación española, en la primera Nochebuena de 1534 y la describe así: "En un cobertizo improvisado se levantó un altar y se compuso un nacimiento con figuras incaicas de barro y algunos vasos de oro. Y el clérigo Juan Rodríguez, primer párroco de la recién fundada ciudad de San Francisco de Quito, celebró la Misa del Gallo, en la primera Nochebuena hispánica sobre los Andes ecuatoriales, ante Benalcázar y sus soldados. Afuera se agolpaba una gran muchedumbre de indios que contemplaban atónitos a esos hombres barbudos, cubiertos de corazas abolladas en cien combates y prosternados de hinojos, frente a una simple cruz de madera, a la que atribuían un poder sobrenatural" (La tierra siempre verde", pág. 51). Podemos afirmar que el culto a la Eucaristía comenzó en Quito en la humilde iglesia de paja, que fue la iglesia parroquial de San Francisco de Quito, parroquia que desde el 5 de septiembre de 1536 dependió del Obispado del Cuzco y desde el 14 de mayo de 1541, perteneció al Obispado de Lima. Luego se celebró la Eucaristía y se la reservó en las iglesias que se fueron edificando en San Francisco, en La Merced, en Santo Domingo y en las parroquias que se erigieron en el Obis-

pado de San Francisco de Quito desde 1545. Fray Jodoco Ricke sembró en Quito el trigo que proporcionó el pan para una de las materias del Sacramento de la Eucaristía.

Solemnidad de Corpus Christi y danzantes

En la medida en que fueron creciendo las parroquias eclesiásticas y doctrinas en el extenso territorio del Obispado de San Francisco de Quito, se fue extendiendo también el culto a la Sma. Eucaristía, culto que llegaba a tener una expresión solamente festiva en la fiesta de Corpus Christi, que se celebra en el solsticio de verano. Se afirma que las danzas con las que ciertos sacerdotes indios celebraban al dios Inti, los misioneros españoles la orientaron al culto festivo al Sol de la Eucaristía, que es Jesucristo presente en el Santísimo Sacramento del Altar. De ahí que los danzantes indígenas, como los de Pujilí, ataviados con vestimentas ricas y relucientes de espejos, que reflejan el sol y portando altos y pintorescos plumajines, realizan sus danzas rituales en las calles y plazas de la población en la octava de Corpus Christi. Cuando después de la revolución liberal se prohibió todo acto público de culto fuera de las iglesias, en Quito se mantuvo la procesión de Corpus Christi en los jardines y huerta de la Quinta San Vicente de Paúl.

Un robo sacrílego

El 20 de enero de 1649, cuando era Obispo de Quito el Dr. Agustín de Ugarte y Sarabia, se cometió en la iglesia del Monasterio de Santa Clara el robo sacrílego del copón con las sagradas formas. Puesto que el copón era de metal precioso, el móvil del sacrilegio fue el robo y las sagradas formas fueron arrojadas al borde de la antigua quebrada de Jerusalén, hoy Avenida 24 de Mayo. Este robo sacrílego suscitó en toda la ciudad de Quito una reacción de fervor eucarístico. El prelado ordenó funciones religiosas y públicas de desagravio, la ciudad toda realizó actos

asombrosos de penitencia, particularmente en una procesión solemne, que saliendo de la Catedral a las ocho de la noche, regresó a ella a la dos de la madrugada. Como perenne monumento de desagravio, se construyó una iglesia con cúpula en el ábside y graciosa espadaña en la fachada, en el mismo sitio en que se encontraron las sagradas formas. La iglesia se denominó de El Robo y subsiste en el lado norte de la Avenida 24 de Mayo, en la jurisdicción de la parroquia de San Roque. Estos actos de reparación fueron fervorosa expresión del culto y devoción que Quito profesaba al Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

La Capilla Mayor de El Sagrario

Sin duda una monumental expresión del culto y devoción de Quito al Santísimo Sacramento de la Eucaristía es la iglesia de El Sagrario, construida junto a la Catedral. La iglesia de El Sagrario se construyó para que fuese la Capilla -Capilla Mayor- de la Catedral para el culto y reserva del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Fue construida, en la segunda mitad del siglo XVII bajo la dirección del hábil arquitecto, el hermano franciscano, Fr. Antonio Rodríguez y con la intervención de Bernardo de Legarda. La iglesia de El Sagrario es un bello monumento neorománico, con la cúpula más grandiosa de Quito, con retablos dorados y la más rica y espléndida mampara de Quito, mampara que remata en una custodia. En el Sagrario se restableció, en la segunda mitad de este siglo, la exposición permanente del Santísimo Sacramento para la adoración de los fieles. También se estableció otra iglesia, al norte, la iglesia de Santa Teresita, para la exposición permanente del Santísimo Sacramento a la adoración de los fieles.

Preciosas custodias

La piedad popular y la devoción del pueblo ecuatoriano al Santísimo Sacramento de la Eucaristía se han manifestado y expre-

sado en espléndidas y preciosas custodias, que fueron confeccionadas principalmente en la segunda mitad del siglo XVII y en el siglo XVIII. Son preciosas las dos custodias que conserva la Catedral primada de Quito, la una, ornada con esmeraldas y que fue expuesta en el estante del Ecuador en la Exposición que se organizó en Sevilla en 1992, con ocasión del V centenario del descubrimiento de América. La otra, ornada con brillantes y que perteneció a la iglesia de El Sagrario. Son también preciosas la custodia de la Catedral de Riobamba y custodias de gran valor que se conservan aún en parroquias de la zona rural.

Las Misas del Santísimo Sacramento de los jueves

Como una expresión del culto y devoción del pueblo ecuatoriano al Santísimo Sacramento de la Eucaristía debe considerarse la piadosa costumbre de celebrar el día jueves de todo el año, en todas las iglesias parroquiales del Ecuador, la Misa con la exposición del Santísimo Sacramento y con la bendición con su Divina Majestad después de la Misa. En nuestras parroquias la Misa del jueves era la más concurrida entre semana, después de la Misa dominical.

Cuando, después del Concilio Vaticano II, se publicó la Instrucción Eucharisticum Mysterium, que reguló el culto a la Sma. Eucaristía, se suprimió esta Misa del Santísimo Sacramento de los jueves, porque dicha Instrucción considera que la celebración de la Santa Misa es el acto eucarístico principal, que excluye los actos supletorios o complementarios de la exposición o de la bendición con el Santísimo Sacramento.

El culto a la Sma. Eucaristía y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús

Otra característica de la piedad popular fue la de unir el culto a la Eucaristía con la devoción al (Santísimo) Sacratísimo Corazón

de Jesús. Así se difundió entre los fieles del Ecuador la celebración fervorosa de los Primeros Viernes con la Comunión reparadora y también la devoción de la Hora Santa ante el Santísimo Sacramento de la Eucaristía la víspera del primer Viernes.

Quien contribuyó en el Ecuador a enfervorizar el culto a la Sma. Eucaristía con la devoción al Sagrado Corazón de Jesús fue el Vble. Siervo de Dios Julio María Matovelle, fundador de la Congregación de Oblatos de los Corazones Santísimos de Jesús y de María y director de la revista "La República del Sagrado Corazón". la Congregación de Oblatos inauguró el día 26 de mayo de 1887 su culto de adoración y oblación perpetua y social al Santísimo Sacramento, en nombre de toda la República del Ecuador. Más tarde fundó también la Congregación de Oblatas. En la Regla que redactó el Padre Matovelle y que entregó a las Oblatas el 21 de noviembre de 1893, hace constar claramente que: "El motivo principal por el que se fundó la Congregación fue el de glorificar al Divino Corazón de Jesús, rindiéndole del mejor modo posible los homenajes a que por el hecho de esa congregación está obligada la República del Ecuador para con este Corazón dulcísimo" (Regla, Art. 283). "Por tanto, el carisma de la Congregación de Oblatas es el de considerarse personas y representantes de la República, para cumplir, en cuanto es posible, los deberes a que ella está obligada por el hecho de esa consagración y como cuando una cosa se consagra a Dios, se la ofrece por víctima, las Oblatas se tienen como víctimas perpetuamente inmoladas a gloria del Divino Corazón de Jesús" (Regla, Art. 8).

Otro horrendo sacrilegio suscita una gran reparación

Cuando ya estalló la revolución liberal de 1895, el 4 de mayo de 1897, ocurrió en la capilla de los PP. Jesuitas de Riobamba un horrendo sacrilegio con el que fue profanado el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. La soldadesca enardecida entró en la capilla y disparó hacia el Sagrario y profanó las sagradas especies,

arrojándolas al suelo. Este sacrilegio suscitó la reacción de los fieles católicos en todo el Ecuador. En Quito, la señorita Rosa Elena Cornejo Pazmiño se decidió a fundar una Congregación Religiosa, la de "Franciscanas Misioneras de la Inmaculada", para reparar por este sacrilegio y por todos los sacrilegios con que se profana el Santísimo Sacramento del Altar. Comenzó la nueva Congregación, al mes del sacrilegio, el 4 de junio de 1897. El nuevo Instituto religioso de carácter nacional, comenzó en la Recoleta franciscana de San Diego. El decreto de Fundación de la Congregación está fechado el 2 de junio de 1901 y suscrito por el Ilmo. Señor Pedro Rafael González Calisto, Arzobispo de Quito. El crecimiento en el Ecuador y fuera del Ecuador de la Congregación de Franciscanas Misioneras de la Inmaculada es una reparación que el Ecuador ha tributado al Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

El Jubileo de las Cuarenta Horas

Otra manifestación o expresión del culto a la Sma. Eucaristía es la celebración del Jubileo de las Cuarenta Horas en todas las iglesias parroquiales, conventuales y capillas importantes de las diócesis del Ecuador. En Quito, la celebración del jubileo de las Cuarenta Horas abarca la mayor parte del año, desde la semana de Pascua hasta el martes de Carnaval. Este acto piadoso de la Exposición del Santísimo Sacramento durante cuatro días en cada iglesia felizmente se conserva y se ha perfeccionado con la elaboración de cuatro formularios de Misas del Santísimo Sacramento de la Eucaristía, uno para cada día del Jubileo. Anteriormente, en la Misa de las 11h00 se solía rezar o cantar el Trisagio del Sagrado Corazón de Jesús.

Los Congresos Eucarísticos

La expresión más solemne del culto público que la Iglesia tributa a Jesucristo en la Eucaristía es la celebración de los Congresos

Eucarísticos. Los Congresos Eucarísticos internacionales nacieron en el cuadro y bajo el ímpetu de una ferviente devoción eucarística del siglo XIX, que quiso desafiar la ignorancia y la indiferencia religiosa relativas al misterio central de la Iglesia, la Eucaristía. "La salvación de la sociedad por medio de la Eucaristía" es el lema que desde los inicios animó los Congresos Eucarísticos. El primer Congreso Eucarístico Internacional se celebró en Lillo, en 1881; el segundo, en Avignon, en 1882; el tercero, en Lieja, en 1883; el cuarto, en Friburgo, en 1885 y el quinto, en Toulouse, en 1886.

Cuando en el mundo se celebró el quinto Congreso Eucarístico Internacional, se celebró en el Ecuador, República oficialmente consagrada al Sagrado Corazón de Jesús, el Primer Congreso Eucarístico Nacional, que resultó ser también el primer Congreso Eucarístico celebrado en América Latina.

El Primer Congreso Eucarístico Nacional del Ecuador

La ocasión para la celebración del Primer Congreso Eucarístico Nacional del Ecuador fue la de conmemorar el segundo centenario de la iniciación del culto público en la iglesia al Sagrado Corazón de Jesús. Dicho culto público se inició en la Capilla de Paray-le-Monial, el viernes 21 de junio de 1686, viernes siguiente a la octava de la fiesta de Corpus Christi.

El Ecuador, que con tanto fervor y de modo oficial había abrazado el culto al Sagrado Corazón de Jesús, con la consagración de la República, realizada en 1874. Se propuso celebrar el 2do. centenario de las apariciones del Divino Corazón, a la Santa Margarita María de Alacoque. Conmemoró aquella fecha con la celebración del Primer Congreso Eucarístico Nacional, que se llevó a cabo en Quito desde el 21 de junio de 1886 hasta el 2 de julio de ese mismo año. Convocó y presidió el Primer Congreso Eucarístico Nacional el entonces Arzobispo de Quito, Mons. Jo-

sé Ignacio Ordóñez. El acto más fervoroso de aquel Congreso Eucarístico Nacional del Ecuador fue la Comunión Reparadora del 21 de junio de 1886. Solo en Quito el número de comuniones pasó de diez mil y se calculó que el total de comuniones en toda la República, el día 21 de junio, no rebajaría de ochenta mil (República del Sagrado Corazón; tomo III, Nº XX, pág. 87). En la sesión del 29 de junio de 1886, el Congreso Eucarístico acordó lo siguiente: 1º difundir más y más la devoción al Sagrado Corazón de Jesús por todas las Diócesis del Ecuador; 2º procurar con eficacia la erogación y recaudación de las limosnas que se han de hacer en cada Diócesis para la obra de la Basílica y 3º promover la propagación de la Revista católica intitulada "La República del Sagrado Corazón de Jesús".

Otros Congresos Eucarísticos en Quito

En 1949 se celebró en Quito el Segundo Congreso Eucarístico Nacional, convocado por el entonces Arzobispo de Quito, Mons. Carlos María de la Torre. Los actos masivos del Congreso se desarrollaron en el campo eucarístico que fue el antiguo Estadio de El Arbolito, ubicado en el lado oriental del parque El Ejido. Actuó como Legado Pontificio el Nuncio Apostólico, Mons. Efrén Forni, y en la Misa de clausura del Congreso se recibió en Quito el Mensaje que por radio envió desde Roma el Papa Pío XII. Con este Segundo Congreso Eucarístico Nacional se solemnizó el 75º aniversario de la Consagración oficial del Ecuador al Divino Corazón de Cristo. Recuerdo de ese Congreso es el cántico religioso "Dios de amores, Santa Eucaristía, mira al pueblo de tu Corazón". Letra del P. Aurelio Espinosa Pólit y música de Belisario Peña.

El IV Congreso Eucarístico Bolivariano

En junio de 1974 se celebró en Quito el IV Congreso Eucarístico Bolivariano, con el que se conmemoró el centenario de la Con-

sagración del Ecuador al Sagrado Corazón de Jesús. Era Arzobispo de Quito el Cardenal Pablo Muñoz Vega, pero intervino en la preparación de este Congreso toda la Conferencia Episcopal Ecuatoriana y vinieron a Quito los Arzobispos de las capitales de los países bolivarianos. Legado Pontificio fue el Cardenal Sebastiano Baggio y la celebración de la Eucaristía de clausura del Congreso se realizó en el Estadio Olímpico Atahualpa.

El IV Congreso Eucarístico que se celebra en Quito es éste del año 2.000; pero es éste un Congreso Eucarístico Mariano y es el primero de carácter diocesano. Así pues, éste es el Primer Congreso Eucarístico Mariano de la Arquidiócesis de Quito y lo celebramos para solemnizar el Jubileo Universal y para unirnos a la Iglesia Universal que celebra en Roma, en esta misma semana, el 47° Congreso Eucarístico Internacional.

Otros Congresos Eucarísticos en el Ecuador

- En septiembre de 1958, se celebró en Guayaquil el III Congreso Eucarístico Nacional del Ecuador. Era Arzobispo de Guayaquil Mons. César Antonio Mosquera. Fue Legado Pontificio el Cardenal Carlos María de la Torre.
- En 1968, se celebró en Cuenca el IV Congreso Eucarístico Nacional, cuando era Arzobispo de Cuenca Mons. Manuel de Jesús Serrano Abad. Fue Legado Pontificio el Cardenal Julius Doepfner, Arzobispo de Munich. En este Congreso Eucarístico de Cuenca se promulgó la "Declaración programática", que aplicó al Ecuador las Constituciones y Decretos del Concilio Ecuménico Vaticano II.
- En 1988, siendo Arzobispo de Guayaquil Mons. Bernardino Echeverría Ruiz, se celebró en esa ciudad el V Congreso Eucarístico Nacional del Ecuador. Fue Legado Pontificio el Cardenal Eduardo Martínez Somalo.
- Cuando el 29 de diciembre de 1962 se celebró el centenario de la erección canónica de las diócesis de Riobamba, Ibarra y Lo-

ja, en 1963 se celebraron en estas tres diócesis Congresos Eucarísticos Diocesanos. En 1998, la Arquidiócesis de Guayaquil celebró también un Congreso Eucarístico arquidiocesano.

Como los Congresos Bolivarianos que se celebraron en Lima y el último en Cochabamba (Bolivia) fueron simultáneamente Eucarísticos y Marianos, hemos resuelto que este Primer Congreso Eucarístico de la Arquidiócesis de Quito fuese también Mariano. Por este motivo el Lema de nuestro Congreso Eucarístico Mariano es el siguiente: *"Jesucristo, Pan de Vida para el Mundo, por María"*.

Quiera Dios que la celebración de este Primer Congreso Eucarístico Marino de la Arquidiócesis de Quito, que celebramos en este Jubileo Universal del año 2.000, contribuya a mantener vivos, fervorosos e intensos el culto y la devoción al Santísimo Sacramento de la Eucaristía y a la Sma. Virgen María, Madre del Redentor, en Quito y en el Ecuador, cuando atravesamos el umbral del Tercer Milenio.

Historia del Culto Mariano en la Arquidiócesis de Quito

El culto y devoción a la Sma. Virgen María, Madre de Dios, se inició en el territorio del antiguo Reino de Quito, luego Real Audiencia de Quito, que actualmente es el Ecuador, desde la fundación española de la Villa de San Francisco de Quito. Fundada esta ciudad en agosto, precisamente en una fiesta mariana, el 15 de agosto de 1534 y ejecutada dicha fundación por Sebastián de Benalcázar, el 6 de Diciembre de ese mismo año, desde el principio se hizo presente en Quito la Orden de la Merced *con el culto y devoción a la Sma. Virgen María en su advocación de Nuestra Se-*

ñora de la Merced. Uno de los capellanes de Benalcázar fue el Padre Fray Martín de Victoria, religioso mercedario, castellano, que se distinguió por su mucha facilidad en aprender las lenguas indígenas. Contribuyó en gran manera a hacer muy amada la Orden de la Merced y de las más populares en el antiguo Reino de Quito, el culto que en ella se dio, desde el principio, a la celebérrima imagen de piedra de Nuestra Señora de la Merced, que todavía se venera en la Basílica de la Merced de Quito. Una tradición popular asegura que la imagen de piedra de Nuestra Señora de la Merced ya estuvo presente en Quito al tiempo de su fundación española, porque esta imagen de piedra fue encontrada en las faldas del Pichincha. La piedra en que se ha tallado la estatua es de la misma clase que las que se extraen de las canteras situadas en la vertiente oriental del Pichincha. Probablemente el bloque de piedra en que está labrada la imagen se encontró con cierta forma o apariencia de imagen, que habría sido perfeccionada después por un hábil escultor español, al cual se deba esta hermosa y magnífica escultura. Por esta razón, Nuestra Señora de la Merced es considerada fundadora y primera vecina de San Francisco de Quito. El hecho es que pocos años después de fundada la ciudad de San Francisco de Quito, la gran estatua de piedra de Nuestra Señora de la Merced vino a ser el centro principal de la devoción mariana de nuestro pueblo. Conquistadores y conquistados acudían confiadamente a la Virgen de la Merced, sobre todo, cuando se sentían afligidos por terremotos, erupciones volcánicas y calamidades públicas. Más tarde se dio a esta imagen el título de la Virgen del Terremoto o Virgen del Volcán. Por considerarse a la Virgen de la Merced fundadora y primera vecina de Quito, el Cabildo municipal del Distrito Metropolitano de Quito, con el Alcalde a la cabeza, acude, con ocasión de las fiestas de la fundación española de Quito, a la Basílica de la Merced para hacer, en un *Te Deum*, la ofrenda del cirio, del incienso y de las flores a Nuestra Señora de la Merced.

Guápulo, nuestro primer santuario mariano

Varios vecinos de la recientemente fundada ciudad de San Francisco de Quito establecieron una cofradía en honor de "Nuestra Señora de Guadalupe", para tener en el territorio de San Francisco de Quito una réplica del santuario de Nuestra Señora de Guadalupe de Extremadura en España. Los cofrades, no contentos con honrar a la Reina del cielo en nuestra ciudad, quisieron tener un pueblo especialmente consagrado a la Virgen de Guadalupe y que fuese conocido con ese nombre. Para esto eligieron un sitio agreste y muy pintoresco situado en una cavidad del terreno, al norte de la ciudad, sitio que conocemos con el nombre de Guápulo. Ya en 1561 se veneraba en la indicada comarca una hermosa pintura en lienzo de Nuestra Señora de Guadalupe. En 1586, a petición de los mismos cofrades, Cristóbal López contrató con el escultor español, Diego de Robles, que había llegado a estas tierras, que tallase en madera una estatua de la Virgen Santísima, que fuese en lo posible trasunto exacto de la célebre imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, venerada en Extremadura. Diego de Robles esculpió la imagen y el pintor Luis de Rivera dio el colorido a la estatua y doró el vestido. La imagen salió hermosísima y a gusto de todos y desde 1587 comenzó a ser venerada en una pequeña iglesia que se había construido en el pueblo de nuestra Señora de Guadalupe, que luego se llamó Guápulo. Los aborígenes, no acostumbrados a la pronunciación de las palabras castellanas, alteraron el nombre de Guadalupe, sincopándolo, por el de Gualupe, Guapule y quedó "Guápulo". Desde el santuario de Guápulo la Santísima Virgen María influyó decididamente en la evangelización de españoles y aborígenes de la comarca de Quito.

Ya a fines del siglo XVI y principios del XVII, el cuarto Obispo de Quito, Fray Luis López de Solís, solía acudir en peregrinación a Guápulo. Desde la Colonia y hasta nuestros días se organizaban y se organizan, especialmente en mayo, devotas pere-

grinaciones desde la ciudad de Quito hasta el santuario de Guápulo, que es de gran valor arquitectónico, artístico e histórico.

El culto y devoción a la Sma. Virgen de la Presentación de El Quinche

La bella y devota imagen de la Sma. Virgen María, que hoy conocemos como Nuestra Señora de la Presentación de El Quinche, fue tallada en Quito por el mismo escultor toledano, Diego de Robles, hacia 1588, a petición de la comunidad indígena de Lumbisí. También esta imagen fue policromada por el artista Luis de Rivera. Los indios de Lumbisí, lugar perteneciente al pueblo de Cumbayá, quedaron prendados de la belleza de la imagen de Nuestra Señora de Guápulo y desearon tener una copia lo más exacta posible de esa preciosa imagen. A este fin contrataron con el mismo escultor, que era muy hábil y entendido, que les trabajara el trasunto de aquella imagen. Diego de Robles realizó admirablemente la obra que se le había pedido. Hizo la segunda efigie del mismo tamaño y facciones que la primera y tanto o quizá más hermosa que la primera. La imagen es de madera, de unos 62 centímetros de altura, cuidadosamente tallada en toda su extensión, pintada y estofada con algunos adornos de oro en el vestido. Tiene la imagen una dulzura, gravedad y modestia encantadoras; el aire y majestad de una reina; el atractivo y ternura de una madre; las facciones todas bien proporcionadas, suaves y delicadas; en suma, es una de las efigies más hermosas de cuantas de la Virgen Santísima se veneran en América Latina.

Los indígenas de Lumbisí o no quisieron o no pudieron pagar a Diego de Robles el precio convenido por la confección de la imagen. Por este motivo el escultor se trasladó a la lejana comarca de Oyacachi, pequeño caserío perdido en las estribaciones de la Cordillera oriental de los Andes y entregó la imagen a cambio de tablas y madera, a los indígenas de aquel caserío. Entre 1590

y 1591 se inició entre los moradores de Oyacachi el culto a esta bendita imagen de la Madre de Dios. La imagen fue acomodada en la hendidura de una peña antes de que se construyera una capilla. Por este motivo, aquella imagen de María, tallada por Diego de Robles, al principio fue conocida como la *Virgen de Oyacachi*, la *Virgen de la Peña* o la *Virgen de la Cueva*. La preciosa imagen de la Madre de Dios permaneció en Oyacachi durante 15 años, es decir, hasta 1604, año en que el Ilmo. Luis López de Solís, cuarto Obispo de Quito, ordenó su traslado desde Oyacachi hasta el pueblo de El Quinche, en castigo al cacique de Oyacachi, Luis de Quisïnán, por unos cultos idolátricos. La imagen de la Sma. Virgen entró triunfalmente en el pueblo de El Quinche el 10 de marzo de 1604. Desde entonces la imagen se conoce como Nuestra Señora de la Presentación de El Quinche y se celebra su fiesta el 21 de noviembre de cada año.

El culto y devoción a la Sma. Virgen de El Cisne

A principios del siglo XVII indígenas de Chuquiribamba, de la provincia de Loja, que habían venido en peregrinación al santuario de Guápulo, pidieron a Diego de Robles que les labrara una imagen de la Sma. Virgen María, según el modelo de la imagen de Guápulo. La imagen hecha para los indígenas de Chuquiribamba es la actual bella imagen de la Sma. Virgen de El Cisne, que se venera en el grandioso santuario de la población de El Cisne, provincia de Loja y cuya fiesta anual se celebra el 15 de agosto.

Después siguieron estableciéndose santuarios marianos, como los de El Quinche y de El Cisne, en otras provincias de nuestro territorio ecuatoriano, como el de la Virgen de Baños, en Tungurahua; la Virgen de Chilla, en El Oro; la Virgen del Huayco, en Bolívar; la Virgen de la Nube o del Rocío, en Cañar; la Virgen de la Paz, en el Carchi, la Virgen de Monserrat en Manabí, etc. Podemos afirmar que la presencia de la Sma. Virgen María en sus

imágenes veneradas en los santuarios marianos ha sido evangelizadora de nuestro pueblo ecuatoriano y especialmente evangelizadora de nuestros indios.

Una creciente devoción a la Madre de Dios se cultivó en el territorio de la Real Audiencia de Quito desde el siglo XVII hasta el XIX.

Apariciones de la Virgen del Buen Suceso

A fines del siglo XVI y principios del XVII se dan las célebres apariciones de María del Buen Suceso a la abadesa del Monasterio de la Limpia Concepción de Quito, Madre Mariana Francisca de Jesús Torres y Berriochoa, en el coro alto de la iglesia de ese Monasterio. Aquellas apariciones comenzaron el 2 de febrero de 1594, continuaron en 1599 y desde el año 1610 hasta el 2 de febrero de 1634, la fiesta de la Purificación de María y de la Presentación del Niño Jesús en el templo fue solemnizada con las apariciones de Nuestra Señora del Buen Suceso a la Madre Mariana Francisca de Jesús. Valioso recuerdo de esas apariciones es la bella imagen de María del Buen Suceso de la Purificación o Candelaria, esculpida por el artista Francisco del Castillo, imagen que se venera en el coro alto de la iglesia del Monasterio de la Concepción y en cuyo honor se vienen celebrando anualmente la Novena y la Fiesta del 2 de febrero, con gran provecho para la fe y la piedad del pueblo quiteño.

El culto a la Sma. Virgen del Amparo

Hacia 1689 se inicia el culto a la Sma. Virgen del Amparo en una capilla interna del Monasterio de Santa Clara de Quito. Es una bella imagen pintada en una pared. El culto a Nuestra Señora del Amparo renovó espiritualmente a la comunidad del Monasterio y enforvorizó a los fieles de Quito.

La aparición de la Sma. Virgen de la Nube

A finales del siglo XVII, el 30 de diciembre de 1696, cuando el piadoso pueblo de Quito realizaba una rogativa con procesión del rosario en las calles de la ciudad, para pedir la curación del Obispo, Ilmo. Sancho de Andrade y Figueroa, que se hallaba gravemente enfermo, contempló en el cielo la aparición de la Sma. Virgen de la Nube. El portento de la Nube fue confirmado por la curación milagrosa del obispo que era devoto de la Sma. Virgen en las dos advocaciones renombradas de su Obispado, la de Guápulo y la de El Quinche. La devoción a la Virgen de la Nube pasó también a Lima y detrás del cuadro del Señor de los Milagros está también pintada la Virgen de la Nube.

Célebres artistas de la Escuela Quiteña pintan o tallan a la Madre de Dios en su principales privilegios

El famoso pintor Miguel de Santiago pintó el bellísimo cuadro de la Inmaculada de la Eucaristía, resaltando no solo la prerrogativa de la Concepción Inmaculada de la Virgen María, sino también su relación directa con el Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

Bernardo de Legarda expresó artísticamente el privilegio de la Inmaculada Concepción de la Virgen María en la original imagen de la *Virgen alada de Quito*, en la que María aplasta la cabeza del dragón infernal, como signo de su prerrogativa de preservación del pecado original y de plenitud de gracia que posee María desde el primer instante de su existencia. Para esculpir la imagen de la Virgen de Quito, Legarda se inspiró en la visión del Apocalipsis, de la Mujer vestida del sol, con la luna bajo sus pies y coronada de doce estrellas, a la que se la dan dos alas de águila para volar al desierto. La imagen de la Virgen de Quito, que se venera en el retablo mayor de la iglesia de San Francisco, se ha difundido más allá de los confines patrios.

Otros artistas insistieron en la prerrogativa de la Asunción de María a los cielos, como Miguel de Santiago, que pintó un gran lienzo de la Dormición de la Virgen María. Este lienzo estuvo expuesto en el retablo del altar mayor de la Catedral de Quito y ahora se conserva en el transcoro del templo catedralicio.

Samaniego pintó, a fines del siglo XVIII o a principios del siglo XIX, el grandioso cuadro de la Asunción de María, que actualmente adorna el retablo principal de la Catedral primada.

El Padre Carlos es considerado como el autor del maravilloso conjunto escultórico de la Dormición de la Virgen con los Apóstoles y las santas mujeres, que se conserva en el Monasterio del Carmen Alto.

Caspicara, el más hábil de nuestros escultores, es el autor del fino y estupendo conjunto escultórico de la Asunción de la Sma. Virgen María, que se expone en la hornacina superior del altar lateral de San Antonio en el templo de San Francisco. El mismo Caspicara es el autor de los afamados nacimientos quiteños, en los que la Sma. Virgen María, en actitud contemplativa, mira a su Divino Hijo, que como precioso Niño yace en el pesebre.

Nuestros escultores de los calvarios que no faltan en nuestras iglesias presentan a la Sma. Virgen María como a la Madre Dolorosa que, permaneciendo de pie junto a la cruz, colabora en nuestra redención y es constituida en Madre espiritual de los redimidos.

El culto y devoción a la Sma. Virgen María en el Ecuador en el siglo XX

Algunos acontecimientos religiosos, llevados a cabo en el Ecuador desde finales del siglo XIX y durante el decurso del siglo XX son prueba de que el culto y devoción del pueblo ecuatoriano a

la Sma. Virgen María siguen vigentes y fervorosos. A fines del siglo XIX, el 10 de julio de 1892, los prelados del Ecuador, presididos por su Metropolitano, el Arzobispo de Quito, Mons. José Ignacio Ordóñez, *consagraron oficialmente la República del Ecuador al Corazón Inmaculado de María.* Realizaron aquella ceremonia solemne con la participación del Presidente de la República y magistrados civiles, con ocasión de bendecir y colocar la primera piedra de la construcción de la Basílica del Voto Nacional. Con aquella consagración se imploró al Inmaculado Corazón de la Virgen María que rogara a Jesús por nuestra República, la protegiera y defendiera perpetuamente. La Legislatura de la República, por su parte, mediante decreto del 5 de agosto de 1892, consagró el Ecuador al Corazón Inmaculado de María, reconociendo a la Madre de Dios por excelsa Reina, amantísima Madre y especial protectora de esta República. La Santa Sede, mediante decreto de la Congregación de Ritos, se dignó, en tiempos del Papa León XIII, constituir y declarar a la Madre de Dios, María, en el título de su Corazón purísimo, principal Patrona ante Dios de toda la República del Ecuador. La capilla absidal de la Basílica del Voto Nacional, erigida en honor del Corazón Inmaculado de María y consagrada el 12 de diciembre de 1909, es el monumento que nos recuerda esta consagración del Ecuador al Inmaculado Corazón de María.

El Milagro de la Dolorosa del Colegio

El viernes 20 de abril de 1906, hacia las ocho de la noche, se llevó a cabo en el comedor de los alumnos internos del Colegio San Gabriel de Quito un suceso maravilloso en un cuadro de la Dolorosa. Tres alumnos internos: Jaime Chávez, Carlos Herman y Pedro Donoso, advirtieron con sorpresa que la imagen de Nuestra Señora de los Dolores, que pendía de un muro del comedor, abría y cerraba suavemente los ojos. Este hecho extraordinario fue comprobado por el Padre Prefecto del Colegio, Andrés Roesch y por todos los alumnos allí presentes. El Vicario Capi-

tular de la Arquidiócesis de Quito, Rvmo. Ulpiano Pérez Quiñonez, el 25 de abril, dictó un auto para que se realizara el proceso correspondiente para probar la veracidad y carácter sobrenatural del acontecimiento. Podemos decir que la Sma. Virgen María, con el movimiento de sus ojos, casi con su llanto, expresaba su preocupación maternal por la niñez y juventud ecuatorianas, cuya educación en la fe cristiana se veía gravemente amenazada por el laicismo impuesto en la educación por la revolución liberal, que iniciada en 1895, llegó a su culminación en 1905.

La devoción a la Dolorosa del Colegio, iniciada en Quito en 1906 y fomentada por la solemne novena y fiesta que se celebran, en torno al 20 de abril de cada año, en el templo de la Compañía y en las otras dos iglesias parroquiales que regenta la Compañía de Jesús, hace claramente sensible la presencia de la Sma. Virgen María en la evangelización presente del pueblo ecuatoriano.

Los Congresos Marianos Nacionales del Ecuador

Ha contribuido a mantener ferviente el culto y devoción del pueblo ecuatoriano a la Sma. Virgen María la celebración de Congresos Marianos Nacionales. El segundo Congreso Mariano Nacional se celebró en Quito, en 1976, para buscar una aplicación pastoral entre nosotros de la Exhortación Apostólica *Marialis Cultus* de S.S. el Papa Pablo VI, sobre "El culto y devoción a la Sma. Virgen María". Este Congreso Mariano Nacional se celebró también con ocasión de la inauguración de la estatua de la Virgen de Quito en la cima del Panecillo. La gran afluencia de fieles al Panecillo fue maravillosa. El III Congreso Mariano Nacional se celebró en Guayaquil, en tiempos del arzobispado de Mons. Bernardino Echeverría Ruiz, en 1978. Vino como Legado a este Congreso Mariano el Cardenal Joseph Ratzinger, entonces Arzobispo de Munich. El IV Congreso Mariano Nacional se celebró nuevamente en Quito, en 1986, para solemnizar el Año Mariano proclamado por el Papa Juan Pablo II para conmemo-

rar el segundo milenio del nacimiento de María. El V Congreso Mariano Nacional se celebró, en diciembre de 1992, en la ciudad de Ibarra, cuando era Administrador Apostólico de esa diócesis Mons. Bernardino Echeverría Ruiz, Arzobispo emérito de Guayaquil. Se celebró este Congreso Mariano Nacional con ocasión del V Centenario del inicio de la Evangelización de América. Vino como Legado Apostólico el Cardenal Eduardo Pironio.

El VI Congreso Mariano Nacional del Ecuador se celebró en Loja, para solemnizar el cuarto centenario del culto y devoción a la Sma. Virgen de El Cisne. Vino como Legado Pontificio el Cardenal Nicolás López Rodríguez, Arzobispo de Santo Domingo.

En estos últimos tiempos la Conferencia Episcopal Ecuatoriana, con el fin de fomentar el culto y devoción a la Sma. Virgen María en nuestro pueblo, ha elevado a la dignidad de Santuarios Marianos Nacionales al de El Quinche, en la Arquidiócesis de Quito; a la Gruta Santuario de Nuestra Señora de la Paz, en la diócesis de Tulcán; al Santuario de Nuestra Señora del Huayco en la diócesis de Guaranda y al Santuario de la Purísima de Macas, en la provincia oriental de Morona Santiago.

La verdadera devoción a la Sma. Virgen María es también en el presente evangelizadora de nuestro pueblo, porque por ella los cristianos somos conducidos a Jesucristo que, con su muerte y resurrección, sigue llevando a cabo nuestra salvación.

La verdadera devoción a María mantiene a sus devotos fieles miembros de la Iglesia Católica, sacramento de salvación universal. Con razón la Sma. Virgen María ha sido proclamada: *Estrella de la nueva Evangelización.*

+ Antonio J. González Zumárraga,
Arzobispo de Quito,
Primado del Ecuador

La Cultura de Muerte que espera ser Evangelizada

"Ser pobre es estar cerca de la muerte. El pobre se tutea con la muerte diariamente y tiene frente a ella reacciones que personas de otros ambientes sociales a veces no imaginan. Me contaba hace poco una señora que había perdido a su bebe de menos de un año, que la muerte ocurrió porque se había enfermado un dia viernes, cuando a su marido le pagan el sábado. Si el bebe su hubiera enfermado un domingo lo hubiera podido salvar... La anécdota ilustra y expresa la fragilidad del pobre. El viernes el salario se acabó y ya no queda nada. Personas de otros ambientes sociales pueden ir a la farmacia y pedir crédito. Pero para pedir crédito hay que tenerlo y los pobres no lo tienen. De ahí su cercanía cotidiana a la muerte, a tantas formas de muerte, no solo a la muerte física. Si la pobreza la tomamos en esa perspectiva es mucho más que un problema de orden económico o social, es un problema global".[1]

En el Ecuador de hoy, de cada cien habitantes, setenta están en situación de pobreza; y de esos setenta, cuarenta y ocho viven en extrema pobreza, esto es en situación de miseria. Entonces, aproximadamente ocho millones cuatrocientos mil ecuatorianos estamos cerca de la muerte. Vivimos, cada día con más crudeza, múltiples manifestaciones de una "cultura de muerte", la más grande expresión de esa cultura, es, en efecto, un profundo desprecio por la vida humana.

Nueva cultura, cultura de muerte, perversa en sus orígenes, en sus estructuras y manifestaciones, que tiende cual pandemia de

1 Gustavo Gutiérrez M, Congreso Teológico, Hambre de Dios, hambre de pan, Chimbote, 1987.

principios de mileño, a saturar en profundidad nuevos espacios sociales desde la corrosión de las conciencias y la muerte de toda esperanza.

1. Cultura de muerte y corrupción

Para la implantación y desarrollo de esta cultura, esto es, de esta nueva forma de vida, ha sido necesario "corromper, es decir trastrocar, desnaturalizar, alterar el sentido de las cosas, echarlas a perder, depravarlas, podrirlas"[2], y no solo a las cosas, sino más aún, ha sido necesario, formular una nueva antropología en donde el ser humano de fin , que orienta y da sentido a la historia, ha sido reducido a medio, a instrumento o recurso, para el logro de los objetivos que cada uno quiera lograr.

"De manera que, cuando percibimos y decimos que la sociedad está corrompida, lo que realmente estamos diciendo es que ha alterado y trastocado su forma y en consecuencia, todo lo que es necesario para la vida social: el sentido de comunidad, el papel y responsabilidad de cada individuo en ella, la necesidad de normas comunes que hagan más fácil convivir, la adhesión a principios y valores colectivos sobre los cuales construir una comunidad con un elemental y básico sentido de justicia y, sobre todo, la confianza en que la organización que se da a sí misma garantiza los derechos de todos y cada uno de sus integrantes". [3]

2. Origen ideológico perverso de la corrupción

Adoloridos compartimos la experiencia de vivir en un sistema socio-político corrupto y corruptor, que soporta conductas destructoras del ser humano, conductas que imprimen amenazantes una ideología materialista, hedonista y atea, que reconoce

2 Real Academia Española, Diccionario manual de la Lengua eapañola. Madrid. 1950.

3 Velasquez Nila, Corrupción y educación, Corrupción: Epidemia del siglo,1995.

como único principio válido de comportamiento, exclusivamente el del propio beneficio, en desmedro del derecho a la vida de la mayoría de ecuatorianos.

En efecto, la corrupción social, en cualquiera de sus formas, atenta contra la vida, es un atentado tenaz contra el ser humano, "es un vicio, desorden o abuso que se ha metido en las actividades humanas."[4]

La corrupción es una práctica social utilitarista y pragmática que se va convirtiendo en una amalgama de fuerzas que se pretenden a sí mismas como omnipotentes y omnímodas, sin barreras ni límites. Sus afanes son demoledores de todo lo que pudiera resistir a su fuerza invasora, "... la lujuria del dinero consagra la venalidad de todos los poderes, de tal forma que se debería convocar una confesión general de criterios para probar que, entre nosotros, solamente tiene poder o es considerado poderoso el que puede comprar, el que puede fijar precios, el que tiene la llave de cualquier mercado".[5]

La "nueva" cultura predominante en Latinoamérica está caracterizada por un progresivo individualismo que cierra los horizontes de la persona, como si esta fuera subjetividad cerrada y autárquica; por un materialismo consumista que pretende reducir al ser humano a lo que consume.

Hegemonía de la dinámica impuesta por el libre mercado, que pretende una libertad omnímoda en la "desigualdad natural" entre fuertes y débiles; un tímido y débil compromiso con lo público, que hace de las oportunidades un espacio exclusivo y privado que no tiene cabida para "el resto".

4 Conferencia Episcopal, Año de la Caridad, Material de reflexión, ¡No a la corrupción!

5 Luis Alberto Luna T, Heterodoxia etica, Corrupción: Epidemia del siglo, 1995.

Una ideología del poder que prescinde de lo ético y que con el sofístico argumento de "ingobernabilidad" con frecuencia pretende consagrar la mediocridad, el oportunismo, la mentira y el caciquismo demagógico.

Esta tendencia se expresa en búsquedas insaciables y autojustificadoras del poder, como recurso de enriquecimiento sin límite, a cualquier costo y en el menor tiempo posible. Este es el origen próximo de esta "cultura de la muerte"en cualquiera de sus esferas.

3. Corrupción y contexto histórico

El contexto histórico en que celebramos este congreso eucarístico se caracteriza por las más severas contradicciones sociales, por el clamor de campesinos pobres, indigenas, trabajadores, pobladores de los suburbios y barriadas pobres, estudiantes, que de una manera sistemática son eliminados de toda participación en el poder económico, político y educativo... sobre ellas cae todo el peso de la dictadura financiera y económica actual. Ellos reclaman su lugar en la sociedad como sujetos y no como objetos de caridad" [6] Lo que es deuda de justicia no puede ser justificada con acciones de limosna y de tutelaje, estas ofenden a la justicia y a la propia caridad.

Se van volviendo peligrosamente comunes, de la vida diaria, hechos tales como los de enriquecimiento ilícito, peculado, palanqueo y compadrazgo para ocupar cargos públicos o privados, mala utilización de fondos y recursos que pertenecen a todos; chantajes electoreros desde las propias máximas funciones del Estado, actitudes mezquinas de abuso desde el poder, absurdos centralismos burocráticos o actitudes maquiavélicas separatistas que ponen en peligro la existencia del propio país.

6 Cf. Julio Xavier Labayen, Eucarístia y Hambre de Dios y Hambre de Pan, Congreso Teológico, Chimbote.

Los valores éticos, la solidaridad, la justicia social, el respeto mutuo, los deberes cívicos son conculcados en el Ecuador hasta el extremo, como dijimos antes, siete de cada diez ecuatorianos viven la pobreza y cinco de esos siete viven en la miseria. La corrupción ecuatoriana roba al Estado, DOS MIL QUINIENTOS MILLONES DE DOLARES AL AÑO. Quienes han robado al Estado ecuatoriano han sustraído recursos que podían haber aliviado el hambre, la enfermedad, el desempleo de ocho millones de ecuatorianos.

La corrupción pública es abuso del poder, tráfico de influencias, sinecuras y piponazgo, nepotismo, sobornos en los contratos, mala calidad en los servicios, evasión tributaria, contrabando, despilfarro de los fondos públicos. Están abiertas las heridas por la corrupción en la toma de decisiones desde los órganos de poder democrático y por lo tanto de representación universal, en beneficio de minorías que con el poder económico, social, político que poseen, son capaces mediante "inversiones electoreras" y compra de conciencias asegurar sus intocables utilidades aun a costa del sufrimiento y lágrimas de una mayoría cada vez más empobrecida.

Las élites ecuatorianas se han arrodillado ante el dinero, se han entregado a la seducción lujuriosa del poder. A lo largo de la historia han dictado leyes que legitiman y camuflan el asalto a los bienes públicos. Las élites políticas y económicas desde el poder se han constituido en complices y encubridoras del saqueo público; el Ecuador se ha vuelto ingobernable.

El pueblo, sumido en la pobreza, ha sobrevivido a la falta de igualdad de oportunidades corrompiéndose a su modo mediante la "viveza criolla", el engaño, el adulo, la mentira, el servilismo, el individualismo arribista, y la imitación de la conducta amoral de sus amos.

Unos han corrompido y vuelto inoperantes e ineficientes los servicios públicos, los demás han tolerado esos abusos y desde su inconsciencia han soportado y mantenido a demagogos y caciques en las estructuras de poder que son estructuras de "pecado social".

La sociedad ecuatoriana, está entonces en pecado, todos somos parte del pecado social en el que vivimos y aunque sea solo con nuestro silencio e inacción, lo soportamos y de esa forma nos constituimos en sus cómplices.

4. Muerte, corrupción e injusticia

La corrupción es siempre hurto y grave injusticia. La corrupción es la gran y terrible consagración de la injusticia, no solo por ser siempre un acto arbitrario y de abuso de la confianza pública, sino también, porque es un robo que lesiona el patrimonio común y lo que es peor trunca las posibilidades de los más débiles de satisfacer, incluso, sus necesidades las más elementales, tales como educación, salud, vivienda.

"La historia contemporánea del Ecuador es una historia de injusticias porque ha sido la historia de los **subsidios estatales** a favor de un pequeño grupo de la sociedad... Representantes de esta minoría privilegiada cuestionan y objetan los subsidios a los pobres... En los años 50 y 60 el modelo de sustitución de importaciones habría sido un sistema de subsidios para hacer crecer la Industria y la Banca... En los años 70 aparece el petróleo y con él una década de nuevos subsidios. Se fija el tipo de cambio, se fija la tasa de interés, se emiten ingentes recursos monetarios sin respaldo órganico, crecen los bancos, crece la gran empresa, grandes cantidades de dinero salen al exterior... y al final el País queda más pobre. En los años 80 con el advenimiento del sistema democrático, se dice vamos a crecer y a redistribuir el ingreso, se produjo el más grande subsidio bancario que se había he-

cho hasta entonces, con la sucretización de la deuda externa de las empresas privadas, empresas que por supuesto no eran propiedad de los más pobres. Se justifica la decisión con el argumento del mal menor, caso contrario, dicen, la quiebra de las empresas hubiese traído peores males al País... En los años 90, a partir de 1992 se entregan nuevamente subsidios privilegiando la demanda de bienes importados y se colman las estanterías de los modernos y lujosos centros comerciales, mientras la oferta, la producción nacional era desestimulada con tasas de interés inmensamente altas, los dueños del capital antes que invertir en el aparato productivo nacional, prefirieron inversiones "más seguras" en el exterior, y en forma sobresaliente, hacer inversiones más rentables en el sistema financiero y de operaciones bursátiles. Creció el desempleo y por ende la pobreza... En el gobierno democrático, del Dr. Mahuad, en el lapso de 14 meses se entregaron 2000 millones de dólares a los mismos grupos de poder que antes ya habían recibido subsidios. Cantidad de dinero equivalente al producto de dos años de exportación de petróleo; al 1.7 % de la reserva monetaria internacional. Cantidad de recursos que no existían en el erario nacional, se lo financia a través de deuda interna, vía descuento de papeles de la Agencia de Depósitos (AGD) en el Banco Central, que responde con la emisión de papel moneda, orgánica e inorgánica, la más alta en la historia del País. Esto produjo un aceleramiento desmedido de la inflación y una alza monstruosa del tipo de cambio. Solo el pago de intereses de la deuda contraída, en los próximos 15 años será equivalente a 3600 millones de dólares que sumados a los dos mil millones de dólares de la deuda, da un total de 5.600 millones, que deberemos pagar todos los ecuatorianos... La FAO frente al terrible deterioro de las condiciones alimentarias del País, propone una campaña de atención nutricional emergente para los niños con un financiamiento asignado de 10 millones de dólares... para el saneamiento de la Banca 5600 millones no les será suficiente.

Lo que sucede en el Ecuador, es en pequeño lo que sucede en el mundo, en 1998, según el PNUD de las Naciones Unidas, 225 personas tenían un ingreso equivalente al ingreso de 2.500 millones de personas, esto es poseían el 45 % de los ingresos del mundo"[7].

5. *Corrupción, inconsciencia y manipulación*

Desde el vacío existencial que adormece, se agolpan las apetencias de poder, de prestigio, de dinero y de placer, surgiendo entonces la competencia, no como forma de crecimiento y desarrollo, sino de negación y muerte del otro.

Aniquilamiento del otro como forma de pseudo afirmación propia; represión de la libertad social como forma de sojuzgamiento y utilización de los demás, y de enfrentamiento como forma darwinista de sobre vivencia. "Entremezcladas corrupción y cinismo y ausencia de todo principio ético con extremada audacia, la revelación de todos los signos y pruebas de deterioro moral, no logra un diagnóstico del mal que nos afecta y consigue indecentemente la promoción social de lo canalla"[8]

A nivel de conciencia social, la corrupción, implica venderse en su propia dignidad y mercadear conciencias. A pesar de cualquier laxitud de conciencia individual, es urgente que la sociedad reclame y llame al robo, robo; y al asesinato, asesinato; y, a los dos: crímenes que no pueden quedar en la impunidad.

El costo de la corrupción es difícil de cuantificar, sus efectos y estragos en todos los órdenes son inmensos, cualquier gestión pública se vuelve de por sí deficitaria y en crisis, las demandas so-

7 Cf. Eduardo Valencia, Principales causas de la pobreza en el Ecuador, Congreso de la Caridad, Quito,1999.

8 Luis Alberto Luna, ob. cit.

ciales son siempre mayores en relación a las posibilidades de respuesta. En consecuencia el Estado cada vez pierde mayor espacio en la gestión y capacidad de distribuir la riqueza.

Se ha roto no solamente la capacidad de eficiencia del Estado, sino incluso el propio sentido y naturaleza del mismo, " el Estado cuyo fin es proveer al bien común en el orden temporal, no puede en modo alguno permanecer al margen de las actividades económicas de los ciudadanos, sino que, por el contrario ha de intervenir con oportunidad, primero, para que aquéllos contribuyan a producir la abundancia de bienes materiales, cuyo uso es necesario para el ejercicio de la virtud (Santo Tomás de Aquino, De regimine principum I 15) y, segundo, para tutelar los derechos de todos los ciudadanos, sobre todo de los más débiles...

Por otra parte, el Estado nunca puede eximirse de la responsabilidad que le incumbe de mejorar con todo empeño las condiciones de vida de los trabajadores"[9]

Pero si los problemas sociales objetivos derivados de la corrupción son bastos, los efectos concienciales, de autoestima y de conciencia en el derecho a un futuro digno, pueden ser irreparables.

Las personas desconfían de la democracia como sistema de gobierno, y del Estado como ejercicio real y responsable del Bien Común. Están aun frescas las imágenes de febrero de 1998 y las de enero del 2000, quizá lo único diverso en las dos insurrecciones, los actores principales, y los argumentos de situación para justificar o condenar los acontecimientos, de acuerdo no a los hechos objetivos que parecen similares, sino al bando ideológico de pertenencia o desde el cual se quiera juzgar.

---

9 Mater et Magistra 20: AAS 53 (1961) 406.

La corrupción corrompe el presente, mientras genera esclavitudes y nuevas dependencias, enajena al individuo y le esteriliza frente a la realidad que le circunda. Relativiza el pasado como forma de "poner en crisis" la herencia cultural y el patrimonio axiológico común a los pueblos, particularmente desde nuestra débil identidad indomestiza e hipoteca el futuro en cuanto asesina la esperanza de un mañana mejor.

Pone en crisis y condena a la sociedad a un sudesarrollo valórico, que sobrepasando los límites de la inmoralidad, consagra una amoralidad, caldo de cultivo de toda impunidad y depravación.

La corrupción es siempre corruptora, denigra al que la comete como también a quien lo permite o tolera.

6. *Esclavitudes, mentiras y encubrimiento*

No hay libertad sin justicia, como tampoco libertad sin verdad, Victoria Campos sentencia y con esta desvela un común sofisma práctico, que es más grave, justamente por ser frecuente y desvergonzado, hablar de servicio, preocupación, atención a lo humano, olvidando la búsqueda de justicia y dice: "Donde no habita la justicia, ni siquiera como ideal o búsqueda, la dignidad de la persona es una palabrería" [10]

La administración de la justicia, para ser tal, ha de estar fundada en principios jurídicos y libre de toda influencia o de toda fuerza que la desvíe de su recta aplicación., caso contrario crecerá la desconfianza y la zozobra en la colectividad. Por desgracia, no son raros los hechos que los medios de comunicación recogen, como los linchamientos públicos, cuya advertencia, en ma-

[10] Ob. Cit. Ramiro Larrea Santos, Probidad o Corrupción? Un desafío público o privado, Poligrafiado, 1997.

yor o menor grado, es de grave crisis de fe en los órganos responsables de la administración de justicia.

Magistrados incorruptibles y de honrosos antecedentes hay en la función judicial. Pero por perniciosas y poderosas influencias que tratan de corromper todo y del mal provocado, sacar ventajas, llegan también, a veces, profesionales sin escrúpulos , sin la calidad en el noble, sano y acertado ejercicio de la carrera; ansiosos de dinero, y de todo otro recurso que les de o permita acceso consolidado a las cúpulas de poder. Aunque ello signifique la prostitución del Derecho, y la creciente desesperanza en la población por que un día podamos construir un Ecuador de paz y justicia.

Si el juez claudica bajo la presión, la amenaza, el soborno o la súplica sin base legal, la sociedad se duele y reacciona en múltiples formas de nerviosismo, inseguridad y desconfianza. El sorteo de causas, la determinación de competencia y jurisdicción, sabe a veces, mas que una diáfana y transparente diligencia procesal, un acto circense. Se tiene la impresión que determinadas causas de un mismo tipo van siempre "al azar" a los mismos jueces, ya conocidos por su doblez u obedientes a compromisos adquiridos para pagar sus designaciones.

Los trámites judiciales, acusan los quejosos, se activan o sufren dilaciones a impulso del dinero, de la recomendación o de la influencia, nada está seguro y la Función Jurisdiccional, entonces se convierte en un mercado de los más detestables por las componendas y arreglos aun a costa del sacrificio del inocente. La ciudadanía puesta la fe en los Tribunales, queda indefensa y al arbitrio artero de quienes emplean malas artes para el triunfo de sus intereses, aun a costa del Bien Común.

7. Conclusión final

El Doctor Julio César Terán Dutari, ahora Obispo Auxiliar del

Señor Arzobispo Primado de Quito, refiriéndose a la amenaza secularista, característica de la cultura de muerte a la que nos estamos refiriendo dice:

"El impulso que lleva desde una legítima secularización... hacia cualquier secularismo condenable, viene de aquella antigua máxima de la modernidad : "Etsi Deus nos daretur" **–como si no existiera Dios-.** Hoy se conoce en el mundo una nueva versión, que está produciendo un secularismo peor aún **como si no existiera el pobre.** Esta afirmación, lejos de la pretensión blasfema de colocar al pobre en el lugar divino, intenta mas bien tomar en serio el evangelio: si no reconocemos en el rostro del pobre a Jesucristo, Hijo de Dios que nos interpela, estamos viviendo como si Dios no existiera y estamos entregando nuestro mundo a la condenación".[11]

Podemos afirmar entonces que la raiz de la cultura de muerte que busca inplantarse en nuestra Patria, al inicio del tercer milenño, es de orígen ateo, busca saciar el hambre de Dios, con la administración de sustitutos egoístas de posesión autocosificante de bienes, logros de poder y dominio sobre los otros y de hedonistas placeres paralizantes, todo esto a costa de un creciente número de hambrientos de pan, de esperanza y libertad.

El Sínodo Extraordinario de los Obispos, celebrado a los 20 años del Concilio Vaticano II, dice: "donde la Iglesia está oprimida por alguna ideología totalitaria, donde ella eleva su voz contra las injusticias parece que es más positivamente aceptada", siendo esta nuestra realidad, nos corresponde a todos, junto con nuestros Pastores, proclamar y trabajar porque, contra corriente, **aumente el hambre de Dios y desaparezca el hambre de pan.**

Dr. Luis Enrique Galarza Alarcón

---

[11] Aportes de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana a la IV Conferencia General. Quito. 1991.

La presencia eucarística de Jesús, como Pan de Vida, camino para la Conversión y Reconciliación

Introducción

La Eucaristía fue el tema de la primera meditación que el 16 de marzo pasado predicó el arzobispo vietnamita François Xavier Nguyên Van Thuân al Papa y a sus colaboradores, quienes en aquella semana se encontraban haciendo Ejercicios espirituales. Comenzó con una conmovedora evocación de las Misas que celebró en los trece años de cárcel que tuvo que soportar en su país.

«Cuando me encarcelaron en 1975 -recordó el prelado vietnamita-, me vino una pregunta angustiosa: ¿Podré celebrar la Eucaristía?»

El prelado, quien entonces era arzobispo de Saigón, explicó que, dado que al ser detenido no le concedieron llevarse ninguno de sus objetos personales, al día siguiente le permitieron escribir a su familia para pedir bienes de primera necesidad: ropa, pasta dental, etc. «Por favor, envíenme algo de vino, como medicina para el dolor de estómago». Los fieles entendieron muy bien lo que quería y le mandaron una botella pequeña de vino, con una etiqueta en la que decía: "Medicina para el dolor de estómago". Entre la ropa escondieron también algunas hostias. La policía le preguntó: «¿Le duele el estómago?». -«Sí», respondió monseñor Van Thuân-. «Aquí tiene su medicina».

«No podré expresar nunca mi alegría: celebré cada día la misa con tres gotas de vino y una de agua en la palma de la mano. Cada día pude arrodillarme ante la cruz con Jesús, beber con El su

cáliz más amargo. Cada día, al recitar la consagración, confirmé con todo mi corazón y con toda mi alma un nuevo pacto, un pacto eterno entre Jesús y yo, a través de su sangre mezclada con la mía. Fueron las misas más bellas de mi vida».

Más tarde, cuando le internaron en un campo de reeducación, al arzobispo le metieron en un grupo de cincuenta detenidos. Dormían en una cama común. Cada uno tenía derecho a cincuenta centímetros. «Nos las arreglamos para que a mi lado estuvieran cinco católicos. A las 21h30 apagaban las luces y todos tenían que dormir. En la cama, yo celebraba la misa de memoria y distribuía la comunión pasando la mano por debajo del mosquitero. Hacíamos sobres con papel de cigarro, para conservar el santísimo Sacramento. Llevaba siempre a Cristo Eucaristía en el bolso de la camisa».

Dado que todas las semanas tenía lugar una sesión de adoctrinamiento, en la que participaban todos los grupos de cincuenta personas que componían el campo de reeducación, el arzobispo aprovechaba los momentos de pausa para pasar la Eucaristía, con la ayuda de sus compañeros católicos, a los otros cuatro grupos de prisioneros. «Todos sabían que Jesús estaba entre ellos, y Él cura todos los sufrimientos físicos y mentales, continuaba afirmando. De noche, los prisioneros se turnaban en momentos de adoración. Jesús Eucaristía, indicaba el prelado, ayuda de manera inimaginable con su presencia silenciosa: muchos cristianos volvieron a creer con entusiasmo; su testimonio de servicio y de amor tuvo un impacto cada vez mayor en los demás prisioneros; incluso algunos budistas y no cristianos abrazaron la fe. La fuerza de Jesús es irresistible. La oscuridad de la cárcel se convirtió en luz pascual. Jesús comenzó una revolución en la cruz. La revolución de la civilización del amor tiene que comenzar en la Eucaristía y desde aquí tiene que ser impulsada».

Me ha parecido oportuno comenzar mi intervención en este Congreso Eucarístico Mariano con el testimonio de fe de este Obispo ejemplar, porque, como escribía Juan Pablo II, «hay personas que dejan tras de sí como una carga de amor, de sufrimiento aceptado, de pureza y verdad, que llega y sostiene a los demás»[1].

Cristo, Pan bajado del cielo, enviado por el Padre al mundo, viene a librar a los hombres del poder del pecado y de la muerte; viene para darnos la vida, la alegría y la paz[2]; y la Iglesia, fiel a la misión recibida de su Fundador, lleva en sí ese mensaje de paz, porque lleva a Cristo. Como afirma el Concilio Vaticano II, «la paz terrena que nace del amor al prójimo es imagen y efecto de la paz de Cristo que viene de Dios Padre. Pues el Hijo mismo encarnado, príncipe de la paz, por su cruz reconcilió a todos los hombres con Dios, restituyendo la unidad de todos en un solo pueblo y en un solo cuerpo, en su propia carne dio muerte al odio (Cfr. *Eph.* 2, 16; *Col* 1, 20-22)»[3].

La paz nace en el corazón del hombre

Nadie ignora la profunda aspiración a la paz que existe en el corazón de cada ser humano. Pero tampoco podemos olvidar que es en el interior del hombre, como consecuencia de su pecado, donde anidan los odios, las violencias, las injusticia, los conflictos y guerras en el mundo[4]. «Estoy profundamente convencido,

---

1 Bula *Incarnationis mysterium*, 29-XI-1998, n. 10.

2 Cfr. *Jn* 6, 33. Lo recoge expresamente la oración de declaración de la intención, recomendada a los sacerdotes para recitarla antes de la misa: *Gaudium cum pace, emendationem vitae, spatium verae paenitentiae, gratiam et consolationem Sancti Spiritus, perseverantiam in bonis operibus, tribuat nobis omnipotens et misericors Dominus.*

3 Const. Past. *Gaudium et Spes*, n. 78, Documentos del Vaticano II, BAC, 1990, p. 281.

4 *De dentro, del corazón de los hombres, salen las intenciones malas: fornicaciones, robos, asesinatos, adulterios, avaricias, maldades, fraude, libertinaje, envidia, injuria, insolencia, insensatez. Todas estas perversidades salen de dentro y hacen impuro al hombre* (*Mc* 7, 21-23).

afirmaba Juan Pabló II, (...) que la guerra se origina en el corazón del hombre (...). El hecho de recurrir a la violencia y a la guerra deriva, en última instancia, del pecado del hombre, de la ceguera de su espíritu y del desorden de su corazón»[5].

Si quiere llevar la paz a los que le rodean, el paso previo es arrojar el mal que hay en su interior: vencer al pecado y reconciliarse con Dios; solo así el hombre alcanzará la paz en su alma y podrá llevarla a los que le rodean. De lo contrario -la experiencia no hace más que confirmarlo- sus esfuerzos, incluso los mejor intencionados, resultarán estériles. El por qué de esta afirmación nos lo señala una profunda verdad, recogida por la sabiduría popular: *nadie da lo que no tiene*, o, para expresarlo con las palabras del profeta Jeremías: *Han curado el quebranto de mi pueblo a la ligera, diciendo: "¡Paz, paz!", cuando no había paz*[6].

La paz falta en el mundo porque falta, en primer lugar, en el corazón del hombre. La paz nace o muere en el corazón humano. Cuando la criatura rompe por el pecado su vinculación al Creador, quiéralo o no rompe también la vinculación con sus semejantes. No sabemos lo que desencadenamos cuando cedemos a las tentaciones. Un pecado no es jamás un hecho aislado; provoca como una invasión de muerte. No se sabrá en la vida totalmente lo que se ha perdido con el pecado; no se podrá medir nunca el alcance del desastre que ha provocado. Este desastre solo se podrá valorar el día del juicio.

Cuando el pecado se instala en el corazón humano, resulta imposible rezar. El alma siente reciamente su soledad. De hecho está muerta: el pecado la ha matado. El pecado crea en el alma una

5 *Mensaje para la XVII Jornada Mundial de la Paz del año 1984, Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, vol. VI, 2 (1983), pp. 1280-1282.

6 *Jer* 6, 14.

soledad que ninguna palabra puede describir: aleja a Dios de nosotros. En lo absoluto, no hay una esperanza verdadera que no sea la de Dios y no hay soledad verdadera que aquella donde estamos solos sin Dios. El amor y alguna vez la amistad pueden producir la ilusión de llenar la soledad ordinaria; pero la soledad sobrenatural solo la puede llenar Dios. Lo expresaba magistralmente San Agustín con sus conocidas palabras: «Nos has hecho, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti»[7].

La construcción de la paz empieza por el corazón de cada hombre, cuando este se convierte a Dios, acepta el orden establecido por Él, lo reconoce como Padre y reconoce a los demás como hermanos y hermanas. La paz y la reconciliación con Dios y la paz y la reconciliación con los hombres son inseparables; la primera es condición para la segunda. Por eso puede decirse que el futuro de la paz pasa por el corazón del hombre que ama a Dios y comienza a edificarse cuando el hombre, en su movimiento de conversión hacia Dios, quita de su alma el obstáculo por excelencia para la instauración de la paz: el pecado.

Afirma Juan Pablo II en el mensaje para la paz antes citado: «Es el "corazón" del hombre lo que hay que renovar (...). La fe cristiana tiene un término para designar este cambio radical del corazón: la "conversión"»[8]. Por eso, el problema de la paz se debe colocar en el plano de la apertura hacia Dios, mediante la conversión del corazón: en el corazón del hombre en su lucha contra el pecado.

La dificultad está, como lo han señalado los últimos Romanos Pontífices, precisamente en que el hombre no quiere reconocer

7 *Confesiones, I, 1, 1.* BAC, Madrid, 1951, p. 79.

8 *Insegnamenti...*, p. 1282.

su pecado. «El pecado de nuestro siglo, afirmaba Pío XII, es la pérdida del sentido del pecado»[9]. Lo recordaba también el Papa actual: «La acción del Espíritu de la verdad, que tiende al salvífico "convencer en lo referente al pecado", encuentra en el hombre que se halla en esta condición una resistencia interior, como una impermeabilidad de la conciencia, un estado de ánimo que podría decirse consolidado en razón de una libre elección: es lo que la Sagrada Escritura suele llamar "dureza de corazón" (Cf. *Sal.* 81 (80), 13; *Jer* 7, 24; *Mc* 3, 5). En nuestro tiempo a esta actitud de mente y corazón corresponde quizás la pérdida del sentido del pecado, a la que dedica muchas páginas la Exhortación Apostólica *Reconciliatio et paenitentia*»[10].

Es necesario despertar en las conciencias el sentido del pecado, que conlleva la vertiente positiva de despertar en las almas el sentido de Dios, Creador, Señor y Padre.

Cristo trae la paz al corazón del hombre

Recuerda el Catecismo de la Iglesia Católica que *al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley* (Gal 4, 4-5)[11]. Ciertamente, el pecado esclaviza, como explica Cristo conversando con los judíos: *"En verdad, en verdad os digo: todo el que comete pecado, es un esclavo. Y el esclavo no se queda en casa para siempre; mientras el hijo se queda para siempre. Si, pues, el Hijo os da la libertad, seréis realmente libres"*[12]. Y unos capítulos más adelante, hablando con unos griegos piadosos que deseaban verle, anun-

9 Radiomensaje al Congreso Catequístico Nacional de los Estados Unidos de América en Boston, 26 de octubre de 1946, *Discursos y radiomensajes*, VIII (1946), 288.

10 Carta Enc. *Dominum et vivificantem*, 18 de mayo de 1986, n. 47.

11 Cfr. n. 422.

12 *Jn* 8, 34-36.

cia, de modo misterioso, cómo se llevará a cabo ese rescate: *"Cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mi"*. Y continúa el evangelista: -*Decía esto para significar de qué muerte iba a morir*[13].

Al habernos dejado arrastrar por la esclavitud del pecado, los hombres no éramos capaces de librarnos por nuestras fuerzas, ni de curar nuestro corazón. Ningún hombre, aunque fuese el más santo, estaba en condiciones de tomar sobre sí los pecados de todos los hombres y ofrecerse en sacrificio por todos. La reconciliación viene de arriba. Por medio de su sacrificio en la cruz, Cristo nos ha redimido y ha llevado a cabo la redención universal, estableciendo el fundamento de las nuevas relaciones del hombre con Dios Padre y de los hombres entre sí, como hermanos. Librándonos del pecado, ha hecho posible la paz en los corazones de los hombres y en el mundo.

«*El amor de Cristo nos apremia al pensar que, si uno murió por todos, todos por tanto murieron* (*II Co* 5, 14). La existencia en Cristo de la persona divina del Hijo, que al mismo tiempo sobrepasa y abraza a todas las personas humanas y que le constituye Cabeza de toda la humanidad, hace posible su sacrifico redentor "por todos"»[14].

Pero «Dios no quiere esclavos, sino hijos y respeta nuestra libertad»[15]. La paz de Cristo, siendo un regalo de Dios, no llega al hombre automáticamente. Dios no nos lo impone; cada uno está llamado a hacerlo propio.

---

13 *Jn* 12, 32-33.

14 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 616.

15 BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, Ed. Rialp, Madrid, n. 129.

La Iglesia, que hace presente en el mundo la obra de Cristo hasta el fin de los tiempos, lleva la paz a los corazones de los hombres de diversas maneras. Primero, mediante la predicación del evangelio, la Buena Nueva, que nos anuncia la Verdad: *"Si os mantenéis fieles a mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres"*[16].

Lleva la paz además por medio de los Sacramentos, en primer lugar a través del Bautismo, que borra el pecado original y todos los pecados personales y establece unas nuevas relaciones entre los hombres y Dios Padre: nos hace hijos de Dios[17], al hacernos partícipes de la naturaleza divina[18] y miembros del Cuerpo de Cristo[19], lo que hace verdaderamente posible la paz.

Lleva la paz también, para los cristianos que han pecado gravemente después del Bautismo, a través del sacramento de la reconciliación. Por medio del sacramento de la Penitencia, Cristo resucitado, mediante su Espíritu, continúa haciendo presente su perdón y su paz a través de los tiempos. Así lo proclamó Él mismo el día de su Resurrección: *Al atardecer de aquel primer día de la semana, estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: "La paz con vosotros" (...). Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos"*[20]. Este es el primer regalo del Resucitado: el don de la remisión de

---

16 *Jn* 8, 31-32.

17 *Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! (...). Queridos, ahora somos hijos de Dios* (*I Jn* 3, 1-2).

18 ... *por medio de las cuales* (la gloria y la virtud de Cristo) *nos han sido concedidas las preciosas y sublimes promesas, para que por ellas os hicierais partícipes de la naturaleza divina* (*II Pe* I, 4).

19 *Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte* (*I Co* 12, 27).

20 *Jn* 20, 19-23.

los pecados, el don de la paz de Cristo y de su amor, como recordaba Juan Pablo II en la homilía que pronunció en Manila el 19 de febrero de 1981, en la misa por la paz: «A través del sacramento de la Penitencia, Jesús nos ofrece su perdón y su paz. Justamente por su importancia como sacramento de reconciliación, subrayé en mi primera encíclica "el derecho del hombre a un encuentro más personal con Cristo crucificado que perdona" (*Redemptor hominis*, 20), e invité a la fiel observancia de la práctica secular de la confesión individual. Hoy presento una vez más el sacramento de la Penitencia como don de la paz de Cristo y de su amor y os pido a todos hacer el máximo esfuerzo para acoger esta ocasión de gracia»[21].

Para recibir este regalo, es absolutamente necesario que el hombre tienda a la gracia, pidiéndosela a Cristo, que es el verdadero ofendido[22] y quien nos da un corazón nuevo[23]. Al mismo tiempo, es necesario reconocer los propios pecados y ser dóciles a las mociones del Espíritu Santo, pues la conversión del corazón del hombre se lleva a cabo bajo su influjo. Después, siguiendo el camino de la conversión que Cristo estableció, deberá confesar sus pecados, abriendo el corazón al perdón de Cristo, dejando que Él lo llene con su amor, su alegría y su paz[24]. La celebración del sacramento de la Penitencia es fundamental para la paz del hombre y del mundo.

---

21 *Insegnamenti...*, vol. IV, 1 (1981), pp. 398-399.

22 *Pues mi delito yo lo reconozco, mi pecado sin cesar está ante mí; contra ti, contra ti sólo he pecado* (*Sal* 51 (50), 5-6).

23 *...yo les daré un corazón nuevo y pondré en ellos un espíritu nuevo: quitaré de su cuerpo el corazón de piedra y les daré un corazón de carne, para que caminen según mis preceptos, observen mis normas y las pongan en práctica, y así sean mi pueblo y yo sea su Dios* (*Ez* 11, 19-20).

24 Cfr. A. GARCÍA IBÁÑEZ, en *Annales theologici* 1 (1987), pp. 131-140.

Cristo, realmente presente en la Eucaristía, lleva la paz a los corazones

La Iglesia lleva también la paz a los corazones a través de la celebración de la Eucaristía. En la misma homilía citada más arriba, Juan Pablo II afirmaba: «La Eucaristía (...) es el culmen de nuestra paz sacramental, en la cual nosotros presentamos de nuevo al Padre el sacrifico de su Hijo y recibimos en compensación el don de la reconciliación y de la paz, el don de Jesús mismo. Jesús, Príncipe de la paz, se comunica a sí mismo y se hace nuestra paz»[25]. Al ofrecerse sobre el altar, Cristo hace posible que los hombres se libren del yugo del pecado: les da la fuerza que les hace capaces de convertirse. La Eucaristía actúa en los corazones humanos para moverlos al arrepentimiento y para llevarlos a la reconciliación.

Al llegar la plenitud de los tiempos, el Dios-con-nosotros tomó carne como la nuestra. Lo muestran la sorprendente conversación de Jesús con la Samaritana, cuando aquella mujer dice: *Sé que el Mesías, el llamado Cristo, está al venir. Cuando él venga nos anunciará todas las cosas. Le respondió Jesús: "Yo soy, el que habla contigo"*[26]; y aquellas otras que debieron de llenar de consuelo a los Apóstoles, momentos antes de su Ascensión: *"Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo"*[27]. Ellos sabían por qué su Maestro les decía eso; habían sido testigos y destinatarios de las palabras maravillosas de Cristo en la última Cena: *"Haced esto en memoria mía"*[28].

---

25 *Insegnamenti...*, vol. IV, 1 (1981), p. 399.

26 *Jn* 4, 25-26.

27 *Mt* 28, 20.

28 *Lc* 22, 19.

Ciertamente, entre los diversos modos de presencia de Jesús en su Iglesia, el modo de presencia de Cristo bajo las especies eucarísticas es singular, porque, como recuerda el Catecismo de la Iglesia Católica, «en el santísimo sacramento de la Eucaristía, están "contenidos *verdadera, real* y *sustancialmente* el Cuerpo y la Sangre junto con el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, y, por consiguiente, *Cristo entero*" (Conc. de Trento: DS 1651). "Esta presencia se denomina 'real', no a título exclusivo, como si las otras presencias no fuesen 'reales', sino por excelencia, porque es *sustancial* y por ella Cristo, Dios y hombre, se hace totalmente presente" (*Mysterium fidei*, 39)»[29].

El Catecismo emplea la terminología de Trento: *verdadera, real* y *sustancialmente*. Con el término "verdadera" hace referencia a las palabras de Cristo en la sinagoga de Cafarnaún" *"En verdad, en verdad os digo que no os dio Moisés el pan del cielo, sino que mi Padre os da el verdadero pan del cielo"*[30]. Con la palabra "real" quiere referirse, sobre todo, a la identidad real entre el Cristo Eucaristía y el Cristo histórico. Al hablar de "sustancialmente" se recoge el conocido juramento prestado por Berengario de Tours[31].

No es exacto afirmar que Trento utilizó en sus definiciones terminología filosófica y concretamente, aristotélica. Los Padres conciliares querían atenerse a la fe de la Iglesia, que se venía expresando desde hacía siglos: «El término de "sustancia", por ejemplo, opera ya en la Tradición de la Iglesia desde Ambrosio y Fausto de Riez y es usado por el Magisterio antes de la llegada del hilemorfismo. Hay un dato de especial interés: se habla de especies y no de accidentes, en un intento de atenerse a una

---

29 n. 1374 (la cursiva es del propio Catecismo).

30 *Jn* 6, 32.

31 Dz 700.

terminología que, en la Tradición de la Iglesia, tenía una existencia más enraizada que la de accidentes, propia del hilemorfismo»[32].

Pío XII precisará que «las nociones y los términos, que los doctores católicos, con general aprobación, han ido componiendo durante el espacio de varios siglos, para llegar a obtener alguna inteligencia del dogma, (...) se fundan realmente en principios y nociones deducidas del verdadero conocimiento de las cosas creadas; deducción realizada a la luz de la verdad revelada, que, por medio de la Iglesia, iluminaba, como una estrella, la mente humana»[33].

También Pablo VI enseñará que las fórmulas que utiliza el Magisterio, «como las demás de que la Iglesia se sirve para proponer los dogmas de la fe, expresan conceptos que no están ligados a una determinada forma de cultura, ni a una determinada fase de progreso científico, ni a una u otra escuela teológica, sino que manifiestan lo que la mente humana percibe de la realidad en la universal y necesaria experiencia y lo expresan con adecuadas y determinadas palabras tomadas del lenguaje popular o del lenguaje culto. Por eso resultan acomodadas a los hombres de todo tiempo y lugar»[34].

Ciertamente, el Magisterio se ha servido de la filosofía y concretamente de la síntesis que, sobre el tema de la presencia real de Cristo en la Eucaristía, hizo Santo Tomás de Aquino[35]. El concluye que el único modo de llegar a esta presencia es la conversión

[32] J. SAYÉS, *El misterio eucarístico*, BAC, Madrid, 1986, p. 207.

[33] Ecca. *Humani Generis*, (12-VIII-1950), en Encíclicas Pontificias, Buenos Aires, 1959, p. 1797.

[34] Ecca. *Mysterium fidei*, en Encíclicas de Pablo VI, Edibesa, Madrid, 1998, p. 92.

[35] Cfr., especialmente, la *S. Teol.* III, qq. 73-78.

de la sustancia del pan en el cuerpo y la sustancia del vino en la sangre; lo deduce después de analizar y rechazar otras posibilidades: una nueva creación o un movimiento local. No se trata de una conversión natural, pues en las transformaciones permanece la materia prima, sujeto del cambio, mientras que en ésta todo el ser del pan se convierte en todo el ser de Cristo. Se trata de una conversión admirable, misteriosa, completamente sobrenatural, solo accesible a la omnipotencia divina, cuya acción se extiende a toda la naturaleza del ser y que el Magisterio denominará transustanciación. En virtud de esa «admirable conversión», en la Eucaristía se contiene la verdadera carne y la verdadera sangre de Cristo[36].

Señala Santo Tomás -esta es la clave de su síntesis y satisfará las exigencias, no solo del simbolismo sino también de la realidad del Santísimo Sacramento-, que Cristo está presente en la Euca-

[36] Stefania Falasca, en un artículo aparecido en 30 DÍAS, recuerda el milagro eucarístico de Lanciano. Conservadas en un cáliz y un ostensorio se contienen dos reliquias eucarísticas desde hace doce siglos en la antigua iglesia de San Francisco de Lanciano, en la región de Abruzzo (Italia). La hostia, convertida en carne, como puede observarse hoy, conservada en un ostensorio de plata, tiene el tamaño de una hostia grande. El vino, convertido en sangre, está coagulado en cinco glóbulos de diferente tamaño. Se han realizado sobre esos grumos varios reconocimientos eclesiásticos. En el primero de ellos, llevado a cabo en 1574, ocurrió un fenómeno extraordinario del que da testimonio un epígrafe que todavía puede verse en la capilla que está a la derecha de la nave; en ese texto se lee: "La carne está todavía entera y la sangre dividida en cinco partes desiguales, que pesan todas juntas lo mismo que cada una de ellas por separado". A once años de la clausura del Concilio de Trento, donde había habido una gran polémica sobre la cuestión de la transustanciación, con el peso igual de los cinco coágulos de sangre de Lanciano, el Señor quiso dar una nueva señal de su presencia real en el misterio eucarístico: en cada gota de vino y cada trozo de hostia consagrados, está presente todo su cuerpo y toda su sangre. En 1970, los franciscanos, para eliminar definitivamente cualquier duda, encargaron el análisis científico de las reliquias al profesor Odoardo Linoli, jefe médico de los hospitales reunidos de Arezzo, docente de Anatomía, Histología patológica y Microscopía clínica. Los resultados se publicaron en Nueva York y Ginebra, y fueron repetidos en 1980, con nuevos resultados aún más asombrosos.

ristía «al modo como está presente la sustancia»[37], aunque no de la misma manera, pues los accidentes de pan no inhieren en la sustancia de Cristo. Y sin embargo, ésta se relaciona con el lugar en que está a través de las dimensiones del pan: donde están los accidentes, ahí está la sustancia del cuerpo de Nuestro Señor. La sustancia del cuerpo de Cristo no ocupa lugar; la locación de Cristo no es natural sino sobrenatural. Y está ahí mientras permanecen los accidentes; cuando estos se corrompen, desaparece la sustancia del cuerpo de Cristo sin sufrir ningún cambio, pues -resucitado y glorioso- no está sujeto a modificación alguna.

Explica también Santo Tomás, al estudiar cómo el Señor está presente bajo las especies del pan y del vino, que en el sacramento está todo Cristo, pero no todo lo de Cristo está de la misma manera: el cuerpo y la sangre se hacen presentes «por la fuerza de las palabras» de la consagración y por «natural concomitancia», lo que real y actualmente le está unido[38]. Trento añadirá después el concepto de la concomitancia sobrenatural, para señalar la presencia de la divinidad bajo las especies eucarísticas[39].

Los Romanos Pontífices, en la segunda mitad del siglo pasado, salieron al paso de diversas teorías que, intentando superar la transustanciación, reducían la presencia de Cristo en la Eucaristía «a un simbolismo»[40]. Pablo VI, después de alabar el empeño que los teólogos realizan para profundizar en el contenido de la fe y en concreto de la Eucaristía, se siente en la obligación de poner en guardia ante el peligro que pueden constituir algunas de esas afirmaciones, concretamente en lo que se refiere al «dogma

37 *S. Teol.* III, q. 76, a. 5.

38 Cfr. *Íb.*, a. 1.

39 Cfr. Ses. XIII, Cap. 3, Dz 1639-1640.

40 Pío XII, Ecca. *Humani Generis*, o. c., p. 1800.

de la transustanciación», para que no quede reducido a una "transignificación" o a una "transfinalización", por insistir demasiado en la razón de signo sacramental[41]. Precisamente en virtud de la transustanciación, las especies de pan y vino adquieren un nuevo significado y un nuevo fin, porque contienen una nueva realidad ontológica[42].

No parece posible prescindir de la transustanciación, al menos si se quiere mantener la presencia objetiva de Cristo en la Eucaristía.

Eucaristía y reconciliación con Dios

a) La Eucaristía y la penitencia, ¿dos formas paralelas para el perdón?

Señalaba más arriba que la Iglesia lleva la paz, a los cristianos que han pecado gravemente después del Bautismo, a través del sacramento de la reconciliación. Lleva también la paz a través de la celebración de la Eucaristía. Examinaremos a continuación la relación existente entre ambos sacramentos. Trataremos, en definitiva, la cuestión de si existen o no dos formas paralelas para el perdón: la Eucaristía y la Penitencia.

En las últimas décadas del siglo pasado se ha vuelto a plantear de manera más insistente el problema de las relaciones existentes entre la Eucaristía y la reconciliación con Dios[43]. En ocasio-

41 Cfr. Ecca. *Mysterium fidei*, o. c., pp. 84-86.

42 Cfr. *Íb.*, pp. 109-110.

43 Señalo algunos libros y artículos más recientes sobre este tema: M. NICOLAU, *La reconciliación con Dios y con la Iglesia*, Madrid, 1977; P. ADNÈS, *La Penitencia*, BAC, Madrid, 1981; A. GARCÍA IBÁÑEZ, *Confesión sacramental y comunión eucarística*, en Sacramentalidad de la Iglesia y sacramentos, IV Simposio internacional de Teología de la Universidad de Navarra, EUNSA, Pamplona, 1983, pp. 461-484; J. A. SAYÉS, o.c.; C. BLANCHETTE, *Pénitence et Eucharistie. Dossier d'une question controversèe,*

nes se ha pretendido establecer como suficiente para la comunión el perdón que se obtiene en la misma Eucaristía, con lo que no sería necesaria la confesión previa de los pecados mortales de los que alguno tuviera conciencia, antes de recibir la comunión. La necesidad provendría, en todo caso, de un precepto eclesiástico, afirman.

El tema no presenta dificultad alguna si se trata de pecados veniales, pues al aumentar la caridad, la Eucaristía excita el amor, que borra los pecados veniales de quien ya está en gracia. Además, cura las huellas del pecado, venial y mortal, pues al crecer en el alma la caridad, tanto la santificante como la actual, penetra hasta lo más recóndito de nuestro ser con toda su eficacia sanativa.

En la Biblia no se encuentra un texto que indique explícitamente la necesidad de acudir al sacramento de la Penitencia antes de acercarse a la Eucaristía, pero la Tradición ha visto desde el principio, en el pasaje de *I Cor* 11, 27-28, el sustento bíblico para esa obligación. Baste recordar algunos pocos testimonios que, por su claridad, no necesitan comentarios: «El que es santo, acérquese (se refiere a la Eucaristía); el que no lo es, haga penitencia»[44]. «Las almas y los cuerpos enfermos por la senectud de los pecados, no admiten los sacramentos de la Nueva Ley»[45]. «Nadie recibe la comida de Cristo si no ha sido sanado antes»[46]. «Nadie diga: yo hago penitencia en secreto a los ojos de Dios; basta que aquél que debe perdonarme conozca la penitencia que hago en

Recherches–Nouvel. Serie 21, Montreal–París, 1989; J. GALOT, *L'Eucaristia miracolo di vita*, Ed. SMEL, Lanciano, 1997, pp. 59-80; J. HERRANZ, *Eucaristia e conversione*, en *Studi Cattolici*, 467 (2000), pp.4-9.

44 *Didaché*, X, 6, Funk, 163.

45 SAN HILARIO, *Commentarius in Evangelium Matthaeum*, Cap. 9, n. 4, PL 9, 963.

46 SAN AMBROSIO, *Expositio Evangelii secundum Lucam*, 1. 6, nn. 70-71, PL 15, 1686-1687.

el fondo de mi corazón. Si así fuese, en vano hubiera dicho Jesucristo: "lo que desatareis en la tierra será desatado en el cielo", en vano hubiera confiado las llaves de la Iglesia. No basta, no, confesarse a Dios; es necesario confesarse a aquellos que recibieron de Él la facultad y el poder de atar y desatar»[47]. «A vosotros, hermanos, que después de haber cometido los delitos, rechazáis la penitencia; a vosotros, digo, cobardes después de haber sido osados, tímidos después de haber pecado; que no os ruborizáis de pecar y os ruborizáis de confesaros»[48]; y un último: «Los que viven con perversidad en la Iglesia y no se retraen de comulgar, creyendo que con tales comuniones quedan limpios, deben saber que nada les aprovecha para su regeneración»[49].

Hemos de recordar que ya en Trento se planteó este problema y en la Sesión XXII, dedicada a la misa, mostró y definió que, por su carácter de sacrifico expiatorio y propiciatorio, concede la gracia y el don de la penitencia y perdona los crímenes y pecados, por grandes que sean[50].

Puede deducirse de esto que la misa colabora al perdón de los pecados, puesto que suscita gracias para la penitencia y el dolor, pero presupone el arrepentimiento de las faltas en quien presenta el sacrificio. La misa aplica sus frutos al perdón de los pecados, que Cristo nos mereció, si bien el perdón se realiza por medio del don de la penitencia que Dios otorga al pecador a la vista de este sacrificio.

Pero el pecador tiene que prepararse con un corazón sincero, con una fe auténtica. De que la Eucaristía tenga poder de perdo-

47 SAN AGUSTÍN, *Sermón* 392, 1, 3, PL 39, 1711.

48 SAN PACIANO, *Paraenesis*, 6, PL 13, 1085.

49 SAN ISIDORO, *Sententiae*, 1, 22, 7, PL 83, 589-590.

50 Cfr. Dz 1743.

nar todos los pecados del hombre no se deduce -Trento no lo indica- que sea la causa próxima de la remisión de los pecados mortales. Impetra la gracia de la contrición porque, mediante las gracias actuales, mueve los corazones al arrepentimiento, concede el don de la penitencia a quienes no ponen obstáculos y encauza a los pecadores al sacramento del perdón. Cabe hacer hincapié en lo que acabamos de señalar: a quienes no ponen obstáculos, pues la contrición no se lleva a cabo automáticamente en todos los que asisten a la Misa; dependerá siempre de las disposiciones que tengan, de cómo cooperen con la gracia divina.

Respecto a la necesidad del sacramento de la Penitencia para comulgar, cuando alguno se encuentra en pecado mortal, conviene recordar lo que se señala también en la Sesión XII del mismo Concilio. En el Capítulo 7, en el que trata *De la preparación que debe llevarse para recibir dignamente la santa Eucaristía,* trae a colación las palabras del Apóstol en su primera Carta a los Corintios arriba citadas y recuerda la costumbre de la Iglesia sobre la necesidad de la confesión sacramental, antes de acercarse a la Eucaristía, para los que tienen conciencia de pecado mortal[51].

Según la terminología tradicional, la Eucaristía no alcanza el perdón de los pecados *ex opere operato,* directamente, sino de modo indirecto; no es la Eucaristía la que alcanza el perdón de las culpas, sino el arrepentimiento al que la Eucaristía dispone.

La Eucaristía, indirectamente, sí puede influir en el perdón de los pecados, pues un cristiano en pecado mortal, al ser consciente de su privación de la gracia santificante y experimentar la tristeza de su condición, puede ser movido interiormente mediante la Eucaristía a realizar un acto de contrición perfecta. En el ámbito de la celebración eucarística puede sentirse animado a

51 Cfr. Dz 1646.

una perfecta contrición y alcanzar de Dios el perdón de sus culpas antes de confesarse, con el deseo de hacerlo en cuanto le sea posible.

Un ejemplo del influjo que la Eucaristía causa en el alma lo ofrece la conversión al catolicismo hace unos años de Seppo A. Teinonen, el más prestigioso teólogo luterano de Finlandia. Al entrevistarle, tiempo después, sobre las circunstancias que pesaron decisivamente en el proceso de su conversión, respondía: «En el origen de mi conversión (...), lo más importante es la Santa Misa (...). No puedo vivir sin la Misa y la comunión diarias; es la fuente de toda la vida cristiana»[52].

Que la Eucaristía no perdona directamente al pecador parece deducirse también de las palabras que el mismo Concilio añade a continuación: «perpetuamente debe guardarse aun por parte de aquellos sacerdotes a quienes incumbe celebrar por obligación, a condición de que no les falte facilidad de confesor. Y si, por urgir la necesidad, el sacerdote celebrare sin previa confesión, confiésese cuanto antes»[53].

b) ¿De derecho divino o de derecho eclesiástico?

Pero esta prescripción, ¿es solo una ley eclesiástica, o se trata de una ley divina que se ha vivido en la Iglesia desde el comienzo y que posteriormente se ha convertido además en una ley eclesiástica? Previamente a Trento, algunos teólogos se inclinaban

52 PALABRA, VI (1988), p. 33.

53 Dz 1646. Este sentir de la Iglesia se ha recogido también en la liturgia de la solemnidad del *Corpus Christi*. En la secuencia *Lauda Sion*, atribuida a Santo Tomás de Aquino, se lee: «Recíbenlo (el Cuerpo de Cristo) buenos y malos, más con suerte desigual de vida o de muerte; es muerte para los malos y vida para los buenos. Mira cómo un mismo alimento produce efectos tan diversos». Difícilmente podría comprenderse el sentido de estas afirmaciones si la Eucaristía redimiese los pecados directamente.

por la primera opinión. El Concilio no los condenó, pero estimó como falsa esa afirmación. Posteriormente al Concilio, los teólogos generalmente afirmarán que se trata de una ley divina.

Hay que decir que el Concilio no habla explícitamente de una prescripción divina, como sí lo hace en otras ocasiones, concretamente al hablar de la institución de la confesión sacramental y de su necesidad para la salvación; o sobre el modo de confesarse secretamente con solo el sacerdote; o que para la remisión de los pecados en el sacramento de la penitencia es necesario confesar todos y cada uno de los pecados mortales de que con diligente y debida premeditación se tenga memoria, aun los ocultos y los que son contra los dos últimos mandamientos del decálogo y las circunstancias que cambian la especie de pecado[54].

Pero no podemos ignorar el razonamiento teológico, que concluye que la indicación de confesar los pecados graves antes de comulgar es coherente con el plan salvífico divino. El pecado no es un asunto particular entre el pecador y Dios; el pecado ofende a Dios y causa un daño a la Iglesia, ya que posee una dimensión eclesial, por ser miembros de un mismo Cuerpo místico. Por este motivo, se necesita una doble pacificación. El acto de contrición perfecta reconcilia al pecado con Dios, pero este ha de alcanzar también el perdón de la Iglesia, que llega a través de sus ministros, capacitados para administrar ese perdón. Además, la contrición, para ser perfecta, ha de llevar consigo el deseo del sacramento de la Penitencia: tiende por su naturaleza a las acciones sacramentales instituidas por Jesucristo, pues, como enseña Santo Tomás, el acto de contrición incluye necesariamente el deseo de recibir los méritos de la pasión salvadora de Cristo, sometiéndose al poder de las llaves que Él dejó a su Iglesia.

54 Cfr. Dz 1706 y 1707.

La eficacia de la contrición no disminuye la necesidad del sacramento; por el contrario, la reafirma, pues si bien es cierto que con la contrición perfecta se borran los pecados antes de la confesión y absolución, esto se realiza por el orden al sacramento de la Penitencia y por el deseo de recibirlo[55]. Jesucristo, al dar a los Apóstoles el poder de perdonar los pecados, vinculando su perdón al perdón concedido por ellos, hizo de este sacramento «el único medio ordinario de Reconciliación con Dios y con la Iglesia»[56].

Teniendo en cuenta esto, no parece posible reducir la obligación de confesarse antes de comulgar, si se tiene conciencia de culpas graves, a una simple prescripción eclesiástica. La economía sacramental, establecida por Cristo al fundar su Iglesia, no lo permite. Hay en esa «costumbre de la Iglesia» algo que conecta con la ley divina.

No se contradice la afirmación de la eficacia de la Eucaristía para el perdón de los pecados con la obligación de acercarse previamente a la confesión, aun conscientes de estar perfectamente contritos. Que la Eucaristía sea la cima de todos los sacramentos no quiere decir que los sustituya, concretamente a la Penitencia, que conserva siempre su misión insustituible. De manera semejante a como la Encarnación y la Eucaristía son dos misterios de fe no separados sino unidos por el infinito amor de Dios, la Eucaristía y la Penitencia son dos sacramentos inseparables, íntimamente unidos, como lo están en la parábola evangélica del hijo pródigo al abrazo del padre al hijo arrepentido que confiesa sus propias culpas y el banquete de fiesta que anticipa la felicidad eterna del cielo, en la alegría del perdón y de la recuperada

[55] Cfr. *S. Th* III, q. 84, a. 5; *In IV Sent.* dist. 17, q. 3, a. 1 y a. 5; *De veritate* q. 28, a.8, ad 2; *C. G.* IV, c. 72; *Quaest. quodl.*IV, q. 7, a. 1.

[56] *Ordo Paenitentiae,* praenotanda, n. 31.

comunión[57]. Lo expresaba Juan Pablo II: «No es solamente la Penitencia la que conduce a la Eucaristía, sino que también la Eucaristía lleva a la Penitencia. En efecto, cuando nos damos cuenta de quién es el que recibimos en la comunión eucarística, nace en nosotros casi espontáneamente un sentido de indignidad, junto con el dolor de nuestros pecados y con la necesidad interior de purificación»[58].

Por eso es cierto que «muy impropiamente podrá llamarse a la Eucaristía sacramento del perdón de los pecados y con certeza erróneamente se la consideraría como el sacramento de la conversión cristiana. El sacramento de esta conversión es la Penitencia y ella sola. El sacrifico eucarístico puede, es cierto, mediante el don sobrenatural de la contrición perfecta, abrir la puerta del estado de gracia. Pero únicamente el sacramento de la Penitencia hace resonar y escuchar la palabra de perdón que Dios pronuncia por mediación de la Iglesia sobre el pecador arrepentido, al mismo tiempo que encarna el arrepentimiento de éste en actos que son su concretización adecuada»[59].

Quizá la clave para una comprensión correcta de esta cuestión está en que si bien es cierto que no hay que separar la comunión eucarística del sacrificio eucarístico, sería equivocado también mezclarlos. El sacrificio de la misa, actualización del sacrificio de la cruz, es eficaz para el perdón de los pecados; pero recibir la Eucaristía requiere estar en gracia de Dios, puesto que en la comunión, por institución divina, recibimos a Cristo bajo las especies de pan y vino, alimento y bebida, que solo se ha de administrar a los que poseen la vida sobrenatural, no a los que care-

57 Cf. J. HERRANZ, o. c., p. 8.

58 Carta *Dominicae Cenae*, 24 de febrero de 1980, en Documentación litúrgica posconciliar, Ed. Regina, Barcelona 1992, 1038.

59 PIERRE ADNÈS, o. c., p. 291.

cen de esa vida[60]. En estos, el sacrificio excitará la gracia de la conversión; pero habitualmente exigirá de ellos recibir previamente el sacramento de la Penitencia, para poder así, con la vida de la gracia en el alma, recibir al autor de esa vida.

«Es cierto que la Eucaristía posee en sí misma la pasión de Cristo, pero la gracia específica de este sacramento es la incorporación plena a Cristo y la formación de la unidad de la Iglesia y no el perdón de los pecados. Aunque la Eucaristía contenga todo el mistério redentor, en cuanto a la concesión de la gracia funciona como los demás sacramentos y la concede de una forma específica, pues cada sacramento especifica la gracia en un sentido determinado. La Eucaristía, si no concediese la gracia de una forma específica, serviría también para bautizar, puesto que contiene el misterio redentor de Cristo. En una palabra: en la concesión de la gracia, la Eucaristía sigue la pauta de los demás sacramentos: la concede de una forma específica. Lo suyo es incorporar al fiel a Cristo plenamente, formando la unidad plena de la Iglesia. Y de cara a esta incorporación plena, el pecado es un obstáculo»[61].

Es laudable, ciertamente, el deseo de que la mayor parte de los que asisten al sacrificio eucarístico se acerquen a recibir la comunión. Pero el camino para alcanzar ese objetivo no pasa por la eliminación de la confesión, si hay conciencia de pecado grave. Tampoco es válida la propuesta de algunos de que la necesidad de confesar los pecados mortales se limite a la confesión señalada por el precepto anual; hasta entonces cabría comulgar con la sola contrición de los pecados. Ni la de otros, que desearían que al comienzo de la misa se impartiera la absolución general como verdadero sacramento: «Las soluciones que se han ofrecido pa-

60 Cfr. *S. Th.*, III, q. 79, a.3.

61 J. A. SAYÉS, o.c., p. 343.

ra revitalizar la vida eucarística sin la previa confesión de los pecados mortales graves, nos parecen *más bien un retroceso espiritual* que un avance»[62].

Pablo VI, sin duda teniendo presente estos planteamientos, la víspera del *Corpus Christi* de 1971, tratando de la preparación para la comunión, afirmaba: «Es necesario tener el alma limpia, es necesario haber recuperado la gracia mediante la penitencia, el sacramento de la rehabilitación, antes de acudir al abrazo de Cristo. Hay en nuestro tiempo quien intenta liberar a los fieles de esta indispensable condición; pero ¿son "fieles" quienes dispensan de ella?»[63].

También el Papa actual, en el encuentro que tuvo con los obispos de Estados Unidos el 5 de octubre de 1979, decía: «Ante un fenómeno difundido en nuestro tiempo, según el cual muchos de nuestro pueblo que reciben la comunión usan escasamente de la confesión, debemos subrayar la invitación fundamental de Cristo a la conversión. Debemos incluso afirmar que el encuentro personal con Jesús que perdona en el Sacramento de la Reconciliación es un medio divino, que mantiene despierta en nuestros corazones y en nuestras comunidades la conciencia del pecado en su perenne y trágica realidad; y que produce efectivamente, con la acción de Jesús y el poder del Espíritu, frutos de conversión en la justicia y en la santidad de vida»[64].

Refiriéndose a las afirmaciones que hemos citado del Concilio de Trento, afirmaba: «Tened presente que todavía está vigente y lo estará por siempre en la Iglesia la enseñanza del Concilio Tridentino acerca de la necesidad de la confesión íntegra de los pe-

62 M. NICOLAU, o. c., p. 304.

63 *Ecclesia*, (1971), p. 822.

64 *Insegnamenti...*, vol. II, 2 (1979), p. 641.

cados mortales (Ses. XIV, cap. 5 y cán. 7: Dz 1979-1683; 1707); *está vigente y lo estará siempre en la Iglesia* la norma inculcada por San Pablo y por el mismo Concilio de Trento, en virtud de la cual, para la recepción digna de la Eucaristía debe preceder la confesión de los pecados, cuando uno es consciente de pecado mortal (Ses. XIII, cap. 7 y cán. 11: Dz 1647-1661)»[65]. No se explicaría la fuerza con que Juan Pablo II ha querido expresar la necesidad del precepto de la confesión previa de tratarse de un simple decreto eclesiástico.

A finales de ese mismo año volvía a insistir a otro grupo de obispos en su visita *ad limina*. Consolándose con ellos ante el fervor eucarístico que llevaba a innumerables fieles a acercarse al banquete divino, les animaba también «a no cansarse de iluminar las conciencias sobre las disposiciones con que deben recibir la Sagrada Comunión. Dignidad, pureza e inocencia son las principales cualidades recomendadas por San Pablo a las primeras comunidades de Corinto: *Así pues, quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Examínese, por tanto, cada uno a sí mismo y entonces coma del pan y beba del cáliz; pues el que come y bebe sin discernir el Cuerpo del señor, come y bebe su propia condenación* (*I Cor* 11, 27-29). Una catequesis sacramental como es debida, no puede olvidar una tarea tan importante. Como bien sabéis, no es compatible con la enseñanza de la Iglesia la teoría según la cual la Eucaristía perdonaría el pecado mortal sin que el pecador recurra al sacramento de la Penitencia. Es verdad que el Sacrificio de la Misa, del cual proviene para la Iglesia toda gracia, obtiene al pecador el don de la conversión, sin la cual no es posible el perdón, pero esto no significa que aquellos que han cometido pecado mortal puedan

65 Juan Pablo II, *Discurso a los penitenciarios de las cuatro basílicas patriarcales de Roma*, 30-I-1981, *Insegnamenti...*, vol. IV, 1 (1981), p. 193 (El subrayado es del autor).

acercarse a la Comunión Eucarística sin haberse reconciliado primeramente con Dios mediante el ministerio sacerdotal»[66].

El Catecismo de la Iglesia Católica, en los números 1384 y 1385, citando las palabras de Cristo en la Sinagoga de Cafarnaún (*Jn* 6, 53) -"*En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros*"-, señala que el señor «nos dirige una invitación urgente a recibirle en el sacramento de la Eucaristía (...). Para responder a esta invitación, debemos *prepararnos* para este momento tan grande y santo». Y después de citar las palabras de San Pablo en *I Cor* 11, 27-29, concluye: «Quien tiene conciencia de estar en pecado grave debe recibir el sacramento de la Reconciliación antes de acercarse a comulgar». Y en el número 1457, recordando el mandamiento de la Iglesia de confesar al menos una vez al año, recuerda las conocidas palabras del Concilio de Trento.

En el Código de Derecho Canónico se recoge también esta misma doctrina: «Quien tenga conciencia de hallarse en pecado grave, no celebre la Misa ni comulgue el Cuerpo del Señor sin acudir antes a la confesión sacramental, a no ser que concurra un motivo grave y no haya oportunidad de confesarse; y en ese caso, tenga presente que está obligado a hacer un acto de contrición perfecta, que incluye el propósito de confesarse cuanto antes»[67]. Conviene recordar que la doctrina moral considera «motivo grave» el peligro de muerte o el de infamia para la persona si no celebra la misa o no recibe la comunión[68].

66 *Discorso ai vescovi d'Abruzzo e Molise, Insegnamenti...*, vol. IV, 2 (1981), p. 823.

67 Cán. 916.

68 Cfr. *Comentario exegético al Código de derecho Canónico*, EUNSA, Pamplona, 1996, Vol. III/1, p. 631.

Desgraciadamente, quizá por una escasa preparación catequística a propósito, que eduque las conciencias hacia la fe en la presencia real y sustancial de Cristo en las especies sagradas, estos contenidos doctrinales y estas normas disciplinarias son frecuentemente olvidadas. Incluso en naciones de sólida tradición católica, los obispos han debido pronunciarse con términos precisos: «Queremos llamar la atención de aquellos fieles cristianos que no se retraen de acercarse a comulgar con relativa frecuencia, pero que no suelen dirigirse al sacramento de la Penitencia (...). L'a Iglesia es consciente que la Eucaristía es sacrificio de reconciliación y de alabanza. Pero un sacramento no puede sustituir a otro»[69].

No hay duda que el descenso actual en la práctica del sacramento de la Penitencia, lo indicábamos más arriba, tiene una profunda raíz en la creciente pérdida del sentido del pecado, fruto de la deformación de las conciencias por obra del subjetivismo filosófico y del consiguiente relativismo moral, como lo ha señalado el análisis exhaustivo presentado por el Papa Juan Pablo II en su exhortación *Reconciliatio et paenitentia* y en las encíclicas *Veritatis splendor* y *Fides et ratio*. Pero no se puede olvidar que a la Iglesia la guía el Espíritu Santo y sabrá sembrar de nuevo en el corazón del hombre la necesidad de volver a encontrar el sentido del pecado, para volver a descubrir el sentido de la misericordia de Dios.

La Eucaristía, Pan para una vida nueva, reconcilia a los hombres entre sí

El efecto de la Eucaristía no se limita a alcanzar la remisión de los pecados, sino que nos comunica una vida nueva. La vida divina, nacida en el Bautismo y recuperada en la Penitencia, crece

[69] Conferencia episcopal española, Instrucción *La Eucaristía, alimento del Pueblo peregrino*, 4-III-1999. Citado por J. HERRANZ, o.c.

con el alimento eucarístico: *"Yo soy el pan de vida" (...). "Yo soy el pan vivo que he bajado del cielo" (...); "el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo" (...). "En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros" (...). "Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida"*[70]. En la sinagoga de Cafarnaún, el Señor quiso hacer comprender que la comunión eucarística era necesaria para vivir vida espiritual y vivirla abundantemente[71]. La Eucaristía tiende a desarrollar al máximo la vida de Cristo en quienes se alimentan de su cuerpo. Cristo, en la Eucaristía, difunde en el mundo todas las riquezas de la vida divina.

Por Cristo Jesús -afirma San Pablo-, *vosotros que en otro tiempo estabais lejos habéis sido acercados por la sangre de Cristo. Él es, en efecto, nuestra paz; el que hizo de los dos pueblos uno solo y derribó el muro de la separación, la enemistad (...); de ese modo creó en sí mismo de los dos un hombre nuevo, estableciendo la paz y reconciliando a ambos con Dios en un solo cuerpo, por medio de la Cruz*[72]. Los que eran enemigos, han sido hechos un solo hombre nuevo, unidos en Cristo mismo. Cristo no es un pacifista. Él es la paz, porque comunica a todos una vida superior que les une en sí mismo. Con su sacrificio en la cruz, ha destruido la enemistad, abriendo los corazones humanos a un amor nuevo. «La Eucaristía está destinada a difundir la paz. Cuando se habla de paz, algunos piensan enseguida en la paz exterior, en la paz política y social. Pero la verdadera paz de Cristo es la paz profunda, la que se establece en el fondo del corazón mediante relaciones de amistad con Dios y que desarrolla las disposiciones de benevolencia hacia el prójimo. Es de tal naturaleza que produce efectos de pacificación en el campo político y social; pero antes que nada es una paz del alma, anclada en el doble amor a Dios y al prójimo»[73].

70 *Jn* 6, 48, 51, 53 y 55.

71 Cfr. *Jn* 10, 10.

72 *Ef* 2, 13-16.

Mons. Van Thuân, en la intervención con la que inicié estas líneas, afirmaba: «Jesús comenzó una revolución en la cruz. La revolución de la civilización del amor tiene que comenzar en la Eucaristía y desde aquí tiene que ser impulsada. (...) Todos nosotros somos como granos de trigo que se dejan moler por las exigencias de la comunión para formar un solo cuerpo, plenamente solidarios y plenamente entregados, como pan de vida para el mundo, como signo de esperanza para la humanidad. Un solo pan y un solo cuerpo».

Cristo Nuestro Señor vive en su Iglesia, vive en la Eucaristía y a través de la Eucaristía actúa en la Iglesia y en el mundo. A través de ella, Cristo nos enseña el amor al prójimo, un amor vivo y práctico. Con su entrega en la Eucaristía nos muestra el amor que nos tiene a todos, pues se ofrece a sí mismo de igual manera a cada uno, bajo las especies de pan y vino, con nuestras alegrías y penas, pues el pan simboliza el trabajo ordinario de cada día y el vino la alegría y felicidad de la fiesta. En la Eucaristía adquirimos conciencia de la dignidad y valor de cada persona humana. En la "Eucaristía aprendemos también a «hacernos particularmente sensibles a todo sufrimiento y miseria humana, a toda injusticia y ofensa, buscando el modo de repararlos de manera eficaz. Aprendemos a descubrir con respeto la verdad del hombre interior, porque precisamente este interior del hombre se hace morada de Dios presente en la Eucaristía. Cristo viene a los corazones y visita las conciencias de nuestros hermanos y hermanas. ¡Cómo cambia la imagen de todos y cada uno, cuando adquirimos conciencia de esta realidad, cuando la hacemos objeto de nuestras reflexiones! El sentido del Misterio eucarístico nos impulsa al amor al prójimo, al amor a todo hombre»[74].

---

[73] Cfr. J. GALOT, o. c., p. 77.

[74] Carta *Dominicae Cenae*, cit. 1037. Así lo expresan varias oraciones del *Misal Romano*: la oración sobre las ofrendas de la Misa «por los que hicieron obras de misericordia»:

Al advertir con horror los destrozos que causa el mal en el mundo, no podemos olvidar que una sola misa es más fuerte que todo este mal: *Una vez que llegó al colmo el pecado, sobreabundó la gracia*[75]. La Eucaristía es sobreabundancia de gracia, más fuerte que la abundancia del mal en el mundo. Debemos creer en este poder de la Eucaristía, que nos permite mirar el mundo con optimismo, un optimismo que se apoya en el poder del amor de Dios, más fuerte que cualquier temor: *Fortis est ut mors dilectio*; el amor es más fuerte que la muerte[76].

«En el Pan eucarístico está el mismo Cuerpo nacido de María y ofrecido en la Cruz: *Ave verum Corpus natum de Maria Virgine, vere passum, immolatum in cruce pro hominé.* ¿Cómo no volver siempre de nuevo a este misterio que encierra toda la vida de la Iglesia? (...). A los dos mil años del nacimiento de Cristo, en este Año Jubilar, tenemos que recordar y meditar, de modo especial, la verdad de lo que podemos llamar su "nacimiento eucarístico". El Cenáculo es precisamente el lugar de este "nacimiento". Aquí comenzó para el mundo una nueva presencia de Cristo, una presencia que se da ininterrumpidamente donde se celebra la Eucaristía y un sacerdote presta a Cristo su voz, repitiendo las palabras santas de la institución. Esta presencia eucarística ha recorrido los dos milenios de la historia de la Iglesia y la acompañará hasta el fin de la historia»[77].

Mons. Paulino Busca Maganto

«haz que... aumente en nosotros, a ejemplo de tus santos, nuestra generosidad contigo y con el prójimo»; oración después de la comunión de la Misa «por los educadores»: «para que... podamos comunicar a los demás la luz de la verdad y el fuego de tu amor».

75 *Rom* 5, 20.

76 *Cant* 8, 6, Nova Vulgata, Ed. Vaticana, 1979.

77 Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo del 2000.*

Presencia de María Intercesora, Modelo y Camino de Esperanza

Introducción

Nuestra sociedad está en crisis. No vengo a decir nada nuevo. Soportamos cada vez con mayor fuerza los efectos de un modelo económico que amenaza con destruirnos. La crisis económica (con procesos de estabilización y ajuste de carácter neoliberal); la deuda externa; el aumento del desempleo; la caída violenta del valor de nuestra moneda y la dolarización; la hiperinflación; la inestabilidad gubernamental; la corrupción y tráfico de influencias; los intensos procesos de movilización social: el deterioro de los servicios estatales; el crecimiento de la violencia social y de género; las catástrofes naturales; la migración; el desempleo son algunos de los problemas que a diario debemos afrontar. Cada día los ecuatorianos somos más pobres.

Paulatinamente, y gracias a la ineficiencia de la clase política y al sistema económico neoliberal dominante en el mundo, hemos ido perdiendo la esperanza, nos hemos quedado sin sueños. Los ecuatorianos y las ecuatorianas necesitamos urgentemente la presencia de líderes que nos ayuden a resucitar la esperanza, que nos hagan soñar, nos recuerden las metas a alcanzar, que nos devuelvan las ganas de vivir, que proyecten luz en el camino.

Todas las instancias gubernamentales -unas más otras menos- nos han decepcionado profundamente. Nadie cree en nada ni en nadie. No confiamos en persona alguna. En lo íntimo de las personas solo queda un reducto de confianza para la familia, para la esposa y los hijos, y obviamente para la madre.

Por tanto se hace cada vez más urgente la necesidad de seguir luchando, de mantener la utopía, de encontrar alternativas, de avanzar en el camino, de acrecentar la esperanza, y en este año, de esperar y alcanzar un jubileo!. Todos queremos un Ecuador distinto!.

En el difícil momento que vivimos hoy, aflora en todos la necesidad de implorar ayuda para encontrar soluciones. El Ecuador, sus once millones de habitantes, somos un pueblo mariano por excelencia que vuelve los ojos al Señor y el corazón a la Madre, a María con la confianza puesta en su *intercesión*, la mirada en su vida y los pies en su camino.

¡Ruega por nosotros! : María Intercesora

Todos en familia necesitamos y recurrimos a la madre en busca de ayuda, y filialmente a la presencia de María, la madre, para depositar nuestros problemas y dificultades, esperamos de ella una ayuda. Pero, ...¿se justifica esta invocación?

Según la revelación del NT, y particularmente en la teología de S. Pablo, de la carta a los Hebreos y del cuarto Evangelio, la salvación de Dios se ha realizado únicamente en Cristo y por Cristo (Heb 7, 25; 1 Tim 2, 5). ¿Dónde se coloca entonces María? ¿Su colaboración a la obra de Cristo llegó a ser algo más que la maternidad biológica? ¿Cuál es el valor y el alcance verdadero de la cooperación maternal de María en la obra de la redención? ¿En qué consistió concretamente su aporte?.

Con relación al tema de la mediación-*intercesión* de María, la exégesis bíblica actual se basa en el análisis del tercer y cuarto Evangelio, es decir, Lucas y Juan; concluyendo que, por elección de Dios, María estuvo unida a Cristo en la totalidad de su misterio salvador desde la encarnación hasta su muerte-resurrección. En el resto de escritos neotestamentarios el tema está au-

sente. Como textos se destacan: la anunciación (Lc 1, 26-38); la presentación de Jesús en el Templo (Lc 2, 22-35), subrayando la profecía de Simeón y el primer ofrecimiento de María (Lc 2, 25-32); el episodio de la pérdida de Jesús en el Templo (Lc 2, 41-52); la *intercesión* de María en Caná de Galilea (Jn 2, 1-12); la participación de María en el sacrificio de Cristo en el Calvario (Jn 19, 25-27) y la presencia intercesora de María en el cenáculo (He 1, 14)[1].

De tódos estos textos, hoy tienen un valor particularmente significativo la anunciación y el momento de la muerte de Jesús en la cruz en presencia de su Madre. Es interesante observar que ha cambiado notablemente el énfasis y la importancia que se atribuye hoy a los textos bíblicos, en comparación con épocas anteriores. Hasta hace no mucho tiempo, el texto clásico de la mediación-*intercesión* mariana era Jn 19, 25-27, María junto a la cruz. Ese era considerado el momento cumbre casi exclusivo de la participación y colaboración de María en la obra redentora de Cristo. Sin embargo este texto hoy no parece gozar de la misma consideración, cobrando mayor relieve el texto de la Anunciación, es decir, el momento en que gracias a la colaboración activa de María, el Verbo se encarna. El texto bíblico que fundamenta la mediación-*intercesión*, es la Anunciación. María ocupa allí una "posición intermedia" entre Dios que propone su mensaje, y la humanidad que se beneficia de él.

El sí de María en la Anunciación no fue simplemente el sí a una maternidad puramente biológica, sino en un orden profundamente humano y salvífico. Según este doble orden madre e hijo unieron sus vidas y con ellas sus alegrías y penas, sus dolores y esperanzas, sus proyectos y realizaciones. A lo largo de toda su

1 Cfr. Galot Jean, *Maria, la donna nell"opera di salvezza*, Roma, 1984,pp. 253-265.

vida mantuvo María el sí dado en la Anunciación, lo mantuvo particularmente en la hora suprema de la prueba junto a la cruz, así colaboró realmente a la obra redentora de Cristo, con toda su vida, de la encarnación hasta el calvario y pentecostés.

Los términos con los que se ha expresado esta cooperación y presencia de María a la obra de la salvación en la tradición eclesial, han sido en sus inicios, amplios e imprecisos. Con el paso del tiempo, han ido tomando contornos más claros. Ya desde los primeros siglos, María, con relación a la obra redentora de Cristo, ha sido nombrada como: asociada, protectora, reparadora, depositaria, dispensadora, tesorera, administradora, abogada, auxiliadora, conciliadora, medianera, corredentora (título que ha despertado una larga polémica teológica), madre espiritual, colaboradora, mediadora, e intercesora. Tales títulos han estado en estrecha relación con la concepción de "redención", que igualmente ha ido evolucionando a lo largo de la historia (teorías satisfaccionistas, de redención objetiva y subjetiva, maximalista, minimalista, intermedia, encarnación progresiva).

En el primer momento de la reflexión teológica postbíblica no aparece de forma explícita el tema de la *"intercesión"* o "mediación" mariana. Sin embargo, ya desde muy antiguo S. Ireneo de Lyon (+202) la llama "intercesora de Eva"; él es el primero en llamar a María "causa de nuestra salud". Los Padres de la Iglesia, al comentar el papel de María evidencian solamente su cooperación a la encarnación, no tanto a la redención. En la Iglesia oriental se admite posteriormente, con fuerza y decisión la cooperación de María a la redención, es la doctrina expuesta por Juan el Geómetra (+989), Gregorio Pálamas (+1359), Nicolás Cabasilas (+1371), y Teófanes de Nicea. (+1381). A partir del s. X, María recibe el título de "redemptrix". Desde el s. XV en un himno anónimo se comieza a llamarla "co-redemptrix". Hacia el s. XIX desaparece el uso del término, reapareciendo a principios del s. XX

con motivo del cincuentenario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción (1854).

Estos distintos conceptos expresan, con ropajes literarios diversos, la función de María en la historia de la salvación. Tal polivalencia de términos activó la discusión teológica en los años anteriores al Concilio Vaticano II. De esta manera vemos que la doctrina de la mediación-*intercesión* de María, tal como la conocemos hoy, representa el resultado de muchos siglos de evolución gradual y progresiva.

Evolución del término "intercesora"

En la reflexión teológica de finales del s. XIX y del s. XX podemos distinguir tres instancias doctrinales: en primer lugar, el magisterio pontificio desde León XIII a Juan Pablo II; en segundo lugar, la posición de los teólogos hasta el preconcilio (1962), y finalmente, los debates conciliares y el cap. VIII de la Constitución Dogmática Lumen Gentium.

León XIII, en la Encíclica *"Supremi Apostolatus"* (1883), menciona a María como "asociada a la obra de salvación [...], dotada de un poder tan grande que nunca han podido ni podrán obtenerlo igual ni los hombres ni los ángeles". En la Encíclica *"Adiutricem populi"* (1895), el pontífice dirá que "por voluntad de Dios, María comenzó a velar por la Iglesia y a otorgarnos su maternal protección como cooperadora (...), dispensadora [...] habiéndosele otorgado para ello un poder cuyos límites no pueden columbrarse [...]. Por esa razón se le ha llamado entre otros muchos nombres, nuestra Señora, nuestra Mediadora [...]". Y en la Encíclica *"Fidentem piumque"* (1896): "[...] nadie puede pensar que haya existido o pueda existir alguien que se pueda parangonar con Ella en el trabajo de reconciliar a los hombres con Dios".

Pío X, en la Encíclica *"Ad diem illum"* (1904): "[...] puesto que María sobresale entre todos en santidad y en unción con Jesucristo, ha sido asociada por El a la obra de la redención [...], siendo Ella el ministro supremo de la dispensación de todas las gracias".

Benedicto XV en la carta apostólica *"Decessorem nostrum"* (1915) atribuye a María el título de "Omnipotencia suplicante". En la carta *"Inter sodalicia"* (1918): [...] toda suerte de gracias nos vienen de las manos de la Virgen dolorosa [...].

Pío XI en la Encíclica *"Miserentissimus Redemptor"* (1928) la nombra "reparadora, administradora y medianera de la gracia".

Pío XII, en la carta apostólica *"Superiore anno"* (1940), la invoca como "poderosísima madre de Dios y nuestra" En la Encíclica *"Mistici Corporis"* (1943) la considera: "oferente [...], nueva Eva [...], Madre espiritual de la Iglesia"; y en la Encíclica *"Ad Cieli Reginam"* (1954) explica que si Cristo es Rey por ser Hijo de Dios y Redentor nuestro, con una cierta analogía, se puede afirmar que María es Reina, no solo por ser Madre de Dios, sino porque como nueva Eva, fue asociada al nuevo Adán"[2] .

Todos estos términos, anteriores al Concilio Vaticano II, se prestan a interpretaciones exageradas en cuanto a la participación activa y responsable de María en la salvación, no utilizan el lenguaje desde el punto de vista técnico, si bien son sumamente cautos en el uso de los términos "corredentora" o "medidora", y no utilizan en absoluto el término "intercesora".

2 Cfr. Calero, Antonio María, *María en el misterio de Cristo y de la Iglesia*, Madrid, CCS, 1990, pp. 306-310.

Juan XXIII en su radiomensaje del 27-4-1959 nombra a María como "mediadora" (deprecatricem) clementísima que pide para nosotros la divina misericordia [...]. Y en el Congreso Mariano de Lovaina (1961), casi por primera vez, viene utilizado el término *"intercesión"*: "como una madre que desea siempre lo mejor para sus hijos, ella nos conduce con su ejemplo admirable y su poderosa intercesión, hacia la perfección de la caridad".

Pablo VI en su homilía de la Fiesta de la Asunción de 1964: "[...] a la Virgen se le ha encomendado un preclaro oficio de *intercesión:* pero la fuente de toda bondad es el Señor, el único mediador, la única fuente de gracia". En la Exhortación apostólica *"Signum magnun"* (1967) aclara: "No se piense que la maternal *intercesión* de María prejuzgue de la eficacia predominante e insustituible de Cristo, por el contrario, su intervención obtiene de la mediación de Cristo la propia fuerza, y es una prueba luminosa de aquella"[3].

En la Exhortación apostólica *"Marialis Cultus"* (1974), Pablo VI presenta cómo traduce la Iglesia las múltiples relaciones que la unen a María, y entre ellas: "[...] la confiada invocación, cuando experimenta la *intercesión* de su Abogada y Auxiliadora". (MC n. 22). El mismo documento al mencionar el aporte de los ss. Padres y escritores eclesiásticos a los contenidos de la fe, dice: "[...] enriquecieron con nuevos datos el antiguo tema María-Iglesia, y recurrieron a la *intercesión* de la Virgen para obtener del Espíritu la capacidad de engendrar a Cristo [...]" (MC n. 26).

Juan Pablo II, en la Encíclica *"Redemptoris Mater"* (1987), en plena línea conciliar, dedica toda la tercera parte del documento a la mediación materna de María. Ya desde antes, el documento

3 Cfr. Calero, o.c., p. 310-311.

dice que en María se da una mediación: "Ella se pone entre su Hijo y los hombres, en la realidad de sus privaciones, exigencias y sufrimientos. Se pone 'en medio' o se hace de mediadora no como una persona extraña, sino en su papel de madre, consciente de que como tal puede – más bien 'tiene el derecho de'- hacer presente al Hijo las necesidades de los hombres. Su mediación, por lo tanto, tiene un carácter de *intercesión:* María *'intercede'* por los hombres" [...] (RM, n. 21) Y luego: "La misión maternal de María, de ninguna manera oscurece ni disminuye la única mediación de Cristo, sino más bien muestra su eficacia [...]". (RM, n. 22).

El documento pontificio hace eco a la doctrina conciliar en cuanto a la *"intercesión* de María:" [...] su maternidad permanece en la Iglesia como mediación materna; *intercediendo* por todos los hijos, la madre coopera en la acción salvífica del Hijo, Redentor del mundo". (RM, n. 40).

En los textos del magisterio pontificio postconciliar y contemporáneo se puede apreciar una evolución en cuanto a la intervención materna de María, y un desarrollo en la reflexión teológica, introduciéndose el término "intercesora", no en un modo paralelo o complementario a la *intercesión* de Cristo, sino dentro de su función intercesora.

A principios del s. XX, el movimiento mariano, impulsado por el Card. Mercier a favor de la definición dogmática de la Mediación universal de María, renovó y vigorizó la reflexión teológica en este campo de la mariología, centrando el debate alrededor del título "corredentora".

El ambiente mariano previo a la celebración del Concilio, provocó, junto a un gran entusiasmo, la expectativa, en muchos padres conciliares, de una nueva definición dogmática de María como mediadora junto al Mediador.

La definición dogmática no avanzó, pues no era todavía un argumento dilucidado y aclarado por la investigación de los teólogos; además la sensibilidad bíblica y ecuménica no favorecían la consolidación de este aspecto.

En la Constitución Dogmática *"Lumen Gentium"* (1964), los temas de la "Mediación" y de la *"Intercesión"* aparecen en el contexto de la Maternidad espiritual de María, que resulta ser el fundamento teológico de toda la mariología conciliar. Nos dice el Concilio: "La maternidad de María perdura sin cesar [...] desde el consentimiento que prestó fielmente en la Anunciación y que mantuvo sin vacilar al pie de la Cruz [...] ella no abandonó esta función de salvación, sino que por su *intercesión* múltiple continúa obteniéndonos los dones de la salud eterna. Con su caridad maternal cuida de los hermanos de su hijo que todavía peregrinan y que se debaten entre peligros y angustias, hasta que sean llevados a la patria feliz. Por eso, la Sma. Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora" (LG n.62).

Horizonte teológico actual

A partir del Concilio se preferirá tratar el concepto de "mediación-*intercesión*" desde la "maternidad espiritual", y evitar el uso del término "corredención". Continúa dándose una cierta imprecisión terminológica y conceptual, pues se tienden a usar indistinta e indiscriminadamente y a intercambiar los términos "cooperación", "mediación", *"intercesión"*, "maternidad espiritual", o los binomios "corredentora – intercesora", "medianera – abogada", "auxiliadora – mediadora".

Hoy, desde una renovada lectura de los textos bíblicos, la mariología de Lucas y de Juan conducen a una misma conclusión: la presencia y colaboración activa, mediadora e intercesora de María junto a Jesús la realiza en la totalidad de su vida, desde la en-

carnación hasta su muerte – resurrección, siendo claramente intercesora en Caná de Galilea (Jn 2, 1- 12) y en el Cenáculo (He 1, 14).

Una objeción de fondo en el momento actual que mantiene alerta toda la reflexión de la mariología es que quizá con demasiada frecuencia María ha asumido el rol y el lugar que el Nuevo Testamento atribuye al Espíritu Santo. Es Él el "intercesor" infalible frente al Padre, el abogado por excelencia [4]. Sin embargo, a pesar de la afinidad Espíritu Santo-María, es importante evidenciar que María es la primera colaboradora del Espíritu.

En el momento actual existe una revalorización de la cooperación eclesial y personal. En esa línea, la colaboración es activa en todos los miembros de la Iglesia. María, primera redimida, primera colaboradora en la obra redentora de Cristo. Prototipo y paradigma de toda la comunidad eclesial. Como María, toda la Iglesia, toda la comunidad eclesial, es cooperadora, mediadora, intercesora "en" Cristo, y no "junto a" Cristo. Hoy se capta la mediación-*intercesión* de María no como una mediación "junto a" la mediación-*intercesión* de Cristo, sino como una participación "en" la mediación-*intercesión* de Cristo. De esta manera la mediación de Cristo no queda fragmentada, sino que posibilita la participación de María. Es una tarea de asistencia, guía, ayuda y acompañamiento para rescatar a cada persona, y a la historia, de toda forma de degradación y opresión.

María no es solo un miembro inicial y perfecto de la Iglesia, sino un miembro que ha desarrollado y sigue desarrollando hasta el final de los tiempos una función materna en al Iglesia y para la Iglesia, pueblo de Dios, cuerpo de Cristo, reino de Dios. Realiza su colaboración en la obra de Cristo no solo por la *inter-*

4 Cfr. Jn. 14, 16-26; 15, 26; 16, 7; Rom 8, 26-27.

cesión y distribución de gracias y por su solicitud materna, sino porque como Madre ejerce un influjo eficaz sobre la Iglesia, ya sea como figura y modelo de la Iglesia histórica, o como imagen y comienzo de la Iglesia escatológica.

María es prototipo y paradigma para toda la comunidad eclesial, llamada a cooperar y colaborar activamente en la obra redentora de Cristo (1 Cor 3, 9). María como "primera redimida" anima y arrastra con su ejemplo a todos los demás, siendo el prototipo, modelo y ejemplar de lo que Dios quiere obrar en cada redimido, y de la respuesta activa y cooperante que cada uno estamos llamados a dar en el proyecto de Dios.

La invocación suplicante a María, como expresión de confianza en su protección, tiene un origen antiquísimo en la Iglesia. Basta recordar las invocaciones del tropario mariano *Sub tuum praesidium,* del s.III, que expresa la firme creencia en la *intercesión* de María, Madre de Dios.

> *Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios, no desoigas nuestras súplicas, ayúdanos a construir una sociedad donde reine la justicia y la solidaridad. Amén.*

Como Tú: María Modelo

En un momento en donde todo es relativo, pasajero y fragmentario, en una hora en que todos los modelos se resquebrajan y caen ¿podemos encontrar un modelo válido y permanente? ¿podemos encontrar en María un modelo?

El ser humano no puede vivir sin un modelo al que mirar y en el que fundar su vida; es una exigencia del niño que mira al adulto y del adulto cuando se constituye como grupo. Todo pueblo tiene sus modelos de vida transmitidos mediante relatos míticos, parábolas, cantos, imágenes, dichos populares, etc. la fi-

losofía propone modelos, la literatura los divulga, el arte los exalta, los medios de comunicación los difunden. Los modelos varían según la época, pero siempre están presentes (de modo consciente o inconsciente).

Toda religión tiene sus modelos presentados para ayudar a ponerse en contacto con la divinidad. Ya desde el AT, los hebreos tienen su modelo: Dios mismo es el modelo. Desde el relato de la primera culpa en el Génesis (Gen 3, 5) aparece la principal ambición: ser como Dios. Toda la revelación de Dios está orientada a realizar el proyecto de Dios, reflejar en las propias acciones lo que Dios quiere, aprender a comportarse como lo hace Dios con el pueblo. El ser humano, hecho a imagen de Dios (Gen 1, 27) lleva el modelo en sí mismo, y está llamado a hacerlo cada vez más visible.

En el NT Dios mismo se mantiene como modelo supremo: "sean perfectos como su Padre celestial es perfecto" (Mt 5, 48); "sean misericordiosos como su Padre es misericordioso" (Lc 6, 36). La misión de Jesús es ayudar a descubrir el rostro del Padre y a hacernos semejantes al Padre. El mismo es la imagen perfecta del Padre (Col 1, 15; 3, 10; Rom 8, 29); dirá de sí mismo: "Aprendan de mí" (Mt 11, 29; Jn 13, 15; 15, 12). Para Pablo, todos estamos llamados a reproducir en nosotros al modelo Cristo: "sean imitadores míos como yo lo soy de Cristo" (1 Cor 4,16).

Por lo tanto, todo cristiano está llamado a ser modelo, realizando su propia vocación. Por esto, resulta lógico que la primera comunidad cristiana fijara su atención en María. A través de los evangelios de la infancia, en los cuales se pone particularmente de relieve a la madre de Jesús, las primeras generaciones de cristianos vieron en María su excepcional riqueza de santidad; la imagen del Padre se hace en ella plenitud de gracia y grandeza de dones. En María descubren los primeros cristianos no solo el

rostro físico, sino también el rostro espiritual del Señor, su hijo. La primera de los creyentes, la primera de los salvados, miembro de la Iglesia primitiva, María participa materna y ejemplarmente de la misma misión de Cristo. Fiel al Señor como sus padres, fiel a las leyes de la comunidad judía en la que vivió, fiel a las exigencias de la voluntad del Padre y a las de la maternidad para con su hijo, presente y disponible en Belén, en el templo, en Nazaret, en Caná, bajo la cruz y en el cenáculo, es como si María dijera con toda su vida: "Sigan a Jesús".

En la escritura no hay elogios de María, excepto las palabras del ángel y de Isabel y las de la misma María en la gozosa proclamación de las "cosas grandes" hechas en ella por el Dios santo y poderoso (Lc 1, 46-55); no hay elogios, pero está la realidad ejemplar de María. Al leer el *Magnificat* y al observar las actitudes de María en los relatos de Lucas, no es difícil descubrir una evocación del pasado. La generación cristiana al pensar en María recuerda a Eva, recuerda a Ana, escucha el eco de los salmos, comprueba la realización de las profecías; pero no es la larga historia de Israel donde podemos encontrar el modelo en que se inspiró María. Ella misma lo dice: es Dios, que ha hecho cosas grandes realizando en ella a la mujer prometida y preanunciada; la grandeza de la dichosa y bendita entre las mujeres, de la llena de gracia, no es más que el reflejo de la acción trinitaria, reflejo que se hace ejemplar para la comunidad cristiana. El culto de María tendría como punto de partida lo que Dios ha puesto en ella, pero también la conciencia con que María respondió a la misión a que Dios la llamó.

En las palabras de un gran hijo de María, el ven. Guillermo José Chaminade: "María forma Christi, María forma christiani". Es decir, María que formó – moldeó – modeló a Cristo en su vientre, es ella la que continúa formando – moldeando – modelando a los cristianos, y como Jesús, debemos nacer de María. Ella, que

fue el "molde" sobre el cual creció Jesús (madre), fue también "moldeada" por él a lo largo de la vida (discípula), igualmente la Iglesia (Madre) "moldea" a cada uno de sus hijos, los cristianos. Si Jesucristo quiso formarse a nuestra semejanza en María, también nosotros debemos formarnos a semejanza de Jesucristo en María, conformar nuestra conducta con su conducta, nuestra vida con su vida.

María, modelo evangélico

Desde Pentecostés a la época de la formación de los Evangelio, la primera generación cristiana vive esperando el inminente retorno de Cristo mientras escucha su voz y su mensaje a través de los apóstoles. El rostro que más refleja los rasgos del Señor es ciertamente el de María, la madre de Jesús. María es Evangelio vivo, modelo concreto de las actitudes predicadas por los apóstoles, donde todo hombre y toda mujer pueden ver lo que significa ser cristiano.

Tres actitudes destacan en ella, y los evangelistas las fijan en las breves referencias con que describen a María. La primera actitud es la fe (Lc 1, 45). Isabel admira y destaca esta dote evangélica de María, la misma que Jesús pedirá al que quiera seguirle. Es la respuesta confiada y radical a Dios que habla, respuesta que María dará siempre, aunque no todo le resulte claro: se fía de Dios. En María, que se proclama con sencillez "esclava del Señor" (Lc 1, 38), es evidente otra actitud: la disponibilidad constante y total a hacer lo que Dios quiera de ella; la voluntad del Altísimo en todas las situaciones personales, en la realización de cada acción, es la regla suprema del proceder de María, lo mismo que de su hijo, que vino al mundo a cumplir la voluntad del Padre. Una tercera actitud que el Señor pide a quien desee seguirle es el don del corazón, la respuesta de amor. El cristianismo nos hace hijos de Dios, y Dios, que da amor a sus hijos, exige de ellos una respuesta. En María el amor se convierte en ma-

ternidad sin quitar nada a su realidad de hija y de esposa, los tres rostros del amor: madre, esposa e hija, serán emblemáticos en quien camine tras las huellas de Cristo mirando a María.

Para expresar todas las actitudes de María, se han tomado muchas imágenes del AT, que desde finales de la edad media encontramos en las letanías o en el himno *Akáthistos* de la liturgia bizantina. Estas imágenes ciertamente han ayudado a reflexionar sobre el misterio de María y han favorecido el culto mariano, pero no siempre han llevado a una imitación. La grandeza y trascendencia del modelo expuestos con acentos no siempre exactos han desalentado a veces a quienes pretendían imitarla. En este sentido, una revisión de los títulos puede hacer más evidente el rostro real de María presentado por el Evangelio, facilitando su imitación.

La imitación de María y el Culto de la Iglesia

La atención a María como modelo ha hecho nacer cierto culto mariano (el culto más antiguo es a María como protectora y Madre). El verdadero culto ha conducido a la imitación: padres y doctores, maestros de oración y de santidad antiguos y contemporáneos han presentado a María como modelo de vida, destacando la urgencia de pasar de la devoción a la imitación, de la petición de protección al compromiso personal para hacer vivir en la vida propia la santidad de María, la ejemplaridad de María viene, en efecto, de Dios, y a Dios debe llevar su imitación, lo mismo que la grandeza misma de María, singular y excepcional, es la causa de que la Iglesia la venere.

Según Max Scheler, estudioso de la psicología de la imitación nos dice que al modelo no se le imita copiando los gestos exteriores, sino participando de su vida, de su ideal, es decir, identificándose con él. Los modelos por excelencia, no tienen necesidad de exhortar a nadie, les basta con existir, su existencia es una llamada.

Muy oportunamente hoy, María está siendo presentada en su realidad de mujer, de madre y hermana, evitando acentuar sus privilegios para no percibirla lejos de nuestra realidad e inalcanzable, sino cercana e imitable.

María en la enseñanza de los Pontífices es modelo de vida, modelo universal, modelo de inserción del culto en la propia vida, modelo de entrega a Dios y de servicio a los hermanos, modelo de la Iglesia.

El Concilio Vaticano II, en varios documentos expresa la necesidad de descubrir en María el modelo de la Iglesia, madre y virgen, modelo en "la fe, la caridad y la perfecta unión con Cristo. Modelo de forma eminente y singular, tanto de la Virgen como de la Madre". (LG, n.63). "Imitando su caridad y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, al aceptar con fidelidad la Palabra de Dios, también ella se convierte en madre, pues con la predicación y el bautismo engendra para la vida nueva, hijos concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios". (LG n. 64). "Una purísima imagen de lo que ella misma (la Iglesia) toda entera ansía y espera ser" (SC n.103).

Acerca de la ejemplaridad de María se ha detenido extensamente Pablo VI en la Exhortación apostólica *"Marialis Cultus"* (1974): "Bien pronto los fieles comenzaron a fijarse en María, para como ella, hacer de la propia vida un culto a Dios, y de su culto un compromiso de vida". (MC n. 21).

"El sí de María es para todos los cristianos una lección y un ejemplo para convertir la obediencia a la voluntad del Padre en camino [..]". (MC n.22). El Papa habla de la "operante imitación" que está llamada a hacer la Iglesia cuando ve en ella como en una imagen purísima, todo lo que ella desea y espera ser.

Juan Pablo II, en la Exhortación apostólica "*Redemptoris Mater*" (1987), la presenta: "como virgen y madre, María es para la Iglesia un 'modelo perenne' [...] es decir, como modelo, o más bien, como 'figura', María, presente en el misterio de Cristo está también constantemente presente en el misterio de la Iglesia" (RM n.42). "Ante esta ejemplaridad, la Iglesia se encuentra con María e intenta asemejarse a ella [...]. María está presente en el misterio de la Iglesia como modelo. [...] Pero no es solo modelo y figura de la Iglesia sino mucho más. Pues con materno amor coopera a la generación y educación de los hijos e hijas de la madre Iglesia, la maternidad de la Iglesia se lleva a cabo no solo según el modelo y la figura de la Madre de Dios, sino también con su 'cooperación'. (RM n.44).

Del magisterio actual se observa las varias dimensiones esenciales de María como modelo de mujer: dialogante, capaz de opciones serias y comprometedoras, audaz y generosa; modelo de creyente que acoge la Palabra con docilidad y escucha aún en medio de la oscuridad de la fe; modelo de discípula, seguidora incondicional a la causa de Jesús; modelo de madre, portadora de una misión; ser generadora de vida.

La Iglesia continúa orientando la atención hacia María como modelo, y en este momento en que la crisis de modelos es particularmente aguda urge redescubrir y actualizar la imitación de María desde nuevas imágenes. S. Maximiliano Kolbe (+1941), gran devoto de María, inmortalizó la frase: "hacerse la Inmaculada" [5], en el sentido de hacer vivir a María en la vida propia, para realizar así, de manera válida, la única imitación e identificación con el modelo auténtico: Jesucristo.

5 Kolbe Massimiliano, *Scritti, ed. Cittá di vita*, Firenze, 1975, p. 486.

María, tú bendita entre las mujeres, tú la primera discípula atenta a las necesidades y siempre disponible para servir, ayúdanos para que contigo y como tú podamos glorificar al Señor ahora y siempre con nuestra vida. Amén.

Contigo Peregrinos: María Camino

La palabra camino concentra en sí una de las más profundas experiencias del ser humano en su tarea vital ¿quién de nosotros no ha recorrido un camino, un sendero en el campo, caminando en el lodo o entre piedras?. Al recorrer un camino, la itinerancia, la carrera y la peregrinación son muy distintas de la migración ocasional o del turismo. El ser itinerante, corredor o peregrino es muy diferente al ser nómada o vagabundo, sin meta fija. El camino es un recorrido entre dos puntos distintos y distantes, con una meta al final. Todos poseemos un saber existencial sobre el camino, sin un camino no se puede andar, nos sentimos perdidos. El camino es luz y liberación, es presencia de sentido porque existe una dirección.

Los mitos más antiguos, las religiones y filosofías, nos hablan del camino. El taoísmo chino se presenta como camino, "tao" significa simplemente camino. La tradición griega conoce el mito de Hércules en la encrucijada, teniendo que escoger entre el mal y la virtud. Los semitas, que acostumbraban expresar las realidades espirituales con términos concretos, recurren a las palabras *camino, sendero, vía,* para indicar el modo de vivir la conducta moral y el comportamiento religioso del ser humano. El AT invita a realizar una opción radical por el camino propuesto por Dios: "Mira, yo pongo hoy delante de ti la vida y la felicidad, la muerte y la desgracia. Si escuchas los mandamientos de Yahvé tu Dios, que yo te prescribo hoy; si amas a Yahvé tu Dios; si sigues sus caminos..." (Dt. 30, 15-16). El Dios de Israel exige recorrer sus caminos maravillosos, aunque muchas veces desconcertantes: "Mis pensamientos no son los pensamientos de

ustedes, ni sus caminos mis caminos" (Is. 55, 8-9). El camino de Dios se define como *partida, salida, éxodo, pascua:* Abraham recorrió un camino (Gen 12. 1-5); el pueblo elegido está marcado por la experiencia del éxodo (Ex 13, 17-18; Dt 8, 2).

El NT recogerá los temas del camino y del éxodo dándoles una dimensión cristológica. A él no solo se refieren las palabras de Jesús sobre los dos caminos (Mt 7, 13-14), sino que se define al movimiento de Jesús como "el camino" (Hech 9, 2; 18, 25; 19, 9. 23; 22, 4; 24, 14. 22); y Jesús mismo invita a su "seguimiento" (solo se sigue a través de un camino: Mc. 2, 4; 3, 13; 10, 21; Lc 9, 57-6; Jn 1, 43; 6, 70; 13, 18). Pero la innovación más importante consiste en la identificación del camino con Jesús: "Yo soy el camino" (Jn 14,16), no se trata de un conjunto de leyes o actitudes, sino es la persona misma de Jesús la que constituye el único acceso al Padre (Jn 14, 7-9).

El caminar cristiano asume matices diversos: carrera o peregrinación. La faceta de la carrera ha sido desarrollada ampliamente por Pablo (1 Cor 9, 24-27; Filip 3, 13-14) y por la carta a los Hebreos (Heb 12, 1-2). El matiz de peregrinación lo encontramos en variados textos tanto del AT como del NT (sal 39, 13; 119,19; 1 Cron 29, 15; Heb 11,13; 13, 9; 6, 18; 1Pe 1, 1; 2, 11; Filip 3, 20).

A lo largo de la historia de la Iglesia, esta imagen del camino ha sido ampliamente desarrollada: *Los dos caminos,* en la Didajé y en la carta a Bernabé. *La vía, itinerario, camino o atajo* como símbolo espiritual de la conquista de la perfección o de la oración; el Camino de perfección de S. Teresa de Avila (+1582); la subida al monte carmelo de S. Juan de la Cruz (+1591) o el *Caminito espiritual* de S. Teresita del Niño Jesús (+1897), solo para mencionar algunos "caminos espirituales". S. Luis Grignion de Montfort (+1716), presenta la oración a María como un camino breve, fácil, perfecto y seguro para llegar al Señor.

Dios también recorre caminos, transita vías insospechadas y abre nuevas rutas. En su proyecto de amor, Dios escogió un punto de encuentro entre sí mismo y nosotros. María en la Anunciación (Lc 1, 26-38), y a lo largo de toda su existencia, es el camino escogido por Dios para llegar a la humanidad, y el camino ofrecido a la humanidad para volver a Dios. Cristo, al encarnarse es el camino de Dios, y María, el camino de Cristo. Este hombre, "nacido de mujer" (Gál 4, 4), y que se define a sí mismo como el Camino (Jn 14, 16), sin embargo, ha recorrido ya un camino de encarnación en María.

María, caminante y camino, acompaña a Jesús desde el inicio hasta el fin. Su actitud de caminante es permanente: se pone en camino hacia su prima Isabel llevando a Jesús; recorre la vía de la ley en la presentación en el Templo; peregrina a Jerusalén para celebrar la Pascua; avanza en el camino de la fe al Calvario; acompaña a los discípulos y discípulas en el camino al Cenáculo. María es una vida en camino que se transforma ella misma en camino!. Peregrina de la fe, lo recorre en la búsqueda y la incertidumbre, abandonándose en cada paso.

La Iglesia, confortada por la presencia de Cristo camina en el tiempo hacia la consumación de los siglos y va al encuentro del Señor que llega. Pero en este camino procede recorriendo de nuevo el itinerario realizado por María que "avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz" (LG n.58).

La Iglesia católica ortodoxa griega y eslava, sabia y filialmente ha interpretado en su tradición esta dimensión de María como camino a Jesús en la imagen y advocación popular de *Odigitria*, la madre-guía, la conductora que muestra el camino hacia el Hijo. La Encíclica *"Redemptoris Mater"* menciona esta función materna de María como camino: "[...] entre las representaciones de

María se encuentran; la de trono de Dios, María Theotokos; la del camino que lleva a Cristo y lo muestra: María Odigitria; o bien como orante, en actitud de *intercesión* (Deisis), [...]" (RM n.33).

"En María nos ha mostrado Dios el prototipo del ser humano redimido. Ella, al comienzo mismo del caminar de la Iglesia a través de los tiempos, ha recibido de manera consumada lo que la Iglesia recibirá al fin. La Iglesia, que siempre 'está en camino', podrá leer en María lo que le aguarda al fin de este camino" [6].

Una conocida canción popular nos interpreta hoy:

Mientras recorres la vida, tú nunca solo estás,
contigo por el camino, Santa María va.
Ven con nosotros a caminar!. Santa María, ven!
Ven, la realidad es dura, ven a contagiarnos esperanza,
Santa María, ven!.
Muéstranos el camino!.

Conclusiones

María, por el hecho de ser la madre de Jesús, y de encontrar en su maternidad el fundamento de su misión de intercesora, de modelo y de camino, es también madre de la Iglesia, por lo cual tiene una función inseparable con el cuerpo de Jesús. La tuvo con el cuerpo histórico y continúa manteniéndola con su cuerpo presente en la Eucaristía y con el cuerpo de Cristo que formamos los cristianos. La Iglesia es Iglesia en la eucaristía; la presencia de María en la Iglesia es como miembro de Cristo y como Madre de Él. Es decir, la presencia eucarística de Jesús, Pan de Vida, y la Iglesia continúan siendo cuidadas, alimentadas y acompañadas por la presencia de la Madre.

6 Schillebeeckx Edward, *María, Madre de la Redención*, Madrid, Fax, 1969, pp. 118-119

La Eucaristía perpetúa en la Iglesia el acontecimiento de la encarnación, y María nunca está ausente de una encarnación. Su presencia es permanente en la historia de la salvación junto al Hijo resucitado. La Eucaristía tiene en sí misma una huella mariana. Al escuchar las palabras "esto es mi cuerpo..." (Mt 26, 26), podemos continuar"......nacido de María!" (Mt 1,16). "Con razón, la piedad del pueblo cristiano ha visto siempre un profundo vínculo entre la devoción a la Virgen y el culto a la Eucaristía, [...] María guía a los fieles a la Eucaristía", según nos lo recuerda Juan Pablo II (RM 44).

Releyendo hoy los textos marianos en la Biblia y el reciente magisterio pontificio con su correspondiente desarrollo posterior, descubrimos en María no solo la Madre del Salvador que desarrolla en la historia de la salvación una precisa función materna para con Cristo, y de intercesora para los cristianos, sino a una mujer equilibrada y autónoma, consciente y responsable que realiza en sí misma los dones del Espíritu. Una mujer que se dispone libremente a servir a los demás y a acoger y vivir el proyecto de Dios. Las palabras que pronuncia, sobre todo en la anunciación y el Magnificat revelan una clara identidad personal y una conciencia autónoma. Toda su vida y los momentos cruciales de su misión dan testimonio de su autonomía en cuanto persona humana. Su pronta disponibilidad a la voluntad de Dios y su compromiso concreto al lado de Jesús no son signos de pasividad o "debilidad femenina", o expresiones de pura sensibilidad materna, sino el aporte de una mujer que comprende que debe prestar cooperación a la obra del Salvador y Redentor.

María como esposa, madre, compañera y colaboradora, pero principalmente como mujer, es la primera que realiza el paradigma de la dignidad femenina, y en la obra que todavía hoy desarrolla por la humanidad, le indica a la mujer y a su misión

en la historia el verdadero camino de liberación. María, para el mundo actual, más que un símbolo abstracto e ideal, por lo que ha realizado en su vida, significa un modelo concreto de mujer y de varón, de colaboración y participación en el proyecto de Dios. María es una figura significativa hoy porque es - según la Marialis Cultus- "espejo de las esperanzas de los hombres - y mujeres- de nuestro tiempo" (MC n.37).

Acoger a María en la propia vida hoy es una señal de apertura al proyecto de Dios, ofrecido a los discípulos y discípulas de Jesús para reforzar y hacer cada vez más comprometido y maduro nuestro seguimiento a Él.

En esta desconcertante realidad que mencioné al inicio, en la que todos y todas de alguna manera estamos involucrados, este Congreso Eucarístico Mariano que nos encontramos celebrando, es una oportunidad que nos invita a profundizar y encarnar las actitudes de María como intercesora, modelo y camino y a ser otras tantas "Marías" por la capacidad de orientar y acompañar, de vivir la vida con intensidad y de animar la esperanza en nuestras familias, comunidades, grupos, ambientes de trabajo y así colaborar en la construcción de un nuevo Ecuador!.

María, modelo de fe y camino de esperanza!
Ruega al Señor por nosotros! ¡Aleluya!

Hna. Janet Aguirre P. FMA

BIBLIOGRAFÍA

BROWN, Raymond E., *María en el Nuevo Testamento*, Salamanca, Sígueme, 1986.

CALERO, Antonio María, *María en el misterio de Cristo y de la Iglesia*, Madrid, CCS, 1990.

DE FIORES, Stefano, *María en la teología contemporánea*, Salamanca, Sígueme, 1991.

DE FIORES, Stefano, *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Madrid, Paulinas, 1985.

DE FIORES, Stefano, *Nuevo Diccionario de Mariología*, Madrid, Paulinas, 1988.

De la POTTERIE Ignacio, *María en el ministerio de la Alianza*, Madrid, BAC, 1993.

DOMÍNGUEZ ASENSIO, José Arturo, *María, Estrella de la Evangelización. Madre de Dios y nuestra. XI Congreso Mariológico y XVIII, Congreso Mariano Internacionales*, Madrid, Paulinas, 1991.

FORTE, Bruno, *María, la mujer icono del misterio*, Sígueme, Salamanca, 1993.

GALOT, Jean, *María, la donna nell'opera di salvezza*, Roma, 1984.

GARCÍA PAREDES, José Cristo Rey, *María en la comunidad del Reino. Síntesis de Mariología*, Madrid, Publicaciones Claretianas, 1988.

GONZÁLEZ DORADO, Antonio, *De María Conquistadora a María Liberadora. Mariología Popular Latinoamericana*, Santander, Sal Terrae, 1988.

GONZÁLEZ, Carlos Ignacio, *SI, María Evangelizada y Evangelizadora.* Colección de textos básicos para Seminarios Latinoamericanos, Vol. IV, 2 CELAM, Bogotá, CELAM, 1988.

PÍO XII, PABLO VI, JUAN PABLO II, CONCILIO VATICANO II, *Para amar a la Virgen*, Madrid, Palabra, 1987.

SCHILLEBEECKS, Edward, *María, Madre de la Redención*, Madrid, Fax, 1969.

Una patria desgarrada en un mundo dividido: ¿Es posible la esperanza?

Una realidad que quisiéramos callar

Por generosa iniciativa de las autoridades organizadoras del Congreso Eucarístico Mariano de la Arquidiócesis de Quito, se me ha pedido ensayar una mirada sobre este dolorido país, que vive quizá sus horas más difíciles bajo el signo de la fragmentación de sus bases sociales e institucionales, y que llevado por muchos factores -unos estructurales y otros coyunturales- se encamina a una gravísima polarización de visiones e intereses contrarios que, ciegos al clamor nacional, amenazan conducirnos a un escenario impensable e indeseable para la mayoría de ciudadanos y ciudadanas del Ecuador.

Abordar una realidad así es una tarea dolorosa. Hay hechos que configuran esta amarga realidad, que cuesta admitirlos y decirlos. Pero si nosotros, Iglesia de Cristo, callamos esos hechos y no hacemos luz sobre sus implicaciones funestas, no podríamos ocupar el lugar que Dios nos reclama en el aquí y ahora de nuestra historia.

- **NO** es posible callar ante la ceguera de grupos económicos que, aprovechándose de la debilidad del sistema financiero y de su permisividad legal, faltaron a la confianza de pequeños y medianos cuenta ahorristas, hiriendo de muerte la ya escasa credibilidad de nuestras instituciones económicas.

- **NO** es justo silenciar nuestra advertencia a quienes diseñan la política económica del país, que se cierran ante la posibilidad de encontrar alternativas de financiamiento a las brechas fiscales y optan por reanudar la penosa estrategia del agresivo endeudamiento externo, como única opción; considerando muy poco el enorme riesgo desestabilizador que la deuda introduce en lo social y lo político en el corto plazo.

- **NO** es posible omitir nuestras reservas a la estrechez de miras con que, en garantía de nuevos endeudamientos, se nos imponen nuevos ajustes, alzas y eliminación de subsidios desde el Fondo Monetario Internacional, quien reedita su ya clásica y fallida condición para el "despegue económico futuro" que no termina de llegar jamás al Ecuador.

- **NO** sería saludable para nuestro pueblo el que no señalemos a la perversión del quehacer político nacional y a su connivencia con determinados intereses económicos y de poder, como una de las causas más hondas de la corrupción y la pérdida de legitimidad de los valores democráticos. La política y los políticos son hoy el lugar donde crece y se multiplica en gran medida la ingobernabilidad y donde se patentan las distancias más escandalosas entre cultura política y necesidad social; al punto que, de seguir esta tragedia, los anhelos sociales bien podrían encontrar una válvula de escape más violenta y fuera de los cauces institucionales, como en los países vecinos.

- **NO** podemos ignorar por las mismas razones, los equívocos en los que incurren los movimientos sociales, populares e indígenas. Investidos por la coyuntura como portavoces de justos anhelos de mayor justicia social y económica, han impulsado sin embargo el desarrollo de un polo "maximalista" y radical, unas veces con fuertes contenidos étnicos y otras con

tintes de una general intolerancia política, que se aprovecha del descontento social y de la pobreza generalizada. El escenario abierto por la lucha de estos movimientos, es profundamente inestable.

- **NO** solo ellos, entre todos hemos llegado al extremo de hacer de la arbitrariedad política, que desconoce al gobierno de turno, una práctica común y peligrosamente aceptada, sin sentido de la previsión y que, de persistir, equivaldría a la renuncia de todo futuro histórico. En Ecuador, con demasiada liberalidad, sucesivamente se han desconocido los legítimos mecanismos de continuidad y transición democráticas, vitales para una mínima estabilidad política. La intervención militar sobre el poder civil (la caída de Bucaram); los intentos reconocidos de golpe (los sucesos del 21 de enero); y las proclamas sociales de un "poder paralelo" que desconoce toda autoridad y se opone a todo, son los ejemplos de una arbitrariedad sin límites, que ha incubado en la lucha por el poder político en el Ecuador.

Estos hechos, expresan una sola y trágica realidad: para una buena y creciente parte de los ecuatorianos, la democracia, su institucionalidad, sus procesos de elección y dirimencia -con sus defectos y virtudes-, han dejado de ser el único escenario posible y deseable de la confrontación política... De aquí al surgimiento de otras formas de lucha por el poder, menos o nada democráticas, más violentas e intolerantes, no hay más que un paso.

La consecuencia más visible y dolorosa de todos estos hechos es el socavamiento generalizado de los fundamentos democráticos y el quiebre íntimo y profundo de sus instituciones tutelares. Si por décadas hemos asistido en Ecuador al derrumbe de un modelo económico que pretendía sentar unas bases sólidas en la

producción nacional, un mercado interno creciente y un sistema extendido de prestaciones sociales, en el marco de una sana doctrina del "Estado de bienestar" y mercado regulado; hoy, al iniciarse la tercera "década perdida" bajo signo neoliberal, vemos con estupor la fragmentación de la sociedad profunda, la destrucción de miles de familias conducidas en su afán de sobrevivencia al recurso extremo de la migración; y, en casi todos los ámbitos en que la sociedad y el Estado se relacionan, al rompimiento del pacto social sea por intolerancia política, o por el efecto corrosivo de la más sórdida corrupción.

sin un reconocimiento verdadero de nuestra realidad, todo intento de contemplarla a la luz de la esperanza cristiana sería un vano ejercicio -no de la fe, que no rehuye confrontar la verdad-, sino de un ingenuo optimismo a la larga destructivo.

Un signo paradigmático de este quiebre generalizado es lo que ocurre en las Fuerzas Armadas: presentidas y deseadas por toda la patria como una de las fuentes de sentido y coherencia históricas, y por ello percibidas como "irrompibles" (perdónenme el término), las vemos hoy tambalear frente a sus contradicciones internas -reflejo de las que sacuden a la sociedad toda-, y con esa ruptura perdemos esa suerte de "reserva estratégica" de unidad nacional, recurso final al que en tantas ocasiones hemos debido acudir para continuar en nuestro peregrinar histórico.

Desearía sinceramente no hacer referencia a estas realidades y traer, en esta ocasión especialísima, mensajes más de «propuesta»: positivos y útiles. Pero es indudable que, sin un reconocimiento verdadero de nuestra realidad, todo intento de contem-

plarla a la luz de la esperanza cristiana sería un vano ejercicio -no de la fe, que no rehuye confrontar la verdad-, sino de un ingenuo optimismo a la larga destructivo.

Y es que, nos guste o no, una gran parte de responsabilidad en la precipitación de esta honda crisis que vivimos reside en el agravamiento general de las condiciones de pobreza, en nuestro país como en el resto del mundo poco desarrollado. Un agravamiento que encuentra su origen en las prácticas inspiradas en la ideología neoliberal, que han anidado en Ecuador como en toda América Latina. Muchos analistas nacionales e internacionales, que ustedes conocen de sobra, han demostrado que el neoliberalismo es estructuralmente incapaz de remediar la pobreza y que más bien propicia la concentración de la riqueza en pocas manos.

Con la apertura de las fronteras nacionales al mercado global, el flujo financiero mundial y sus requerimientos pasan a determinar las políticas económicas locales, imponiendo a nuestros países ajustes estructurales que incrementan la pobreza y la inseguridad; nuestros gobiernos, sujetos a su pesar a los intereses financieros mundiales, no logran detener la fuga de capitales hacia los "paraísos" fiscales. ¡Más de la mitad del volumen total de la deuda externa latinoamericana se encuentra depositada en cuentas particulares de esos "paraísos" fiscales!

La globalización ha destruido, casi en su totalidad, a los clásicos actores de la sociedad industrial moderna: los empresarios nacionales y las clases trabajadoras.

La globalización ha destruido, casi en su totalidad, a los clásicos actores de la sociedad industrial moderna: los empresarios na-

cionales y las clases trabajadoras. Hoy, la brecha es distinta y es mayor: por un lado, los poderosos dueños del capital financiero mundial... por otro lado, millones de personas excluidas del empleo y de la economía de mercado, viviendo por debajo de los límites de la sobrevivencia, presa de viejas enfermedades que creíamos ya desterradas del planeta y entregada a su suerte en medio de la violencia inter racial y la discriminación.

En estas condiciones es tarea difícil el desarrollo de una ciudadanía estable y un régimen de creciente democracia. Las élites surgidas con la globalización no solo controlan el dinero y el poder político; controlan además los medios de información y de opinión y, por medio de ellos, han tomado a su vez control de los mecanismos electorales y del debate público, haciendo que las decisiones ya no sean tomadas en el seno de las instituciones democráticas, sino en los mercados de la imagen política. En esta perspectiva, la democracia se devalúa y pierde legitimidad.

La globalización no ha producido mayor equidad. Los datos mundiales sobre la pobreza y la desigualdad son desastrosos.

La globalización no ha producido mayor equidad. Los datos mundiales sobre la pobreza y la desigualdad son desastrosos. En 1996, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD; Informe sobre la pobreza; 1996), nos reportaba que más de la mitad de la población mundial tenía ingresos menores a dos dólares diarios. Si para la década de los '80, los pobres del mundo obtenían el 2% de la renta global, a fines de los '90 la proporción había descendido a apenas el 1%. En cambio, si en los '80 los más ricos acaparaban el 70% de la riqueza mundial, a fines de los '90 se hacían con el 85% de la misma. Mil millones de seres humanos pasan hambre,

no tienen acceso al agua potable, son casi analfabetos y tienen una esperanza de vida que no sobrepasa los 45 años de edad. Cada año, por hambre y por infecciones virales que tienen cura, mueren en la tierra 17 millones de personas, la mayoría de ellos, niños. Mientras tanto, la riqueza de los 10 hombres más ricos del mundo equivale a 1.5 veces los ingresos de todos los países menos desarrollados. En América Latina y en Ecuador los pobres pueden adquirir apenas el 46% de la canasta familiar básica que, como vemos para nuestro caso, sobrepasa ya los 6 millones de sucres (US$240).

Frente a esta tragedia antropológica, las consignas de mayor globalización y más mercado persisten como una cruel paradoja. A lo sumo, proponen las llamadas "medidas compensatorias", ralas y focalizadas, que pretenden nada más paliar los estallidos sociales, disminuyendo la responsabilidad del Estado ante los pobres y sugiriendo que pasemos a una sociedad "filantrópica" que ya no trata a los pobres como sujetos de derechos, sino como objetos de una equívoca beneficencia.

Yo creo que esta visión fatalista nos está conduciendo al desastre social; la defensa de un individualismo agresivo, el proponer sus medidas como fruto de una "ciencia" dogmática y revestir sus efectos como "naturalmente inevitables" -ya que, aparentemente, nada se puede hacer ante la lógica del mercado-, así como el buscar abiertamente el hundimiento del Estado social, llevó al Papa Juan Pablo II a decir, en su visita a Cuba, que el neoliberalismo: *"Subordina la persona humana y condiciona el desarrollo de los pueblos a las fuerzas ciegas del mercado, gravando desde sus centros de poder a los países menos favorecidos con cargas insoportables. De este modo se asiste en el concierto de las naciones al enriquecimiento exagerado de unos pocos a costa del empobrecimiento creciente de los muchos"* (Citado en "El neolibealismo: mito e ideología"; Theológica Xaveriana, N. 125, p.11).

Ante este panorama, cabe entonces la pregunta:

¿Es posible la esperanza?

Queridos amigos, deben perdonarme por haber insistido en el doloroso ejercicio de volver sobre nuestra realidad, harto conocida ya por ustedes. Sin embargo, es preciso en ella y a sus expensas y no por fuera de ella, el que nos abramos a un interrogante que no puede desfallecer hoy en el alma de los cristianos: ¿Es posible una salida que favorezca nuestra esperanza y dé testimonio de ella? ¿Hay un camino para pueblos doloridos como el nuestro, en los que la vida sea recuperada y el mensaje de la Buena Noticia se encuentre con tierra preparada y fértil?

No pretendo yo responder a estas preguntas ni querer dar lecciones a quienes podrían dármelas a mí. Quiero simplemente subrayar la importancia de hacer una reflexión crítica de la realidad, para que la fe pueda actuar en profundidad y verdad. Dejándome guiar por esta intención, quisiera invitarles a reconocer cuáles son los factores de más importancia que emergen de esta realidad y que son los de mayor peso en ella. A mi juicio son dos: la pobreza y la política; la una, como el factor de mayor capacidad desestabilizadora de nuestra sociedad; la segunda, como una constelación de respuestas que, referidas a los conflictos sociales que la pobreza crea, propone a los ciudadanos unas actitudes que a la larga o agravan la situación de pobreza o no ayudan a superarla.

Por tanto, creo firmemente que hay que:

a) Volver a vincular pobreza y política

Pobreza y política deberían estar íntimamente vinculadas. Si la pobreza no es tenida como "inevitable" y si se admite que su persistencia, no solo que revela profundos desencuentros estruc-

turales, sino que se ha convertido en primer factor de inestabilidad política, entonces nuestra visión de la pobreza debe necesariamente cambiar. Ya no podemos considerarla como un simple defecto o "patología" de la sociedad, pretendidamente ajena al modo como esa sociedad ha sido organizada y como distribuye la riqueza que produce. No podríamos admitir tampoco el modo en que actualmente se mira a la pobreza: apenas como una realidad que "estorba" al buen cumplimiento de los planes económicos y que solo es tomada en cuenta cuando amenaza el "realismo práctico" de esos modelos. Así en nuestro país, la pobreza se considera un simple problema de asignación de recursos básicos, que es ocasionalmente aliviado -con medidas focalizadas-, hasta el límite justo del "estallido social".

Esta visión de la pobreza es realmente perversa, pues revela -a pesar del difundido uso ideológico que se hace de ella por todas las tendencias políticas- que la pobreza no está siendo considerada en toda su gravedad antropológica y como primer factor de desestabilización social e institucional de la democracia. Si lográramos como sociedad asumir en serio las graves implicaciones no solo económicas, sino socio políticas de la pobreza, seríamos entonces capaces de desarrollar y concentrar una voluntad política y un ánimo moral, decididos a superarla.

Esta incapacidad de asumir la pobreza en toda su gravedad histórica, viene quizás porque insistimos en verla de un solo modo: decimos siempre que la desigualdad social y el discímil acceso a la toma de decisiones vienen de la pobreza que vivimos. Pero veámoslo por un momento de modo inverso: el desigual acceso a los bienes y la exclusión de la mayoría en la toma de decisiones políticas, son causas de mayor pobreza. Esta inversión en la mirada, nos permite devolver a la pobreza su dimensión real y sacarla de ese tratamiento parcial que se hace de ella, vinculándola nuevamente con los problemas de la democracia y de la lucha política.

Para conseguir una mayor democracia social y una mejor redistribución económica, la pobreza debe ser confrontada como una urgencia no solo socio económica, sino moral y de orden de política mayor!

Porque, no se puede combatir la pobreza sin una movilización cultural y moral de toda la sociedad, llamada a impulsar una cultura política distinta, basada en la urgencia de lograr los acuerdos democráticos necesarios y la más amplia participación en la toma de decisiones, que nos lleven como nación a los cambios constitucionales y legales que permitan, como objetivo único por mucho tiempo, salir de la pobreza!

Sin una democracia que se independice de los intereses de ocasión y sea dialogante e inclusiva, no hay combate posible a la pobreza.

Sin un empoderamiento (como se dice actualmente) gradual de las bases sociales y un acuerdo nacional de todos los sectores, en torno a un programa político de gobierno que tenga como objetivo primero el combatir estructural y formalmente a la pobreza, no lograremos reunir a la patria otra vez y edificarla como lo quiere Dios!

En este deseo, como Iglesia de Cristo, podemos seguir jugando un papel vital: porque, quién mejor que la Iglesia para movilizar las conciencias y las energías morales de la nación, hasta que todos asumamos la dramática importancia que tiene la pobreza en nuestro presente y futuro.

- **QUÉ** mejor interlocutor que la Iglesia para orientar a la sociedad civil, no solo hacia la conservación del régimen democrático, sino hacia el desarrollo de una cultura política que encare como su primer objetivo la superación de la pobreza y la consecusión del bien común.

- **QUÉ** mayor autoridad que la del Evangelio para incentivar la transparencia en el ejercicio del poder público, para que sus acciones no se desvirtúen por la corrupción, sino que prevalezcan en la lucha contra la pobreza.

- **QUÉ** mejor y más calificadas estructuras que las nuestras, de nuestras parroquias y comunidades eclesiales y religiosas, para impulsar redes nacionales e internacionales de voluntades que, con independencia de los poderes públicos -pero también con ellos-, puedan exigir a los organismos internacionales la revisión de sus políticas, cuando éstas nos empobrecen todavía más.

- **QUIÉN** mejor que la Iglesia, maestra de caridad y solidaridad, para incentivar la formación política responsable y la participación de los grupos más vulnerables, en busca de su inclusión social.

- **QUIÉN** con mejor buena fe, para denunciar el clientelismo y el burocratismo que emponzoña a las organizaciones públicas dedicadas a combatir la pobreza.

Porque, no se trata de darle "rostro humano" a la economía de mercado, sino de democratizar sus estructuras; ni se trata tampoco de disminuir al Estado en beneficio de ese mercado, sino de darle al Estado fortaleza para que promueva los derechos de los pobres, grandes perdedores de este tipo de economía.

Recuperar la dimensión socio política de la pobreza, a la par que disminuir el poder del dinero sobre la política, en el marco de una creciente democracia y en auspicio de una sociedad civil que garantice la transparencia de la vida pública, podría muy bien ser el primer paso para reunir los fragmentos de esta nación, en un proyecto de mayor plazo.

Pero nada de esto será posible si, a la par que vinculamos más responsablemente pobreza con política, no hacemos un esfuerzo similar por vincular a la política con la moral.

Por eso, creo que hay que:

b) Volver a vincular política y moral

La política en el Ecuador debe recuperar su dimensión moral. La mayor tragedia de la política en nuestro país es la de haberse emancipado de los grandes objetivos morales de dignificación humana, justicia y verdad. Este hecho ha producido un generalizado desencanto en todas las filas -incluyendo a los cristianos- que ha reforzado el convencimiento de que todo lo político es en principio malo, porque -incapaz ya de traducir los más nobles anhelos sociales-, se ha reducido a ser un irredimible recurso de los intereses más poderosos y oscuros de la sociedad.

Este empobrecimiento del concepto y de la práctica de la política en nuestro país, nos ha llevado al extremo de un nuevo maniqueísmo, que dice así: «solo la sociedad (civil) es buena, porque es ajena a la política». Y así, del mismo modo en que el mercado se aleja y condena al Estado, frente a la política se erige -como opuesta- la sociedad; y frente al sujeto político se opone el técnico o el intelectual. El precio de este desencanto es gravísimo, pues se traduce en el abandono de la política en manos de su más oprobioso manipulador: el politiquero común.

La segunda razón para la crisis de la política en Ecuador viene de la miseria teórica con que se ha construido entre nosotros toda suerte de utopías emancipatorias: llámense éstas socialismo, populismo justicialista, nacionalismo militar o liberacionismo cristiano. Para terminar de agravar esta crisis, el triunfo de una racionalidad economicista, que pone al mercado como instancia primera y total de la sociedad, ha dado lugar a una errancia de

la moral que, refugiada en el "reino de los fines", abandona toda preocupación por la cosa pública.

El resultado está a la vista: la política, los políticos y sus proyectos, se distancian convenientemente de la moral, se desligan de toda utopía, se avergüenzan de toda tradición ideológica, se jactan de "no ser ni de izquierda ni de derecha" y hacen de la ética una mera idea reguladora, sin aplicación ni futuro cierto y a la que se recurre como un slogan de moda, que da cierta "honorabilidad" a las prácticas de siempre.

En el sufrido Ecuador de hoy no existe ninguna realidad que muestre una vinculación -que merezca la pena- entre política y moral. Esta última ha sido relegada a ser una colección inerte de "principios generales", archivada en algún código de ética, que vale lo mismo tanto para radicales como para inmovilistas. Mientras que la política no pasa de ser un juego menor, dentro de las reglas marcadas por la tecnocracia económica.

Si quisiéramos -como señalara anteriormente- reunificar a nuestro país en función de un objetivo urgente, como es el de superar la pobreza y sus consecuencias de todo orden, se impone una reconstrucción significativa de la racionalidad política, en la que puedan caber otra vez los grandes debates de la filosofía, de la sociología, de la moral y de la teología. En esto, el cristianismo tiene mucho que decir, y sus preocupaciones por valores morales como justicia y solidaridad, bien pueden ayudar a la política a recuperar su tema natural: el bien común y la redención humana de los sufrientes.

Cuesta admitirlo, pero sin un proceso así el hegemonismo del mercado terminará por despolitizar absolutamente a la sociedad y al propio Estado. Hay ya síntomas de ello: cuando el Estado hace uso de su legítimo derecho a tomar medidas por razones

puramente políticas y no exclusivamente técnicas, ¡se levanta un escándalo de voces que acusan al Estado de ser "político"! Y es porque, en esta nuestra sociedad de mercado total, la figura del técnico (generalmente economista) se ha agigantado, mientras se esfuma la del político, al punto de crear toda una cultura electoral, en la que el mejor calificativo a favor de cualquier candidato a Presidente, es el de no ser «político», sino un ¡aséptico e independiente «técnico»!

Este vaciamiento político de la sociedad ecuatoriana ha producido mayor desmembramiento de sus actores: desaparecidas las diferencias políticas, predominan los intereses corporativistas y gremiales por encima del bien general. Basta escuchar las reivindicaciones de la sociedad ecuatoriana de hoy: los indígenas defienden lo suyo; las cámaras hacen lo propio; los sindicatos del sector público o los gremios de choferes solo atienden a su interés; en las huelgas de los hospitales públicos, médicos o trabajadores, defienden su exclusivo beneficio sin que importe la suerte de los enfermos; en la huelga de los maestros, que buscan garantizar su incierto futuro laboral, no importa la suerte de los jóvenes. De tal suerte, que la política pierde todo carácter universal y pasa a ser la máscara con que se presenta el interés propio.

En esta política empobrecida de fundamento moral universal se produce una singularísima conversión, pero al revés: en poco tiempo, el político pasa de la vocación de ayer, al gris oficio de hoy; de la afición altruista, a la profesionalización. Quienes en su juventud descubrieron la vocación política como un campo de resistencia moral a la arbitrariedad humana, se convierten de adultos en esa "clase política" que conocemos, inmoral y oportunista, que ha convertido todos esos principios e impulsos iniciales en una profesional e instrumental administración de sus intereses y vínculos.

Por estas solas consideraciones tendríamos que afirmar que el problema político de nuestro país es fundamentalmente moral.

> Si la política en el Ecuador no recupera para sí un norte en el que la injusticia gratuita, causada no por la fuerza del destino, sino por los propios hombres, movilice en todos los ciudadanos el deseo de confrontar pacífica e inteligentemente los gérmenes que perpetúan esa injusticia, no habrá la motivación social suficiente que transforme las bases culturales del quehacer político.

La inexistencia pública de tal motivación -de la que se ufana la sociedad neoliberal-, no significa ningún avance, sino una tragedia, pues nos revela que vivimos en un escandaloso déficit de moral pública, de moral solidaria.

En las circunstancias del Ecuador de hoy ya no cabe una solidaridad paternalista del Estado, ni una solidaridad filántropa de la sociedad. La pobreza, como factor primero de inestabilidad política, nos exige más. Nos exige una política de solidaridad compasiva, que no se desvíe hacia el reparto de lo que al rico le sobra, sino que se decida a organizar a la sociedad tomando como punto central de interés público al sufriente, al humillado, al excluido.

En la parábola del buen Samaritano, el prójimo no solo es el caído, sino también el que se acerca a él. Esto quiere decir que solo nos volveremos sujetos de una sociedad con esperanza, si todos asumimos la causa del caído como causa propia y de primera importancia!

Naturalmente que un cambio así supone un cambio similar en la cultura toda. Un cambio que, creo yo, ha de empezar a venir sobre todo cuando el Cristianismo se construya como una me-

diación capaz de salir y permanecer en la arena pública, proponiendo con valentía e insistencia sus argumentos, sin esperar a ser preguntado, sino volviéndose oportuno (inoportuno) e interpelante.

Los cristianos debemos hacer que la política recupere la compasión, esa experiencia del dolor humano que «escandaliza la conciencia del justo» porque amenaza con frustrar la dignidad de todo hombre. Los cristianos debemos lograr que la política en este país recupere la capacidad de comunicarnos en qué sentido tiene que discurrir la historia si quiere ser digna de la vida humana. Los cristianos debemos luchar para que la política en nuestro Ecuador vuelva a fijarse en el destino de los fracasados y sufrientes, esos seres de desgracia, por cuya boca los hombres y mujeres de todos los tiempos -y también los de ahora- expresan su esperanza.

Muchas gracias.

P. Allan Mendoza S.J.

El Sacrificio Eucarístico: Jesús, camino para la Unidad y la Comunión

Introducción

La práctica de los sacrificios es un fenómeno religioso universalmente extendido[1] y parece que es "la piedra angular del edificio religioso en la mayor parte de las sociedades primitivas"[2]. Pero, ¿qué se entiende por sacrificio?

El término sacrificio ha pasado del ámbito religioso al secular. Su uso es muy frecuente en la familia, en la política, en la economía... para indicarnos que hay que "renunciar" a algo o a alguien, o realizar un "esfuerzo mayor" para obtener un triunfo con la connotación de "resignación" e impotencia ante una situación difícil. Sin embargo, en su sentido propio, religioso, el término sacrificio es radicalmente distinto: tiene que ver con la entrega libre, generosa y gozosa de un bien muy apreciado a Dios.

El **sacrificio (sacrum facere,** hacer sagrado) "es **un gesto** que evoca y expresa de manera intensa los poderes sacrales de la naturaleza divina"[3]. En este caso, Dios mismo es un sacrificio. Generalmente es el **sacerdote (sacer**, sagrado, con la raíz indoeuropea **dh**, hacer) el que realiza el gesto sacrificial: ofrece una **víctima** a Dios y, luego, una parte de ella consume con el pueblo[4].

---

1 Encontramos en los pueblos de Egipto, Roma, Grecia, Judea, América (Aztecas, Mayas, Chibchas, Incas...) y en otras latitudes.

2 X. Bazurko, *La Eucaristía*, 140.

3 X. Pikaza, *Fiesta del Pan, Fiesta del Vino*, 90.

4 La historia de las religiones nos enseña que se trata de **un acto** mediante el cual el hombre toma **"algo"** que le pertenece y ofrece a una divinidad. Ese "algo" varía según el concepto y la relación que se tenga con Dios. Puede ser un cordero, un licor o

Por otra parte, el sacrificio, en la historia comparada de religiones aparece como **un género** que contiene muchos ritos. Por eso, encontramos sacrificios de acción de gracias, de petición, de expiación individuales o colectivos, de consagración (de un lugar, de un objeto, de una persona), sacrificios de comunión. Los sacrificios, de este modo, condensan de alguna manera todas las relaciones del hombre con Dios[5].

En la tradición vetero-testamentaria existen muchas palabras para designar el término sacrificio[6]. El hombre del paraíso come de los frutos de la tierra y domestica animales pero sin matarlos para Dios. A partir de Noé, se introduce los sacrificios cruentos de animales y las ofrendas de comida que deben ser quemadas. En tiempo de los Patriarcas, los sacrificios se ofrecen en los lugares de una profunda experiencia de Dios y el jefe de la familia desempeña la función sacerdotal. Posteriormente, Moisés instituye una clase sacerdotal para que, en nombre del pueblo, presente los sacrificios a Dios (Lv 8, 1-17). Esta práctica ha dominado la historia bíblica.

En nuestra época, vivimos una contradicción: defendemos y cuidamos rigurosamente las plantas, pero talamos los bosques con fines lucrativos. No realizamos sacrificios rituales de animales, más aún nos burlamos de los que lo hacían, pero matamos

una joven inocente y virgen. El hombre, entonces, **ofrece** y, a la vez, se **priva.** La historia de las religiones y la etnología se ocupan del primero y de sus formas rituales; y la moral, del segundo, señalando la renuncia como un medio para lograr autenticidad y perfección.

5 En todas las religiones, el sacrificio es un **acto público:** de la familia, del clan e incluso del Imperio, como en el caso de Roma. Las relaciones con Dios no quedan reducidas, por lo tanto, al ámbito de lo secreto e íntimo del corazón.

6 Resulta muy peligroso hablar del sacrificio en general y más todavía construir una teología cristiana del sacrificio eucarístico sobre estas bases tan frágiles. Esta ambigüedad explicaría también en gran medida la controversia entre católicos y protestantes sobre el tema del sacrificio.

un sinnúmero de ellos como algo normal. No ofrecemos víctimas humanas a Dios sobre el fuego, pero sí permitimos que millones y millones de personas se sacrifiquen ante los dioses del dinero, del poder, del prestigio social.

El tema propuesto para nuestra ponencia: "El Sacrificio Eucarístico, Jesús camino para la unidad y la comunión", lo desarrollaremos en cuatro capítulos. En el primero, consideraremos algunos aspectos de Jesús como sacrificio; en el segundo, trataremos la eucaristía como sacrificio; en el tercero, abordaremos la eucaristía como memorial; y, finalmente, en el cuarto, a modo de conclusiones y aplicaciones pastorales, señalaremos algunas consecuencias éticas que se desprenden del sacrificio de Cristo y su memorial; todos ellos desde la perspectiva de la unidad y la comunión de Dios con los hombres realizada ya en la encarnación y actualizada de un modo maravilloso en la celebración eucarística. Para esto, en nuestro análisis, tomaremos algunos elementos históricos, bíblicos y teológicos. Esperamos que este breve aporte suscite en ustedes el diálogo y, sobre todo, el deseo de continuar la investigacion de este apasionante e imprescindible tema.

Jesús: El nuevo Sacrificio

El tema de la eucaristía nos remite necesariamente a su único fundamento: Cristo. Pues, es él quien, desde "**su vida, muerte y resurrección**", da sentido al misterio que se celebra diariamente en ella. Por esta razón, antes de toda consideración teológica de la eucaristía, es necesario tratar la persona misma de Jesús como sacrificio.

Jesús con su encarnación asume el **sacrificio** como expresión perfecta **del culto** que el hombre tributa a Dios, pero de un modo radicalmente distinto. Si en el antiguo testamento, los sacrificios estaban **representados** por cosas, plantas y animales; en el

nuevo, el sacrificio es Jesús mismo: él es la **víctima** que se entrega para "quitar el pecado del mundo" y dar el culto perfecto a Dios.

Juan el Bautista, al decir: *"ahí viene el Cordero de Dios, el que carga con el pecado del mundo"* (Jn 1, 29), no sólo presenta a Jesús, sino pone de relieve su vocación y misión sacrificial de liberar al hombre poseído por el pecado de la rebeldía y la autosuficiencia; y, así, abrirle a la comunión con Dios y sus hermanos.

Jesús es consciente de que su **entrega** al Padre es un **rescate**. Al celebrar su última cena, en el marco de la **pascua** judía, intencionalmente **relaciona** su muerte con el sacrificio del **cordero** pascual. Expresamente, se refiere a la **sangre** de los sacrificios con que los hebreos se salvaron de Egipto y Moisés selló en el Sinaí la primera alianza (Ex 24, 8; Mc 14, 24). En la nueva alianza, en cambio, los hombres son perdonados y liberados de la muerte eterna por su sangre. *Dios, nos dice Pablo, "nos perdonó todas nuestras faltas. Anuló la cuenta de lo que debíamos por no haber cumplido los mandamientos; tiró el comprobante y lo clavó en la Cruz"* (Col 2, 13-14). Jesús, entonces, es el sacrificio expiatorio por excelencia; y no por imposición, sino por libre y voluntaria decisión, conservada firmemente hasta el final de su vida (cfr. Jn 4, 34; 5,30)[7]. Cristo vence la esclavitud del egoísmo que separa, enfrenta y produce la muerte; y, a la vez, inaugura el Reino de la reconciliación y la vida[8]. Pero, ¿cómo se hace sacrificio?

7 Jesús como signo de contradicción: caída para unos y resurrección para otros (cfr. Lc 2, 34), exigía una decisión en su favor o contra; unos lo acogen, se convierten y encuentran la salvación; y otros, en cambio, heridos en su orgullo, lo rechazan y deciden eliminarlo. Es así cómo se ve enfrentado a todas las autoridades: sacerdotes (representantes de la religión), escribas (representantes de la ciencia bíblica), saduceos (representantes del capital) y fariseos (los dueños de la conciencia del pueblo). Pero aceptó el reto (cf. L. Baigorri, *La Eucaristía*, 20-22).

8 Pablo estaba convencido de esta verdad y por eso afirma: *"por él quiso reconciliar consigo todo lo que existe, y por él, por su sangre derramada en la Cruz, Dios establece la paz tan-*

En los cuatro relatos de la última cena, los exégetas descubren dos tradiciones: La *helenista* (Pablo y Lucas) y la ***Palestinense*** (Marcos y Mateo). Entre ellas, encuentran dos diferencias fundamentales. a) La helenista que habla de la anámnesis: *"haced esto en memoria mía"*; y, en cambio, la palestinense (Marcos y Mateo), no. b) Asimismo, las palabras sobre el cáliz están formuladas de distinto modo. La Palestinense dice: *"Esta es mi sangre de la alianza"* (el don es **la sangre**); y la helenista: *"esta copa (cáliz) es **la nueva alianza** en mi sangre"* (el don es **la alianza**). Además, mientras Marcos y Mateo se refieren a la alianza en general, Lucas y Pablo hacen mención de la **nueva** alianza.

En estas formulaciones, se revelan dos enfoques teológicos: uno, sacrificial; y otro, profético.

Teología sacrificial. En la expresión *"sangre de la alianza"* se encuentra la teología de la alianza del éxodo y, junto a ella, la idea de sacrificio y culto: *"Entonces Moisés tomó sangre y roció al pueblo diciendo: Esta es **la sangre** de la alianza que el Señor ha hecho con vosotros"* (Ex 24, 8; cfr. Mc 14, 14; Mt 26, 28). La cena del Señor es presentada de un manera paralela al acontecimiento de la alianza en el Sinaí. Jesús, como nuevo Moisés, ofrece **la sangre** del nuevo pacto y funda el pueblo de Dios. Con la cena del Señor, la tradición palestinense corona la comparación de Jesús con Moisés; y marca **la continuidad** entre las dos alianzas. La vida y muerte de Jesús constituye, por lo mismo, el **sacrificio** de la alianza iniciada por Moisés pero que ahora alcanza un plano superior y definitivo: *"... Cristo, después de haberse ofrecido una so-*

---

to sobre la tierra como en el cielo" (Col 1, 20). Pedro, igualmente, dice: *"El mismo subiendo a la Cruz cargó con nuestros pecados para que, muertos a nuestros pecados, empecemos una vida santa. Y por sus llagas fueron ustedes sanados"* (1Pe 2, 24). Y en otro pasaje señala: *"No olviden que han sido liberados de la vida inútil que llevaban antes, igual que sus padres, no con algún rescate material de oro y plata, sino con la sangre preciosa del Cordero sin mancha ni defecto"* (1Pe 1, 18).

la vez para quitar los pecados de la multitud, se aparecerá por segunda vez sin relación ya con el pecado a los que le esperan para su salvación" (Hb 9, 28).

Teología profética. Si los relatos de Marcos y Mateo se enlazan con la **Torah,** los de Lucas y Pablo lo hacen con la otra tradición del antiguo testamento: la crítica profética del culto. La expresión "nueva alianza" nos recuerda **la promesa** contenida en Jeremías: *"Vienen días, oráculo del Señor, en que yo sellaré con el pueblo de Israel y con el pueblo de Judá una* ***alianza nueva.*** *No será como la alianza que sellé con sus antepasados el día en que los tomé de la mano para sacarlos de Egipto. Entonces ellos violaron la alianza, a pesar de que yo era su dueño, oráculo del Señor" (Jr 31, 31-32).* Junto con la promesa se critica al culto vacío, formal y, a veces, encubridor de crímenes e injusticias y que alimenta una confianza mágica en los ritos. Oseas es otro de los críticos severos *"Quiero lealtad, no sacrificios; conocimiento de Dios, no holocaustos"* (Os 6, 6; cfr. Hb 8, 13). En esta misma dirección el autor de la carta a los Hebreos nos dice: *"... sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo. Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: he aquí que vengo... a hacer, Oh Dios, tu voluntad"* (Hb 10, 5-7). La Cena del Señor, en este contexto, es la culminación de esta corriente espiritual y crítica de los profetas.

Un punto de convergencia: su entrega. Contra lo que pueda parecer, no existe un abismo infranqueable entre las dos tradiciones teológicas. Los cuatro relatos contienen un punto de convergencia común. Para Marcos y Mateo, la sangre es derramada "**por muchos**" (por todos); y para Lucas, que actualiza esta universalidad, es "**por vosotros**", locución que también Pablo la usa al referirse al pan. Tanto la expresión "por muchos" como "por vosotros" nos ponen delante de la figura del **siervo de Yavéh.** Este siervo es el que *"cargó con el pecado de muchos"* (Is 53, 12) y los liberó de su culpa (Is 53, 11). Esta idea del siervo está

asociada a la de la alianza (cfr. Is 42, 6; 49, 8). La alianza futura se basa, entonces, no sólo en la interiorización de la Ley (cfr. Jr 31, 31ss), sino también en la **sustitución vicaria** del que por amor vive y muere por todos[9].

La idea del siervo de Yavéh, por lo tanto, es el centro unificador que concilia la tradición de la Ley con la de los profetas. Por eso, si en la tradición helenista (Lucas y Pablo), la muerte de Jesús se manifiesta en términos de **oblación** de sí mismo; en la palestinense, a la luz de la liturgia sacrificial, es descrita como ofrenda cultual.

De este modo, Jesús, el nuevo y eterno sacrificio que se ofrece al Padre como oblación y como culto perfecto, nos pone en relación inmediata con la eucaristía, en la que nos revela, de una manera inequívoca, la forma en que entra en unidad y comunión con los hombres.

La eucaristía: sacrificio, unidad y comunión

Dentro de la reflexión teológica, el antiguo testamento es considerado como un prólogo del nuevo: lo que se **anuncia** en el primero, **acontece** en el segundo (cf. Hb 1, 1). Y esto sucede también con la Eucaristía[10]. Por eso, para comprender la eucaristía

---

9 Como bien sabemos, la figura del siervo de Yavéh se cristaliza y desarrolla en la época del exilio. El pueblo ya no tiene templo ni culto y cuando parece que Dios ha abandonado a su pueblo, Israel maltrecho y sufriente representa el sacrificio de la humanidad. Es el sufrimiento del pueblo y no un rito cualquiera lo que constituye el auténtico culto y el verdadero sacrificio. De este modo, supera el sacrificio ritual por la entrega de sí mismo.

10 En el antiguo testamento, encontramos varias *figuras de la Eucaristía*; por ejemplo, los **sacrificios** de Abel (cf. Gn 4, 4), Abraham (cf. Gn 22, 16-18), Melquisedec (Gn 14, 18). Un ejemplo claro de esta relación lo hallamos en las plegaria eucarística primera: "*Dirige tu mirada serena y bondadosa sobre esta **ofrenda**: acéptala, como aceptaste los **dones** del justo Abel, el **sacrificio** de Abraham, nuestro Padre en la fe, y la **oblación** pura de tu santo sacerdote Melquisedec*". Otras figuras de la Eucaristía eran también los sacrificios que se ofrecían diariamente en el Templo (L. Baigorri, *La Eucaristía*, 7-8).

como sacrificio unidad y comunión, es importante que veamos algunos de sus elementos bíblicos, históricos y teológicos.

Visión histórica

La connotación sacrificial de la eucaristía ya esta presente en la primera literatura cristiana, hecho que los mismos hermanos protestantes, profundamente refractarios a este aspecto, lo reconocen[11]. Algunos autores sostienen que se trata de un lenguaje sacrificial espiritualizado; y que, probablemente, existe una conexión entre la *eucaristía* y la *Todáh* judía[12]. Pero celebrar la eucaristía, para las primeras comunidades, era confesar la acción salvadora de Dios con una connotación sacrificial. Desde este punto de vista, la proclamación ritual de *"la muerte del Señor hasta que venga"* (1Co 11, 26) sustituye a la antigua Todah.

Recordemos que el cristianismo de los primeros siglos tiene que enfrentarse al culto sacrificial pagano y judío y, para no confundirse con ninguno de ellos, acentúa la dimensión espiritual de su culto. Un culto que se realiza en la adoración; florece en la eu-

11 "El conjunto de la tradición cristiana antigua... habla de la cena recurriendo a la terminología sacrificial" (X Bazurko, *La Eucaristía*, 144). La fuente extrabíblica más antigua, dice: *"Reunidos cada día del Señor, romped el pan y dad gracias, después de haber confesado vuestros pecados, a fin de que vuestro* ***sacrificio*** *sea puro. Pero todo aquel que tenga contienda con su compañero, no se junte con vosotros hasta tanto no se haya reconciliado, a fin de que no profane vuestro* ***sacrificio****. Porque este es el* ***sacrificio*** *del que dijo el Señor: `En todo lugar y en todo tiempo se me ofrece un* ***sacrificio*** *puro, porque yo soy rey grande, dice el Señor, y mi nombre es admirable entre las naciones"* (Didaché, XIV, en D. Ruiz Bueno, *Padres Apostólicos*, BAC 65, Madrid 1965, 91).

12 La Todah judía, en sus orígenes, es un sacrificio de comunión, unido a una ofrenda y al canto de salmos de acción de gracias. Luego de una larga evolución, en tiempos del nuevo testamento, la Todah se *espiritualiza* en los salmos de acción de gracias, tanto que las ofrendas del pan y del vino quedan de soporte simbólico del rito; esto lo encontramos, especialmente, en algunos críticos del sistema sacrificial del templo. De este modo, el sacrificio **todah** se había transformado en sacrificio de **acción de gracias**, ligado básicamente a la Palabra.

caristía comunitaria como sacrificio de los labios; y se extiende a la vida cotidiana[13].

Ante la acusación de ateísmo, Justino, por ejemplo, responde diciendo que el sacrificio no consiste en consumar las cosas en el fuego, sino en ofrecerlas para cubrir las necesidades propias y las de los pobres[14]. Justino con esto no excluye el rito eucarístico. La carta de Bernabé, en el s. II, pone de manifiesto la crítica profética del culto judío, centrado en las ofrendas y holocaustos; y la necesidad de no guardar rencor como un sacrificio agradable al Señor[15]. El sacrificio cristiano consiste en la oblación de la persona: un sacrificio de los labios y un sacrificio de la vida[16]. Este carácter espiritual del culto cristiano hace que, en la eucaristía de los primeros tiempos, no se resalte las ofrendas del pan y del vino, sino la entrega personal.

Desde fines del s. II, aparece en la Iglesia una actitud más conciliadora con las antiguas costumbres sacrificiales. Esto ocurre, entre otros motivos, por su lucha contra el **gnosticismo** que rechaza lo material y corpóreo. Los cristianos se ven obligados a defender también el lado material del culto. Ireneo de Lyón, por ejemplo, sin desconocer la ofrenda interior del corazón, pone de relieve con fuerza los elementos materiales de la fe cristiana. La eucaristía, de este modo, hunde sus raíces en la creación mate-

13 Los cristianos son acusados de "gente atea y sin religión"; Celso, por ejemplo, afirma: "*Vuestros ojos no puede soportar templos, ni altares, ni imágenes de dioses*" (Orígenes, *contra Celsus*, VII, 62: PG 11, 1507-1508). Sociológicamente, los cristianos parecerían menos religiosos que sus contemporáneos paganos.

14 Justino, *I Apología*, 13, en D. Ruiz, *Padres Apologistas Griegos* (s II) (BAC 116), Madrid 1954, 149.

15 *Carta de Bernabé*, II, 6, en D. Ruiz Bueno, *Padres Apostólicos* (BAC 65), Madrid 1965, 773-774.

16 En tiempos de persecución, la entrega tiene un valor de martirio como culminación de la vida en unión con Cristo.

rial y tiene como soporte simbólico el pan y el vino que son de la tierra[17]. Si antes se acentuaba la acción de gracias sobre el pan y el vino, ahora se valora también lo corpóreo y material de la celebración. La eucaristía, en este contexto, ya no se reduce únicamente al "sacrificio de los labios", sino toma cuerpo en la oblación de los elementos materiales. A partir de este momento, la expresión privilegiada de "eucaristía" (en lugar de "cena del Señor" y "fracción del pan") es reemplazada por los términos: **sacrificium y oblatio**[18].

A la luz de estos acontecimientos, en los primeros tiempos de la Patrística se da una fluctuación entre una línea más **espiritualista y existencial** del sacrificio; y otra que acentúa la **dimensión ritual** del sacrificio cristiano. En la primera, se sitúan principalmente los Padres griegos, entre ellos, Orígenes y Clemente de Alejandría. Y en la segunda, de una manera especial, los Padres latinos, quienes concentran su atención no sólo en la acción celebrativa, sino también en los mismos dones del pan y del vino. Tertuliano presenta una posición equilibrada de estas dos tendencias.

Pero será Cipriano quien marca una nueva línea en la concepción sacrificial de la Eucaristía. Pues, además de relacionar la sangre de los mártires con el sacrificio de la Eucaristía[19]; y la eu-

[17] Según Ireneo, la eucaristía está constituida por un elemento ***celestial***, la invocación de Dios o "epíclesis", y un elemento ***terrenal***, *que procede de la creación: "... así como el pan que es de la tierra, recibiendo la invocación de Dios ya no es pan ordinario, sino eucaristía, constituida por dos elementos, terreno y celestial, así también nuestros cuerpos, recibiendo la eucaristía, no son corruptibles..."* (Ireneo, *Adversus haereses*, IV, 17, 5ss, en J. Solano, *Textos eucarísticos primitivos*, I (BAC 88), Madrid 1952, 74-79).

[18] X. Bazurko, *La Eucaristía*, 144-146.

[19] *"Los soldados de Cristo beben todos los días el cáliz de la sangre de Cristo, para poder derramar ellos mismos la sangre por Cristo"* (Cipriano, *Carta*, 58, 1, en J. Solano, *Textos Eucarísticos primitivos*, I (BAC 88) Madrid 1952, 147).

caristía con la unidad de la comunidad cristiana[20] (incorporación que viene simbolizada por la unión del agua con el vino[21]), presenta una nueva concepción del sacrificio ya no basada en **anámenesis**, sino en la entrega inmediata a Dios, a tal punto que cada eucaristía podría considerarse como un **nuevo** sacrificio de Cristo.

Con San Agustín se inicia una serie de transformaciones importantes. Destaca la dimensión eclesial de la eucaristía. Utilizando el tema paulino del cuerpo, subraya la unidad del sacrificio de Cristo con su Iglesia[22]. Según este texto, la eucaristía es el símbolo real de **todo** Cristo: cabeza y cuerpo. La **oblación** de Cristo a su Iglesia se realiza en los dones del pan y del vino. De este modo, el pan y el vino, transformados en el cuerpo y en la sangre de Cristo, se convierten en el nexo de unión y comunión de Cristo con su Iglesia y de ésta con Él. Esta concepción orientará la reflexión teológica posterior.

En la historia de la teología y de la liturgia, se da una progresiva valoración a la eucaristía como sacrificio expiatorio. Su pun-

---

20 *"El mejor sacrificio para Dios es nuestra paz y concordia fraternas y un pueblo unido, cuyo unión sea un reflejo de la unidad que existe entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo"* (Cipriano, *De oratione dominica*, 23, de. J. Campos (BAC 241) Madrid 1964, 218).

21 *"Vemos que en el agua se entiende el pueblo, y en el vino se manifiesta la sangre de Cristo. Y cuando en el cáliz se mezcla agua con el vino, el pueblo se junta a Cristo... si uno ofrece solamente vino, la sangre de Cristo empieza a estar sin nosotros; y si el agua está sola, el pueblo empieza a estar sin Cristo. Mas cuando uno y otro se mezclan y se unen entre sí con la unión que los fusiona, entonces se lleva a cabo el sacramento espiritual y celestial"* (Cipriano, *Carta*, 63, 13, en J. Solano, *Textos Eucarísticos primitivos*, I (BAC 88) Madrid 1952, 159).

22 *"Si queréis entender lo que es el cuerpo de Cristo, escuchad al apóstol: ved lo que les dice a los fieles: vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros (1Co 12, 27). Si, pues, vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros, es vuestro propio cuerpo el que descansa encima de la mesa del Señor, es vuestro propio misterio lo que recibís... Vosotros mismos lo refrendáis así al responder: amén; así es. Sed, pues, miembros de Cristo para responder con verdad: amén... Sed lo que veis y recibid lo que sois"* (Agustín, *Sermón 272*, en J. Solano, Textos Eucarísticos primitivos, II (BAC 118), Madrid 1964, 210-211).

to máximo lo encontramos en la edad media y que fue motivo de controversia con la reforma protestante. Pero ¿qué circunstancias históricas hicieron posible esta práctica y justificación teológica?

Evolución del sistema sacrificial

El Cristianismo crece significativamente a partir del s. III. Con la paz constantiniana, ser cristiano tiene sus ventajas sociales y políticas y también sus problemas. Se pasa de la **casa** a la **basílica**, del **banquete** eucarístico al **sacrificio**; aparece un nuevo lenguaje, tanto en oriente como en occidente, en las plegarias eucarísticas; junto con el sacramento del bautismo, se da una importancia muy grande a la penitencia canónica, como una larga y severa preparación para la eucaristía. Los obispos y concilios, asimismo, recurren al apoyo del antiguo testamento para catequizar y moralizar los nuevos pueblos. Se recupera el vocabulario sacral, intencionalmente abandonado en el nuevo testamento[23], y se aplican los términos de sacrificio a la eucaristía y el de sacerdote a los ministros que la presiden. Esto lo encontramos en Tertuliano, Cipriano e Hipólito. Pero mientras en el s. III el sacerdocio no es más que un atributo de la función ministerial, en los siguientes llega a ser un título más englobante y exclusivo (en la edad media, el sacerdocio recubre totalmente el ministerio[24]).

---

23 En Romano e Ireneo, hay ya una tendencia a comparar, de un modo metafórico, las funciones del ministro judío con las del cristiano.

24 A partir de este momento, con estas categorías se elabora la teología del Orden, con el peligro de poner en segundo plano la originalidad del **sacrificio** eucarístico y del **sacerdocio** de los ministros del nuevo testamento. Para superar estos riesgos, los Padres presentan la eucaristía como sacramento y como sacrificio de una forma indisoluble. El sacrificio de Cristo se hace presente a través de la vida de la Iglesia, que se congrega especialmente para el memorial eucarístico.

Siguiendo la concepción eucarística de Cipriano, como una entrega inmediata de las ofrendas a Dios, Gregorio Magno señala que Cristo, en cada sacrificio eucarístico, es sacrificado de **nuevo** (iterum) por nosotros[25]. En la edad media, debido a diversas causas, la eucaristía se aísla de su contexto eclesial y celebrativo y se concentra en los dones objetivamente considerados. Como consecuencia, se tiende a separar el sentido **sacrificial** del sentido **sacramental** de la eucaristía. Para explicar, por ejemplo, la relación entre el sacrificio de Jesús en la cruz y el sacrificio de la eucaristía, aparecen dos posiciones que, llevadas al extremo, tratan la eucaristía o bien como un signo vacío (pura rememoración) o como una **reiteración** del sacrificio de la cruz.

La primera da mayor importancia a los ritos que a la palabra (ya en latín), que sirven de representación escénica de la pasión y muerte de Cristo[26].La segunda orientación, que predomina en la última parte del medioevo, explica la dimensión sacrificial de la eucaristía desde la presencia real de Cristo en el pan y en el vino. Tomás de Aquino, por ejemplo, apenas se detiene en el tema del sacrificio eucarístico y en su relación con el de la cruz[27]. Además, separa el pan como "el sacramento del cuerpo" del vino como "el sacramento de la sangre", en alusión a la pasión donde la sangre fue separada de su cuerpo. De este modo, el sacrificio de la eucaristía coincide con la consagración del pan y

25 Esta idea dio origen a las celebraciones privadas en los monasterios y a las misas votivas en las que comulgaba únicamente el celebrante.

26 Todo se reduce a una mera alegoría de la vida de Jesús y un recordatorio del acontecimiento de la cruz: "*... lo que sigue en la misa alude a sus últimos días sobre la tierra, desde el domingo cuando salieron los niños a recibirle (con las multitudes, representadas en la misma por la procesión de los fieles que llevan los dones) hasta su ascensión y hasta pentecostés...*" (X. Bazurko, *La Eucaristía*, 153). Es importante recordar que es en ésta época en la que nace el teatro relacionado con las celebraciones litúrgicas de la Iglesia.

27 Desaparece el tema, tan apreciados por los Padres de occidente, como Agustín: el sacrificio de la Iglesia como sacramento del sacrificio de Cristo.

del vino[28]. Y asistimos a un cambio fundamental en la concepción teológica de la eucaristía.

La acción sacrificial del Señor resucitado, presente en la Iglesia y en la celebración en su conjunto, ha sido sustituida por el papel pasivo de Cristo en estado de víctima, bajo los dones consagrados. De una visión eclesial y dinámica, se pasa a otra estática e individualizada en los dones, donde prevalece el misterio de la pasión y muerte sobre el de la resurrección y de la pascua.

Curiosamente, en la edad media, por un lado, disminuye la participación del pueblo en el sacrificio de Cristo por medio de la comunión; y por otro, aumenta desmesuradamente el número de misas[29]. Como era de esperarse, este tipo de práctica dio lugar a muchos abusos y degeneraciones, como la llamada "missa sicca" (sin ofrendas, consagración ni comunión). Sin embargo, no faltaron voces que trataron de corregirlos y señalar los remedios[30].

28 Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, 3, q. 74, a.1.

29 Aparecen las misas votivas (la atención no se centra en el misterio de Cristo, sino en la intención, deseo -votum- o necesidad del solicitante: hambre, sequía, peste...), las gregorianas (serie de 30 misas celebradas diariamente sin interrupción, con formularios propios), las "misas-rescate" (celebradas para conmutar las obras de la penitencia: ayunos, peregrinaciones...). El estipendio, en este contexto, sustituye a la ofrenda (pan y vino) que llevaban los fieles, pese a la constante oposición de la Iglesia y de su teólogos.

30 Francisco de Asís exhorta a sus hermanos sacerdotes a que celebren *"una sola misa cada día según la norma de la santa Iglesia. Y si hay en el lugar más sacerdotes, decía, conténtese cada uno, por el amor de la caridad, con oír la celebración de otro sacerdote"* (Francisco de Asís, *Carta a toda la Orden*, 30-32, de. J.A. Guerra (BAC 399), Madrid 1978, 66). Otro tanto hace el Obispo Nicolás de Cusa (1401-1464) con la expurgación y corrección de los misales de su Diócesis. En la edad media, por otra parte, la teología no siempre influyó como era de esperarse en la religiosidad del pueblo, a tal punto que iban por dos vías paralelas.

El sacrificio eucarístico: centro de una polémica

Si bien en la actualidad la dimensión sacrificial de la eucaristía no está en el primer plano del diálogo ecuménico, históricamente fue el punto de divergencia que marcó la división de la Iglesia.

La reforma no sólo atacó la práctica desnaturalizada de la misa, sino el concepto mismo de sacrificio[31]. Para Lutero, la eucaristía como sacrificio constituía una idolatría, más aún la perversión de la fe cristiana[32]. En 1520, habla de la triple cautividad de la Iglesia en el sacramento del pan: la administración de la comunión en una sola especie, la doctrina de la transubstanciación y el concepto de sacrificio. Esta crítica tuvo un impacto muy grande en el pueblo[33]. Ante estas posiciones radicales, el concilio de Trento interviene. Pero antes tiene que hacer frente a una doble dificultad interna: la práctica exagerada de las misas y la falta de una teología seria sobre el sacrificio de la misa. En efecto, como habíamos mencionado, los teólogos se habían ocupado de la presencia real y apenas habían tratado el de la dimensión sacrificial.

---

[31] Lutero, Calvino y Zuinglio rechazaron el canon romano, las misas privadas y su aplicación a vivos y muertos como consecuencia lógica del rechazo de la noción de sacrificio eucarístico.

[32] A esta conclusión llega a partir del principio básico de la reforma: **solus Deus**. Para la teología de la reforma, en efecto, existen solo dos formas de relación con Dios: el camino de la ley y el de la fe. El camino de la ley es iniciativa del hombre: él ofrece a Dios sus obras y méritos y se procura la salvación. En cambio, el camino de la fe es iniciativa de Dios y es El quien ofrece gratuitamente la salvación. El culto, entonces, desde esta perspectiva, consiste en recibir y no en dar. La eucaristía, entonces, es un don de Dios y no un sacrificio del hombre. Por eso, para Lutero, la misa como sacrificio es la negación de la gracia, la rebeldía del hombre, la caída desde la fe a la ley.

[33] En su reforma litúrgica de la eucaristía (1522-1526) sustituye los salmos por los cantos populares; quita todo lo que pueda evocar el carácter sacrificial; y el prefacio y el resto de oraciones los convierte en una exhortación a los que iban a recibir la comunión.

El Concilio de Trento afirma que la misa es un ***verdadero sacrificio*** que no se confunde con el banquete como tal; y que tampoco se opone a la ***unicidad*** del sacrificio redentor de Cristo: eucaristía y sacrificio de la cruz son, desde un cierto punto de vista, un solo sacrificio[34]. Según el texto de Trento, la diferencia entre el sacrificio de la cruz y el de la eucaristía es "fenomenológica", es decir: en el primero, es cruento; y en el segundo, incruento. Seguramente, en esta formulación está latente el doble polo tensional de muerte y resurrección. Sin embargo, la argumentación bíblica aún es débil[35]. Posteriormente, se tratará de aclarar la misa como sacrificio; pero muchas de estas teorías tienden a separar el sacrificio de la cruz y el de la misa, haciendo de esta un sacrificio casi autónomo.

En la segunda mitad del s. XVI, se elaboran las teorías *representativas*. La misa es un sacrificio porque "representa" a Cristo sacrificado "en la fracción (Melchor Cano), en la comunión (Domingo Soto) o en la doble consagración (Salmerón y Ledesma...)"[36]. Para la escuela francesa (*oblacionista*) del s. XVII, el sacrificio de la misa consiste en la ofrenda interior de Cristo sobre la cruz y que se expresa sacramentalmente en la oblación que la Iglesia hace de sí. Sin embargo, permanece la distancia entre sacrificio y sacramento y aún se ignora la noción bíblica de memorial. A pesar de estas escuelas, la piedad popular ha estado mar-

---

[34] Cf. D. 937 a y ss; 1738 ss. (cfr. AA.VV., *Eucaristía, Sacramento de Vida Nueva*, 129-130). Esta doctrina aún no ofrece una claridad en torno al concepto cristiano de sacrificio; todavía guarda cierta dependencia del concepto general de sacrificio de la historia de las religiones, entendido como una "cosa" que se ofrece, algo puramente ritual, sin una referencia existencial y personalista del sacrificio de Cristo y de los cristianos, tal como encontramos en los testimonios del nuevo testamento y de la tradición primitiva.

[35] Algunos teólogos hablan de "dos sacrificios"; o de la misa como un sacrificio complementario al de la cruz. Además, al relacionar estrechamente el sacrificio de la misa con el del Orden, no ayudó a clarificar el primer tema.

[36] X. Bazurko, *La Eucaristía*, 159.

cada por el *inmolacionismo*: la misa ha sido vivida no como la acción salvadora de Cristo resucitado, sino como el espectáculo dramático de la Cruz[37].

Este breve recorrido histórico del concepto de eucaristía como sacrificio nos indica que sus connotaciones responden a la problemática específica que debe afrontar en cada época. En nuestros días, la teología católica ha adoptado un lenguaje más discreto y una actitud de silencio ante el tema del sacrificio. Pero abandonar el tema del sacrificio sería reducirlo a pura insignificancia y considerar la cruz como una simple parábola dramática del mensaje de Cristo. Por esta razón, es importante que la relacionemos con los conceptos de sacrificio que la psicología y antropología nos proporcionan.

La eucaristía ¿un antisacrificio?

Muchos autores, desde el psicoanálisis y sus estudios etno-sociológicos, descubren en todos los sacrificios de las distinas prácticas religiosas una **dimensión antropológica** fundamental. El sacrificio se presenta como una realidad central de la vida religiosa para **equilibrar** la vida individual y colectiva, en el que entran en juego una serie de elementos psicológicos y sociológicos y un lenguaje simbólico propio[38].

Frente a los sacrificios de los pueblos, el sacrificio de Cristo marca una cima: inaugura un nuevo tipo de relaciones del hombre

---

[37] AA.VV., *Eucaristía, Sacramento de Vida Nueva*, 144-145.

[38] El sacrificio supone siempre un sentimiento de **culpabilidad.** La dimensión expiatoria o propiciatoria se sitúa no sólo a nivel de las deudas morales accidentales, sino a nivel de una deuda existencial más profunda que la sociedad ha contraído con la divinidad. La lógica simbólica del sacrificio se articula alrededor de una **estructura de intercambio** entre el hombre y la divinidad. La teología actual, en este contexto, al aceptar la dimensión sacrificial de la eucaristía, debe dejarse interrogar por los discursos de los ritos sacrificiales; debe sumergirse en esa simbólica arcaica para poder reconocer en ella un posible nexo con la Palabra de Dios.

con Dios. Simplemente, se liberan de toda **violencia** que implica sacrificio en sí. Pero la Iglesia, como cualquier otra sociedad, no puede vivir el mensaje del "no-sacrificio" radical y de la "no-violencia" absoluta. La realidad nos demuestra que no es posible. Por eso, es necesario un tercer elemento que ayude a dar cuenta del devenir escatológico (el reino de la reciprocidad perfecta) y, a la vez, de la realidad de violencia que supone todavía el vivir juntos (las consecuencias de la realidad del pecado en el corazón y en las estrucutras sociales). Este tercer elemento se le conoce como **antisacrificio**. El antisacrificio no niega el esquema sacrificial: lo asume de otro modo, lo "reconvierte"[39]. Cristo abandona todos los sacrificios anteriores en nombre de su sacrificio y, por lo mismo, se hace "antisacrificio" de los demás sacrificios[40].

La originalidad del cristianismo está en la lectura teológica del sacrificio a la luz del misterio pascual y de pentecostés. El lugar primigenio y propicio para celebrar la eucaristía, entonces, no será ya el templo, sino la práctica de la justicia, de la misericordia y el perdón. Pero no por esto el culto queda reducido a la nada: la nueva ley no prohibe el sacrificio eucarístico, sino que lo orienta hacia el campo ético-existencial. Los ritos cristianos, en este sentido, no son una estrategia para liberarse de la culpa y de las responsabilidades cotidianas, sino para sentirse deudores de la existencia de los demás. El Sacrificio de Cristo, por consiguiente, nos compromete con los demás y nos impulsa a eliminar todo obstáculo que impida la unidad y la comunión entre los pueblos.

---

39 Desde este horizonte de comprensión, entendemos mejor el vocabulario "anti-sacral" y "anti-sacerdotal" del nuevo testamento. Desde este horizonte de comprensión, entendemos mejor el vocabulario "anti-sacral" y "anti-sacerdotal" del nuevo testamento.

40 Este cambio radical en la concepción del sacrificio fue anunciado por los profetas; y era muy conocido en los tiempos de Jesús.

En el tema eucarístico nos encontramos con una dificultad; pues al haber prevalecido el esquema de la eucaristía como "**rescate**" sobre el de "**comunión**"[41], nos cuesta asumir la existencia como una gracia y reconocer nuestro ser de criaturas. Por eso, es necesario una conversión en la que asumamos **filialmente** nuestra deuda existencial, nuestra dependencia respecto de Dios. Una deuda que no hay que pagarla, sino vivirla como reconciliación fraternal. De este modo, la verdad del sacrificio de rescate se efectúa en el sacrificio de acción de gracias y de comunión[42]. En el corazón de la Iglesia, la eucaristía sigue siendo el signo sacrificial que nos remite a nuestras responsabilidades: Ofreciendo a Dios su Gracia (Cristo), somos remitidos a la existencia para formar su Cuerpo y vivir en unidad y comunión en el mundo.

En esta concepción de Cristo como "el antisacrificio" de los sacrificios de las religiones, el pan y el vino adquieren una nueva significación en la eucaristía.

---

41 El rescate, además, ha sido entendido como expiación o reparación, cuando bíblicamente significaba reconciliación; y al insistir unilateralmente en la misa como sacrificio de propiciación, se corre el riesgo de derivar en regresión o chantaje.

42 Como sabemos, existen principalmente dos modelos teológicos sobre el sacrificio de Jesús. El primero nos presenta a Jesús que ha venido a sufrir y morir para pagar con su sangre un precio por nuestros pecados. Este modelo se fundamenta en la concepción de que la muerte de Jesús fue una consecuencia obligada de su encarnación. De este modo, promueve un estilo de vida cristiana centrado en el "llevar la cruz" con todo el dolor que esta implica (la vida como una cruz). Según el segundo modelo "antisacrificial", Jesús vino a anunciar el Reino de Dios y liberarnos de la ley por medio de la gracia. La deuda de la existencia, entonces, ya no hay que pagarla, sino asumirla con responsabilidad frente a Dios y a los hermanos. La muerte es comprendida desde su vida y mensaje, centrados en el Reino de gracia y misericordia que anuncia a los pobres, a los excluidos por la ley. Jesús es condenado por blasfemo. Su muerte se une a la lógica de la fidelidad a la voluntad del Padre. Este modelo promueve un estilo de vida capaz de "morir por" los otros. Llevar la cruz significa asumir la responsabilidad de servicio y perdón en la historia. Estos dos modelos, por supuesto, en la vida real no están separados, en un estado puro, sino que se sobreponen y se matizan. (cfr. X. Bazurko, *La Eucaristía*, 167-171).

El pan y el vino: ofrendas del nuevo sacrificio

El pan y el vino se enmarcan en la experiencia cotidiana de toda la humanidad: sirven para bendecir, agradecer y ofrecérselos a Dios. En este contexto, la eucaristía es la expresión y el cumplimiento de un largo camino de historia social y religiosa en torno al pan y al vino como los nuevas ofrendas del único sacrificio.

El pueblo de Israel, en sus orígenes, es un experto en rebaños y, por eso, ofrece a Dios corderos y cabras. Pero sus mayores aspiraciones son poseer **una tierra** y **una descendencia** numerosa. El testimonio más famoso es el de Abraham que ofrece a Dios animales domésticos y recibe, a la vez, la promesa de una tierra y una descendencia (cfr. Gn 15, 9-10. 17-21). Más adelante, junto al Hebrón, ofrece simbólicamente una porción de pan a Dios, representado en los tres peregrinos (cfr. Gn 18, 1-8). El paso de Dios queda unido a la hospitalidad y a la comida propia del lugar. Todavía no aparece el vino.

Después de haber conquistado la tierra que mana "leche y miel" (cfr. Ex 3, 8-10; Dt 8, 7-10), el pueblo de Israel dispone ya del trigo y de la viña; y puede ofrecer a Dios sus productos: el pan y el vino[43]. Melquisedec, Rey de Salem (Jerusalén), como Sacerdote, ofrece pan y vino al Dios Altísimo. El Templo de Jerusalén ordinariamente se lo vincula con los sacrificios de los animales; pero también está muy unido a las ofrendas vegetales, especialmente del pan, del vino y del aceite, como gestos de agradecimiento y comunión (cf. Lv 23, 33-35)[44].

---

[43] El pueblo se alegra y bendice al Señor por estos dones: "*Dios hace brotar de la tierra pan y vino, que alegra el corazón humano: aceite que ilumina el rostro, pan que conforta el corazón humano*" (Sal 104, 14).

[44] Los sacrificios de animales (corderos, terneros) están acompañados del pan (amasado en aceite) y del vino. Esta práctica se repite en todos los sacrificios: cotidiano, semanal, mensual y pascual (cf. Nm 28, 2-25).

Jesús **renuncia** los sacrificios de los animales pero vincula su mensaje y vida (pascua) al pan y al vino[45]. Por eso, si el pan y el vino **expresan** la donación del corazón, se concluye que **el acto** mismo de la entrega se transforma en un momento sacrificial. De este modo, la dimensión sacrificial de la Eucaristía se expresará no sólo con las **palabras** de la anáfora, sino también con **gestos y ritos**.

Asimismo, desde inicios del s. III, los fieles llevaban a la Iglesia algunos dones (pan y vino) de su propia mesa; aportación que es conocida como "oblación" o "sacrificio". El Sacerdote, por su parte, recibía las ofrendas del pueblo y las presentaba a Dios[46]. A partir del s. VI, en los ritos de oriente y occidente, existe la oblación de los fieles incorporada al sacrificio eucarístico. Estos dones (pan y vino) los dejan en una dependencia junto al templo, desde donde los diáconos los llevan solemnemente hasta la mesa eucarística al comienzo de la celebración[47]. En el siglo XI,

45 Sus seguidores ya no ofrecerán en holocausto carne, ni pan exclusivo o libaciones de licores, sino que comerán y beberán con gozo el pan y el vino de la ofrenda: Dios ya no se reserva nada.

46 En tiempos de Justino, el gesto de presentar el pan y el vino es tan sólo funcional: "... *al que preside a los hermanos, se le trae pan y un vaso de agua y de vino*" (Justino, *I Apología*, 65, en Ruiz Bueno, *Padres Apologistas Griegos* (BAC 116, Madrid 1954, 256). Cesáreo de Arlés (c. 470-534) recuerda a sus fieles: *"Ante todo, haced limosna a los pobres según vuestros medios. Aportad las ofrendas para que sean consagradas en el altar. Aquel que tiene posibilidades debería enrojecer por haber comulgado de la ofrenda del otro"* (Cesáreo de Arlés, *Sermón 13*, 2, de. M. Delage (Sch 175), 418-419). Esta costumbre de que los fieles llevaran el pan y el vino para la celebración eucarística parece que también existió en los ritos orientales.

47 Este traslado dio origen al rito de "la Gran Entrada", especialmente en la liturgia bizantina. En otras Iglesias de occidente, la entrega de las ofrendas se convirtió en una solemne procesión luego de la profesión de fe. El pan se llevaba en pañuelos o en cestos y se lo entregaba al celebrante. También junto con el pan y el vino se comienza a llevar uvas, flores, pájaros y otros utensilios para la liturgia e inclusos de bienes inmuebles mediante documentos. En Roma, según el testimonio de principios del s. VIII, las ofrendas eran recogidas directamente por el Papa y sus acompañantes y sólo una pequeña parte se lo utilizaba en la celebración; el resto se colocaba en siete mesas dentro de la basílica y con ello se atendía a las necesidades de los pobres y del clero.

época de grandes transformaciones económicas y sociales, ofrecer el pan y vino es una prerrogativa de los clérigos y de los monjes, salvo en algunas excepciones como en las misas de difuntos que lo hacen los laicos.

Pero, ¿qué **sentido teológico** se ha dado a la ofrenda en la celebración eucarística? La creación y el trabajo humano quedan incorporados en el sacrificio eucarístico. "Hay un movimiento ascencional que lleva hasta Dios la oblación del cuerpo y de la sangre de Cristo, pero este movimiento arranca desde los dones materiales, desde el pan y el vino, frutos de la tierra y del trabajo de los hombres"[48]. Los dones, por una parte, expresan la entrega del hombre a Dios; y, por otra, la respuesta divina: Dios toma estos dones y los hace mediación de su entrega y unión con nosotros. El pan y el vino son los nuevos medios privilegiados de encuentro, unidad y comunión personal entre Dios y los hombres[49]; y se incorporan de una manera substancial al nuevo sacrificio.

Estas distintas maneras de entender la eucaristía como sacrificio de adoración, alabanza, acción de gracias y de propiciación, tanto en la persona de Cristo como en la Iglesia y sus signos sacramentales, nos conducen al concepto bíblico de memorial. Hoy en día, se ha recuperado la noción bíblico-litúrgica de *memorial* y es la clave indispensable para comprender la dimensión sacrificial de la Eucaristía. De hecho, el mismo Concilio de Trento, para hablar de la relación entre eucaristía y Cruz, se sirve de tres conceptos: *repraesentatio, memoria y applicatio.*

48 X. Bazurko., *La Eucaristía*, 150.

49 J. Betz, *La Eucaristía, misterio central*, en *Mysterium salutis*, IV/2, Madrid 1975, 307.

La Eucaristía como Memorial

La celebración de la eucaristía como memorial de la muerte y resurrección de Cristo está en el corazón de la Iglesia. Por eso, recuperar el sentido y el valor teológico del concepto de memorial es imprescindible tanto para su vida misma como para la búsqueda de unidad y la comunión plena con todos los cristianos en Jesucristo.

Recuperación del concepto de "memorial"

El concepto de memorial está presente en el mundo judío, en el lenguaje de Jesús en su última cena y en la tradición de la Iglesia. La recuperación de su sentido nos abre muchas posibilidades de entendimiento entre los cristianos y de una vida más coherente con el mundo que nos rodea.

a) El memorial en Israel

Para los pueblos antiguos, el **recuerdo** o la **memoria** es algo más que la rememoración subjetiva de un hecho pasado. Está unido al anhelo de supervivencia más allá de la muerte. Por el recuerdo, las personas y acontecimientos, se mantienen vivos, no perecen del todo. Por eso, el castigo más grande sería que *"su nombre no se pronuncie jamás"* (Jr 11, 19)[50].

El pueblo de Israel hace memoria de su alianza en el culto y en la vida. Y es que en la memoria (zikkaron) está la fuerza y la originalidad de Israel frente a los demás pueblos[51]. Pues, si bien la

---

[50] Este concepto, en la relación del hombre con Dios, tiene una aplicación más radical. Ser recordado u olvidado por Dios es trascendental. Recordar para Dios es simplemente actuar con toda su fuerza salvadora y realizar una acción eficaz.

[51] Ratzinger comenta: "... *mientras el culto de los pueblos limítrofes se centraba en el morir y renacer, incesantemente repetido, del cosmos..., el culto de Israel dice relación a la obra histórica de Dios con los padres y con el mismo Israel, es una inserción en esta historia y por ello*

memoria hace relación a un acontecimiento del pasado, es esencialmente *actualización* e incluso *anticipación*[52]. El memorial, por lo tanto, reactualiza un hecho: el pasado se ofrece como génesis de la plenitud por venir. El banquete pascual, por ejemplo, para Israel es el recuerdo de la liberación que se actualiza y se hace promesa de liberación definitiva.

b) El memorial en la institución de la eucaristía

La noción del Zikkaron resuena en algunos relatos de la institución de la eucaristía. Encontramos en Lucas: "haced esto en memoria mía" (Lc 22, 19) y en Pablo: "Haced esto en memoria mía" (1Co 11, 24-25)[53]. Según los exégetas, la anámnesis no aparece en la fuente palestinense (Marcos y Mateo) debido a que estos textos son litúrgicos y, por consiguiente, la reiteración no forma parte de su estructura.

La historicidad de este mandato ha sido objetada desde las formulaciones parecidas encontradas en los antiguos ritos funerarios de la literatura helenística. Sin embargo, los estudios actuales, especialmente de J. Jeremías, nos muestran que la anámnesis nos conduce a un tema clave de la teología vetero-testamentaria[54].

---

*esencialmente **memoria** que crea una presencia. El culto cósmico y la fe histórica se distinguen mutuamente por el concepto de **memoria**"* (J. Ratzinger, *La Eucaristía ¿es un sacrificio?*, Concilium 24 (1967) 83-84).

52 Para la Biblia, el tiempo no es una suma de instantes, sino la medida de una génesis: continuamente es engendrado algo nuevo, la creación prosigue de una manera incesante. El tiempo connota una propiedad fundamental: la creación de algo.

53 AA.VV., *Eucaristía, Sacramento de Vida Nueva*, 131-133.

54 El sujeto que hace memoria, según J. Jeremías, no sería el pueblo, sino el mismo Dios desde una perspectiva escatológica. El memorial significaría: "*Seguid congregándoos como comunidad salvífica por medio del rito de la mesa, para pedir diariamente a Dios que se digne realizar pronto la consumación en la parusía*" (J. Jeremías, *La última cena: palabras de Jesús,* Madrid 1980, 280). Esta interpretación ha provocado reacciones y rechazos, aunque en los últimos años ha cobrado una valoración más positiva.

c) El memorial en la tradición Patrística

A mediados del s. II, Justino recuperando el término anámnesis de los relatos eucarísticos, entiende la eucaristía como la memoria de la pasión y de la encarnación[55]. La escuela de Alejandría (Clemente, Orígenes, Cirilo) pone la esencia del cristianismo en la participación y comunión con el Logos divino, que se da principalmente en la eucaristía. La escuela de Antioquía busca lo histórico y concreto y, por ello, pone su interés en la humanidad de Jesús y en su obra salvadora. Para esta escuela, la eucaristía es la anámnesis de toda la obra salvadora, incluso de su encarnación, aunque en su núcleo fundamental sigue siendo la memoria de la muerte y resurrección[56]. Conmemorar, para los Padres griegos, es celebrar la presencia actuante de Dios dirigida hacia nosotros. La dimensión sacrificial de la eucaristía deriva, por lo tanto, del recuerdo de la muerte de Jesús que, según la carta a los hebreos, es el **único** sacrificio con valor de redención. Por tal razón, podemos concluir que la eucaristía es sacrificio sólo como anámnesis, como presencia actual del acto salvífico de Cristo.

La recuperación del concepto de memorial tiene una importancia muy grande en la teología actual. Nos permite superar los conflictos en torno a la dimensión sacrificial de la eucaristía y, a

---

[55] Hacia el año 200, prevalece la convicción teológica de la anámenesis como **oblación cultual** (*"haciendo memoria de su muerte y resurrección, te ofrecemos..."*).

[56] De todos los teólogos de esta escuela, se destaca Juan Crisóstomo, quien concibe la eucaristía a la luz del paralelismo del éxodo y de la pascua judía. Por eso, insiste en que la eucaristía no es "reiteración", sino conmemoración y símbolo real del único sacrificio. Uno de sus textos célebres es el siguiente: *"Pues ¿qué?, ¿acaso no presentamos oblaciones todos los días? Ciertamente; pero al hacerlo hacemos conmemoración de su muerte, y esta oblación es una, no muchas. ¿Cómo puede ser una y no muchas? Porque fue ofrecida* ***una sola vez*** *y por esta razón el sacrificio es siempre* ***uno****... No hacemos otros sacrificio, como lo hacía entonces el pontífice, sino que siempre ofrecemos* ***el mismo****, o mejor, hacemos conmemoración (anámnesis) del sacrificio"* (Juan Crisóstomo, *In heb hom.*, 17, 3: PG 63, 131, en J. Solano, *Textos eucarísticos primitivos*, I (BAC 88), Madrid 1952, 653-654).

la vez, comprender por qué la Iglesia antigua, que vivía la riqueza del memorial, no los conoció.

Valor teológico del memorial

El Sacrificio de Jesús es perfecto tanto por la **Víctima**, el Hijo de Dios, como por el **Sacerdote**, El mismo. Y si es perfecto, es único e irrepetible[57]. Entonces, ¿qué sentido y valor tiene la celebración eucarística o la misa? La voluntad de Cristo de poner su sacrificio bajo el **signo sacrametal** lo encontramos ya en la noche del jueves santo, cuando expresamente dice: "*... esta es mi sangre, la sangre de la Alianza, que es derramada por una muchedumbre, para el perdón de sus pecados*" (Mt 26, 28); "*Esto es mi cuerpo, que es entregado por vosotros. Hagan esto en memoria mía... Esta copa es la Alianza Nueva, sellada con mi sangre, que va a ser derramada por vosotros*" (Lc 22, 19-20). Jesús adelanta el acontecimiento de la cruz: el sacrificio que se ofrece en la cena, se consume en la cruz; sin que se trate de dos sacrificios, sino de dos tiempos. Luego, Jesús manda que se repita su sacrificio como memorial hasta que él vuelva. Pero no es una simple **memoria** de un acontecimiento histórico. El se hace presente y, por medio del ministro, realiza el gesto y dice las palabras de la cena[58]. La Iglesia, desde el principio y sin discontinuidad, era consciente de que Jesús estaba presente y actualizaba el misterio pascual[59].

---

[57] Todos los demás sacrificios son tan solo **figuras** de éste y en él cesan todos los demás: "*Cristo... ofreció por los pecados un único sacrificio y sentó para siempre a la derecha de Dios... Con su única ofrenda llevó a la perfección para siempre a los que hizo santos*" (Hb 10, 10-14; 9, 12).

[58] De esta realidad, las primeras comunidades cristianas eran muy conscientes: "*Así, pues, cada vez que comen de este pan y beben de la copa, están proclamando la muerte del Señor hasta que vuelva. Por tanto, si alguien come el pan y bebe la copa del Señor indignamente, peca contra el cuerpo y la sangre del Señor*" (1Co 11, 26-27).

[59] Este mismo parecer tenían los padres de la Iglesia, como Irineo: "*Jesús enseñó la nueva oblación del Nuevo Testamento la cual, recibiéndola de los apóstoles, la iglesia ofrece en todo momento a Dios*" (*Contra los herejes*, 17.5); San Agustín: "*Era el sacrificio de los judíos antes, según el orden de Aarón con víctimas de animales, y esto en misterio; todavía no exis-*

Por estas razones, sólo podemos hablar de la eucaristía como sacrificio en el horizonte bíblico del memorial. Esta manera de entender también crea un puente muy importante en el diálogo ecuménico de unidad y comunión entre católicos y protestantes en nuestros días; pues, nos permite plantear, con categorías bíblicas, cuestiones que desde hace cuatro siglos estaban paralizadas[60].

Después de haber considerado a Cristo como el sacrificio por excelencia, que se manifiesta en su entrega gratuita y generosa al Padre, y de haber tratado la eucaristía como sacrificio, a la luz del memorial de su pasión y resurrección, conviene preguntarnos sobre cuáles serían sus repercusiones concretas en la vida de los creyentes. Para responder a estos interrogantes, veremos dos aspectos que están en estrecha relación con la vida de Cristo entendida como sacrificio y con la eucaristía como memorial.

Consecuencias éticas de la eucaristia como sacrificio

Si Cristo es el Sacrificio que se entrega al Padre de una manera libre y sin condiciones, la Iglesia como cuerpo místico suyo no puede permanecer insensible ante esta nueva realidad. Necesa-

---

tía el sacrificio del cuerpo y sangre del Señor que conocen los fieles, el cual sacrificio se ha difundido ahora por todo el orbe" (*Sobre el salmo 33*). También en la plegaria eucarística, desde los primeros testimonios explícitos, encontramos la expresión: *"al celebrar el* ***memorial*** *te ofrecemos...* (memores offerimus).

60 Un documento elaborado por un grupo interconfesional nos dice: *"Cristo instituyó la eucaristía como* ***memorial*** *(anámnesis) de toda su vida, y sobre todo de su cruz y de su resurrección. Cristo, con todo lo que hizo por nosotros y por toda la creación, está él mismo presente en este memorial, que es también gusto anticipado de su reino... No se trata, pues, únicamente de traer a la memoria un acontecimiento del pasado o incluso su significado... La Iglesia, realizando el memorial de la pasión, de la resurrección y de la ascensión de Cristo, nuestro sumo sacerdote e intercesor, presenta al Padre el* ***sacrificio único y perfecto*** *de su Hijo... Así, unidos a nuestro Señor que se ofrece a su Padre... nos ofrecemos nosotros mismos en un sacrificio vivo y santo que debe expresarse en toda nuestra vida cotidiana"* (W. Kasper, *Unidad y pluralidad de aspectos en la eucaristía*: Communio III (1985), 239).

riamente, los comportamientos éticos de los creyentes tienen que ser afectados so pena de quedarse en una mera contemplación pietista y en una celebración ritualista. Por eso, el sacrificio como entrega y la eucaristía como memorial tienen sus consecuencias lógicas insoslayables en la existencia diaria.

El sacrificio del cristiano/a como un imperativo ético

A la luz del sacrificio radical de Cristo, la comunidad cristiana comprendió que su vida misma era un sacrificio: una oblación personal y martirial. Prueba de ello es la importancia que dan a la "autodonación" como característica principal de la vida cristiana. Pablo, por ejemplo, afirma: *"Les exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcan sus cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será su culto espiritual"* (Rm 12, 1). Pablo habla de "sus cuerpos": una forma semita que indica la persona humana implicada en el quehacer cotidiano. El "ser-en-el-mundo" del cristiano es, entonces, el nuevo culto a Dios. La entrega del cuerpo de Jesús (*"esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros"*) exige también la entrega "del cuerpo" (de la vida) de cada uno a los demás. El indicativo de Jesús: "esto es mi cuerpo" se transforma, desde la teología paulina, en un imperativo ético: "ofrezcan sus cuerpos".

El texto más denso es el de Pedro: *"... también ustedes cual piedras vivas, entren en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios por mediación de Jesucristo"* (1Pe 2, 5). En este pasaje, las categorías fundamentales del culto: templo, sacerdocio y sacrificio adquieren una nueva identidad en Cristo y hacen referencia a la existencia y al quehacer en el mundo. A esto obedece que las primeras comunidades cristianas no tengan tiempos y espacios "sagrados" para sus celebraciones. Cristo era la realidad nueva y en El todo cristiano estaba capacitado para hacer de su propia existencia un sacrificio espiritual. Este es el mensaje fundamental de

Hebreos: "*Por eso al entrar en este mundo dice: sacrificio y oblación no quisiste: pero me has formado un cuerpo. Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: ¡He aquí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad*" (Hb 10, 5-7). Igualmente, dirigiéndose a la comunidad cristiana, afirma: "*Permanezcan en el amor fraterno. No se olviden de la hospitalidad; gracias a ella, hospedaron algunos, sin saberlo, a ángeles. Acuérdense de los presos, como si estuvieran con ellos encarcelados, y de los maltratados, pensando que también ustedes tienen un cuerpo... Ofrezcamos sin cesar, por medio de él, a Dios un sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de los labios que celebran su nombre. No se olviden de hacer el bien y de ayudarse mutuamente; esos son los sacrificios que agradan a Dios*" (Hb 13, 1-3. 15-16).

Todos estos textos nos ayuda a comprender la riqueza del término sacrificio en el nuevo testamento. El sacrificio de Cristo, entendido como autoentrega, por lo tanto, se transforma en un imperativo ético para los creyentes: ofrecerse en sacrificio por todos los que sufren.

El Concilio de Trento afirma que la misa no sólo es un sacrificio de alabanza y acción de gracias, sino un sacrificio propiciatorio. Pero resulta que estas tres notas están íntimamente ligadas; más aún, por ser un sacrificio de alabanza y acción de gracias es también de restauración y propiciación. En efecto, sólo cuando el hombre reconoce a Dios como Señor (sacrificio de adoración, alabanza y acción de gracias), es cuando queda restaurado, es decir, recobra su propia autonomía y responsabilidad. Por otra parte, la dimensión propiciatoria no significa una seguridad (tabú) frente a una divinidad violenta; ni tampoco una forma de presionarlo para que satisfaga nuestros deseos (mágico). Se trata de un acercamiento confiado para que El nos restaure en nuestra originalidad. Esto acontece por el perdón de los pecados, que no son otra cosa que el olvido de Dios y de los herma-

nos al no participar en la nueva alianza. En Dios, cada uno está más cerca de sí mismo y de sus hermanos[61].

Desde este horizonte, la vida de los cristianos adquiere una nueva dimensión en las relaciones con Dios y con los hermanos y se convierte en un nuevo sacrificio orientado hacia la reconciliación, la unidad y la comunión.

Dimensión celebrativa y ética de la anámnesis

La comprensión de la anámnesis no reduce la eucaristía a mero banquete del recuerdo, de carácter sentimental, sin relación a la acción salvífica; y tampoco compromete la unicidad y la suficiencia de la muerte de Cristo, con lo cual se evita la comprensión de la misa como una simple "repetición" del sacrificio en la cruz. Pero el concepto eucarístico de memorial tiene su consecuencia inmediata en la celebración eucarística, en la existencia cotidiana y en la relación con los difuntos.

a) El memorial en la celebración eucarística

La fórmula litúrgica *"al celebrar el memorial, te ofrecemos..."* es un auténtico logro de la teología primitiva. De hecho, expresa tres conceptos básicos: la comunidad como sujeto del sacrificio, su acción como sacrificio y el sacrificio como memoria.

Según los relatos de Pablo (cf. 1Co 11, 26), la anámnesis es de la muerte del *Kyrios*, es decir, del resucitado. Es imposible, entonces, recordar la muerte sin la resurrección. Esta ha sido la tradición perenne de la Iglesia que, desde los orígenes, ha querido celebrar la memoria de la **muerte** en el día de la **resurrección** o domingo. Por otra parte, la muerte y la resurrección no pueden ser separados de la vida profética y pastoral de Cristo y de toda la

61 X. Bazurko, *La Eucaristía*, 171-175.

historia de la salvación. Por esta razón, las anáforas han enriquecido la anámnesis fundamental de la eucaristía con textos de la creación, la encarnación y la parucía. González Faus a este propósito dice: "*La entrega de Jesús como hombre-para-los demás no comenzó en la pasión, sino que culminó en ella. La pasión no fue el punto de partida, sino su consecuencia. Y por eso el memorial no actualiza sólo la muerte y la resurrección, sino la vida entregada hasta la muerte*"[62].

b) El memorial en la existencia cotidiana

En el ámbito de la celebración eucarística, nos encontramos con el relato joánico del lavatorio de los pies, cuya formulación es parecida al mandato de Pablo y Lucas: "*Os he dado ejemplo para que hagáis lo mismo que yo he hecho*" (Jn 13, 15). Pero el mandato en Juan tiene una dimensión ético-existencial por encima de la ritual. Jesús, en el contexto de la última cena, nos deja un doble mandato: el rito eucarístico y el del lavatorio. Estos mandatos están marcados por un mismo concepto: el recuerdo como categoría práctica.

El recuerdo, liberado de toda reducción psicológica o de una simple nota del ser finito e histórico, es fundamental para la comprensión teológica del hombre como sujeto, identidad y proyección, en una sociedad que pierde fácilmente su memoria histórica. En nuestro entorno, dominado por la ciencia y la técnica, es importante recuperar las tradiciones y los recuerdos de una historia no contada. En este contexto, la anámnesis del crucificado, que se nutre de la esperanza de la resurrección, estimula la conciencia crítica y la práctica liberadora en un mundo de hambre, miseria y terror. La Eucaristía como **recuerdo** del cruci-

62 J.I. González Faus, *Sobre las plegarias eucarísticas. Para continuar la reforma litúrgica*: Phase 180 (1990) 511.

ficado debe inspirar el lavatorio de los pies en nuestra sociedad y conducir a la "com-pasión", a la generosidad, al perdón mutuo y a la unidad[63].

c) El memorial en la relación con los difuntos

El sacrificio de la misa está muy ligado al tema de los difuntos. El Concilio de Trento, interpretando el sacrificio de la misa no sólo como de alabanza, acción de gracias o conmemoración, sino como propiciatorio, afirmó que la misa se ofrece por los pecados, penas, satisfacciones y necesidades de los vivos y también por los difuntos[64]. El momento de los difuntos en la plegaria eucarística fue admitido de un modo progresivo; y hoy es un elemento constante en la estructura de la anáfora. Pero, ¿cuál es su sentido teológico?

Tanto la teología Patrística como la actual destacan el concepto de **solidaridad** y, particularmente, el de **comunión de los santos**. En realidad, es una variante del mismo concepto de Iglesia. Pues, si morir es abrirse a aquello que nos ha dado la vida, entonces tanto vivos como muertos participan del mismo misterio de gracia y salvación por su incorporación en el único cuerpo místico de Cristo. Esta comunión alcanza su expresión más clara en la eucaristía, donde la memoria de los difuntos se inserta en la anámnesis de la muerte y resurrección de Cristo. Este aspecto es muy importante para nuestra época acostumbrada a ol-

63 X. Bazurko, *La Eucaristía*, 165-167.

64 Cfr. D. 940; DS 1743. El dato histórico más antiguo, sobre la misa celebrada por los difuntos, lo encontramos en el año 170 en un libro apócrifo, denominado Acta Johannis. En esta misma época existe, al parecer, la costumbre de celebrar el aniversario de un muerto. De esto nos habla Tertuliano y Cipriano de Cartago, quienes ofrecían el sacrificio por el descanso de un difunto. En los s. VI-VII está practica se consolidó e incluso de determinó el tiempo y el número de misas que debían celebrar por cada difunto, si bien con un carácter privado (cfr. Cipriano, *Carta*, II, 1, ed. J. Campos (BAC 241), Madrid 1964, 365-366).

vidar a sus muertos, sobre todo si lo han puesto en crisis. Esta solidaridad con los muertos debe llenarnos de esperanza por un mañana mejor.

De esta manera, la eucaristía como memorial, con sus dimensiones teológicas de "recuerdo, presencia y promesa", nos pone en relación directa con el misterio de la muerte y resurrección de Jesucristo, con la existencia cotidiana y con los difuntos. Por eso, el memorial eucarístico a través del pan y del vino es signo y a la vez compromiso de unidad y comunión con Dios, con los hermanos y con la creación entera.

Conclusión

Después de haber tratado, de una manera muy somera por cierto, el tema propuesto, es importante que pongamos de relieve algunas consideraciones que nos permitan continuar con el diálogo y la reflexión teológica. Entre los puntos más sobresalientes, encontramos los siguientes:

1) Jesucristo como persona constituye el nuevo y eterno sacrificio que se entrega libre y generosamente al Padre; entrega que se hace patente, de una manera muy especial, en las ofrendas del pan y del vino. Estos frutos "de la tierra y del trabajo del hombre", entonces, transformados en el cuerpo y la sangre de Cristo, se convierten en el camino perfecto para la unidad y comunión de Dios con los hombres y con la creación entera.

2) La eucaristía, celebrada como memorial de la entrega gratuita y gozosa del único sacrificio, actualiza y anuncia, en la comunidad de creyentes, la unidad y la comunión de Dios con el hombre y de éste con El. De este modo, en la eucaristía resplandece Jesucristo, de un modo privilegiado, como mediador de gracia y salvación entre Dios y los hombres.

3) La Iglesia, como cuerpo de Cristo, cada vez que celebra el memorial de la muerte y resurrección de Cristo, proclama la cercanía y la particiación de Dios con los hombres; a la vez, se compromete a ser "signo y fermento" (sacramento) de unidad y comunión entre sí y con los demás pueblos actualmente divididos por la violencia y la injusticia.

4) Celebrar la eucaristía, finalmente, significa vivir intensamente la presencia de Cristo resucitado, que se entrega como ofrenda al Padre y como alimento cotidiano de gracia y salvación para toda la humanidad. Una presencia que nos conduce, por un lado, a oponernos a todos los "sacrificios" humanos y ecológicos que se inmolan diariamente a los "dioses" del poder, del tener, del placer...; por otro, que nos da la libertad para el encuentro, el diálogo y la comunión con Dios, con los hermanos y la creación entera. Celebrar la eucaristía, el sacrificio de Cristo, por consiguiente, es un imperativo ético de comunión y de solidaridad para todos los creyentes que en sus distintos estados de vida y formas de servicio, tanto eclesiales como sociales.

P. Luis Cabrera, ofm

BIBLIOGRAFIA

AA.VV., *Eucaristía, Sacramento de Vida Nueva* (Colección Documentos CELAM N. 157, Bogotá 1999).

Baigorri L., *Eucaristía* (Navarra, 1991).

Basurko X., *Para comprender LA EUCARISTIA* (Navarra, 1997).

Chauvet L.M., *Símbolo y sacramento. Dimensión constitutiva de la existencia cristiana* (Barcelona 1991).

Gerken A., *Teología de la eucaristía* (Madrid 1991)

Gestiera M., *La eucaristía, misterio de comunión* (Madrid 1991).

González Faus J.I., *Sobre las plegarias eucarísticas. Para continuar la reforma litúrgica*: Phase 180 (1990) .

Jedin H., *Historia del concilio de Trento* IV/1 (Pamplona 1981).

Jeremías J., *La última cena: palabras de Jesús* (Madrid 1980)

Jungmann J.A., *El Sacrificio de la misa. Tratado histórico-litúrgico* (BAC 68, Madrid 1993).

Pikaza X., *Para celebrar FIESTA DEL PAN, FIESTA DEL VINO. Mesa común y Eucaristía* (Navarra, 2000).

Thurian M., *La eucaristía, memorial del Señor* (Salamanca 1965).

Artículos

Betz J., "La Eucaristía, misterio central", *Mysterium salutis*, IV/2 (Madrid 1995)

Ratzinger J., "La eucaristía ¿es un sacrificio?", *Concilium 24* (1967)

María, Compañera asociada a Cristo Redentor

Introducción

MARIA, COMPAÑERA ASOCIADA AL REDENTOR, Un título que nos introduce ya en la misión fundamental de María dentro del Plan de salvación. María ha sido elegida para ser la Madre de Dios, la Madre de Jesús, el Redentor de la humanidad; su maternidad no es solo biológica, sino explícitamente mesiánica.

La cooperación de María a la obra de la redención ocupa un lugar destacado en la amplia bibliografía mariana de la época posconciliar. Se trata de una realidad de uno de los temas capitales, como la espina dorsal del texto mariano del Concilio Vaticano II. En él se resume la asociación de María a Cristo y a la Iglesia tanto en la constitución del misterio en sí mismo como en su actuación salfívica.

En torno a la cooperación de María hay muchos estudios publicados, pero, según el teólogo Enrique del S.Corazón, estos estudios no han conseguido despejar todas las incógnitas ni resolver satisfactoriamente todas las dificultades.

Sustancialmente las opiniones teológicas se reducen a dos:

La primera afirma la existencia de una cooperación objetiva de María a la Redención, cooperación eficiente e inmediata, subordinada a Cristo, recibiendo de El su virtualidad y eficacia por libre disposición de Dios. Esta teoría ratifica la intención del Vaticano II en el Capítulo VIII de la LG, cuenta con el apoyo y garantía de las fuentes de la revelación, tal como las interpreta y expone el Magisterio auténtico de la Iglesia. Representantes de esta posición, entre otros, José de Aldama, Crisóstomo de Pamplona, Enrique del S. Corazón, Barahuna, Folgado, etc.

La segunda opinión afirma de una cooperación de María, solo de forma mediata, dispositiva, receptiva, como si María no hubiera sido más que una condición que posibilitó conscientemente el que Dios llevase a cabo la redención de los hombres, un puente que dio paso a esa misma salvación, que Dios ofrecía a la humanidad. Esta teoría toma como punto de partida la tesis de Jesucristo como único Mediador; problema que no ofrece ninguna dificultad a la cooperación eficiente y objetivo de María, como lo ha enseñado el Vaticano II. en LG 62. Este asociamiento de María no va en mengua de que Jesús es el único Redentor, El Concilio lo dice expresamente: "Uno solo es nuestro Mediador..., sin embargo, la misión maternal de María para con los hombres no *oscurece ni disminuye*, en modo alguno esta mediación única de Cristo, antes bien sirve para demostrar su poder" (LG 60). Representantes, entre otros: Muller, Koster, Semmelroth, etc.

Fundamentos que garantizan la Asociación de María al Misterio de Jesús Redentor

Considerar a María, *Compañera, Asociada al Redentor* es un principio Mariológico que tiene su fundamento en la Sagrada Escritura, (Cfr. Jn 19,25), consta claramente en la tradición cristiana, en el magisterio de la Iglesia y en la razón teológica. Hacemos una síntesis estrecha de estos fundamentos:

Católicos y no católicos coinciden en que la Sagrada Escritura, no dice expresamente ni textualmente en ninguna parte que María sea Asociada al Redentor. Pero, tanto en el AT como en el NT, hay gran cantidad de textos que, unidos entre sí e interpretados por la tradición, el magisterio de la Iglesia y la reflexión teológica nos llevan con toda claridad y certeza a la idea de Compañera, Asociada del Redentor.

En el A.T, obscura e implícitamente la encontramos en la primera promesa del Redentor, que había de ser de la "posteridad" de la mujer, (Gén 3,15). Esta mujer es María, aunque no se diga expresamente, pero en el proceso progresivo de la misma revelación divina, se va determinando cada vez más cuál es esa mujer, que aplastará la cabeza del enemigo (el diablo). María está preanunciada, va a participar en la medida en que está asociada al misterio de su Hijo, el vencedor escatológico del pecado y de la muerte. El profeta Isaías (7,14) anuncia que el Mesías nacería de una virgen, y Miqueas que nacería en Belén (5,2). Todo esto concuerda con lo que Mateo y Lucas narran acerca del nacimiento del Salvador, nace de una Virgen, esta virgen es María (Mt 1, 23; 2, 1-6; Lc 2, 4-7). La realización de este anuncio confirma que ella fue predestinada para ser Madre de Cristo, el Redentor, por lo mismo toda ella, ordenada a la realización del gran misterio de nuestra redención.

En el N.T. se detalla con mayor claridad, especialmente en los misterios de la Infancia de Jesús, en su Vida pública, en su Pasión, muerte y Resurrección, y en la Comunidad cristiana postpascual.

Veamos la manera cómo se expresa su asociación en cada uno de estos misterios

Asociación en los misterios de la infancia de Jesús

Desde Pío IX hasta Juan Pablo II, los pontífices han puesto de relieve la función maternal de María como cooperadora en el misterio de la Redención de Cristo. Cooperación que no es mera presencia estática e inoperante, sino activa y eficiente. Desde cualquier punto que se observe la actuación de María en el mundo, sobresale siempre su asociación a Cristo que va más allá de la unión puramente maternal. María está unida a su Hijo no de cualquier manera, sino precisamente a la misma obra de la Re-

dención (Pío XII). El gran teólogo José de Aldama, afirma que la Redención *como que se atribuye* a María y al Redentor, *como que depende* de la acción de los dos.

a) Asociación salvífica en el misterio de la Anunciación

En este misterio se resalta que María participa en plenitud de la gracia de Cristo. El Angel la llama "Llena de gracia". Este elogio, el más grande, el único solo para María, pone de manifiesto que ella fue *redimida de manera eminente"*, al ser preservada del pecado original desde su concepción inmaculada.

El anuncio del ángel descubrió a María su propia vocación. Su Sí es sinónimo de entrega total e incondicionada a una misión singularísima. La aceptación voluntaria del plan divino de la salvación determina la trascendencia y cometidos de la Madre del Redentor, dice San Agustín . "El hágase", actitud y espíritu de acogida a los designios salvadores de Dios, significa la intensidad actuante con que, a lo largo de toda su vida, se asocia a los quehaceres y misterios del Redentor.

Su fe en la revelación del ángel fue completa y sin reservas. Por tanto, su consentimiento, sabiendo que iba a ser la Madre de Dios, no fue pasivo, sino activo, libre y sin coacción, lo que demuestra su humildad profunda y su obediencia completa.

La Anunciación fue para María la clave de su existencia, un momento de su total y absoluta iluminación. Una iluminación perfectísima, que alcanzó su vida entera y la hizo perfectamente consciente de su papel excepcional en la historia de la salvación. Desde aquel momento comenzó a desempeñar María el oficio de Asociada del Redentor. "Su vida se desenvuelve en íntima comunión, para el gozo y para las lágrimas, con la de su Hijo Jesús. Por eso, María alcanzará la gloria, que nadie, ni hombre, ni ángel, podrá lograr, porque nadie podrá comparársele en el mé-

rito y en la virtud", puesto que asociada a la obra de la redención, aventaja a todos en santidad y unión con Cristo, dice Pío X.

b) Asociación salvífica en la Visitación

María se informó por el ángel, el prodigio realizado en Isabel, su prima. Comprendió claramente, a la luz interna del Espíritu Santo, que aquel prodigio estaba relacionado de alguna manera con el suyo propio, y al instante decidió ir a visitar a Isabel.

Al llegar a su casa, ocurrió otro hecho insólito (Lc, 1.39). ¡Isabel lo sabía todo!. Exclama llena de gozo: "¡De dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a mí!". La Madre del Señor, era María, y el Señor es su hijo, el Redentor. El niño Juan saltó de gozo en el seno de su madre al sentir la presencia del Salvador en el seno de María. María, dando entonces rienda suelta a sus sentimientos de júbilo, de adoración y de amor que habían embargado su espíritu en todo el tiempo que medió entre la Anunciación y la llegada a casa de Isabel, prorrumpió en su sublime canto de alabanza –EL MAGNIFICAT- (Lc 1, 46-55) , donde resalta que todo es obra de Dios, libre y soberano para realizar sus proyectos, de preferencia con los pobres y los humildes.

La Madre del Señor es proclamada "Bendita entre las mujeres" a causa de su fe en la salvación. Es bienaventurada y grande sobre todos, porque es la primera de los creyentes. María es bienaventurada, dice San Agustín, porque es Madre de Cristo en el cuerpo y en la mente. Y más bienaventurada recibiendo la fe en Cristo que concibiendo la carne de Cristo. El reconocimiento, como la Madre del Señor, que hace Isabel, es el reconocimiento de la asociación de María a Jesús, el Redentor.

c) Asociación salvífica en el Nacimiento de Jesús

El nacimiento de Jesús, constituye la epifanía, la pública constatación ante el mundo de lo que significa la Virgen en el plan di-

vino de la salvación. "Cristo nació de María". Dios nos ofrece a Cristo por manos de María. Este hecho polariza el alcance salvífico de su maternidad virgen, explicando al mismo tiempo el verdadero sentido de la unión indisoluble que asocia la vida de la Madre con la vida del Hijo.

María en el pesebre, no solo es testigo, es parte del acontecimiento más grande de la humanidad, que para el mundo entero pasó inadvertido (Lc 2. 8-20). Dios fijó su mirada en los humildes y rechazó a los soberbios .

El Vaticano II, acentúa con indudable intención las relaciones originales existentes entre la maternidad y la virginidad de María, que, como Madre virgen de Cristo, "llena de alegría muestra a los pastores y a los Magos a su Hijo primogénito, que, lejos de disminuir , consagró su integridad virginal" y confiere a dicha integridad sentido soteriológico.

Dios no se encarna con el fin exclusivo de procurarse una Madre y nacer de ella. Si el Verbo eterno hecho hombre nace de la Virgen, significa a la vez que nosotros, los mortales, podemos llegar a ser hermanos de Cristo recapitulados en El (Ef 1, 10). La dimensión maternal de María, asociada a un quehacer redentivo y colaborando con su caridad a la obra del Redentor, alcanza, consiguientemente a cuantos, integrando la descendencia de Cristo, nacen del espíritu y constituyen su Cuerpo.

d) Asociación salvífica en la Presentación de Jesús en el Templo

María no había recibido del ángel ninguna instrucción especial en torno a las ceremonias que debían seguir al nacimiento de Jesús. Humilde y obediente a la Ley de Dios hasta en sus últimos detalles, se dispuso a cumplirlos íntegramente en lo tocante a Jesús y a ella misma (Lc 1.21).

Si alguien comprendió perfectamente el significado profundo de la presentación de Jesús en templo, fue María, bajo la acción iluminadora del Espíritu Santo, que gobernaba enteramente su vida. Dios quiso valerse de un santo anciano, el profeta Simeón, para darle nuevas y dolorosas luces sobre el porvenir que aguardaba a su Hijo y sobre el papel que ella misma habría de desempeñar a su lado. (Lc 2. 25-38). El Hijo sería signo de contradicción y a la Madre le atravesaría una espada para que se manifestasen los pensamientos de muchos corazones. El anciano expuso en pocas palabras lo que aquel pequeño niño representaba para el mundo entero. El trae la salvación a todos los pueblos de la tierra.

Con su profecía, un nuevo elemento entró a formar parte de la vida de María y permaneció activo en ella hasta la cima del calvario. Desde aquel momento supo que le aguardaba un gran dolor, y que ese dolor se relacionaba con la redención del mundo. Desde aquel momento comenzó María a ser verdaderamente la Virgen de los Dolores.

La unión misteriosa e inseparable de María con Cristo, queda como reconocida oficialmente y proclamada cuando, ofreciendo el rescate de los pobres y presentado el Niño Jesús por la Virgen al Señor en el templo. Purificación de la Madre y ofrenda del Niño reviste carácter de signo ritual que es promulgación y un hacer patente ante el mundo la virtualidad redentiva para todos, judíos y gentiles, del binomio Cristo-María (Lc 2, 28-35). Cristo, signo de contradicción" y víctima expiatoria del Padre, es también la espada del dolor compartido que hiere el corazón mártir de la Madre.

El contorno profético pone de relieve los motivos que explican el por qué María debe compartir la suerte de Cristo, sus inquietudes salvíficas y sus penalidades. Los caminos del Hijo marca-

rán la trayectoria y el rumbo de la vida de la Madre, según el Evangelio. El paralelismo es perfecto y concluyente. Del Hijo se dice: "He aquí que éste.. ; y de la Madre: "Y a ti misma..." Del Hijo se añade todavía que será "como una señal a quien se contradice; y a la Madre se le anticipa el tono de una existencia martirizada transida de sufrimiento: "Una espada te traspasará el alma"(Lc 2, 24.35) No fue misión única de la Virgen, dice Pio X, "vestir de su carne al Hijo de Dios para que así fuese víctima que se inmolase por la salvación de los hombres; fue también misión suya la de guardar esa víctima, alimentarla y presentarla al altar en el tiempo señalado. Entre María y Jesús hay perpetua sociedad de vida y de sufrimientos".

La espada que le une a Cristo en su misterio redentor empieza a sentirla inmediatamente del anuncio profético, en la huida a Egipto (Mt 2, 13-15; 19-23). Su viaje sorpresivo, difícil, lleno de angustia, zozobra, forma parte de la vocación de Jesús, el Salvador. María y José viven ya en torno a esta realización. María experimentó el dolor no solo del exilio, sino también de la muerte de tantos niños inocentes que por causa de su Hijo fueron martirizados.

e) Asociación salvífica en la escena de Jesús en el templo a los 12 años

Jesús iba creciendo y la gracia de Dios estaba en El. Pero, al cumplir los doce años de edad, un suceso inesperado vino a turbar por un momento la felicidad inefable de María y José. (Lc 2, 40-50). Jesús se queda en el Templo sin que lo adviertan sus padres. Ellos angustiados volvieron a Jerusalén hasta encontrarlo.

La pregunta de María, "¿por qué lo hiciste así con nosotros?" equivale a un largo tratado de psicología, revelador y elocuente del estado anímico, sentimental, de la Virgen Madre; A María se la ve plenamente humana. Lucas añade: Y "María conservaba cuidadosamente estas cosas en su corazón" es la expresión justa de una fe cada día más firme y esclarecedora, más decidida y

dispuesta a secundar los designios de Dios. "Las enseñanzas del Evangelio nos invitan , pues, a descartar de María tanto una ignorancia de lo esencial concerniente a la persona del Hijo de Dios y su misión como un conocimiento sin sombras, demasiado elaborado conceptualmente (un conocimiento docto de especialista).

La escena subraya la misteriosa armonía entre la unión del Hijo con la Madre. Sus padres no entendieron el alcance intencionado del gesto ni de las palabras de Jesús. Es que la salvación por la cruz y la resurrección, rebasa en absoluto la capacidad humana de comprender. Con ello se pone en claro que María, aunque sabía perfectamente que Jesús era el Hijo de Dios y Salvador del mundo, ignoraba en concreto los detalles sobre el modo y el cuándo habría de manifestare al mundo su mesianismo. Solo poco a poco fue haciéndose la luz en su corazón contemplativo, hasta el drama tenebroso del Calvario y los fulgores radiantes de la Resurrección y de Pentecostés. Por eso, frente al misterio, la actividad del creyente es aceptar.

María es modelo de fe. Dice Segundo Folgado: "No se honra a María si no se reconoce de lleno su fe obscura y heroica, interpretada a la luz de su donación total de Madre unida, en cuerpo y alma, a Cristo y a su obra"

Asociación salvífica de María en los misterios de la vida pública de Jesús

Los evangelios anotan dos pasajes que se refieren a María en la Vida pública de Jesús: Las Bodas de Caná y durante la predicación.

a) Bodas de Caná (Jn 2.1-11).

María se dio cuenta de la situación de los nuevos esposos, captó su angustia y trató de aliviarles llevada de su exquisita deli-

cadeza y de la bondad de su corazón. Acudió con prontitud a Jesús para que interviniera en ayuda de los esposos. Se deduce que tenía confianza absoluta en El, sabía quién era y todo lo que podía hacer; se limita solamente a decir: "No tienen vino". Jesús respondió, "¡Mujer!, qué nos va a mi y a ti!, no es llegada aún mi hora". María, lejos de sentirse defraudada, leyó en la aparente indiferencia de la expresión, una respuesta positiva, y quizá, también por inspiración del Espíritu Santo les dijo a los servidores: "Haced lo que Él os diga", y el milagro se hizo.

Según Juan, María, desempeña un peculiar cometido de intercesora ante el Hijo que conocía su vocación. Ante su petición, el Mesías realizará el primer signo manifestativo de su gloria e inspirador de la fe de sus discípulos. El Vaticano II subraya que María, a impulsos de su bondad y misericordia, desempeña un peculiar cometido de intercesora ante el Hijo (LG 61). La Virgen determina, de este modo, con sus ruegos, la primera manifestación reveladora de la divinidad del Salvador ante el mundo, abre los caminos del Evangelio y orienta los hombres hacia Cristo. Juan dice que ante este signo los discípulos creyeron en El. Así María, dio inicio a la vida pública de Jesús.

La respuesta "aún no ha llegado mi hora" se refiere a su pasión y glorificación. Cristo quiere significar que, llegada la ocasión, su Madre deberá compartir de cerca sufrimientos y penalidades. La hora de la pasión del Hijo será también la hora de la compasión de la Madre. Según Juan el ministerio público de Jesús se encuadra, significativamente, entre dos escenas, bodas de Caná y la crucifixión, en la que María es interpelada cada vez por su Hijo con el evocativo título de "mujer", madre de los vivientes, ayuda y compañera del hombre. El signo de Caná preludia el signo de la cruz, cuando Cristo sea exaltado y culmine su obra con el sacrificio redentor. Caná glorifica a Cristo y al mismo tiempo, marca y pone de relieve la actuación mediadora de María.

b) Acogiendo y aguardando la Palabra de Dios

Ante los prodigios estupendos que realizaba el hasta entonces carpintero, que nunca había llamado la atención en nada, llegaron a pensar algunos, incluso entre sus primos y parientes que estaba fuera de sí (Mc 3,21). Temiendo que todo terminara en un fracaso, su madre y sus parientes fueron a buscarlo.

Ante el anuncio de la visita de su Madre y de sus parientes, la respuesta de Jesús es desconcertante y misteriosa. El que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre. Lejos de desconocer a su madre, como aparentemente se podría interpretar, estas palabras encierran el mayor elogio que se puede hacer de María, pues nadie como ella, después de Jesús, cumplió jamás la "Voluntad del Padre celestial", de manera tan perfecta y acabada. Jesús quiso decir con estas palabras dos cosas muy importantes: que en su ministerio público como Mesías no dependía para nada de los lazos de la carne y de la sangre, sino únicamente de la voluntad de su Padre celestial; y que el parentesco más profundo y verdadero con Jesús se establece por los vínculos de la gracia de Dios, mucho más que por los de la carne y de la sangre. En este sentido podía decirse que María era *más madre de Jesús por la plenitud inmensa de su gracia* que por haberle concebido en sus virginales entrañas y haberle dado a luz en Belén.

Esta misma doctrina -la más lógica y natural- se confirma claramente con otro episodio evangélico de Lucas, en el que no interviene personalmente María, pero se alude directamente a ella. Una mujer del pueblo, entusiasmada después de haber oído predicar a Jesús, exclamó en voz alta: Dicho el seno que te llevó...etc. (Lc 11, 27-28), Jesús responde "dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la cumplen".

Jesús no rechaza el elogio a su madre santísima; pero declara abiertamente que los vínculos sobrenaturales que establece la

gracia divina en los que oyen la palabra de Dios y la cumplen, son más profundos y valiosos que los que establecen naturalmente los vínculos de la sangre. María reunió los dos en grado superlativo: madre en el orden natural, y llena de gracia en el sobrenatural.

El mismo Jesús confirma quién es María, Aquella que como El vive de la Voluntad del Padre. María representa el *summum* de disponibilidad receptiva de la Palabra y de entrega sin restricciones al programa redentor de Cristo. Jesús quiere dejar en claro que los mejores títulos de gloria y admiración le vienen de la conformidad activa con que secunda las iniciativas sobrenaturales de la gracia. Acceder a las determinaciones divinas, equivale a ser hermano, hermana y madre de Cristo. Jesús declara que lo más grande y noble que existe aquí en la tierra, una madre, es relativo en comparación a la Voluntad del Padre. María es bienaventurada porque hace la Voluntad del Padre como El.

Asociación salvífica de María en el Misterio Pascual

Es Juan quien encuadra el Ministerio público de Jesús entre dos escenas: Caná y la Cruz, María está presente participando activamente en cada una de ellas.

a) Estaba la Madre de Jesús, de pie junto a la cruz (Jn 19, 15-17)

La teología mariana alcanza, sin duda, el punto supremo de expresividad y significado en referencia a la asociación de María al Redentor, junto a la cruz. Es el momento cumbre de su maternidad divina y humana, una maternidad sufrida y mártir, que marca con acentos inequívocos el alcance auténtico de una vida donada en servicio actuante y ejemplarizador de los demás. En efecto, la Virgen junto a la cruz *com-padece* con Cristo, *se asocia* maternalmente al sacrificio y *consiente* en la inmolación de la víctima. Compadecer, asociarse y consentir, son tres palabras que explican el ritmo ascendente, el por qué último de la mater-

nidad divina, el arco existencial de un recorrido que va desde la encarnación al Calvario. Es aquí donde María demuestra la máxima asociación, la asociación por excelencia con Cristo, su Hijo. Si María cooperó personalmente a la humanización del Verbo, personal y activamente coopera a la culminación de la obra del Redentor. La acción maternal de la Virgen incluye tanto el consentimiento en la encarnación como la presencia con-sacrificial al pie de la cruz.

Más aún, María no solo consciente la inmolación de la vida y la sangre de su Hijo, sino que aporta también sus propios dolores, que se convierten en valor corredentivo y consatisfactorio de su com-pasión. Lo cual no significa que se disminuye en modo alguno el valor redentivo de Cristo, más bien, como dice el Concilio, "sirve para demostrar su poder" (LG 60).

Así, como una primera pareja, Adán y Eva, perdieron el mundo; una segunda pareja, Cristo y María, tenían que salvarlo. Tenían que estar allí los dos; El, obediente a la voluntad de su Eterno Padre, tenía que consentir el martirio de su madre santísima; y la Virgen María, renunciando a sus derechos de madre, tenía que consentir y aceptar el martirio de Jesús, su Hijo inocente, para salvar a los hombres y mujeres, hijos de la traición.

El Papa Benedicto XV afirma que: "La Santísima Virgen María, en comunión con su Hijo doliente y agonizante, soportó el dolor y casi la muerte; abdicó de los derechos de Madre sobre su hijo para conseguir la salvación de los hombres; y, para apaciguar la justicia divina en cuanto dependía de Ella, inmoló a su Hijo, de suerte que se puede afirmar, con razón, que redimió al linaje humano con Cristo". Pero la cita que mejor expresa la asociación de María a la Redención de su Hijo es la de San Ireneo: "obedeciendo, se convirtió en causa de salvación para sí misma y para todo el género humano" La Virgen sufre *con* Cristo, experimen-

tando en su alma la propia y personal agonía. Cristo soporta su pasión redentora hasta la muerte y María allí, junto a la cruz, conlleva el martirio y la tragedia. El valor del sufrimiento de El fue verdaderamente esencial; el valor del sufrimiento de Ella, solo derivado. De Cristo fue la pasión; de Ella el compartirla. El fue el Redentor, pero Ella la cooperadora sublime. "Ella, estuvo más estrechamente unida al Hijo que el corazón lo está al cuerpo y el alma al corazón", dirá Bartolomé de los Ríos.

Desde lo alto de la Cruz, Jesús con el último aliento, se dirige a su Madre, "Mujer, he ahí a tu hijo", Y luego al discípulo; "Ahí tienes a tu madre". Todos están de acuerdo en decir que Juan era en aquel momento el representante de toda la humanidad redimida. María es confirmada por el mismo Cristo, desde la cruz, en su nueva misión, de Madre de toda la humanidad. Con el noble calificativo, "Mujer", Cristo promulgó solemnemente la maternidad espiritual de María, que ya era madre nuestra desde el primer momento en que concibió en sus virginales entrañas al Redentor del mundo.

María es la "mujer", la nueva Eva, ayuda y compañera del "hombre", nuevo Adán, Cristo, integrada activamente en el plan divino de la salvación. Y, por eso mismo, es también la Virgen María, madre de los regenerados: de los que viven para Dios.

b) Resurrección de Jesús

En el misterio de la Resurrección, la tradición cristiana es unánime en decir que fue ella primera en contemplar a su Hijo resucitado. Los Evangelios no lo dicen porque que es tan claro y evidente que cae por su propio peso. Su Madre lo había gestado, lo había criado, lo había guardado en su infancia, lo había presentado al mundo en las Bodas de Caná, estuvo íntimamente unida al pie de la Cruz. Por otra parte, Jesús había consagrado a ella y

a San José treinta años de vida oculta, ¿cómo no le dedicaría el primer instante de su vida gloriosa?, cómo no participarle de su triunfo sobre la muerte, el mal y el poder de este mundo?. Sería "falta de inteligencia", dice San Ignacio, no creer que Cristo se le presentó a María después de la Resurrección. María pertenece a un orden trascendente, en que está asociada como Madre a la paternidad del Padre de Jesús.

Ponce Cuellar, ve en el dogma de la Asunción, la asociación de María en el Misterio de la Resurrección "La Asunción de la Santísima Virgen constituye una participación singular en la Resurrección de su Hijo y una anticipación de la resurrección de los demás cristianos. La copulativa "y" enlaza el momento cristológico –asimilación a Cristo- y el eclesial –figura de la Iglesia de los resucitados-. Cumple así su cometido de subrayar los dos aspectos significantes de un mismo hecho".

Asociación salvífica en la comunidad Post-Pascual

a) Pentecostés

María, confirmada por el mismo Cristo, desde la Cruz, como Madre de los redimidos, comienza a ejercer su nueva maternidad con la Iglesia naciente, que brotaba del agua y de la sangre del costado de su Hijo. Estuvo en el cenáculo perseverando en la oración en compañía de los apóstoles, y de algunas mujeres. Allí recibió el Espíritu Santo, con una plenitud inmensa, incomparablemente superior a la de los apóstoles. Y desde aquel momento comenzó a ejercer sobre todos ellos, y los discípulos que se iban agregando diariamente a la Iglesia, toda la ternura maternal que necesitan aquellos primeros miembros del Cuerpo místico de su divino Hijo.

María era el testigo singular de la infancia de Jesús y de la vida oculta de Nazaret y por eso estaba en el corazón más profundo

de la misma iglesia, dice Juan Pablo II (RM 26). Ella y los discípulos se reconocían en el mismo Cristo muerto y resucitado, que vivió con ellos y era el Hijo de María. María, pues, tiene la doble pertenencia: al misterio de Cristo y al de la iglesia en pentecostés. Ella por su testimonio precede el testimonio apostólico y permanece "en el corazón de la Iglesia" continúa Juan Pablo II. (N°. 27). Por eso la llamamos Madre de la Iglesia.

María vivió en medio de la joven Iglesia, participando en su crecimiento y prosperidad, en sus alegrías y sufrimientos, en sus triunfos y persecuciones; animando a los apóstoles, consolando a los afligidos, edificándolos a todos con sus virtudes admirables, querida y venerada por todos como Madre del Señor.

b) María, presencia de Unidad y Comunión en la Comunidad que celebra la Eucaristía

Lucas en Hech. 1,14, subraya la presencia de María en la comunidad post-pascual. La primera Comunidad cristiana ha tenido, precisamente de la iniciativa materna de María, la posibilidad del don de la vida, que proviene de Cristo eucarístico. Igualmente en Hech 2, 42-47 nos hace entrever que María participaba de la Eucaristía presidida por los apóstoles.

La Iglesia, nació del costado abierto de Cristo, del que manaron la sangre y el agua, símbolos de los sacramentos. La Eucaristía de Juan se sitúa en el único movimiento de encarnación del Verbo. Si la carne de Jesús, Hijo de Dios hecho hombre, es el sacramento de la presencia de Dios y el alimento para la vida eterna, su cuerpo eucarístico es el pan de la vida y la "carne" entregada por amor (Cf. Jn 13,2). María tiene entonces una concreta función maternal en la encarnación y en la economía de los sacramentos de la iglesia. En ambas es cabeza de familia de una nueva generación querida por Dios encarnado; en la primera, la generación del Hijo de Dios encarnado; en la segunda, la generación de la comunidad eclesial.

La tradición cristiana hasta nuestros días no ha dejado de leer y profundizar esta dimensión cristológico-eucarística de María, la cual siendo madre del cuerpo físico de Cristo, es también madre su cuerpo eucarístico.

Por eso, la Iglesia, no celebra nunca la Eucaristía sin invocar la intercesión de la Madre del Señor. En cada Misa, María ofrece como miembro eminente de la Iglesia no solo su consentimiento basado en la Encarnación y en el cruz, sino también sus méritos y la presente intercesión materna y gloriosa, dice Pablo VI (Cf. Marialis Cultus 20).

Juan Pablo II afirma que la maternidad espiritual de María "ha sido comprendida y vivida particularmente por el pueblo cristiano en el sagrado banquete –celebración litúrgica del misterio de la Redención-, en el cual Cristo, su verdadero cuerpo nacido de María Virgen, se hace presente ...Con razón la piedad del pueblo cristiano ha visto siempre un profundo vínculo entre la devoción a la Santísima Virgen y el culto a la Eucaristía; es un hecho de relieve en la liturgia tanto occidental como oriental, en la tradición de las Familias religiosas, en la espiritualidad de los movimientos contemporáneos, incluso los juveniles, en la pastoral de los santuarios marianos. María guía a los fieles a la Eucaristía (RM 44).

Conclusión

Por todo lo expuesto concluimos que la maternidad divina de María se explica desde su asociación con Cristo Redentor, en orden a nuestra salvación. Esta unión inseparable con El la vive desde la Encarnación hasta la cruz, donde su mismo Hijo proclama nuevamente su maternidad espiritual de todos los que aceptan su salvación.

En consecuencia, el concepto de maternidad divina no es limitado al solo momento genérico de la concepción y del parto, como

generalmente ocurría en la teología antigua, sino que abarca todo el ámbito de la vida de María con el Hijo y expresa todo el largo proceso de maduración materna o de progresiva unión con el Hijo Salvador. La concepción, el parto, la alimentación, la crianza constituyen solo el primero momento, esencial y determinante de la maternidad divina salvífica; ésta se madura y perfecciona hasta establecer una perfecta conformidad entre Madre e Hijo y establecer su íntima y constante unión en la obra de la salvación, desde Nazaret a Belén, desde Caná a Jerusalén, desde el Calvario a la Asunción al cielo. Su maternidad divina tiene como eje fundamental en la Encarnación, se completa luego en el decurso de la vida de la Madre y del Hijo y se perfecciona en la gloria de la Asunción cuanto el rostro de la Madre se conforma plenamente con el del Hijo, constituyéndose Madre espiritual de todos nosotros.

La Asociación de María se halla subordinada a Cristo y dependiente de El. Todo por el beneplácito de Dios, que ensalza a los humildes. María pudo colaborar con Cristo en la obra de la redención solo en virtud del poder que de Cristo recibió. Por eso, María es toda relativa a Dios. Es una dependencia total que la hace toda de Dios sin ninguna reserva, reticencia ni excepción. María es toda relativa a la Iglesia, en Cristo, por Cristo y para Cristo. Ella es la figura y el prototipo de la Iglesia.

María vive una fe heroica, guiada por el principio de la proximidad y distancia. En Ella se da una perfecta confluencia de motivaciones personales, que son las mismas de Jesús; y al mismo tiempo una separación efectiva, relacionada con la hora grande del misterio salvífico. Proximidad y distancia se afirman simultáneamente.

La persona de María como Compañera Asociada al Redentor es el espejo en el que tiene que mirarse todo cristiano si éste quiere cooperar también con la obra del Redentor. Por eso dirá Pablo VI, "para ser buenos cristianos tenemos que ser Marianos".

Que este Congreso nos motive a ser buenos cristianos siguiendo las huellas de María para asociarnos también nosotros al Redentor del mundo.

Hna. María Elena Narváez Guerra
Religiosa Marianita

BIBLIOGRAFIA

PUEBLA, *La Evangelización en el presente y en el futuro de América Latina*, CELAM, 1979

SAGRADA ESCRITURA

S.S. JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater*, Encíclica, 1987

S.S. PABLO VI, Marialis Cultus, Exhortación apostólica, 1974

VATICANO II, BAC, 1969

OTROS AUTORES:

AA.VV., *Puesto de María y su cooperación en el Acontecimiento Cristo*, Mysterium Salutis, Edic. Cristiandad, Madrid, 1971

AMATO ANGELO, Jesús es el Señor, BAC 1998

A. ROYO MARÍN, *La Virgen María*, BAC, 1968

COMITÉ PARA EL JUBILEO DEL AÑO 2000, *Eucaristía, Sacramento de Vida Nueva*, CELAM 157, Bogotá, 1999

DE ALDAMA JOSÉ, S.J., Posición actual del Magisterio Eclesiástico en el Problema de la Corredención, en Estudios Mirianos, Año XVII, Vol XIX, Madrid, 1958

DE FIORES STEFANO, *Nuevo Diccionario de Mariología*, San Pablo, 1993

DEL S. CORAZÓN ENRIQUE, Cooperación de María en la Teología posconciliar, en Estudios Marianos – Segunda época –Vol. XXXII, Ciencia Mariana y posconcilio, Madrid, 1969

ESQUERDA BIFET JUAN, *La Gran Señal, María, en la Misión de la Iglesia*, EB, Barcelona, 1983

FOLGADO F. SEGUNDO, María asociada a Cristo en el Misterio Redentor, en Enciclopedia Mariana posconciliar, Coculsa, Madrid 1975

GARCÍA P. JOSÉ, *Mariología*, BAC, 1995

GONZÁLEZ CARLOS I., *María evangelizada y evangelizadora*, Mariología, CELAM, Devim, Vol IV-2, Bogotá 1989.

CE CUELLAR MIGUEL, María en los misterios de la vida de Cristo, en Estudios Marianos, 59 (1994).

POZO CANDIDO, S.J., *María en la obra de la Salvación*, BAC, 1990.

Los Pobres y Hambrientos que necesitan Salvación

Introducción

En la praxis de la Iglesia se da estrecha relación entre la celebración eucarística (fracción del pan o cena del Señor) y la atención a los pobres. Es dable, pues, afirmar que la Eucaristía tiene una clara dimensión pastoral y salvífica, particularmente a favor de los más necesitados.

La Eucaristía es fruto y expresión del amor de Cristo a la humanidad. Es también celebración del amor humano vivido y de la "buena voluntad", para robustecerlo con renovados compromisos operativos. Celebrar la Eucaristía y participar en ella es recibir al mismo Cristo, lo cual implica tener sus actitudes y aceptar su Evangelio. Pues bien, Cristo vivió lo que predicó y lo condensó en el "mandamiento del amor". Expresó este amor en hechos y palabras en favor de los demás, especialmente de los marginados, en amorosa y plena comunión con el Padre, que se reveló siempre como el Dios de los pobres.

Es obvio que la Iglesia haga honor a su Fundador y Maestro. En seguimiento suyo, ama a todos, pero tiene predilección por los más pobres, por quienes, desde el año 1968, viene haciendo y renovando una "opción preferencial". Dada la situación deteriorada de nuestro pueblo, parece que hoy es más necesario y urgente renovar dicha opción y tomar decisiones que estimulen acciones más eficaces en bien de los pobres. Principalmente a favor de ellos la Iglesia tiene que realizar su misión salvadora, que es la preciosa herencia recibida de Cristo.

Estos rasgos serán desarrollados en forma sintética. El tema se presta para mucho más. Pero, en el ámbito de un Congreso Eu-

carístico y en el corazón del año jubilar, lo más importante no es presentar muchas ideas ni hacer nuevas reflexiones, sino hacer operativo el Evangelio, ser testigos de Cristo Salvador y dar razón de nuestra fe que actúa por la caridad y es celebrada y alimentada en la Eucaristía.

Los Pobres a la luz de la fe

Los pobres en la Sagrada Escritura

Desde los albores de la historia del pueblo de Israel. Yahvé se revela como el Dios de los pobres. Basta recordar que el acontecimiento fundador de dicho pueblo es la liberación de la esclavitud de Egipto[1]. Interviene a favor de los pobres en la legislación. Así, por ejemplo, en Ex 23, 6 dice: "No violes el derecho del pobre en sus pleitos". Pero Dios exige que se vaya más allá del derecho y la justicia distributiva: quiere sensibilidad y generosidad hacia los necesitados: "Si hay algún pobre entre los tuyos en alguna de las ciudades de esa tierra que el Señor tu Dios te va a dar, no endurecerás tu corazón ni cerrarás la mano a ese hermano, sino que le abrirás tu mano y le darás todo lo que necesite" (Dt 15, 7-8).

Los profetas anteriores al exilio intervienen apasionadamente a favor de los grupos socialmente más bajos, porque Yahvé es el amigo particular de los pobres. Intervenir a favor de los pobres equivale a intervenir a favor del pueblo de Dios, que necesita conversión[2].

Durante la época del cautiverio y del postcautiverio se produjo un cambio importante en el concepto de pobreza. A partir de entonces, pobreza será sinónimo de humildad y entrega a Dios:

1 Cf *Ex* 1, 8-22; 2, 23-25; 3, 7-8.
2 Cf Am 2, 6-7; Is 3, 13-15; Miq 2, 8-11; 3, 1-4.

"Buscad al Señor, los humildes todos de la tierra, los que practicáis su justicia; buscad la justicia, buscad la humildad..." (Sof 2, 3); "yo dejo en medio de ti un pueblo humilde y pobre; ellos buscarán refugio en el nombre del Señor" (Sof 3, 12). Consecuentemente, los pobres son entonces los piadosos, los justos, los servidores de Dios...

Un paso muy importante en la reflexión sobre la identidad del pobre se da en los Sapienciales. El amor concreto a los pobres es considerado como un modo de dar gloria a Dios. Así, pues, en el libro de los Proverbios leemos: "El que oprime al desamparado ofende a su Hacedor, lo honra quien se apiada del necesitado" (Prov 14, 31); "presta al Señor quien compadece al pobre, Él le pagará su buena acción" (Prov 19, 17).

Pero no son únicamente los pobres sino también los hambrientos los que son particularmente cuidados por Dios. En este sentido es importante considerar que la Sabiduría se ofrece a sí misma como comida y bebida: "vengan a mí los que me desean y sáciense de mis frutos. Porque mi recuerdo es más dulce que la miel, mi herencia más dulce que los panales. Los que me comen tendrán más hambre, los que me beben tendrán más sed" (Eclo 24, 19-21).

Más aún, el libro de los Proverbios presenta así el banquete ofrecido por la Sabiduría: "La Sabiduría ha edificado una casa, ha labrado sus siete columnas, ha sacrificado víctimas, ha mezclado el vino y hasta ha preparado la mesa. Ha enviado a sus criadas a proclamar en los lugares más altos de la ciudad: 'El que sea inexperto venga acá'. Y a los que tienen dificultad para entender les dice: Vengan a comer de mi pan, beban del vino que he mezclado. Dejen la inexperiencia y vivirán, sigan el camino de la inteligencia" (Prov 9, 1-6). El anuncio del banquete de la Sabiduría está orientado hacia la Eucaristía. El personaje de la Sabidu-

ría encuentra en Cristo su cumplimiento. El mismo Jesús se identificó con la Sabiduría cuando afirmó: "La Sabiduría ha quedado avalada por sus obras" (Mt 11, 19). Las obras de la Sabiduría consisten en los milagros realizados por Jesús y en toda su actividad salvadora[3].

En el umbral del NT, el *Magnificat* (cf Lc 1, 47-55) se enlaza con la teología sobre los pobres del AT. La Virgen María se alegra y agradece a Dios porque ha mirado su pequeñez y ha hecho cosas grandes en ella; porque dispersó a los orgullosos, destronó a los poderosos y engrandeció a los humildes; porque colmó de bienes a los hambrientos y a los ricos los despidió vacíos.

En lo referente a los pobres, este cántico expresa fundamentalmente dos aspectos: por un lado, el cumplimiento de las promesas salvíficas de Dios con la irrupción del Reino al que son invitados todos, pero los pobres están más dispuestos que los ricos a aceptarlo; por otro, el anuncio de una "nueva profecía" que debe irse realizando gracias a la vivencia del Evangelio por parte de los seguidores de Jesucristo. El poder y los bienes de este mundo tienen que ser puestos al servicio del ser humano, teniendo preferencia por los predilectos de Dios, los más necesitados.

En las bienaventuranzas Jesús entiende por pobreza una total orientación hacia Dios. En ella se incluye el desapego de bienes materiales, pues éstos constituyen un obstáculo para entrar en el Reino de los cielos[4]. Son bienaventurados los "pobres de espíritu", es decir, los desprendidos de todo bien terreno y, sobre todo, desapegados de sí mismos, los que con sencillez y humildad

3 Cf. *Eucaristía, Sacramento de la V*ida Nueva, publicado por el Comité para el Jubileo del Año 2000, comisión Teológico-Histórica=Colección Documentos CELAM Nº 157, págs. 165-166.

4 Cf Mt 6, 24; 19, 9-10; 19, 21-26; Mc 10, 23-31; Lc 12, 5-21; 14, 33; 18, 22-30.

se apoyan solamente en Dios. Son los que no confían en su propia fuerza ni en sus merecimientos.

Esta bienaventuranza es vivida en plenitud por el mismo Jesús: no está centrado en su yo sino en el Padre Dios. Libre de sí mismo, es totalmente abierto y entregado a los demás. Su pobreza por excelencia no consiste tanto en no poseer bienes materiales, sino en no estar apegado a nada y, sobre todo, en el total despojo de su dignidad de Dios y en asumir nuestra condición humana (cf Flp 2, 6-8). Se transparenta esta pobreza en su absoluta disponibilidad para cumplir la misión confiada por el Padre Dios. En efecto, Cristo fue enviado por el Padre "para evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos" (Lc 4, 18); "para buscar y salvar lo que estaba perdido" (Lc 19, 10). Los pobres son los primeros destinatarios de su misión evangelizadora y salvífica[5].

El amor de predilección de Jesús por los pobres llega al colmo de identificarse con ellos (cf Mt 25, 31-46). Esto tiene exigentes consecuencias, como veremos al tratar sobre el compromiso salvífico de la Iglesia. Para una mejor comprensión de la acción de Jesús en favor de los más pobres, es oportuno considerar sus actitudes en el contexto social, en el que, según los datos evangélicos, había algunos conflictos[6].

Un primer conflicto se daba entre el *centro y la periferia.* El centro era Jerusalén, la capital política, religiosa y económica. Allí se encontraban las autoridades: sacerdotes, escribas y ancianos (sanedrín). Allí estaba también la corte del rey Herodes. En cambio Galilea constituía la periferia. Era región marginada y despre-

5 Cf Mt 11, 2-6; Lc 7, 21-23.

6 Cf Gallo Luis, Jesús de Nazaret, su historia y su pasión por la vida del hombre, Editorial CCS, Madrid 1993, págs. 46-55.

ciada por los judíos, que la llamaban despectivamente "Galilea de los gentiles". Pues bien, Jesús era galileo; decidió anunciar el Reino de Dios en la periferia. Allí escogió sus primeros colaboradores y realizó los principales "signos del Reino", en cumplimiento de la profecía de Isaías: "Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena noticia"[7].

Un segundo conflicto se daba en las relaciones *entre justos y pecadores*. Este conflicto tenía fondo religiosos, pero con rasgos sociales. Se tenían por justos los que observaban la ley de Moisés y los preceptos elaborados a partir de ella. Se creían los amados de Dios, los únicos dignos de su bendición y los herederos del Reino futuro. Entre los pecadores, en cambio, se incluían muchas categorías de gente: ante todo los "publicanos" o cobradores de impuestos y las prostitutas. Luego estaban los ciegos, los cojos, los pastores, los hijos ilegítimos hasta la décima generación. Y por último, todo el pueblo pobre que, por ignorar las leyes, no podía observarlas. Los que se creían "justos" menospreciaban y marginaban a toda esta gente.

Ante esa situación denigrante, Jesús se pone de parte de los considerados pecadores, e incluso afirma: "No he venido para los justos, sino para los pecadores" (Mc 2, 17).

El tercer conflicto social que aborda Jesús es el que se da *entre los ricos/poderosos y los pobres*. Obviamente Jesús está de parte de los pobres. Tiene predilección por ellos. Sin embargo, ama también a los ricos; incluso es amigo de algunos de ellos; pero los ama siendo él pobre e invitándolos a convertirse y a compartir con los pobres. El testimonio más elocuente es el caso de Zaqueo (cf Lc 19, 1-10).

7 Mt 11, 5; cf Is 35, 5-6.

El último conflicto social se da *entre hombres y mujeres.* Las mujeres eran víctimas de una humillante marginación por parte de los hombres: no tenían rango social, no podían hablar en público, ni servir de testigos. Jesús se pone de su parte. En el fondo, hace ver y respetar la igual dignidad entre el hombre y la mujer. Por eso no acepta que el hombre despida a su mujer (cf Mt 19, 1-9). Además, las actitudes y palabras de Jesús para con la mujer son de respeto y consideración. Es significativo el que a una mujer samaritana que, según la mentalidad judía, debía ser despreciada por doble motivo, Jesús se dirige con el mismo título que le da a su Madre: la llama "*mujer*", equivalente a "dama" o "señora".

Jesús inculcó a sus discípulos este amor, mentalidad y actitudes en bien de los más pobres. Ellos hicieron suyo este mensaje. Les costó mucho, pues debían realizar una conversión total. Pero, con la luz y fuerza del Espíritu Santo, desde los inicios de la Iglesia, se empeñaron en poner por obra lo que el Maestro les enseñó con palabras y obras.

Los pobres en nuestra historia

Parece conveniente ubicar en su contexto histórico y social a los pobres, que son personas y grupos humanos concretos. De este modo, se podrá considerar luego, como consecuencia lógica la acción salvífica que debería realizar la Iglesia en bien de ellos.

La situación social de los pobres del Ecuador es similar a la del resto de América Latina, como lo constataron los obispos ecuatorianos en las opciones que tomaron para poner en práctica las orientaciones de Puebla y de Santo Domingo[8]. Aquí, por moti-

8 Para aplicar el contenido de Puebla a la evangelización en el Ecuador, la Conferencia Episcopal Ecuatoriana publicó el documento Opciones Pastorales, Quito, 8 de septiembre de 1980. En cambio, para la aplicación de Santo Domingo, publicó Líneas Pastorales, el 31 de marzo de 1994. De este documento se han hecho algunas reediciones. La última es del 13 de junio de 1999.

vos de brevedad, solo se indicarán algunos aspectos en que se expresa la pobreza de nuestra gente:

Cultura de muerte. Ya en Puebla se denunciaba la "falta de realización de la persona humana en sus derechos fundamentales", que "inicia aun antes del nacimiento del hombre por el incentivo de evitar la concepción e incluso de interrumpirla por medio del aborto" (n. 1261). Esta situación no había mejorado cuando se reunieron los obispos en Santo Domingo; por eso se expresan así: "Nos desafía la cultura de muerte. Con tristeza humana y preocupación cristiana somos testigos de las campañas contra la vida, que se difunden en América Latina y el Caribe [...].

Se atemoriza a las personas con un verdadero 'terrorismo demográfico', que exagera el peligro que puede representar el crecimiento de la población frente a la calidad de vida"[9].

Las drogas. En la exhortación apostólica *Ecclesia in America,* se denuncia el comercio y el consumo de drogas que son una seria amenaza para nuestra sociedad. Esto "contribuye a los crímenes y a la violencia, a la destrucción de la vida familiar, a la destrucción física y emocional de muchos individuos, sobre todo entre los jóvenes. Corroe la dimensión ética del trabajo y contribuye a aumentar el número de personas en las cárceles, en una palabra, a la degradación de la persona en cuanto creada a imagen de Dios"[10].

La situación problemática de la tierra. Los antiguos aborígenes fueron despojados de sus tierras. Los actuales campesinos sufren las consecuencias. Además, en los últimos años la crisis se hace sentir con más fuerza por el mayor uso de la tecnología y la pre-

9 Sto. Domingo 219; cf. También 234-235.
10 Ecclesia in América 24. En adelante se citará EIA.

sencia transnacional, que favorece a los sectores económicos fuertes, pero a costa de los pequeños productores y trabajadores[11].

El fenómeno de la urbanización. Continúa en aumento. Hay un éxodo constante del campo a la ciudad. Las causas son varias, pero entre ellas sobresale la pobreza y el subdesarrollo de las zonas rurales. Pero la falta de planificación acarrea muchos males: desocupación, violencia, delincuencia juvenil, desesperación, etc.[12].

La emigración. En Puebla se decía que el número de emigrantes puede ser de magnitud insospechada en el próximo futuro[13]. Eso se está dando en el Ecuador de forma alarmante. La causa es el empobrecimiento continuo por la falta de trabajo[14].

Discriminación de la mujer. El rostro de los pobres en América es también el rostro de muchas mujeres. En este sentido, se habla de un "aspecto femenino de la pobreza". La Iglesia "denuncia la discriminación, el abuso sexual y la prepotencia masculina como acciones contrarias al plan de Dios"[15].

La discriminación racial. Todavía son discriminados los indígenas y los afroamericanos (afroecuatorianos). Por su condición étni-

---

11 Cf Sto. Domingo 174.

12 Cf EIA 21.

13 Cf Puebla 1266.

14 Cf El Comercio, 16 de marzo del 2000, A6: En 1999 378.483 ecuatorianos obtuvieron permiso de salida, pero salieron 386.440; retornaron 277.603; fueron deportados 2.765 y detenidos 1.734. En lo que va del año dos mil la proporción de emigrantes ecuatorianos es mayor a la del año pasado.

15 EIA 45. El texto continúa así: "La Iglesia en particular, deplora como abominable la esterilización, a veces programada, de las mujeres, sobre todo de las más pobres y marginadas, que es practicada a menudo de manera engañosa, sin saberlo las interesadas; esto es mucho más grave cuando se hace para conseguir ayudas económicas a nivel internacional".

ca, tienen más dificultades que los demás pobres para encontrar trabajo, para ser atendidos en los diversos lugares públicos: hospitales, ministerios, despachos parroquiales, etc. Además, sus valores culturales son desconocidos y minusvalorados por los blancos o mestizos. Son los más pobres entre los pobres. Por eso se habla de "razas empobrecidas", de "mujeres doblemente discriminadas" y de "culturas marginadas"[16].

El ateísmo práctico. Es preocupante la creciente pérdida del sentido de Dios en nuestro ambiente. Se da una clara ruptura entre fe y vida. Llama la atención el que en un país mayoritariamente cristiano, haya tanta corrupción, violencia, injusticias, violación de los derechos humanos, acaparamiento de bienes, tráfico de drogas, armamentismo sin control, etc. Se vive como si Dios no importara.

El origen de estos males y muchos más es el pecado, que se expresa a nivel personal, social y estructural[17]. Solo a la luz de la fe, se puede reconocer la situación de pecado y dar pasos de conversión, que es exigida por Cristo como punto de partida para entrar en el Reino de los cielos. Según esta perspectiva, los pobres no tienen que ser vistos solo en el sentido económico, sino global, que integra todas las formas de pobreza: material, cultural, humana, moral, intelectual, etc. De este modo, se puede entender cómo en nuestra Patria existen muchos pobres necesitados de pan material y del "Pan espiritual": de la Eucaristía, de la Palabra de Dios, de la evangelización, de la cultura, etc.

16 Cf Libanio J. B., Renovar la opción por los pobres, en Revista CLAR Nº 212, En-Feb/2000, pág. 58.
17 Cf Puebla 1257, 1258, 507-509; Sto. Domingo 9: EIA 56.

La Salvación querida y realizada por Jesucristo

Los datos presentados en la parte anterior tienen una finalidad salvífica. Lo que interesa es no tanto el conocimiento de quiénes son los pobres, cuanto su salvación que, como veremos enseguida, es la razón de ser de todo lo que se relaciona con Dios: la creación, la encarnación de Jesucristo, la Sagrada Escritura, la Iglesia y los sacramentos.

Centralidad de la salvación

La salvación de la humanidad es central en el plan de Dios. Está siempre presente en su voluntad y designios amorosos (cf LG 2). Toda la Sagrada Escritura es fundamentalmente un mensaje de salvación. Pero de modo privilegiado lo es el Nuevo Testamento, porque Jesucristo es el Salvador. Entre los abundantes y ricos textos, quiero destacar el que Juan coloca al final de su Evangelio para hacer ver el objetivo que se propuso al ponerlo por escrito: "Jesús hizo en presencia de sus discípulos muchos más signos de los que han sido narrados en este libro. Estos han sido escritos para que ustedes crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios; y para que, creyendo, tengan en Él vida eterna" (Jn 20, 30-31).

La salvación es el objetivo fundamental de la encarnación de Dios, según rezamos en el *Credo:* "Por nuestra salvación bajo del cielo". Esa es la voluntad del Padre, que Jesús manifiesta fundamentalmente con estas categorías: *vida, Reino (de Dios) y salvación*. En lo referente a la vida, quizá la expresión más significativa es ésta: "Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10, 10)[18]. Además, el Reino de Dios es el centro unificante de su existencia: Jesús orienta todo hacia el Reino

18 Jesús, sin prescindir de la vida presente, se refiere a la vida eterna (cf Jn 3, 16. 36; 5, 40; 6, 33. 35. 48. 51.; 14, 6; 20, 31).

(=nuestra salvación); busca, anuncia y realiza todo lo que tiene que ver con Reino de Dios; éste es su tesoro, que lo apasiona y entusiasma.

Jesucristo confía esta misión a la Iglesia. Su razón de ser y su finalidad específica es, pues la salvación del género humano[19]. Por eso se la define en el Concilio Vaticano II como "sacramento de salvación". Dentro de la Iglesia, todo tiene que ser salvífico, es decir, pensado, programado y ejecutado teniendo como objetivo la salvación de sus miembros y de toda la humanidad. Para realizar esta misión cuenta con los sacramentos, que "constituyen la máxima expresión de la visibilidad de la gracia y de la salvación y el punto culminante de la vida de la Iglesia"[20]. Todos los sacramentos, especialmente el bautismo y Eucaristía, son medios y canales de gracia para nuestra salvación.

En vistas a este objetivo la Iglesia organiza sus estructuras, la liturgia y la acción pastoral. Por tal motivo es importante considerar el compromiso salvífico de la Iglesia y de los cristianos como dimensión y exigencia de la Eucaristía, cosa que veremos luego.

Contenido de la Salvación

En la actualidad es enfocada la salvación básicamente en dos sentidos: en sentido experiencial-personalista y en sentido histórico-práctico[21]. La salvación en sentido *experiencial-personalista* ve los términos muerte-vida en clave existencial-relacional. La salvación o vida consiste en la autorrealización existencial plena

19 Cf LG 18 y 24; SC 6; Mt 28, 18-20; Mc 16, 15-16; Hech 26, 17s.
20 Llopis j., Sacramento, en Diccionario abreviado de pastoral, Verbo Divino, Navarra 1988, pág. 404.
21 Cf Gallo Luis, Salvación, en Diccionario de Catequética, Editorial CCS, Madrid 1987, pág. 742.

y definitiva, obtenida mediante la comunicación personal con Dios y los demás por medio de Cristo.

En sentido *histórico-práctico,* enfoque que se da prioritariamente en el Tercer Mundo, la muerte consiste principalmente en la situación de marginación, explotación, opresión y represión en que se encuentran grandes masas de pobres, como consecuencia de estructuras injustas creadas por el egoísmo colectivo de pueblos enteros o de grupos humanos (pecado social o estructural). Salvación o vida es principalmente la superación de tales situaciones y la sustitución por otra, en la que exista fraternidad, no solo en el ámbito interpersonal, sino también en relación con los bienes materiales. Esta salvación será siempre parcial e imperfecta en la historia; pero, según el plan de Dios, será plena y definitiva en el futuro último.

Estos dos sentidos de la salvación se enriquecen y complementan mutuamente. Por otra parte, Dios quiere salvar al hombre no aisladamente, sino formando un pueblo, en comunidad y con dimensión social[22]. Esto es muy claro en la praxis de Jesucristo. Él personalmente actuó con amplitud y apertura a los otros. Además, llamó a sus seguidores y constituyó con ellos el grupo de los discípulos y apóstoles, a los cuales los entusiasmó por la causa del Reino de Dios que, como hemos visto, equivale a la vida en abundancia y a la salvación.

Jesucristo es nuestro Salvador. Nos salva con todo lo que es, hace y dice. Toda su vida es obediencia amorosa al Padre, que lo ha enviado para nuestra salvación. Pues bien, a Jesús le estuvo muy a pecho la vida en su totalidad, tanto de las personas individuales, como de la sociedad.

22 Cf LG 9: "Dios ha querido santificar y salvar a los hombres no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo que le confesara en verdad y le sirviera santamente", véase también GS 32.

La praxis de Jesús manifiesta lo que significa para Él la vida de todas las personas. Con la curación de las enfermedades, la expulsión de los demonios y el perdón de los pecados, manifiesta que le interesa apasionadamente la salvación del ser humano en todas sus dimensiones. En todas las intervenciones curativas emana de su persona una fuerza vivificante porque Él está lleno de vida[23], mejor dicho, en Él está la vida y Él mismo es la vida[24].

Entre las intervenciones de Jesús para perdonar los pecados merece especial consideración el caso de la pecadora pública (cf Lc 7, 36-50). Esa mujer era doblemente marginada: por ser mujer y por ser prostituta. Jesús, teniendo en cuenta el gran amor y fe que ella demostraba, le perdonó los pecados y le devolvió el sentido de la dignidad personal, con estas alentadoras palabras: "Tu fe te ha salvado; vete en paz". Así, la liberó del complejo de culpa y le dio fundadas esperanzas de una vida nueva, cada vez más abundante hasta llegar a la vida plena o salvación definitiva.

Jesús actúa también salvíficamente en sus relaciones con las masas, especialmente dando de comer a las turbas hambrientas[25]. En esta acción involucra a los discípulos, invitándolos a que ellos den de comer y repartan el pan a la gente. Lo que quiere Jesús es implicarlos en su misma acción en bien de los demás: tienen que hacer suyas las actitudes del Maestro; en el futuro tienen que preocuparse por saciar el hambre de los hambrientos y por devolver la salud a los enfermos.

De las actitudes de Jesús se deduce que él quiere y realiza el bien de la gente en su totalidad: no solo quiere que los pobres se sa-

23 Cf Mc 5, 30; Lc 5, 17; 6, 19; 8, 46.
24 Cf Jn 1, 4; 3, 11; 14, 6; Hech 3, 15; Ap 1, 18; 20, 6.
25 Cf Mt 14, 13-23; 15, 32-39; Mc 6, 30-46; Lc 9, 10-17; Jn 6, 1-14.

cien de pan, que recuperen la salud y sean liberados de las diversas esclavitudes. Quiere principalmente la liberación del pecado, a fin de que hagan honor a su condición de hijos de Dios. En esta perspectiva se preocupa de ir más allá del alimento material y de rectificar las intenciones de los que lo buscaban por intereses egoístas: "Les aseguro que no me buscan por los signos que vieron, sino porque comieron pan hasta saciarse. Esfuércense por conseguir no el alimento transitorio, sino el permanente, el que da vida eterna. Este es el alimento que les dará el Hijo del hombre, porque Dios, el Padre, lo ha acreditado con su sello" (Jn 6, 26-27).

Los datos reportados, más que milagros, son considerados "signos del Reino", porque el Reino que Jesús anuncia y realiza (la salvación) empieza a darse en esta historia, en el bien integral de individuos y sociedad. Pero no termina dentro de la historia. Todo apunta hacia la vida eterna, hacia la salvación definitiva o Reino consumado. En este horizonte Jesús relativiza el presente, tanto en los logros, como en las dificultades. Así, pues, cuando los discípulos, después de la primera experiencia misionera, le cuentan entusiasmados que hasta los demonios se les sometían en su nombre, Jesús les dice: "No se alegren de que los espíritus se les sometan; alégrense más bien de que sus nombres estén escritos en el cielo" (Lc 10, 20). En cambio las bienaventuranzas son una repetida invitación a orientarnos hacia la meta en medio de las dificultades. Y es que también las cruces son camino y medios de salvación.

La salvación en la Iglesia

La praxis salvadora de Jesucristo es normativa y modélica para la Iglesia. La salvación abarca a la persona y a la sociedad, el presente y el futuro, lo histórico y lo escatológico. Sin embargo, por circunstancias históricas, culturales y religiosas, se había enfatizado solo su aspecto individual, espiritualista y ultraterre-

no[26]. En este contexto salvarse e ir al cielo era lo mismo. Interesaba casi únicamente la "salvación del alma", como lo expresa esta invocación: "Madre querida, Virgen María, haz que yo salve el alma mía". El cuerpo y lo material e histórico no entraba directamente como tema ni compromiso de salvación.

Tal concepto de salvación se ha ido superando poco a poco, pero no del todo. Ya el Concilio Vaticano II abordó el tema de la salvación en su sentido amplio e integral, que abarca a la persona en todas sus dimensiones: "Es la persona del hombre la que hay que salvar: Es la sociedad humana la que hay que renovar. Es, por consiguiente, el hombre, pero el hombre todo entero, cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad, quien será el objeto central de las explicaciones que van a seguir" (GS 3).

Para significar la dimensión histórica y corporal de la salvación se empezó a hablar de *"salvación integral"* y de *"liberación"*, especialmente en el contexto latinoamericano. El Papa Pablo VI, en su exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*, asumió plenamente el contenido de la liberación en este sentido. Así, por ejemplo, en el número 9 dice: "Como núcleo y centro de su Buena Nueva, Jesús anuncia la salvación, ese gran don de Dios que es liberación de todo lo que oprime al hombre, pero que es sobre todo liberación del pecado y del Maligno". Con profunda sensibilidad social y preocupación por la salvación integral del hombre situado históricamente, dice el Papa: "Al predicar la liberación y al asociarse a aquellos que actúan y sufren por ella, la Iglesia no admite el circunscribir su misión al solo terreno religioso, desinteresándose de los problemas temporales del hombre; sino que reafirma la primacía de su vocación espiritual, rechaza la sustitución del anuncio del reino por la proclamación

26 Cf Gallo Luis, La Iglesia de Jesús, Editorial CCS, Madrid 1996, 54-63.

de las liberaciones humanas y proclama también que su contribución a la liberación no sería completa si descuidara anunciar la salvación de Jesucristo" (EN 34).

Dado que en la historia es fácil pasar de un extremo al otro, en América Latina se corría el riesgo de enfatizar demasiado el aspecto histórico de salvación, con descuido o detrimento del aspecto escatológico. Por eso, el mismo Papa Pablo VI afirma que "en Jesucristo, hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y la misericordia de Dios. No una salvación puramente inmanente, a la medida de las necesidades materiales o incluso espirituales que se agotan en el cuadro de la existencia temporal y se identifica totalmente con los deseos, las esperanzas, los asuntos y las luchas temporales, sino una salvación que desborda todos estos límites para realizarse en una comunión con el único Absoluto, Dios, salvación transcendente, escatológica, que comienza ciertamente en esta vida, pero que tiene su cumplimiento en la eternidad" (EN 27).

Esta doctrina del Papa fue asimilada plenamente por los obispos latinoamericanos, reunidos en Puebla el año 1979 y en Santo Domingo en el año 1992. Así se expresan en Puebla. La salvación es considerada en su dimensión histórica, con todo lo que ello implica en lo social, en lo político, en lo económico, en las relaciones interpersonales, en la promoción humana, etc.[27]. Pero la salvación integral requiere liberación del pecado y de sus consecuencias, tanto a nivel personal, como a nivel social y estructural. Esto es, liberación de las esclavitudes, de las injusticias, de los abusos del poder, de los vicios, de la violación de los derechos humanos, etc.

27 Cf Puebla 355, 475, 482, 483, 497.

Este concepto de salvación es asumido por los obispos ecuatorianos en las *opciones pastorales*, que tomaron para aplicar el Documento de Puebla. Por su profundidad y amplitud, vale la pena considerar el número 68: "Jesucristo ha realizado en su persona la obra de nuestra liberación, asumiendo en sí mismo nuestra situación de pecado a través de toda su vida de lucha y sufrimiento, hasta la muerte. La liberación que Él proclama y realiza no es solo individual, sino comunitaria y consiste en entrar ya aquí en la tierra dentro del Reino que Dios, con la Iglesia fundada sobre Pedro, está implantando en el mundo. Será consumada cuando venga el Señor al final de los tiempos en la plenitud de este Reino y aparezca como "vida eterna" (Jn 6, 27). Mientras tanto se va realizando en la historia, a través de los acontecimientos de liberación del pueblo alcanzados en lo económico, social, político y religioso, los cuales culminan y cobran su sentido en la Pascua del Señor".

La salvación integral viene de Jesucristo. Él nos llama a convertirnos y nos ofrece el perdón. Al mismo tiempo exige que eliminemos las objetivaciones del pecado en todas sus dimensiones y expresiones. Es la "liberación cristiana", que "actúa por la fuerza de la oración, de la cruz redentora, con medios evangélicos. Se funda en el reino y sus valores, como son: la verdad, la justicia, la paz, la libertad, la alegría y la esperanza; en una palabra, impulsa a seguir a Jesús y 'vivir como Él vivió' (1 Jn 1, 6) sin provocar la violencia y lucha de clases, aun cuando corrió el riesgo de no ser aceptado y fue incluso rechazado, sufriendo sobre sí la violencia que siempre rechazó y condenó"[28].

Compromiso salvífico de la Iglesia

La situación de los pobres y hambrientos ha sido considerada en clave salvífica. Ahora bien, la salvación querida y realizada por

28 Opciones Pastorales 70.

Jesucristo es integral y universal. Pero la praxis de Jesús estuvo orientada de forma privilegiada aunque no exclusiva ni excluyente, a los pobres y marginados. Así tienen que actuar los miembros de la Iglesia, como fieles seguidores de Cristo.

Dimensión salvífica de la Eucaristía

La Eucaristía tiene una amplia dimensión salvífica. Los evangelios sinópticos dan un significado salvífico y comprometedor a la múltiplicación de los panes[29]. Jesús manda a los discípulos que den de comer a las turbas hambrientas. Esto significa que los cristianos deben continuar la praxis de Jesús y actuar según su Palabra. Por otra parte, la sustitución que hace Juan del relato de la institución de la Eucaristía por el del lavatorio de los pies (cf 13, 1-20) y el posterior mandato del amor fraterno (Jn 13, 34-35) indican que las comunidades cristianas deben expresar el amor en la acogida, la hospitalidad y el servicio, en seguimiento del Maestro y Señor.

En la "comunidad ideal" de Jerusalén la fracción del pan (= celebración eucarística) está íntimamente unida a la comunión fraterna y al compartir los bienes (cf Hech 2, 42-46). se ve como una condición y exigencia de la Eucaristía la unión entre los participantes. Por eso Pablo llama seriamente la atención a los cristianos de Corinto que, al reunirse en asamblea para comer la Cena del Señor, tienen actitudes y comportamientos contrarios a su significado. Se refiere a las divisiones, al individualismo y a la estratificación social (cf 1 Cor 11, 17-34). Y esto expone relatando lo que Jesús hizo la noche en que iba a ser entregado.

El sacramento de la Eucaristía es llamado "sacramento del amor" y es la fuente del amor a Dios y al prójimo. Bien sabemos

29 Cf Mc 6, 33-44; 8, 1-9 y par.

que el amor a Dios se expresa en el amor activo al prójimo[30]. Consiste en desear y hacer el mayor bien posible a las personas y grupos humanos, teniendo como modelo a Jesucristo. Para animar a la vivencia de este amor, afirma el Papa: "Es también necesario recordar a toda la Iglesia en América 'el lazo existente entre la Eucaristía y la caridad' (*Propositio* 41), lazo que la Iglesia primitiva expresaba uniendo el *ágape* con la Cena eucarística (cf AA 8). La participación en la Eucaristía debe llevar a una acción caritativa más intensa como fruto de la gracia recibida en este sacramento"[31].

Renovada opción preferencial por los pobres

Ante la deplorable situación que vivimos, nuestra Iglesia se deja interpelar por el mismo Señor y por los pobres y hambrientos. La opción tomada por los obispos en Puebla, ante el reto de la evangelización, puede ser aplicada a la salvación/liberación. Afirman que el compromiso evangélico de la Iglesia debe ser como el de Cristo: un compromiso con los más necesitados[32]. En efecto, dicen textualmente: "Acercándonos al pobre para acompañarlo y servirlo, hacemos lo que Cristo nos enseñó, al hacerse hermano nuestro, pobre como nosotros. Por eso el servicio a los pobres es la medida privilegiada aunque no excluyente, de nuestro seguimiento de Cristo" (Puebla 1145).

Con la voluntad de seguir fielmente a Cristo, los obispos hacen una opción preferencial por los pobres. Ya fue tomada en Medellín y renovada en Puebla y Santo Domingo[33]. Por supuesto, los obispos del Ecuador hacen suya esta opción, que la expresan así:

30 Cf Juan Pablo II, El misterio y el culto de la Eucaristía, nn. 5 y 6. Es la carta que escribió a todos los obispos de la Iglesia, el 24 de febrero de 1980.
31 EIA 35.
32 Cf Puebla 1141; EN 30; Medellín, Justicia 1,3.
33 Véase principalmente: Puebla 178, 1134; Santo Domingo 178, 296.

"La opción preferencial por los pobres [...] no es solo una opción preferencial junto con otras, sino más bien el espíritu con el que nuestra Iglesia lanza el proyecto de evangelización. En los pobres hemos encontrado 'el rostro siempre nuevo de Cristo', no glorioso sino sufriente, que expresa todas las legítimas aspiraciones a una liberación integral"[34].

Esta opción es tomada a la luz de la fe, que actúa por la caridad, es iluminada por la Palabra de Dios y es alimentada por la oración y los sacramentos. Requiere unir siempre la oración con la acción y el culto con la vida[35]. Por otra parte, decía el Papa Juan Pablo II, "la opción por los pobres es inherente a la dinámica misma del amor vivido según Cristo. A ella están obligados todos los discípulos de Cristo" (VC 82). Es oportuno recordar que la Iglesia es comunidad responsable y activa, en cuyo seno todos los miembros nos sentimos protagonistas de una misma misión salvadora. En otros términos, la misión no es monopolio de nadie, sino compromiso de todos, porque incumbe a la Iglesia como cuerpo comunional[36].

La opción preferencial por los pobres "es una forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana [...]. Se refiere a la vida de cada cristiano, en cuanto imitador de la vida de Cristo, pero se aplica igualmente a nuestras *responsabilidades sociales* y consiguientemente a nuestro modo de vivir y a las decisiones que se deben tomar coherentemente sobre la propiedad y el uso de los bienes. Pero hoy, vista la dimensión mundial, que ha adquirido la cuestión social, este amor preferencial, con las decisiones que nos inspiran, no pueden dejar de abarcar a las inmensas muchedumbres de hambrientos, mendigos, sin techo, sin cuida-

34 Opciones Pastorales 62.
35 Cf Opciones Pastorales 57.
36 Cf Guerrero José María, ¿Qué Iglesia para el tercer milenio?, en Revista CLAR N° 212, págs. 34-35.

dos médicos y sobre todo, sin esperanzas de un futuro mejor: no se puede olvidar la existencia de esta realidad. Ignorarlo significaría parecernos al 'rico epulón' que fingía no conocer al mendigo Lázaro, postrado a su puerta (cf Lc 16, 19-31)"[37].

Esta opción por los pobres tiene implicaciones y exigencias concretas a favor de ellos. A este respecto, dicen los obispos en Santo Domingo: "Con tal luz invitamos a promover un nuevo orden económico, social y político, conforme a la dignidad de todas y cada una de las personas, impulsando la justicia y la solidaridad y abriendo para todas ellas horizontes de eternidad" (n. 296).

Compromiso por la salvación integral

Frente a la situación negativa de nuestra sociedad, particularmente de los explotados y empobrecidos, la misión salvadora de la Iglesia es más que nunca necesaria. "Para cumplir esta misión, se requiere la acción de la Iglesia toda -pastores, ministros consagrados, religiosos, laicos-, cada cual en su misión propia. Unos y otros, unidos a Cristo en la oración y en la abnegación, se comprometerán, sin odios ni violencias, hasta las últimas consecuencias, en el logro de una sociedad más justa, libre y pacífica, anhelo de los pueblos de América Latina y fruto indispensable de una evangelización liberadora"[38].

En cumplimiento de la misión salvadora de Cristo, "la Iglesia abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo" (LG 8c). Con ese objetivo, la Iglesia desempeña una labor profética, siendo

37 Juan Pablo II, Sollicitudo Rei Socialis 42.
38 Puebla 562.

voz de los que no pueden hacerse oír, denunciando todo lo que se opone a la salvación integral y prestando su servicio para que ésta empiece a darse aquí y se oriente a la plenitud en el cielo.

La Iglesia Latinoamericana reconoce que su misión de llevar a Dios a los hombres y los hombres a Dios exige construir entre ellos una sociedad más justa y fraterna, donde se viva la comunión y participación[39]. Esta comunión se fundamenta en la fe y el amor. En efecto, "la conciencia de la comunión con Jesucristo y con los hermanos, que es, a su vez, fruto de la conversión, lleva a servir al prójimo en todas sus necesidades, tanto materiales, como espirituales, para que en cada hombre resplandezca el rostro de Cristo"[40].

Por otra parte, la auténtica conversión debe prepararse y cultivarse con la lectura orante de la Sagrada Escritura y la recepción de los sacramentos de la reconciliación y la Eucaristía. La conversión conduce a la comunión fraterna, mueve a la solidaridad y favorece una vida nueva en la que no haya separación entre la fe y las obras[41]. Más aún, "La Iglesia en América está llamada a crear la cultura globalizada de la solidaridad y a colaborar con los medios legítimos en la reducción de los efectos negativos de la globalización, como son el dominio de los más fuertes sobre los más débiles especialmente en el campo económico y la pérdida de los valores de las culturas locales a favor de una mal entendida homogeneización"[42].

39 Cf Puebla, Discurso Inaugural III, 6ª, nn. 90, 1268, 1308.
40 EIA 52; cf también n. 58. Es muy sugestivo este pensamiento: Con la construcción de una sociedad justa y fraterna no solamente es liberado el pobre; también el rico es evangelizado para que se libere de la idolatría del dinero, del consumismo y del egoísmo: Cf Guerrero José María, Obra citada, pág. 37.
41 Cf EIA 26.
42 Cf EIA 55.

Los aspectos negativos, frustrantes y destructores de los pobres, que hemos considerado antes, son un reto para el compromiso salvífico de la Iglesia. Pero, como responsabilidad prioritaria, le incumbe velar por la vida de sus hijos, desde el momento de su concepción hasta la muerte natural. Estar a favor de la vida humana, implica también hacer todo lo posible por superar la "cultura de muerte": las campañas antinatalistas, el aborto y la eutanasia. Al mismo tiempo, es preciso preocuparse por el cuidado de las mujeres con problemas de embarazo y de crianza de los hijos[43].

> *Los pobres y hambrientos necesitan salvación. Es preciso saciar esa necesidad. Pero es también necesario preocuparse de que todos puedan saciar el hambre y sed de Dios: que a nadie le falte el Pan de la Eucaristía, de la Palabra, de la evangelización, de la Sabiduría, etc.*

Conclusión

Al concluir esta ponencia, deseo expresar lo que me parece que el Señor nos pediría: que seamos de veras pobres y nos reconozcamos necesitados de salvación; que sintamos hambre y sed de Dios, para saciarnos con el Pan eucarístico y con la Palabra de vida; que vivamos la pobreza como desapego de nosotros mismos, como testimonio cristiano y como abandono confiado en las manos del Padre Dios.

El compromiso que la Iglesia asume por la salvación integral de los pobres tiene que ser como el de Jesucristo, que realiza su misión salvadora siendo pobre. La Iglesia primitiva fue pobre y fraterna. Hoy también la Iglesia siendo pobre, desinstalada y so-

43 Cf EIA 63.

lidaria anuncia y realiza la salvación. Seremos creíbles y podremos demostrar nuestra solidaridad con los últimos de la tierra si vivimos con sencillez, libres de ostentación, orgullo y privilegios, que son siempre antievangélicos. En otras palabras, el compromiso salvífico nos exige dar, darnos y compartir. Es la actitud y praxis de Cristo, que tiene predilección por los pobres y actúa por ellos siendo él mismo pobre.

Así, podremos llevar a la práctica, por convicción y amor, las exigencias de la fe en la Eucaristía: la comunión con todos, la solidaridad afectiva y efectiva con los más necesitados, comprometiéndonos por su salvación integral y proyectándonos con alegre esperanza hacia la vida plena.

P. Luis Sánchez Armijos, SDB

El Banquete eucarístico para el pueblo que peregrina hacia la solidaridad

Según el testimonio de las Sagradas Escrituras en los evangelios de Marcos, Mateo y Lucas, nuestro Señor Jesucristo instituyó la eucaristía en el contexto de la cena judía de la pascua.

En su evangelio San Juan en el capítulo sexto llama a Jesús Pan de la vida infinitamente superior al maná del desierto que el pueblo judío comió mientras peregrinaba hacia la tierra prometida.

Muy pronto las comunidades cristianas simplificaron la cena judía suprimiendo la comida que mediaba entre la bendición del pan y la de la copa y transformando la eucaristía en un acato de oración que comprendía la lectura de la palabra, la fracción de pan, la anámnesis del sacrificio de Cristo.

Desde la Didajé, San Clemente, San Ignacio de Antioquía, San Policarpo de Esmirna, Avercio, Pectorio, San Justino, San Ireneo y San Hipólito, la eucaristía se convirtió progresivamente en un banquete sacrificial.

El banquete es en la Biblia un símbolo escatológico utilizado en el A. T. e incluso por Jesús para designar la venida definitiva del Reino: banquete con el Mesías, banquete con Cristo. Esta idea se refuerza en los mismos apóstoles por el recuerdo de la última cena con Jesús y por la experiencia de haber comido también con el Cristo resucitado.

Se trataba de un banquete sacrificial como en los textos más antiguos de la Biblia, se trataba de comer y de beber en presencia de Yahvé (Ex 34, 15, 1 Sam 9, 12ss; 2 Re 10, 19).

Cristo está presente en el banquete eucarístico como comensal invisible y a quien se le invoca para que venga en su gloria. Sin embargo, en el relato de la institución hay un elemento irreductible a esta visión: es Jesucristo mismo el que se da, no como comensal sino como alimento y bebida.

Ni Dios ni el Mesías son presentados como alimento en el banquete escatológico del Reino de Dios, sino como anfitriones

Ambas ideas no son incompatibles en el caso particular del banquete eucarístico (Jesús está ahí también para el que no comulga). Pero Jesús está sobre todo dispuesto para un encuentro interpersonal con sus invitados dándoles a comer su carne y a beber su sangre.

No su carne muerta y su sangre sin vida, sino su persona viviente, su carne resucitada, su sangre vivificadora, su cuerpo que ya no muere más. En su gran misterio (mis palabras son espíritu y vida), Jesús es simultáneamente comensal y comida.

Las palabras de Jesús "esto es mi cuerpo" "esto es mi sangre" no pueden interpretarse suficientemente en el sentido de la comensalidad ni por otros modos de presencia de Cristo en su iglesia. Se trata de una presencia singular.

Lo que Cristo da a sus discípulos es su carne y su sangre como alimento. Esto está acentuado fuertemente en el capítulo sexto del cuarto evangelio por San Juan: *"mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida, el que come mi carne y bebe mi sangre no morirá para siempre"*.

Estas palabras no pueden ser interpretadas alegóricamente según el padre Benoit. Hay que entenderlas en su puro realismo.

Consisten en el acto físico de comer y de beber, de nutrirse del cuerpo y de la sangre de Jesús.

En la comunión de este gran misterio está el secreto de nuestra configuración con Cristo, propósito de todo cristiano, "vivo yo pero no soy yo, es Cristo el que vive en mí".

Este encuentro con Jesús se da en los parámetros de un banquete, de un banquete espiritual: "no solo de pan vive el hombre sino de toda palabra que sale de la boca de Dios". Por eso la Eucaristía se constituyó en la meta que finaliza todas las acciones de la Iglesia: "Tu has dado a mi corazón más alegría que si abundara en trigo y en vino".

Es la felicidad que se produce en el encuentro recíproco de las personas que se aman. Tenemos que valorar y resaltar la categoría existencial de la palabra "encuentro" en nuestra vida.

Los seres humanos somos hasta cierto punto el resultado de los encuentros que hemos tenido. El encuentro es con alguien. Es acceso a la profundidad, a la intimidad de la persona. Este acceso profundo a la intimidad del otro no se puede producir sin la mediación del cuerpo.

Para encontrarnos necesitamos reciprocidad. No es solo estar físicamente ahí. Tampoco es solo estar ahí con el corazón o con el alma, es estar ahí completos, disponibles en cuerpo y alma.

No estar solo yo ni estar solo tú. Es estar los dos, enteramente, verdaderamente, conscientemente: *"facie ad faciem te mihi Christi demonstraste, in tuis Te invenio sacramentis"* (San Ambrosio).

Pero este encuentro amoroso con Jesús no se da solamente en la privacidad de nuestra vida personal. Se da en el dinamismo de

un banquete al que están invitados muchos comensales. Como el banquete escatológico del Apocalipsis: "vi una gran multitud que nadie podría contar de toda raza, lengua, pueblo y nación". También a este banquete estamos invitados todos por el mismo Jesús: "Tomad y comed todos de El porque esto es mi cuerpo" "salid a los cruces de los caminos y a quienes encontréis, traédmelos aquí".

Encontramos en este banquete eucarístico una dimensión comunitaria, fraterna, eclesial. Cada generación suele acentuar a su gusto la dimensión personalista con la comunitaria. No deberíamos oponerlas sino implicarlas. Lo personal y lo comunitario no son solamente la relación de la parte al todo. Pues es comulgando personalmente en Cristo como el creyente comulga también con los demás miembros de la Iglesia.

La Iglesia es el pueblo de Dios. Este pueblo de Dios no se interpreta como algo opuesto dentro de la Iglesia a la jerarquía. El pueblo de Dios que es la Iglesia es ese cuerpo de Cristo que busca alcanzar la proporción con su cabeza, integrando así al Cristo total.

El banquete eucarístico se renueva en la Iglesia todos los días y todo cristiano está invitado a participar. En la Eucaristía se realiza de modo anticipado y profético la plenitud escatológica de la salvación. Se reproduce aquí la tensión histórica entre el "ya ahora" y el "todavía no" del Reino.

Es al mismo tiempo un signo de plenitud y una etapa, un viático para el camino que falta por recorrer. Todas las gracias que recibe un cristiano como: fortalecimiento, defensa, desarrollo y perfección de su vida personal forman parte y proceden de la gracia sacramental de la Eucaristía.

Por una parte, la vida cristiana personal no se puede desarrollar sin intensificar la relación del cristiano con la Iglesia y con los demás cristianos. Por otra parte la Iglesia tampoco puede desarrollarse interiormente sin el progreso personal de sus miembros por la unión, por la comunión personal con Cristo.

Hay pues una perfecta coherencia entre la unidad de la Iglesia y el progreso del cristiano en la fe y en la caridad. Coherencia que debemos recuperar fomentando la vida comunitaria y fraternal. Jesús que murió por su pueblo, por todos, al morir reconcilió a la humanidad dividida por el pecado.

Desde San Pablo la Eucaristía es garantía y signo de la unidad de los cristianos: "pues hay un solo pan y todos nosotros formamos un solo cuerpo, pues participamos del mismo pan".

La exhortación de Jesús a la unidad narrada por San Juan después de la cena está también ligada a la institución eucarística. En la Iglesia postapostólica (San Ignacio de Antioquía) se cree firmemente que separarse de la eucaristía del obispo es lo mismo que separarse de la Iglesia. Y el que se separa de la Iglesia ya no puede participar de la Eucaristía.

Desde la encarnación de Nuestro Señor Jesucristo toda la humanidad se encuentra misteriosamente contenida en Cristo por razón de la naturaleza común a todos de un modo no todavía personal. Realizándose en este misterio la aspiración de cada hombre a unirse con Dios, fin último y bien supremo de todo ser humano.

Por su sacrificio Jesús obtuvo para todos la gracia de la remisión de los pecados que permite a cada uno mediante un acto de la propia libertad personalizar la gracia redentora uniéndose con Cristo y en El con todos sus hermanos. De aquí brota nuestra

conciencia y certeza de ser el pueblo de Dios, el Nuevo Israel que avanza hacia la tierra prometida, siempre más allá de los logros terrenales de esta vida.

El cielo y la tierra nueva de los que habla la Sagrada Escritura son el término de nuestro peregrinar por esta tierra. Se trata en definitiva del Reino de Dios que tiene preparado para los que lo aman. Pero para entrar en ése Reino hay que practicar la caridad fraterna, la solidaridad.

En el capítulo 25 de San Mateo se nos narra como en una gran puesta en escena teatral el juicio final de Dios sobre la humanidad. Ese juicio final tiene como desenlace la salvación o la condenación eternas.

Son importantes los criterios sobre los que Dios establece la justicia de su sentencia escatológica: *"tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber... lo que hiciste con uno de estos mis pequeños hermanos conmigo lo hiciste..."*.

Encontramos aquí un realismo análogo con el de las palabras de Jesús al instituir la eucaristía.: *"esto es mi cuerpo" "lo que le hiciste a mi hermano menor a mí me lo hiciste"*. O ¿es que hay que entender estas últimas palabras solo alegóricamente?.

El mismo Jesús que dijo del pan "esto es mi cuerpo" está diciéndonos ahora "lo que le hiciste a ése a mí me lo hicisteis". Es como decir que el pobre también es su cuerpo y que lo comulgas cuando lo socorres, cuando lo cuidas como un buen samaritano.

Jesús que nos da de comer su carne y de beber su sangre está apreciando ahora cuando tú das de comer y de beber tu cuerpo y tu sangre que se expresan en el trabajo, este trabajo que produce el pan que se consigue con el sudor de la frente.

Es este un gran misterio y yo lo refiero a Cristo y a su cuerpo que es la Iglesia.

Cuando San Pablo nos advierte que el que come o bebe indignamente el cuerpo y la sangre del Señor come y bebe su propia condenación, ¿estaba pensando en una integridad moral de tipo intimista como si dijera no te acerques con pecados a este banquete? ¿o se esta refiriendo a la corrupción del doble discurso del que tiene fe y cree en las palabras de Jesús solamente cuando dice el pan que es su cuerpo y así lo comulga diciendo amén? pero en cambio ya no cree ni lo obedece ni lo sigue cuando el que está ahí ya no es el pan sacramental de la eucaristía sino el hermano necesitado, medio muerto, destruido... al que Jesús también se refirió con palabras divinas diciendo que se trata de El: "lo que le hiciste a ése a mí me lo hiciste porque soy yo mismo el que gime [illegible] adece y desespera en los desheredados de la historia".

¿No veis la gran multitud? ¿no os da lástima de ellos? Dadles vosotros de comer...

La solidaridad es una larga marcha. Pasa por la racionalidad en el uso sustentable de los recursos que Dios creó para todos. Pero pasa también por la compasión humana, por la misericordia. Porque habrá un juicio sin misericordia para quien no tuvo misericordia.

Junto al banquete de la sociedad de consumo gime también hoy el pobre Lázaro del que tienen más compasión los perros que los mismos seres humanos. Desde el infierno el rico epulón clama por emisarios celestes que avisen a sus hermanos en trance de llegar al mismo lugar... ya tiene a las Sagradas Escrituras y a la Iglesia.

Parecería urgente que en éstos últimos tiempos nuestra alma cristiana se estremezca ante la lectura de la realidad en que vivimos. Como Nínive en otro tiempo debemos convertirnos con penitencia y ayuno, el ayuno que profetizó Isaías al decir: "El ayuno que yo quiero es éste: abrir las presiones injustas, partir tu pan con el hermano y no cerrarte a tu propia carne" (Isaías 58, 6-11).

La solidaridad cristiana implica un doble recorrido que brota del alma como una especial gracia de Dios. Es el recorrido que tiene que hacer el opresor restituyendo al hermano ofendido la dignidad y todo lo que le arrebató. Es también el recorrido que tiene que hacer el oprimido perdonando a su opresor, como Cristo en la cruz perdonando al mundo con sus brazos extendidos.

Entonces la eucaristía será el punto de encuentro de todos los hermanos con Jesucristo el Señor, en el banquete de los hijos de Dios, como lo profetizara Isaías 25, 6-10: "En aquel día preparará el Señor de los ejércitos para todos los pueblos en éste monte un festín de manjares suculentos, un festín de vinos de solera... y arrancará en éste monte el velo que cubre a todos los pueblos, el paño que tapa a todas las naciones. Aniquilará la muerte para siempre. El Señor Dios enjugará las lágrimas de todos los rostros... y aquel día dirá: aquí está nuestro Dios de quién esperábamos que nos salvara, celebremos y gocemos con su salvación".

P. Roberto Fernández Iglesias

María y la Eucaristía

Sobre dos sólidos pilares se asienta la piedad y el fervor de nuestro pueblo: la devoción firme e inamovible a la Virgen Santísima en sus varias advocaciones y el amor ardiente a la Santísima Eucaristía en el Sacramento por excelencia, el Sacramento del Altar.

Tal vez podríamos añadir el amor al Papa, como cabeza visible de la Iglesia. Tendríamos entonces como una especie de trípode ideal que sustenta nuestra fe católica, tal como la conocemos y cultivamos en nuestra Pàtria. Quizás en otros climas y regiones haya otros aspectos de la misma fe católica que sean cultivados con esmero particular y quizá sean otros los elementos que se acentúen. Pero esos tres que hemos mencionado, son los que a nosotros nos confieren nuestra particular individualidad como católicos cristianos.

La devoción mariana

Con toda razón se ha dicho que nuestro Continente es un Continente mariano. Por todos lados, en los montes y en las llanuras, como flores que esmaltan el suelo en la primavera y le dan variados matices y perfumes, brotan los santuarios marianos y de todos los pechos se alzan cánticos para alabanza y gloria de la Madre de Dios. Esa es una característica nuestra y así es como entendemos nuestro cristianismo.

Jamás hemos podido entender a nuestros hermanos protestantes que se imaginan que lo que se da a María Santísima sea en desmedro de Cristo. ¿Cómo imaginar que pueda haber celos entre el Hijo y la Madre? ¿Cómo suponer que lo que damos con piedad y devoción a María se lo estemos robando a Cristo nuestro Señor?

Siempre habremos de repetir que el monumento más bello y excelso de la Redención de Cristo es precisamente María. Así, cuanto más exaltemos a la Virgen Santísima, más estamos ensalzando los quilates de la Redención de nuestro divino Salvador. Y como jaculatoria o invocación que expresa nuestro sentido cristiano, repetiremos: "Señor, ¡qué grande y hermosa has hecho a tu Madre Santísima, la Virgen María!".

Nunca podremos, en nuestra calidad de cristianos, avergonzarnos de amar intensamente a la Madre de nuestro divino Redentor, a quien Cristo mismo amó con toda la ternura de su corazón. Más bien rechazaremos como espurio un amor que pretende ser total hacia el Señor Jesús, pero que se complace, al propio tiempo, en denigrar a su Madre y cree honrar a Jesús escarneciendo a María.

María fue la mujer privilegiada que trajo al mundo al Salvador de la humanidad. María, como madre verdadera, engendró, para bien de todos los hombres, al Salvador Cristo, que con su Sangre nos ha redimido.

La Santísima Eucaristía

La Eucaristía, por su parte, es la cumbre de la vida cristiana. Nada hay más alto para la piedad de la Iglesia como el divino Sacramento en que se compendia la Redención de Cristo, el misterio de su Encarnación y la fuente misma de todas las gracias.

A veces es la grandiosa adoración de todo un pueblo; a veces es el coloquio de cercanía e intimidad del alma que se vuelca en efusiones de amistad honda frente al sagrario y habla, adora y se queja y llora y agradece. O bien es el contacto íntimo de comunión que, al recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo, siente que todo su ser se enajena y transfigura, porque una nueva vida, la misma vida divina de Cristo, se transfunde en su alma, tal

como lo prometía Jesús en el Sermón de Cafarnaún:

"El que come mi Carne y bebe mi Sangre
tiene vida eterna" (Jn 6, 54).

o, subiendo todavía más alto, como quien asciende hasta las fuentes mismas de la divinidad:

"Tal como el Padre vive...
y Yo vivo del Padre,
así el que Me come vivirá por Mí..." (Jn 6, 57).

En un texto semejante vale la pena detenerse a contemplar esta cascada de amor y de vida que se vierte del Padre hacia el Hijo dándole todo el ser y la divinidad:

"Tal como el Padre vive
y Yo vivo del Padre..."

dice con toda razón y profundidad Jesús.

Por eso los Santos Padres solían llamar al Padre Dios "la divinidad fontal o fontanal", porque era la fuente y origen de la divinidad como tal. Pues, como lo decía Cristo:

"Como el Padre tiene vida en Sí mismo,
así le ha dado al Hijo tener también vida en Sí mismo..."
(Jn 5, 26).

Pero este torrente misterioso de vida divina que así se vuelca sobre el Hijo, no se detiene ahí; sino que el Hijo, a su vez, se convierte en fuente de vida que se vuelca sobre los suyos, es decir, sobre aquellos que le reciben en la sagrada Comunión; por eso agrega:

"...así también el que me come vivirá por Mí..." (Jn 6, 57).

He ahí la vida divina vertiéndose sobre el que se ha acercado a la sagrada Eucaristía. ¿Puede haber algo más íntimo que participar de la vida misma de Cristo? ¿Puede haber algo más alto y sublime que participar de la vida de Dios, que del Padre se ha volcado sobre el Hijo y del Hijo ahora se desborda sobre nosotros, cuando comulgamos en el Altar de Dios?

El Vicario de Cristo

Ya que lo he mencionado, no quiero dejar de decir algo sobre el Papa y la Iglesia. Somos hijos de la Iglesia, cuya cabeza visible es el Papa.

¡Con qué fervor se han aglomerado las muchedumbres alrededor del Papa cuando hace unos años tuvimos la dicha de que el Vicario de Cristo viniera a visitarnos aquí mismo, en nuestra Patria!.

Quiero recordar esta curiosa anécdota que escuché de labios de un hermano protestante. En sus iglesias les habían repetido atrevidamente que el Papa era el Anticristo y por lo mismo con insistencia les habían conminado que se guardaran mucho de ir a ver o saludar al Papa que llegaba. Pero, ¿quién podría resistir, si todos iban; si se convirtió en un acontecimiento que conmovió hasta las raíces mismas toda la vida nacional, como el huracán que sacude y estremece el árbol enhiesto hasta el fondo más profundo de su ser?

Fueron, pues, muchos protestantes a ver al Papa… y ciertamente no era el Anticristo; porque tan solo hablaba de Dios, del amor, de Cristo mismo; y todo esto con tal fervor que arrastraba con sus palabras al bien y a la concordia y a las grandes exigencias de la vida cristiana. El que esto hacía con su presencia y con sus palabras, ¿podía ser el Anticristo? Jamás. Entonces comprendieron que habían sido engañados y se volvieron a sus pastores,

para decirles que los habían engañado, porque el Papa jamás podía ser el Anticristo, sino un hombre de Dios; en realidad: *el Vicario de Cristo en la tierra.*

Nosotros vemos en el Papa al sucesor de Pedro a quien Jesús resucitado encomendó apacentar su rebaño todo, cuando a orillas del Mar de Galilea le dijo:

> *"Apacienta mis corderos...*
> *apacienta mis ovejas..."* (Jn 21, 15-17).

Ovejas y corderos... Nada dejaba fuera Jesús. Todo su Rebaño quedaba íntegramente confiado a Pedro. El que quisiera pertenecer al Rebaño de Cristo tenía por fuerza que estar bajo el cayado de Pedro. Lo cual no era otra cosa sino cumplir con el ideal que el mismo Jesús había expresado en otra ocasión:

> *"No habrá más que un Rebaño*
> *con un solo pastor..."* (Jn 10, 16).

La Virgen y la Eucaristía

Pero volvamos a la Virgen Santísima y a la Eucaristía. Un cántico, popular entre nosotros, junta estas dos devociones que para nosotros son tan entrañables e íntimas, en una sola alabanza y nos enseña:

> *"Alabado sea el Santísimo*
> *Sacramento del Altar*
> *y María concebida*
> *sin pecado original".*

Lo que ahora quisiéramos, sin embargo, es tratar de penetrar teológicamente y establecer la unión, es decir, los nexos que pueda haber entre la Virgen María y la Santísima Eucaristía. ¿Son solo dos devociones separadas? Ambas muy importantes y

todo, o ¿hay alguna vinculación que las una mostrándonos elementos comunes o un enlace forzoso entre las dos?

Hemos de confesar que es éste un tema que rara vez suele tratarse y así no pocos teólogos, o mejor mariólogos, han expresado su queja al ver que la teología como tal, lo que podríamos llamar la gran Teología tiene olvidado o, si se quiere, descuidado, este tema.

Parece que es un tema que ha quedado relegado o a la piedad o a la intuición de los poetas y artistas. Porque, en efecto, esta es la realidad. Los artistas, a lo largo de los siglos, con su percepción intuitiva, de un solo golpe han encontrado la solución y han dado una respuesta afirmativa a la pregunta que hace un instante planteábamos. ¿Hay un vínculo estrecho que ligue a la Virgen Santísima con la Eucaristía? Y ellos contestan sí. Ellos entonces se han complacido en representaciones luminosas y bellas de la Virgen de la Eucaristía, o de la Virgen Eucarística: mostrándonos a María Santísima, en toda su belleza y esplendor, que lleva en sus manos, no al Niño Jesús, sino la custodia con el Santísimo Sacramento. Esta fue la representación que, más de una vez, nos dejó nuestro gran artista de la época colonial, Miguel de Santiago. Y junto a él, otros varios.

Por modo semejante, en vasos sagrados o suntuosas custodias, que atesoran las basílicas o catedrales de Europa, aparece la Virgen María sirviendo de pie o de coronamiento de la custodia, pero integrada en ella, hasta el punto de formar una sola cosa, de tal manera que el ostensorio de la custodia es el pecho mismo de la Virgen. Y así otros arbitrios o modalidades artísticas que vienen a poner de manifiesto cómo María es la portadora de la Eucaristía.

Garante de la Eucaristía

Pensemos, nada más, en estas hermosas expresiones del gran Padre de la Iglesia, San Juan Crisóstomo, el cual hablaba así a sus fieles de Constantinopla, con ese realismo que tanto caracteriza su predicación:

> "Acerquémonos, pues, -les decía- a Él con fervor y ardiente caridad y no padezcamos el castigo. Porque cuanto mayores beneficios hubiéramos recibido, tanto más seremos castigados cuando aparezcamos indignos de tal bondad. A este cuerpo, aún recostado en el pesebre, lo adoraron los Magos. Aquellos hombres sin religión y extranjeros, dejada su patria y su casa, anduvieron un largo camino y acercándose con temor y temblor le adoraron. Imitemos, pues, aunque sea a los extranjeros, nosotros los ciudadanos del cielo. Pues ellos se acercaron con gran temor viéndole sobre un pesebre, en un tugurio y sin ver nada de lo que tú ahora ves. Tú lo ves no sobre un pesebre, sino en el Altar; no ves una Mujer que le tiene en los brazos, sino al sacerdote en pie y al Espíritu volando con gran abundancia sobre las oblaciones. No ves, como ellos, tan solo ese Cuerpo simplemente, sino que te es conocido todo su poder y dispensación y no ignoras nada de cuanto ha sido realizado por Él, pues has sido con exactitud iniciado en todos los misterios".[1]

Notemos el impresionante paralelismo que, así de pronto, ha aparecido en el texto entre María y el sacerdote. María sostiene a Jesús recién nacido en el tugurio de Belén y lo ofrece a la adoración de los Reyes Magos; el sacerdote presenta la Eucaristía a

1 San Juan Crisóstomo, *Coment. a la 1ª de Corintios*, homil. 24, n. 5: Solano, *Textos Eucarísticos Primitivos*, t. II, n. 872.

la adoración de los fieles en la Santa Misa. Es el mismo Cuerpo, porque es el mismo Hijo de Dios encarnado; pequeño en la cueva o tugurio de Belén, o ahora velado por el sacramento y las especies eucarísticas: pero hace falta el mismo fervor de fe para prosternarse a adorar lo que está oculto a los ojos de la carne, si bien abierto y patente a la fe de unos y otros.

María, Custodia viviente

De igual modo, con suma discreción la liturgia no deja, aquí y allá, de establecer un paralelismo entre María, que lleva en su seno al Hijo de Dios, hecho hombre en sus purísimas entrañas y el sacramento de la Eucaristía.

Así encontramos en la fiesta de la Visitación de María a su prima santa Isabel, que se celebra ahora el 31 de mayo. La Iglesia nos pone la siguiente oración:

> *"Que tu Iglesia te glorifique, Señor, por todas las maravillas que has hecho con tus hijos; y así como Juan Bautista exultó de alegría al presentir a Cristo en el seno de la Virgen, haz que tu Iglesia lo perciba siempre en este sacramento. Por Jesucristo nuestro Señor".*

Ya nos damos cuenta. Bien podemos decir que María llevando en su seno al Hijo de Dios, inaugura nuestras procesiones eucarísticas. Ella es la portadora de Dios: en Ella puede y debe adorarse a Dios. Ella se ha convertido nada menos que en la Custodia que lleva al Santísimo Sacramento.

La consecuencia será que nosotros, ante la presencia de Cristo, ante el maravilloso Sacramento que viene a nosotros, podemos exclamar como Isabel: *"¿Quién soy yo para que mi Señor venga a mí?"* (cfr. Lc 1, 43). O también dirigiéndonos a la misma Virgen decirle: *"Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre"*

(Lc 1, 42), conscientes de que el fruto del árbol del Paraíso nos perdió; pero ahora el *Fruto bendito del vientre* de María nos trae la salvación y es la fuente de la vida inmortal.

Así, de manos de la Liturgia de la Iglesia, o bien de manos de los Santos Padres, o de manos de los artistas y poetas cristianos, podemos realizar un bellísimo itinerario de los varios elementos o misterios y nexos que unen a María Santísima con la Eucaristía. Lo que parecía ser tan solo una intuición de la piedad popular adquiere dimensiones teológicas inesperadas y proyecta luz maravillosa para comprender mejor el misterio de María y sus funciones como Madre de Dios, por un lado y el sacramento de la Eucaristía y sus contornos divinos y cristológicos, por otro.

San Ambrosio, obispo de Milán, se pone a explicar a sus fieles las maravillas de los sacramentos. Se detiene a ponderar la eficacia omnipotente de la Palabra de Dios y su poder transformador, *"pues Él habló y todo se hizo, Él mandó y las cosas fueron creadas"* (Sal 148, 5), como dice el salmo. Esto le da pie para trasladar la explicación al poder de la Palabra de Cristo en el sacramento del Altar.

> "El pan, antes de la consagración, no era el Cuerpo de Cristo; pero después de la consagración, te digo que ya es Cuerpo de Cristo. Él lo dijo y se hizo. Él lo mandó y fue creado. Antes de la consagración es vino; pero después de la consagración, es la Sangre de Cristo"... sigue explicando el obispo y para reforzar el realismo eucarístico subraya: "Este Cuerpo que consagramos procede y es de la Virgen María"[2].

Varios textos eclesiásticos nos harán la misma observación. Quizás el texto más importante en este sentido sea el del Sínodo Ro-

2 San Ambrosio, *De los misterios*, cp. 9, n. 52-54: Solano, Op. Cit. I, 582-584.

mano del año 1079, en el juramento impuesto a Berengario. Bien sabemos que este autor fue quizás el primero que negó la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Por lo que sabemos, él quería, como tantos otros tras él, ver en la Eucaristía tan solo un símbolo. La Iglesia le salió al paso y después de aclarar con luz definitiva la realidad del Cuerpo de Cristo presente en la Eucaristía, le obligó a firmar la fórmula perentoria de Fe:

> *"...que después de la consagración está allí el verdadero Cuerpo de Cristo que nació de la Virgen y que estuvo colgado de la cruz para la salvación del mundo y que está sentado a la diestra del Padre y la verdadera Sangre de Cristo que manó de su costado..."* etc.[3].

Así María Santísima viene a ser la garante de la realidad del Cuerpo de Cristo, no solo en su Encarnación y por tanto, garantía de su humanidad, sino igualmente la garantía de la realidad de la Presencia real de su Cuerpo en la Eucaristía.

No nos extraña que, por lo mismo, autores como el teólogo francés Gerson (1363-1429), hayan acuñado para María un nombre nuevo, llamándola sin más, "Madre de la Eucaristía"[4].

La Casa del Pan

Muchas veces se ha repetido la etimología de la ciudad de Belén *(Beth-lehem)* interpretándola como "casa del pan", para ponderar lo apropiado de semejante nombre en relación con la Eucaristía, ya que allí nació el que hubo de decir un día:

> *"Yo soy el Pan verdadero,*
> *Yo soy el Pan que baja del cielo*
> *el que come de este Pan vivirá para siempre"* (Jn 6, 35. 38. 58).

3 El texto completo puede leerse en Denzinger, *Enchiridion Symbolorum*, n. 700.
4 Apud A. Amato, art. *Eucaristía en Nuevo Diccionario de Mariología*, pg. 726. Ediciones Paulinas, Madrid, 1988.

Nosotros lo podemos relacionar con María para darnos cuenta que María fue el campo limpio y bien dispuesto donde se sembró el Pan divino que bajó del cielo. María fue esa tierra fecunda, *"tierra de panllevar"*, como dijo Lope de Vega. El Pan que alimenta al mundo y sacia su hambre es la Carne de Cristo, tal como Él mismo lo proclamó en Cafarnaún:

> *"El Pan que Yo os daré es mi Carne,*
> *para la vida del mundo"* (Jn 6, 51).

María es con toda verdad la Casa del Pan, puesto que en Ella se formó el Cuerpo de Cristo que habría de dársenos en la Santísima Eucaristía. Este Pan, destinado a alimentar a la humanidad, todavía recién nacido tiene necesidad de alimentarse él mismo a los pechos de María, para crecer y robustecerse. Por eso es Ella la Madre del Pan y la Madre de las espigas y la Madre de la Eucaristía.

La liturgia de la Navidad pondera cómo Jesús, el Hijo de María y el Hijo de Dios, se nutría con apenas unos bocaditos de leche, siendo Él el creador que sustenta a todas las criaturas y no permite que falte su alimento ni siquiera a los humildes pajarillos[5].

El tema de Belén, Casa del Pan y María, ha sido ampliamente explotado por los poetas de todos los tiempos. Hay algunos versos muy hermosos de los poetas medievales que en Alemania o Inglaterra escribían preciosos himnos latinos en loor de María ponderando cómo fue Ella el campo fecundo de estas espigas y este Pan.

Pero detengámonos primero en algunos de nuestros poetas castellanos.

5 *"El lacte modico pastus est per quem nec ales esurit"*, dice el himno bien conocido del oficio de Navidad.

Gonzalo de Berceo (1180-1246), patriarca de los poetas castellanos, lo sintetizaba en un solo verso espléndido, invocando a María:

"Oh Reina soberana, Madre del Pan de trigo"[6].

Más no se puede decir en tan pocas palabras, pues en un solo renglón queda compendiada la relación de María con la Eucaristía. Lope de Vega, Ledesma y Valdivieso y Calderón de la Barca se encargarán de ampliar o desmenuzar el rico contenido de tal alusión. Familiarmente en los dramaturgos de los *Autos Sacramentales* de la época clásica se va a volver frecuente designar a María con el nombre de la *divina Panadera, la Panadera de Belén.*

Ya que no podemos abarcarlo todo, contentémonos, por ahora con este hermoso terceto que Lope de Vega pone en uno de sus dramas en labios de Lucifer:

"Mas, ¡ay! que con razón pena me dan,
pues siembra Dios el trigo de Belén
en tierra Virgen para darles Pan"[7].

Luzbel protesta y se indigna de que se esté preparando en el seno de la Virgen María el Pan que ha de alimentar a la humanidad.

Alonso de Bonilla (1624), por su parte nos entrega estos deliciosos versos cortos, densos de conceptismo y llenos de teología; dirigiéndose a la Virgen, le dice:

"Vos sois la espiga sagrada,
Virgen, que dais Pan que es Dios,

6 BERCEO, *Milagros de Nuestra Señora*, milagro, XXIV, estr. 30. El texto exacto del verso suyo dice: *Reino de los cielos, Madre del Pan de trigo.*

7 LOPE DE VEGA, Auto sacramental *La Siega*. Apud *Cancionero Divino*, Antología de Lírica Sagrada, Madrid, Apostolado de la Prensa, 1947.

porque en la justicia vos
fuisteis la más espigada.
Langosta perjudicial
fue la original malicia
que estragó de la justicia
la cosecha original.
Pero no quedó estragada
la Espiga del Pan de Dios,
por ser la más espigada...[8].

Antes hemos hablado de la intuición de los poetas, sobre todo de aquellos poetas que, como los nombrados o, en nuestro tiempo. Mossén Jacinto Verdaguer (1845-1902) -la voz más fina del renacimiento de la literatura catalana- no se han contentado con ser poetas para cantar la naturaleza, el amor o cantarse a sí mismos, sino que han invadido el campo de la teología mariana y nos han dejado bellos poemas, hermosas estrofas o versos luminosos sobre el tema del Pan o de la espiga.

La Anunciación a la Espiga

Queremos recoger aquí un hermoso romance de un poeta contemporáneo en que el autor se ha permitido idear con fantasía poética una especie de anunciación a la espiga. A esa espiga de trigo que nace de la tierra, pero que está destinada a ser un día el Pan eucarístico y la hostia consagrada, que entrega todo lo que es, con disponibilidad total, para transformarse en el Cuerpo de Cristo por virtud de la Transubstanciación.

Estableciendo un admirable paralelismo entre María Santísima, vigilada y cuidada invisiblemente por los ángeles, en gracia de los altos destinos a que desde la eternidad está llamada, hasta el

8 ALONSO DE BONILLA, *Nuevo Jardín de Flores*, pg. 348-349. Apud LAURENTINO HERRÁN *Mariología Poética Española*, pg. 200, n. 292. BAC, Madrid, 1988.

día en que el arcángel San Gabriel viene a anunciarle el Plan de Dios y a pedirle su *"sí"* y su colaboración en la obra maravillosa de la Encarnación del Verbo de Dios.

De un modo semejante, en tierra llana y feraz crece la dorada espiga sobrevolada y circundada por ángeles diminutos, que apenas son afanosas abejas y frágiles mariposas. Pero un día una brisa con alas de arcángel o serafín, se llega a ella para anunciarle la celestial e inefable mensajería:

> *"Oyeme, espiga, espiguita: ¡Dios te salve! que has sido escogida por encima del centeno, la avena y la cebada".*

La espiga humilde se estremece y apenas entiende. Porque el mensaje es muy alto. Y casi solo se intuyen no sé qué sublimes grandezas. Pero no puede entenderse a cabalidad.

> *"Mañana, ciertamente, entre cantos y aromas de incienso todos los adoradores cantarán tu inefable blancura y el hambre toda del universo vendrá a saciarse de ti, porque de esa inviolada castidad sin levadura surgirá la Carne del Cordero sin mancilla que se ofrecerá para la vida del mundo".*

La espiguita se dobló en asentimiento callado que era como un *"hágase conforme a tu voluntad"*, diáfano y silencioso.

Esto es lo que dice este poeta. Pero escuchemos ahora sus palabras mismas y sus versos delicados y densos de sentido trascendente:

Era un trigal. Le llegaba,
toda arcángel, una brisa,
sube el rubor a su arista.
No temas que gracia hallaste,
entre todas escogida
sobre el centeno y la avena.

Oyeme, espiga, espiguita:
hoy del sol la luz recibes,
sol claro serás tu misma.
Tus aras de hoy, con tus cantos,
fuga de alondras salpica,
hunde en ellas pico y suelo

más de una golondrina.
Mañana suspiros y alas,
serafines con herida
de adoración y de pasmo
cantarán tu nieve mística...
Bocas con hambre inmortal
saciáranse en tu comida.
Adivina, adivinanza,
¿qué va a salir de tu harina?

Dijo, el campo enmudeciera,
un arroba la transía
Almas y siglas estallan
de claridad eucarística...
"Hágase..." la espiga reza
y el filo de haces invoca
que va a saberle a caricia
y, ebria, se ofrece a la siega
en languideces dulcísimas.

El poeta se llama Juan Bautista Beltrán y es sacerdote, jesuita, autor de varios libros de poesía y de prosa, tan galanos como puede presentirse de esta muestra.

La Sabiduría preparó su mesa

Es sabido que todo el libro del *Cantar de los Cantares* ha recibido una interpretación mariológica. Cuanto en él se contiene ha sido leído para hablar de María y encontrar, uno tras otro, los privilegios todos de María, como si este libro sagrado hubiera sido escrito derechamente para pregonar las glorias y virtudes de María.

Cosa parecida se ha hecho con los demás libros sapienciales que figuran en la Biblia, sobre todo en aquellos pasajes en que específicamente se habla de la Sabiduría. Esta Sabiduría se ha transformado sin más en figura, forma y expresión de la Virgen de Nazaret.

Por eso más de una vez se ha aplicado a la Virgen María el texto famoso de los Proverbios en que la Sabiduría hace su invitación a todos cuantos quieran oírla, porque tiene preparado un espléndido banquete: la mesa está puesta (Prov 9, 2), el vino está pronto.

"Venid a comer de mi Pan,
a beber del vino que he mezclado" (Prov. 9, 5).

¿Cómo no percibir una alusión eucarística en esta abierta mención del Pan y el Vino y de la mesa del banquete?

La Comparación de la Nave

Ricardo San Lorenzo teje un hermoso comentario del capítulo 31 de los Proverbios -conocido *elogio de la Mujer fuerte*- y aplica a la Virgen Santísima todas las virtudes y maravillas que el Sabio había pregonado loando a la Mujer fuerte, o digamos mejor: a la modelo de mujer, es decir, a la mujer cabal, a la mujer perfecta.

Allí ha encontrado este autor los elementos necesarios para hacernos comprender el concurso activo aportado por María para traernos y prepararnos el banquete eucarístico: María es -nos dice este autor- *"la nave que trae de lejos su pan"* (palabras a la letra tomadas de Prov 31, 24). "De lejos", esto quiere decir, nada menos que del cielo; "trae", es decir, hace llegar al mundo entero que se moría de hambre; y ¿qué le trae? Pues sí: *"el Pan que ha bajado del cielo"* (Jn 6, 41). Ese fue el Pan que María hizo suyo propio comprándolo al precio de su virginidad, de su humildad y de sus virtudes, cuando consagró a Dios su virginidad y en cierto modo la vendió para merecer ser escogida como Madre del Hijo de Dios Unigénito. Así entonces este Pan maravilloso pudo bajar del cielo, por medio de esta Nave, hasta nosotros que estábamos sentados en las tinieblas y sombras de muerte y yacíamos encadenados en las mazmorras de la miseria y de la opresión[9].

Esta comparación de la Nave que trae el pan ha hecho fortuna y ha sido expresada por los autores medievales y por los poetas de

9 Ricardo de San Lorenzo, *De laudibus Mariae*, I, 11, cp. 8.

diversas edades de mil maneras. La tiene Lope de Vega y la representa Calderón de la Barca en sus *Autos Sacramentales.* Entre los himnos de la Edad Media tengo delante esta preciosa estrofa latina de un autor inglés del s. XIV:

"Ave, navis institoris,
portans manna peccatoris
et panem angelicum.
Ave, cella summi Regis,
dans de botro priscae Legis
nectar evangelicum"[10].

que podríamos traducir así:

"¡Salve tú, que eres la Nave del mercader,
que trae para nosotros pecadores
el deliciosa maná
y el Pan de los ángeles!
¡Salve tú, que eres la Bodega del Rey supremo
y que del racimo de la Ley vieja
nos has dado el néctar del Evangelio!"

La Viña milagrosa

La comparación con la tierra labrantía o *campo de labor* y la comparación con *la nave* ha sido ampliamente explotada por oradores y poetas, como hemos dicho ya. Junto a estas comparaciones surge también la de *la viña,* milagrosamente fértil, de donde brotó la vid y el racimo bendito que da a los fieles cristianos el vino celestial que engendra vírgenes:

"Tu Sorech vinea
es fertillissima,
qua vitis orta est

10 A. H. vol. 32. n. 41. estr. 8. pg. 63.

benedictissima,
fundens fidelibus
vina suavissima,
quibus inebrias
eorum intima"[11].

Traducimos, con cierta libertad, de este modo:

"Tú eres la Viña,
milagrosamente fértil,
de donde surgió la vid
y el Racimo bendito,
que da a los fieles cristianos
el perfumado vino celestial
que engendra vírgenes".

De la Encarnación a la Eucaristía

Bien podemos decir que los poetas no han dejado resquicio que no hurgaran, para mostrar los lazos y vínculos entre María y el Sacramento.

Veamos ese hermoso texto de San Pedro Damiano (1007-1072), el cual en un sermón exhortaba así a sus oyentes:

> "Ponderad, os ruego, amadísimos hermanos, cuánta gratitud debemos a la bienaventurada Madre de Dios y qué acciones de gracias debemos rendirle después de Dios, por el beneficio de nuestra Redención. Porque este Cuerpo de Cristo que María engendró y llevó en su seno, que María envolvió en pañales, que María alimentó con maternal solicitud, es el mismo Cuerpo que recibimos nosotros en el Altar. Es su misma Sangre que

11 *A. H. Medii Aevi*, vol. 6, n. 24, estr. 153 y 154. Pgs. 84-85.

tomamos en el Sacramento de nuestra Redención. Esto es lo que sostiene la fe católica y lo que la santa Iglesia fielmente enseña. No hay palabra humana que pueda alabar dignamente a aquella de quien el Mediador de Dios y los hombres tomó su carne. Cualquier alabanza que le tributemos queda por debajo de sus merecimientos, porque fue Ella quien nos preparó en sus purísimas entrañas la Carne inmaculada que alimenta a las almas... Este es el manjar del que se nos dice: *"Yo soy el Pan vivo que bajó del cielo; si alguien come de este Pan vivirá para siempre"* (Jn 6, 50-51).

Por haber comido del fruto prohibido fuimos expulsados del Paraíso; pero por comer de este fruto bendito volvemos a las maravillas del paraíso. Eva comió del árbol, por lo cual fuimos castigados con el hambre de un eterno ayuno. María nos procura otro alimento que nos abre la entrada del banquete celestial"[12].

El texto es, no cabe duda, rico de contenido y hermoso en su expresión.

La más próxima relación entre la Virgen María y la Santísima Eucaristía se encontraba ya patente en el mismo evangelio de San Juan: es decir, entre la Encarnación del Verbo que es por María y la Santísima Eucaristía.

Si bien se analiza el capítulo VI del cuarto Evangelio, el famoso *"Sermón del Pan de Vida"*, hallaremos que la primera parte de él trata de la Encarnación subrayando con insistencia que Jesús ha bajado del cielo y es Hijo de Dios enviado por el Padre (vv. 35-

12 San Pedro Damiano, *Sermo in Nativitate Beatae Virginis Mariae*. J. J. Bourassé, Summa *Aura de laudibus B. Virginis Mariae*, t. 6, col. 434. París, 1862.

47). Pero la segunda parte da un paso adelante y nos habla de la Eucaristía (vv. 48-58). Con lo cual San Juan nos da a entender que la Encarnación y la Eucaristía están íntimamente ligadas.

No es exagerado decir que Cristo ha asumido su Cuerpo humano y real para poder entregárnoslo en el Sacramento de la Eucaristía. Así, la Encarnación tiende y se ordena al don eucarístico, como repetidamente lo dijeron los Santos Padres.

En consecuencia, la directa participación de María Virgen en la Encarnación se prolonga en la Eucaristía. La Virgen María, que fue el tálamo glorioso en que para siempre se unieron, en consorcio inefable y eterno, la divinidad con la humanidad -tema expresado con no menos frecuencia por los Santos Padres- es también la causa de la Eucaristía, en que ese mismo Cuerpo de Cristo se hace presente y se nos entrega para alimento espiritual de las almas. Por eso, la liturgia canta de la Eucaristía:

"Ave verum Corpus natum
de Maria Virgine!"
¡Salve Cuerpo verdadero
nacido de María Virgen!

Así se expresa la Iglesia, estableciendo una unión como natural y espontánea entre la Eucaristía y la Virgen Santísima, para que tomemos conciencia de cómo el Cuerpo verdadero que recibimos en la Eucaristía y adoramos en el Santísimo Sacramento del Altar es el mismo que nació de María Virgen y fue concebido en sus entrañas purísimas.

La Encarnación y la Eucaristía se unen con vínculo inseparable, tal como hemos dicho.

El Deseado de las Gentes

No olvidemos que María, en el momento de la Anunciación, cuando da el *sí* para que se realice el misterio de la Venida del Hijo de Dios, es la condensación del Pueblo de Dios que, después del esfuerzo de muchos siglos de preparación, produce al fin al Mesías.

Ella es, en ese instante, la condensación de la humanidad entera que, después de siglos de lágrimas y angustias, después de muchos desfallecimientos y desesperanzas, ve al fin llegar al *"Deseado de las Gentes"*, como le llamó el profeta Ageo (Ag 2, 7).

Ella es la condensación de todas las ansias de los hombres, como si Ella acumulara en su persona todos los deseos y anhelos, todos los gritos y todas las hambres de los mendigos y desvalidos, y que al fin mediante su *fiat* va a producir el Pan que ha de saciarlos para siempre.

En el seno de María se resumía y condensaba la esperanza de la humanidad; pero al propio tiempo el bien o remedio de todos los hombres antiguos, presentes y futuros. Tal como ocurre que en la Eucaristía se compendia y resume toda la Redención y todas las gracias de la humanidad del pasado y del futuro.

Entonces parece que, al contemplar con nuevos ojos a la Virgen María, a nuestros labios acuden presurosos todos los elogios que puedan expresar esa maravilla de su ser y, a modo de delicadas saetas que solo dispara el amor, podremos enviarle, uno tras otro, esos piropos que son teología del corazón, esbozando una piadosa letanía de nuevo cuño:

- *Té eres la Abeja que labra el panal del Sacramento.*
- *Tú eres el Arca del Nuevo Testamento que contiene el Maná de los cristianos.*

- *Tú el campo de la gleba fecunda que produce el trigo inefable con que se fabrica el Pan de la Vida.*
- *Tú eres la Casa de la hermosura y el Sagrario o Tabernáculo en que Cristo se revistió de nuestra naturaleza y se albergó por nueve meses.*
- *Tú eres la Despensa abastecida del Pan del cielo, del Pan que da vida al mundo. O bien, el granero vivificante.*
- *Tú eres la Vid generosa que produce el racimo celestial que había de ser prensado en el Calvario: la Vid fecunda que da vino en abundancia y trae salud al mundo y da la alegría verdadera.*
- *Tú eres la Mesa de oro en que se depositan los panes sagrados ante la presencia de Dios, panes que solo pueden comer los iniciados.*
- *Tú eres como la Roca de Horeb, de la que brota el agua de Vida con que se apaga la sed de todos los habitantes del mundo*[13].

Concluyamos con esta hermosa poesía del gran poeta catalán Jacinto Verdaguer que sintetiza muchos de los conceptos que hemos expuesto a lo largo de nuestro trabajo. Se dirige a la Virgen María y le dice así:

> *"Vos sois la tierra sagrada*
> *que, sin arado*
> *y sin humana labor,*
> *producía*
> *la gentil espiga de oro*
> *de la santa Eucaristía"*[14].

P. Ernesto Bravo P., S.F.

---

13 Hemos aprovechado el magnífico artículo de N. García Garcés: *"La Virgen y la Eucaristía en la himnografía medieval"*, pp. 69-109. De la obra colectiva *"La Virgen y la Eucaristía"*, Madrid, 1952.

14 Jacinto Verdaguer, Roser de tot l'any, (20 de junio), pg. 658. Apud Laurentino Herrán, *Mariología Poética*, pg. 475.

La Eucaristía, Fundamento y cumbre de la Vida Cristiana

1. Con la inspiración del Espíritu Santo, el Concilio Vaticano II enseñó en la Constitución *Lumen gentium* "que el sacrificio eucarístico es fuente y cima de toda la vida cristiana" (No. 11); recogió así el sentir de toda la Iglesia, manifestado innumerables veces, de diversas maneras, por el Magisterio, los Santos Padres y Doctores y muchas personas santas. Antes del Concilio, yo escuché varias veces estas palabras en labios del Beato Josemaría Escrivá, quien las ha dejado también escritas.

Efectivamente, el Autor de la Vida, Jesucristo, vino para que "tengamos vida y la tengamos en abundancia" (cfr. Juan 10, 10); para consumar su obra salvadora, entregó su cuerpo a la muerte y derramó voluntariamente su sangre, y este sacrificio de valor infinito, por encerrar la máxima expresión del amor divino, como obra del verbo encarnado, fundamenta y culmina el Reino, la vida eterna que nos ganó con este "precio magno".

El Señor, que se "anonadó hasta la muerte, y muerte de Cruz", (Filipenses 2, 8) realizó este acto de caridad sin límites y de obediencia plena a la voluntad del Padre, para la salvación de todos y quiso perpetuar su obra para bien de los hombres en todos los tiempos y lugares. Por esto ordenó "haced esto en memoria mía" (Lucas 22, 19), y la Iglesia, fiel al mandato divino, vuelve a ofrecer una y otra vez, el mismo, irrepetible sacrificio del Calvario sobre nuestros altares, haciendo lo que Jesús hizo y teniendo los mismos sentimientos e intenciones que el Sumo y Eterno Sacerdote, verdadero y permanente oferente de todas las Misas que se celebran.

2. Jesús nos trajo la "plenitud de la verdad y de la gracia" (Juan 1, 17), la vida nueva, la "libertad y gloria de los hijos de Dios", en una palabra, la participación en su propia vida, que transforma al hombre, lo eleva al plano sobrenatural y le hace heredero de la gloria celestial. El que "recapituló el universo" (Colosenses 1, 20), cambió profundamente al hombre, convirtiéndolo en el "hombre nuevo" según su propio modelo, por lo que San Pablo nos exhorta a alcanzar "la estatura del hombre, perfecto, según Cristo Jesús" (Cfr. Gálatas 4, 7; Colos. 3, 10).

3. Esta transformación tan radical, que lleva a su perfección la obra creadora y resulta aún más admirable que la creación misma, la preparó cuidadosamente el Señor ya que en el Antiguo Testamento, con los sacrificios que tenían sobre todo un valor profético, de anuncio y disposición, para que pudiéramos recibir el nuevo y perfecto sacrificio, que consagraría también la nueva y definitiva Alianza. Los sacrificios de los patriarcas, la misteriosa ofrenda de pan y vino de Melquisedeq, y sobre todo el sacrificio Pascual del cordero que anunciaba la muerte del inocente, así como el que realizó más que nada en su corazón Abraham, ofreciendo a su hijo Isaac, prefiguraban, junto con el maná que alimentó a los israelitas durante cuarenta años, el "verdadero pan bajado del cielo para la vida del mundo" (Juan 6, 35, 48).

   De manera más clara y directa, Jesucristo comenzó la preparación de la Eucaristía desde el comienzo de su vida pública. Cuando en Caná de Galilea transformó el agua en vino, para satisfacer una necesidad material y escuchando la súplica de su bendita Madre, no solamente confirmó la fe de sus discípulos con ese despliegue del poder divino, sino que anunció la profunda mutación que venía a ejecutar en el universo entero, a partir del corazón del hombre.

El milagro de Caná, anticipo de la admirable conversión del pan en su Cuerpo, y del vino en su Sangre, se entronca con otro grandioso signo de la omnipotencia divina: las multiplicaciones de panes y peces, que en dos oportunidades realizó el Señor. Este dar de comer a muchos con insignificantes mendrugos milagrosamente multiplicados, nos iluminará a través de las edades para vislumbrar siquiera el gran misterio de Cristo que se da todo entero a cada comulgante.

La amplia profecía y explicación de la Eucaristía, que recoge San Juan en el capitulo sexto del evangelio, representa la cumbre de la enseñanza del divino Maestro, la que abre horizontes infinitos al creyente, la que exige una adhesión sobrenatural que podía parecer "dura", incomprensible e inaceptable, a los que miraban solo a ras de tierra, pero que Jesús exigió que sus discípulos acogieran con firmísima fe, ¿Queréis vosotros también iros?, les preguntó, y Pedro respondió movido por el espíritu Santo: "Señor, ¿a quién iríamos? Solo tú tienes palabras de vida eterna". (Juan 6, 69).

4. La institución del más grande sacramento, que contiene no solo la gracia, sino al mismo Autor de la gracia, como señala Santo Tomás de Aquino, (S. Th. 3, q 65 a. 3), significó el perfeccionamiento de la obra salvadora de Jesús. Ciertamente que la redención se iba a consumar al día siguiente, al morir en la Cruz, donde dejó "todo consumado" (Juan 19, 30), pero, dejando constancia de que "nadie me arrebata la vida, sino que voluntariamente la entrego y voluntariamente la volveré a tomar", (Juan 10, 18), Jesucristo ya ofreció en la última Cena el sacrificio para perfecta alabanza del Padre, en acción de gracias, para desagraviar, para el perdón de los pecados y para alcanzar todos los dones necesarios para la salvación universal. Místicamente en la cena y Eucaristía, la muerte y la resurrección están presentes y actuando con eficacia propia de los actos y pasiones del Hijo de Dios.

5. La Eucaristía será siempre la misma, no otra diferente de la que Jesús celebró en Jerusalén, la víspera de morir, anticipando la muerte y ordenando que se perpetúe el sacrificio a través de las edades, hasta que Él vuelva al final de los tiempos. La obra de Jesucristo, en toda su existencia terrenal y en su vida gloriosa "a la derecha del Padre", será siempre obra de redención, de salvación, mediante la aplicación de sus méritos de valor infinito a cada criatura humana que lo reciba debidamente: esta comunión, esta misteriosa unión con Él, nos hace "miembro de miembro" participantes, con nuestra Cabeza de la gracia y herencia de vida eterna.

6. La realidad sobrenatural de la vida de Cristo que se infunde a sus miembros, los cristianos, del modo más perfecto a través de los sacramentos y sobre todo en la divina Eucaristía, hace que esta sea "raíz y cumbre" de la vida cristiana. Principio y fin, como Cristo mismo, "Alfa y Omega". Jesús es efectivamente, la causa eficiente de nuestra salvación, la causa ejemplar, la causa instrumental, la causa final. Él con su poder divino salvó; con su humanidad santísima merece a favor nuestro; con el ejemplo de su vida y su muerte, nos señala el camino para la resurrección y la vida eterna; nos alienta con su compañía, con su presencia real y substancial en el Sacramento del Altar; y nos espera en el cielo, "intercediendo constantemente por nosotros".

   No se puede agorar la enumeración de los beneficios espirituales que nos a traído esta "recapitulación del universo", actuada por el Hijo de Dios , pero, para la modesta finalidad de esta exposición, me permitiré exponer brevemente siquiera algunos aspectos de la Eucaristía, que permiten comprender mejor esa función de fuente y cumbre de nuestra vida.

7. La Eucaristía culmina la "Nueva Alianza". Fue en el cenáculo donde Jesús completó la revelación, ejecutada a lo largo de to-

da su vida pública; allí dijo con palabras que a los apóstoles ya resultaron claras, que Él y el Padre, son una sola cosa, que Él está en el Padre como el Padre esta en Él; que quien le ve, ve al Padre. (Juan 14, 7). Del mismo modo, anunció definitivamente el envío del Espíritu Santo, que procede del Padre (Juan 14, 26 y 15, 26). Junto a la revelación del "misterio escondido por los siglos en Dios". (1ª. Corintios 2, 7) de la misma vida intima de la Trinidad santísima, Jesús nos enseñó, el sentido redentor de su vida y de su muerte: Él entregó voluntariamente la vida por la salvación de todos, y rezó para que "todos sean uno" conforme al modelo de la misma Trinidad. La caridad, según el corazón de Cristo, a de ser el vínculo de la perfección, la señal de los cristianos, y el discípulo a de seguir las huellas del Maestro, amando como Él amó. Así la nueva Alianza, tiene una nueva ley, que es la del amor; está sellada con la sangre, no de corderos y machos cabríos, sino con la que iba a derramar el Hijo de Dios; y se perpetúa por la misteriosa presencia, más perfecta que cualquier otra forma de presencia de Cristo, ya que llega hasta lo más íntimo del corazón de cada creyente.

Jesucristo manifestó paulatinamente su divinidad, obrando milagros, cumpliendo las profecías y demostrando que Él conocía lo que hay en el corazón de cada hombre, expulsando los demonios, anunciando lo que solo Dios conoce del futuro, proclamándose superior al templo, a Salomón y los profetas, a la ley y al sábado, pero, sobre todo, realizando lo que solo Dios puede hacer: *perdonar los pecados.* Si los milagros y las profecías demuestran la divinidad, si la doctrina nunca oída en el mundo, si la vida santísima, inigualable, abrían el alma de los discípulos a la aceptación de la fe, la Eucaristía es el supremo milagro, el cumplimiento perfecto de las profecías, la fuente de la gracia, la entrega sublime del Autor de la gracia, la fuente de la caridad que permite amar como Cristo nos

amó. Es el sello de la Nueva y eterna Alianza, de la que Jesús habló a los apóstoles al instituir este sacramento sublime.

8. La Nueva Alianza, sellada con la sangre de Cristo ofrecida en la Eucaristía, tiene una nueva ley. Así como la primera Alianza, en el Sinaí, se certificó con la sangre de sacrificios de animales, y trajo al mundo la bendición del Decálogo, Jesús, confirmó la antigua ley y la perfeccionó. "No vino a destruir la ley y los profetas, sino a darles perfecto cumplimiento". En efecto, el amor, la caridad que Cristo demostró a los suyos, humillándose por ellos, poniéndose a sus pies para lavarlos. Y manifestándoles que moriría por el perdón de los pecados, constituye el modelo: "nadie tiene amor tan grande como el que da la vida por sus amigos", y esto es lo que realizó el Señor y lo que ordenó que hiciéramos, vinculando el nuevo precepto del amor, con el sacrificio eucarístico, que es sacrificio de entrega redentora.

   La novedad, la renovación de la caridad, según la medida del corazón de Cristo, implica su dimensión universal, no excluye a nadie y se entrega sin tasa ni medida hasta la muerte. La caridad de Cristo, la que hemos de vivir los cristianos, no es solamente externa, "legal", sino que compromete a la persona entera, con sus pensamientos, sentimientos, propósitos y la conducta íntegra para un ideal tan elevado, se necesitaba una fuerza igualmente sobrenatural, la gracia que el Señor nos confiere en la Eucaristía, la ayuda que nos proporciona con su presencia personal.

9. Esta nueva forma de presencia del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, por la virtud o fuerza omnipotente de su palabra, que hizo los cielos y la tierra, y por las palabras que en nombre de Cristo y cumpliendo su mandato, decimos los sacerdotes, es otro aspecto fundamental de la renovación del cosmos, comenzando por el cambio profundo del hombre.

Ya el mero hecho de creer en algo tan prodigioso, inexplicable, que se oculta a toda experiencia de los sentidos y solamente se fundamenta en la palabra de Quien es Verdad suprema, confiere al hombre una grandeza inigualable: "Bienaventurados los que sin ver han creído" (Juan 20, 29). Al adherirnos firmemente a esta palabra, la más verdadera, nos diviniza la fe, nos da la dimensión gloriosa de hijos de Dios.

Pero el señor con esta presencia real, substancial, misteriosa, única, propia del Sacramento del Altar, se ha quedado en medio de los hombres, para ser nuestra compañía, hasta el fin del mundo. Esta es una renovación cósmica, que nunca acabaremos de comprender.

Junto al Cuerpo y la Sangre, están el Alma y la Divinidad de Jesucristo, que no pueden separarse por razón de la integridad de su ser. Y allí donde está la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, están el Padre y el Espíritu Santo, por la circumincesión, por la Unidad absoluta de Dios. El "Emmanuel", *Dios con nosotros*, permanece en nuestros sagrarios, se entrega a cada comulgante y se "queda" en cada alma, como alimento espiritual.

La presencia real de Jesucristo en la Eucaristía es una nueva forma de presencia, perfectísima, que corresponde a Quien es Dios y hombre verdadero, y que después de su gloriosa resurrección está "a la derecha de Dios Padre", es decir, aún con su humanidad, en un sitial de igualdad con el Padre y el Espíritu Santo. Encarnado el Verbo, rompió la distancia entre el Creador y la criatura, entre la eternidad y el tiempo, entre la inmensidad de Dios a quien "ni los cielos pueden contener", y la pequeñez de la forma consagrada que le permite más que "encerrarse" en la estrechez del corazón humano, para hacerlo grande: lo une a Él, como un mismo ser.

Si consideramos la variedad admirable de formas de presencia que se encuentran en la naturaleza, desde la presencia de los seres inanimados, de los cuerpos muertos, a la de los vegetales, animales, y hasta la del hombre, con su alma espiritual, encontramos las variadas presencias de las ondas, de los sonidos, de la luz, de los seres mínimos y de los de grandeza inconmensurable, de lo puramente material y de lo inmaterial y espiritual: la presencia de nuestros pensamientos, de nuestros sentimientos, de nuestra misma alma… nos permiten reconocer que la presencia de Dios tiene que superar todas estas formas limitadas, imperfectas; y la presencia de Cristo, en cuanto hombre ya glorificado y siempre unido indisolublemente a la divinidad, puede igualmente adaptarse para nuestro bien a múltiples maneras o modos de ser. Nunca entenderemos la presencia substancial de Jesucristo, pero si nos damos cuenta de que es una novedad magnífica, que perfecciona la creación de modo incomparable.

10. El nuevo y eterno Sacerdocio, que corresponde a Cristo, como "Unico mediador entre Dios y los Hombres", forma parte de esta renovación esencial del universo. Nadie más cerca de la humanidad que el Verbo encarnado, y nada más unido a la divinidad que la humanidad de Cristo: Él ha construido este "puente" esta unión inefable de lo divino y lo humano y por eso es Pontífice. Continuamente "intercede por nosotros ante el Padre", y su oración por los que ha hecho hermanos suyos, tiene el valor omnipotente de su voluntad divina a la que la humana está siempre subordinada y gustosamente sometida.

La epístola a los Hebreos desarrolla ampliamente la tesis del sacerdocio de Cristo y de su mediación perfecta: puede comprendernos plenamente, porque, como "hombre aprendió a obedecer" sufriendo las humillaciones de la pasión y la muerte de cruz. Sacrificado, vive siempre glorioso junto al Padre,

como lo ve San Juan en el Apocalipsis y nos lo muestra como el Cordero degollado y siempre viviente. En esa vida resucitada, Jesús misteriosamente está más cerca de cada uno de nosotros de cuanto pudieron estarlo las personas que recorrieron con Él los caminos de Galilea y Judea, los que presenciaron sus múltiples milagros e incluso los inmediatos testigos elegidos de la resurrección. Por esto afirma Jesús que "el más pequeño en el Reino de los Cielos es mayor que Juan", mayor que aquel que calificó como "el más grande de los nacidos de mujer". He aquí la dignidad sobrecogedora del cristiano: nuestra Cabeza, el nuevo Adán Jesucristo, nos eleva por su mediación hasta la incomparable condición de hijos de Dios, y así somos "hijos en el Hijo".

En la Eucaristía ejercitó y ejercita Jesucristo la máxima potestad sagrada: mediante la transubstanciación, cambia toda la sustancia del pan y del vino en su presencia adorable, este sacramento nos va asimilando a su propia condición. Salva así la distancia que había puesto el pecado entre el Creador y Padre y sus criaturas; Jesús en la Eucaristía nos reconcilia más plenamente con Dios y nos incorpora eficazmente a su cuerpo Místico. La mediación del sacerdocio se manifiesta, pues, perfecta.

11. Siguiendo la consideración de las realidades renovadas por el Señor, y principalmente por la Eucaristía, consideremos cual es la transformación que opera en el hombre: nos hace, según la enseñanza de San Pablo "una nueva criatura". (2ª. Corintios 3, 17). También en el Apocalipsis leemos la palabra revelada: "he aquí que hago nuevas todas las cosas" (Apocalipsis 21, 5); y realmente somos sujetos de la admirable renovación, quienes recibimos con fe al Señor de la Gloria, escondido en las humildes apariencias de pan y de vino.

La transformación del hombre consiste fundamentalmente en la justificación que se nos da gratuitamente en el Bautismo, con la gracia, los dones del Espíritu Santo, las virtudes infusas y la misma condición de hijos de Dios y miembros de la Iglesia. Pero ese "traslado de muerte a vida" (1ª. Juan 3, 14), admite un crecimiento y se produce este por nuevas infusiones de la gracia y de los dones, que principalmente se confieren en los sacramentos: del modo más perfecto y alto, en la Eucaristía.

Al alimentarnos con su propio Cuerpo y Sangre, Jesús nos diviniza, nos prepara para la resurrección y la vida eterna, que precisamente prometió a quienes "coman su cuerpo y beban su sangre" (Juan 6, 51, 54-58).

El "hombre nuevo según Cristo Jesús", adquiere por la comunión con Él, "los mismos sentimientos que Cristo Jesús" (Filipenses 2, 5). El desarrollo a que está llamada la vida espiritual alimentada por la Eucaristía, hará que el cristiano ya no viva para sí, sino que Cristo viva en él. Esta es la sublime novedad que introduce en el universo el Señor y que se realiza en el grado máximo mediante la Eucaristía.

12. Jesús rezó en la última cena por la unidad de los que habían de creer en Él, y comparó la Iglesia con la vida, de la que Él es el tronco que da la sabia y mantiene la vitalidad de los sarmientos unidos. Quiere el Señor esa unión y nos ha dejado el medio apropiado para fomentarla: la comunión en su Cuerpo y Sangre, que fortalecen la fe, la esperanza, la caridad y las demás virtudes y, sobre todo, nos une estrechamente al tronco vital y nos permite dar ese "fruto abundante" que el mismo Señor prometió al que permanece en Él.

La comunión de los santos, misteriosa unión y solidaridad entre los miembros del Cuerpo Místico, se robustece sobremane-

ra con la comunión sacramental del Cuerpo real de Cristo y su Sangre, precioso rescate de los pecadores. En esta comunión de los santos, es lícito pensar que ocupa el primer lugar después de Cristo, su Madre bendita: nadie como María habrá recibido a Jesús en este sacramento con más perfección y abundancia de frutos; nadie como ella, tendrá siempre el deseo de que nosotros, sus hijos, comprendamos y recibamos bien el santo sacramento.

Si nosotros, por la comunión de los santos, podemos ayudar a nuestros hermanos que aún peregrinan en la tierra o se purifican en el Purgatorio, cuánto más podemos recibir a través de la comunión eucarística, los beneficios de la unión con Santa María, San José y todos los ángeles y santos. La unión con Cristo-Cabeza, fundamenta y perfecciona esta comunión de todos los miembros entre sí, y nos permite acercarnos con mayor intimidad y solidez al propio Señor, gracias a la compañía y ayuda de nuestros hermanos bienaventurados y nuestra Madre santísima.

13. Las consecuencias de estos aspectos que acabamos de exponer, en el orden temporal, pueden y deben ser inmensas; y lo serán en la medida en que tengamos conciencia del don admirable que el Señor nos ha dejado; de cómo nos preparemos y sepamos recibirlo; de cómo se llenen nuestras almas de gratitud y deseos de corresponder a tanto amor y bondad.

En el mundo, los cristianos son como el alma para el cuerpo, decía San Justino, y realmente daremos vitalidad al mundo en proporción a nuestra unión con Cristo, a nuestra participación en la vida Eucarística.

Hay muchos errores que iluminar, enderezar y rectificar, muchas conductas que no se compadecen con el Evangelio, hay

violencias y corrupción, opresiones injustas y crueldades, pecado en una palabra y de mil maneras. Allí donde ha abundado el mal, tiene que sobreabundar la gracia, y puede sobreabundar la gracia, si los cristianos recibimos debidamente la sagrada comunión, nos llenamos de Cristo y actuamos como sal y como luz.

El Señor que nos ha creado libres y ama nuestra libertad, cuenta con la colaboración voluntaria de sus hijos para edificar su Reino; se nos da en la Eucaristía con la plenitud que acabamos de considerar, y espera que nosotros "demos fruto en abundancia", corrigiendo lo que hay que enmendar, encendiendo lo que esté apagado, vivificando con las normas del Evangelio las más variadas actuaciones humanas.

Que este somero repaso de varios aspectos del gran Sacramento del Altar, nos mueva no solo a considerar la importancia que tiene y debe tener en nuestra vida, sino que nos conduzca a participar mejor en él, con la ayuda de quien mejor y más puede ayudarnos, que es precisamente nuestra Madre, la misma Madre de Dios.

+ Juan Larrea Holguín
Arzobispo de Guayaquil.

Culto a Jesús Eucaristía y relación con María

I Parte - Culto a Jesús Eucaristía

Delimitación del tema

El culto a Jesús en las especies eucarísticas, objetivamente inseparable del culto en la celebración misma, es un tema muy amplio. Sin pretender separar lo inseparable, el objeto de la reflexión, que someto a la consideración de ustedes, se limita al culto a Jesús Eucaristía en las especies que se conservan después de la celebración.

La Eucaristía, Alianza definitiva de Dios con el hombre

Dios puede salvarnos a nosotros sin nosotros pero, con insondable gratitud, nos da una consistencia propia y pacta con nosotros alianzas, con las que, elevándonos cada vez más, nos une a El, fuente de nuestro bien.

Dios se manifiesta como Dios de la alianza, como el Dios que salva al hombre por medio del hombre: Establece una alianza, con Noé después del diluvio (Gén. 9, 12-16). En la narración de la alianza con Abrám descubrimos que las alianzas se firmaban con sangre: se mataba a animales, para indicar que, así como no se les puede devolver la vida, tampoco es posible retirar el don y la palabra dada al aliado (Gén. 15).

En la Alianza del Sinaí Dios oficializa la creación de un Pueblo, al que hace particularmente suyo. Dios *baja* para *liberar* al pueblo de la esclavitud y para entregarle una tierra que mana leche y miel.

Esta "pascua", o paso de la esclavitud a la libertad, es recordado por el Pueblo de Israel, no como un hecho pasado, sino como

un hecho que funda la situación actual. Toda la vida de Jesús es un don desde su Encarnación, pero da plenitud a la alianza y la amplía a todos los hombres y mujeres de todas las naciones con su muerte y resurrección: Muere para reunir a todos los que estaban dispersos (Juan 11, 52).

Jesús, con sus palabras que pronunció al mismo tiempo que realizaba los gestos de partir y repartir, *"tomen y coman, esto es mi cuerpo; tomen y beban, esta es mi sangre, la sangre de la alianza que será derramada por ustedes"* (Mc. 14, 22-26), asigna a la fracción del pan y al compartir el vino de la cena pascual de Israel el significado de anticipo de su muerte y resurrección, con las que firmó la alianza definitiva.

En la Eucaristía, su Pascua, Jesús inaugura una nueva vida, la vida de hijos de Dios y de hermanos; y la deja como alianza después de la que no hay otra, cuya actualización a lo largo de los siglos confía a la Iglesia: "Hagan esto en memoria mía" (Luc. 22, 19). (1).

Eucaristía alimento de Comunión

En el Bautismo somos injertados en Jesús, como ramas en el tronco (Juan 15). Lo que nos une a Cristo y nos une a los otros bautizados es la misma savia del tronco, es decir, la misma vida del Hijo de Dios hecho Hombre en el seno de María.

Se trata de un don tan gratuito, que el adjetivo "gratuito" se ha sustantivado; y llamamos "gracia" a la vida de Cristo dada gratuitamente. La gracia, o sea, el don gratuito de la vida de Cristo nos une profundamente y transforma nuestro mismo ser, nos une en la participación de la vida que fluye de Cristo y circula, como una sangre común, por todos los bautizados. Se trata de una unión no solo en el actuar, sino en el mismo ser. *Ser cristiano es participar de la vida de Cristo en unión con las otras ra-*

mas. El cuerpo y sangre del mismo Jesús Resucitado alimentan esta vida comunicada.

Como esta vida, robustecida o restablecida por la Eucaristía, nos une a Cristo y a los bautizados, el nombre con el que más identifican los cristianos a la Eucaristía es el de "Comunión". Se trata de una comunión vital, de un don que no puede ser cosificado: El Bautismo y la Eucaristía forman la Iglesia como cuerpo de Cristo en la historia.

La presencia de Jesús en persona fundamenta el culto eucarístico

Hay diversas presencias del Resucitado, que camina con nosotros. Me limito a recordar la presencia -en la comunidad de los reunidos en su nombre (Mt. 18, 20)- en los pobres y pequeños (Mt. 25). La presencia en la Eucaristía y su permanencia en los dones o especies eucarísticas es la presencia por excelencia de Jesús resucitado.

Las enfáticas expresiones de Jesús "Esto es mi cuerpo" "Esta es mi sangre" fueron entendidas como afirmación de que Jesús en persona se entrega en comida y bebida a los creyentes. No hay que pretender comprender el misterio; pero sí explicar que la afirmación no es contraria a la razón. A lo largo de los siglos se han dado varias explicaciones, de acuerdo a las diversas filosofías del hecho misterioso de que en las especies sacramentales está el mismo cuerpo, que el Señor Jesús tomó de la Virgen, pero no es lo mismo, sino cuerpo resucitado: Es la misma realidad del cuerpo de Jesús, pero no identificable con la pura carnalidad, sino espiritualizada por la resurrección.

"La teología medioeval carecía de categorías conceptuales aptas para expresar con cierta precisión la idea de persona. El pensamiento griego no mostró una especial sensibilidad ante la reali-

dad personal... El cristianismo, en ocasión de las controversias cristológicas contribuyó a una clarificación inicial del concepto *Ypóstasis*, que implica un principio de autodeterminación del ser personal consciente, inteligente y libre frente a los demás seres" afirma Manuel Gesteira Garza, el teólogo que más a inspirado esta ponencia (2).

El Concilio de Trento en el capítulo 4to dice "Es preciso afirmar que por la consagración del pan y del vino se realiza la conversión de toda la sustancia de pan en la sustancia del Cuerpo de Cristo y la sustancia de vino en la sustancia de su sangre. Conversión que fue llamada propia y convenientemente "*transubstanciación*" por la Iglesia (DS1642).

Hay, como ustedes saben, varias interpretaciones recientes del Concilio de Trento; pero todas coinciden en afirmar que el término "*transubstanciación*" no es objeto de la definición conciliar, sino una mera expresión formal en categorías aristotélicas de la fe tradicional de la Iglesia, a saber, que Cristo, verdadero Dios y Hombre, se contiene real y sustancialmente bajo las especies, o elementos sensibles de pan y de vino.

Una interpretación escatológica ayuda a vislumbrar la profundidad del misterio: La "sustancia" de las cosas no está en el pasado, sino en lo que éstas llegarán a ser, cuando alcancen su plenitud en la "nueva creación". La transubstanciación eucarística es el paso a la sustancia definitiva, que se hace presente ya en el tiempo.

Desde esta perspectiva las "especies" son lo accidental, lo transitorio. La transubstanciación no las aniquila ni las suprime, sino las transforma en algo mejor; la transubstanciación no es sustitución de una realidad material por otra material, sino la asunción de esta realidad terrena por otra de orden distinto.

La transubstanciación es similar a la resurrección, que no es disolución, sino afirmación de lo humano en su plenitud. El pan y el vino no se pierden, sino se convierten en pan y vino de vida eterna.

Culto a Jesús presente en las especies sacramentales

El culto de adoración a Jesús en las especies sacramentales está centrado en la celebración de la Misa. Como el Concilio de Trento dirá, la Eucaristía fue instituida por Cristo primordialmente "para ser recibida" en comunión. Además, la disciplina del arcano movía a ocultar el sagrado misterio. Algunos padres, como San Crisóstomo, piden que la Misa se celebre a puertas cerradas.

Las comunidades cristianas no tenían lugares públicos de reunión, donde el pan consagrado podía conservarse. Sin embargo desde los primeros tiempos se reserva el pan de la Eucaristía. La reserva quedaba en casas privadas, poco accesibles para el culto público, como viático a los enfermos y a los que iban a padecer martirio. (Justino, Apología 1, 67).

Como reacción contra el Arrianismo, que negaba la divinidad de Jesucristo, se fomenta la adoración a Jesús presente en las especies eucarísticas. En occidente, la fe en la presencia de Cristo en el pan y el vino de la Eucaristía es sacudida, pero finalmente robustecida por las controversias de los siglos IX, X y XI (2).

La Iglesia en Oriente conserva las especies eucarísticas, como viático, pero las mantiene ocultas. En cambio da al icono (imagen) de Cristo un valor cuasi sacramental; el icono es entendido como re-presentación y presencialización del misterio.

Motivos iniciales de la "Exposición del Santísimo Sacramento"

Dos elementos motivan la exposición de las especies del pan consagrado para la adoración de los fieles: La exposición de las

reliquias traídas por los cruzados a la veneración de los fieles y el fomento de la "comunión espiritual", es decir, de la unión con Cristo por la fe y el amor; unión afirmada por algunos como superior a la mera unión sacramental sin fe y amor. Estos dos elementos dan más valor al contemplar que al comer.

Jungman en "El sacrificio de la Misa" afirma que se adueñó del pueblo un ansia irresistible de contemplar el sacramento, que desde hace siglos ya no se atrevían a recibir. El contemplar cada uno las especies sacramentales fue considerado por muchos como comunión; lo que desvirtúa el carácter comunitario de la Eucaristía.

A comienzos del siglo XIII se introduce la elevación de la hostia. Recuerdo que uno de mis maestros de Teología contaba que los cristianos del siglo XIII salían del templo en tropel, después de la elevación, para correr a otro templo y ver la hostia elevada en otro templo. También para responder a este deseo de unión con Cristo con la mirada, el rito de la elevación se prolonga en la exposición del Santísimo Sacramento; y ésta da origen a la fiesta del Corpus Christi, en 1246.

Contenido del culto eucarístico

Paulo VI nos recuerda: "Se guarda la Eucaristía en los templos y oratorios, como el centro espiritual de la comunidad religiosa, o de la comunidad parroquial, más aún de la Iglesia Universal y de toda la humanidad, ya que bajo el velo de las especies contiene a Cristo, Cabeza invisible de la Iglesia, Redentor del mundo, centro de todos los corazones, por quien son todas las cosas y nosotros por El" (enc. Mysterium fidei).

La promesa de Jesús: "Yo estaré con ustedes hasta el fin del mundo (Mt. 28, 20), promesa pronunciada el momento de la despedida, garantiza una presencia todos los días; y Jesús cum-

ple esta promesa, especialmente, en la presencia eucarística hasta que El vuelva.

Si en algún momento algunos redujeron la más grande devoción a un refugio intimista, se ha clarificado que el culto a la eucaristía tiene tres momentos: la celebración, la adoración y la vida. La adoración misma es unión con Cristo, participación en su alabanza al Padre y en su sacrificio propiciatorio; prolonga la exclamación: "con Cristo, por Cristo y en Cristo".

Cristo en las especies eucarísticas se presenta como siervo de Yahvé. Nuestra acogida, correspondiendo a esta manera de presentarse, es alabanza en Jesús al Padre (3).

La meditación de la palabra, la apertura a la solidaridad, como fruto de la fraternidad deben ser elementos de la adoración.

"La adoración es la prolongación de la Eucaristía en la vida, a través de un espacio y un tiempo que tiende a profundizar y desarrollar todo aquello que se ha expresado, celebrado y vivido en la acción litúrgica", como enseña al Concilio (LG 25).

El culto, en cuanto prolongación de la celebración, ayuda a estrechar "la unión espiritual con Cristo, a la que se ordena el Sacramento" (instr. Eucharisticum mystherium).

La adoración prolonga la Comunión sacramental, comprometiéndonos a vivir la comunión con Cristo y con los hermanos (4).

El culto eucarístico, prolongación y permanencia de la celebración pascual, nos transforma en hombres nuevos y nos compromete a vivir en comunión eclesial, como testigos de la Resurrección en el mundo, participando como artífices de la historia, que tiende a la plena realización en Cristo.

La devoción a Jesús sacramentado

Los cristianos ecuatorianos vivimos, con mayor o menor autenticidad, nuestra fe, arropada en varias devociones. Opino que no es pastoralmente oportuno el combatir las devociones, sino purificarlas y, sobre todo, darles un "objeto" que guíe a la fe, es decir, al seguimiento de Cristo, único "camino, verdad y vida". ¿Qué objeto más grande que Jesús Sacramentado?. Es un tesoro el que esta devoción esté extendida en todas las Iglesias particulares´de Ecuador, particularmente en las de la Sierra.

En todo el Ecuador se canta al "Dios de amores, santa Eucaristía" "Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar y María concebida sin pecado original" "Bendito, bendito, bendito sea Dios; los Angeles cantan y adoran a Dios".

En muchas Parroquias hay para liturgias los Jueves del Santísimo; se da la "Bendición con el Santísimo" después de una Misa dominical. Como algunos templos deben cerrarse, se han dispuesto capillas para el Santísimo, permanentemente accesibles.

En alguna Parroquias se celebran las "XL horas" en todas las capillas de las pequeñas comunidades cristianas. Dependiendo del celo pastoral de los Párrocos, las "XL horas" de adoración al Santísimo son ocasión propicia para la formación y maduración de las pequeñas comunidades y de sus animadores.

Esta devoción puede necesitar respetuosa purificación; pero es la mejor!.

II Parte - Culto a la Eucaristía y relación con María

El libro "Eucaristía, Sacramento de Vida Nueva" (5), que el CELAM ha editado y que los organizadores de este Congreso Eucarístico me señalaron como fuente de esta ponencia, ofrece un

resumen lleno de contenido acerca de la relación entre la Eucaristía y María:

A lado de la Eucaristía la piedad de los fieles pone siempre la imagen de la Virgen. María hace referencia esencial y continua al Cristo eucarístico. Juan Pablo II expresa así esta realidad: "La piedad del pueblo cristiano ha visto siempre un profundo vínculo entre la devoción a la Santísima Virgen y el culto a la Eucaristía. Es un hecho de relieve en la liturgia tanto occidental, como oriental, en la tradición de las Familias religiosas, en la espiritualidad de los movimientos contemporáneos incluso los juveniles, en la pastoral de los santuarios marianos. María guía a los fieles a la Eucaristía" (Redemptoris Mater n. 44).

Paralelismos en que se expresa esta relación

Las expresiones doctrinales de nuestra fe en la Eucaristía, que he señalado sumariamente, fundamentan la relación de la Eucaristía con María. La presento en los siguientes paralelismos:

1°. En la Eucaristía Cristo Resucitado, que con sus llagas gloriosas está permanentemente intercediendo por nosotros, se queda con nosotros, como amigo, como el compañero que señala el camino y nos alienta.

Ya antes, por la Encarnación en el seno de María, el Hijo de Dios se hizo "Dios con nosotros".

Max Thurian, Monje de Taizé, (6) señala la relación que hay entre la concepción del Verbo en el seno de María y la presencia de Dios en el Tabernáculo de la Reunión: La Nube luminosa, signo de la presencia de Dios, "cubre con su sombra" el Tabernáculo de la Reunión; y la Gloria de Yahvé llena la Morada. (Ex. 40, 34-35). El mismo verbo "Episkiasein" es empleado en el relato de la anunciación: El Espíritu Santo

vendrá sobre María y el poder del altísimo la "cubrirá bajo su sombra". Y el Angel mensajero saca la consecuencia: "Por eso lo que nacerá de ti será llamado Santo, Hijo de Dios" (Luc. 1, 35).

A la luz de este paralelismo María aparece como el nuevo Tabernáculo, como la nueva morada de Dios.

2°. La Eucaristía anticipa sacramentalmente la muerte y resurrección, que crean la Iglesia. María al pie de la cruz acompaña a su Hijo desde el primer momento de su ofrecimiento como Cordero que sella la nueva Alianza. Jesús la llama "Mujer", para indicar que la constituye madre de la Iglesia naciente (7).

3°. La Eucaristía difunde la vida, el aliento, la alegría en todo lugar donde se celebra y se conservan las especies sacramentales. María no solo guarda para ella al que es la vida que toma realidad humana en su seno; la lleva, la hace causa de alegría y esperanza y acude con ella a quien tiene necesidad de ayuda.

Teólogos, como R. Laurentin, comparan el relato de la visita de María a su prima Isabel (Luc. 1, 39-56) con el traslado del arca en tiempo del Rey David. (2 Samuel 6, 1-23) El traslado del arca, escribe Max Thurian, (6) suscita la alegría popular y los saltos de baile de David; la llegada de María provoca el alborozo de Isabel y los saltos de Juan Bautista en el seno materno.

"María, madre del Señor, portadora del cuerpo físico de Cristo, morada de Dios y Arca de la Alianza constituye para la Iglesia la figura de su maternidad" (8).

4º. La Eucaristía es trigo de Dios para los hombres de todos los pueblos y de toda cultura. Desde que el templo de Dios es el seno de María, se adora al Padre en Espíritu y en verdad, en cualquier parte del mundo en que esté presente el Cuerpo de Cristo resucitado por el poder del Espíritu. (Juan 4, 1-24).

5º. La Eucaristía es, como queda dicho, Vida que alimenta la Vida de Dios en nosotros, los sarmientos de la vida. María, "participando del señorío de Cristo Resucitado, con amor materno cuida de los hermanos de su Hijo que todavía peregrinan. Su gran cuidado es que los cristianos tengan vida abundante y lleguen a la madurez de la plenitud de Cristo. (Puebla 288).

6º. Las especies eucarísticas prolongan en el tiempo la transubstanciación, por fuerza del Espíritu. La Encarnación se prolonga históricamente en la Iglesia, que es Cuerpo de Cristo Resucitado habitado por el Espíritu Santo (3).

7º. El culto eucarístico guía hacia una presencia más densa y profunda de Cristo en el mundo. La presencia de Cristo en las especies sacramentales esta ordenada a desbordarlas y a abrirse hacia el universo entero, para hacer de él la eucaristía escatológica. Las especies son primicias de una presencia real creciente de Cristo, que tiende a hacer cuerpo suyo la realidad entera. Y los adoradores del Señor en las primicias somos llamados a hacer que esas primicias se expandan: El culto a la eucaristía no es un punto de llegada, sino un camino (2).

María con su vida y misión prolonga la presencia de Cristo en la Iglesia y en el mundo. María es la presencia sacramental de los rasgos materiales de Dios. (Puebla 291).

Con su oración y acción mantiene la fe de la primera Iglesia en Cristo. (Juan 2, 1-12; Hechos 1, 14; Puebla 303). María es la única criatura que ya goza de la transformación, al punto que la liturgia en Oriente sitúa a María "más alta que los Querubines, más excelsa que los serafines".

La devoción a María ha de alimentar el compromiso con el plan de Dios

María, colaboradora de la Encarnación, quiere ciertamente que sus hijos oremos, pero no para evadirnos del compromiso en el mundo, sino para abrirnos a la presencia de Cristo Redentor, que se queda con nosotros para hacernos hermanos y preparar ya en el mundo la tierra nueva y los cielos nuevos. María es la "figura concreta del hombre nuevo". (Puebla 298) (8). Otra imagen de María no coincide con la de la "Mujer" de pie junto a Jesús en la cruz.

Podemos resumir lo dicho, afirmando que María, por su fe testimoniada en su vida, es presencia sacramental de los rasgos maternales de Dios. María nos impulsa a vivir la Eucaristía y todo el rico significado del Culto eucarístico, haciéndonos como ella, adoradores del Padre, portadores de Jesucristo a toda la humanidad y al mundo.

Conclusión

Somos miembros de un pueblo religioso; la mejor expresión de respeto de la religiosidad es orientarla a la fe. La persona religiosa toma la iniciativa de buscar a Dios; la apertura a Dios, que esta búsqueda supone, es una realidad que hemos de valorar. Hay en la religiosidad, junto con la confianza, una consciente o inconsciente intención de que Dios se ponga a nuestro servicio y realice nuestro proyecto humano.

La persona religiosa pide a Dios salud, novio, éxito en los exámenes, etc. Sin embargo, la religiosidad puede preparar, pero no se confunde con la fe. La fe es dejarse encontrar por Dios y ponerse a su servicio para realizar su plan: *"He aquí la esclava del Señor, hágase en mi, según lo que has dicho"* (Luc. 1, 38).

La adoración a Jesús Eucaristía nos orienta y sostiene a reflejar en nuestra vida los sentimientos y actitud de María; la devoción a María ayuda a que nuestra adoración a su Hijo nos vaya cristificando, hasta que podamos decir con San Pablo "Ya no vivo yo; Cristo vive en mí".

Espero que este Congreso Eucarístico Arquidiocesano de Quito sea un aporte a la renovación de la sociedad. Jesús, con quien nos encontramos en la adoración de las especies sacramentales, y María Santísima, inseparable de su Hijo, nos descubrirán que damos gloria a Dios, construyendo una sociedad de libertad y responsabilidad, una sociedad fraterna y, por lo mismo, solidaria.

+ José Mario Ruiz Navas,
Arzobispo de Portoviejo
Presidente de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana

OBRAS CONSULTADAS

(1) Confer "La Eucaristía a la luz del Misterio Pascual" P. Gilson César de Camargo. CELAM.
(2) "La Eucaristía, misterio de comunión" Manuel Gesteira Garza ed. Sígueme 1995.
(3) "Acoger la Presencia" Lino Emilio Diez Valladares, sss Roma 1993.
(4) Eucaristía y nueva Evangelización" Dionisio Borobio Desclée de Brouwer 1992.
(5) "Eucaristía Sacramento de vida nueva" CELAM.
(6) "María madre del Señor, figura de la Iglesia", Max Thurian, ed. Hechos y Dichos Zaragoza 1966.
(7) "María y la Eucaristía" Carlos Bazarra OFMCap CELAM.
(8) "Puebla: la hora de María, la hora de la mujer" María Teresa Porcile, Ed. Paulinas, Bogotá 1980.

La Virgen María y el Misterio Eucarístico en perspectiva Pastoral

Conciencia actual de la Iglesia

Lex orandi lex credendi: La norma de la oración es en la Iglesia la norma de la fe. En muchos textos de la Sagrada Liturgia, encontramos ricas expresiones de cuanto la Iglesia cree acerca del misterio mariano, y también de la relación de éste con el misterio eucarístico. Cuando hablamos de dos misterios (María y la Eucaristía) somos conscientes de que estamos nombrando dos aspectos centrales del único misterio absoluto, que es Dios mismo comunicado a la humanidad por la obra de Cristo, con el poder del Espíritu Santo. La liturgia de las misas marianas[1] expresa de muchísimas maneras el entronque del misterio de María en este misterio de Cristo Dios. Una de las maneras muy importantes de hacerlo es la de presentar a María asociada como nueva Eva al nuevo Adán[2]. Ahora bien, la obra regeneradora de Cristo, el nuevo Adán, se centra en el sacrificio (o "entrega por amor") de toda su vida, sacrificio consumado en la cruz y aceptado por el Padre en la resurrección, que se perpetúa real y místicamente en la Eucaristía. Podemos, pues, esperar que la liturgia nos abra el camino pastoral para vivir en forma auténtica las relaciones de la Virgen María con el sacrificio eucarístico.

No tenemos un formulario de misa que refiera de modo específico el misterio mariano a la Eucaristía, pero en cambio podemos

1 Véase sobre todo: Misas de la Virgen María [=MVM] (I: Misal; II: Leccionario). Coeditores Litúrgicos, Barcelona-España, 1988. Hemos tenido en cuenta también otras misas de la Virgen María en el Misal Romano [=MR].

2 Así en MR, el Prefacio III de la Virgen María. También el Prefacio de la Misa de "Santa María, la nueva mujer"(MVM I 20): "Porque a Cristo, autor de la nueva Alianza, le diste por Madre y asociada a la Virgen santa María".

encontrar en varios lugares de las misas marianas valiosos textos que nos orientan en este sentido. Uno de ellos es la *Postcomunión de la Misa en el día de la Visitación de la Virgen María a Isabel*[3]. Vamos a empezar considerando esta oración:

> *Que tu Iglesia te glorifique, Señor,*
> *por todas las maravillas que has hecho con tus hijos;*
> *y así como Juan Bautista exultó de alegría*
> *al presentir a Cristo en el seno de la Virgen,*
> *haz que tu Iglesia lo perciba siempre vivo en este sacramento.*

Esta oración nos ilumina sobre el profundo significado que tiene para la Iglesia la presencia de la Virgen y la presencia de Jesús Eucaristía, así como también sobre la relación entre estas dos presencias:

- **Sobre la presencia de la Virgen María**: Porque ella aparece aquí como modelo y realización perfecta de la Iglesia orante y oferente (sobre lo cual hay otros muchos textos en las misas marianas; tres de ellos son formularios completos de misas[4]). La primera parte de la oración de esta misa de la Visitación se refiere evidentemente al *Magníficat* en sus versos iniciales, e insinúa que así como María glorifica al Señor por las maravillas que en ella ha hecho, así también toda la Iglesia debe hacerlo por las maravillas hechas con los hijos de Dios. El acto supremo de la alabanza y de todo el culto de la Iglesia es la eucaristía; por lo tanto, María es el modelo de la Iglesia orante y oferente en la Eucaristía.

- **Sobre la Eucaristía**: En su última frase, la oración de esta misa expresa la profunda fe de la Iglesia en Cristo, que está vivo

3 MR, misa del 31 de mayo.

4 MVM I 25,26,27.

en la Eucaristía para hacerse presente a la Iglesia, como lo estuvo en el seno de la Virgen para ir al encuentro de Juan Bautista.

- **Sobre la relación entre María y la Eucaristía**: Porque, en primer lugar, la Eucaristía (en cuanto supremo sacramento de la Iglesia-Sacramento) se la ve aquí en esta oración como una prolongación del seno maternal de María (paralelismo entre "presentar a Cristo en el seno de María" y "percibirlo vivo en este sacramento"). Y además, porque los misterios de la vida de María aparecen aquí con un valor permanente, por cuanto son participación en los misterios de Cristo, actualizados en el memorial del Señor: así, su visitación a Isabel, que hace posible que se reconozca a Cristo escondido en su seno materno, está perpetuada en el gesto de la Iglesia que, al reunirse para celebrar la Eucaristía, ofrece a Cristo en su seno maternal para que sus hijos lo perciban vivo.

La Iglesia, pues, tiene conciencia en su Liturgia de que la Virgen María es su primera y perfecta realización. María es el icono viviente de la Iglesia, precisamente en su relación con Cristo, y con Cristo en el misterio central de la Eucaristía. ¿En qué fuentes de la revelación divina se basa esta convicción de la Iglesia Católica, expresada pastoralmente en esta y otras oraciones litúrgicas? ¿Acaso la forma de nuestro orar se ha extendido aquí mucho más allá de la norma de nuestro creer? De ninguna manera, como intentaremos mostrarlo, en discurso de naturaleza pastoral, pero ceñido estrictamente a los contenidos de la fe.

Fundamentación teológica

Guiados por el Pontífice actual en sus catequesis marianas, consideraremos los siguientes aspectos teológicos que fundamentan la íntima relación existente entre la Virgen Santísima y el misterio eucarístico: Primero: ella es el modelo de la Iglesia en el

culto eucarístico que ésta ofrece a Dios Padre. Segundo, María es tal modelo, porque está unida íntima y permanentemente a la obra de redención de su Hijo. Tercero, en la eucaristía se actualiza la presencia y el influjo de María en la Iglesia, en cuanto la Santísima Virgen participa de modo singular y sublime en el sacrificio de Cristo.

La Virgen María, modelo de la Iglesia en el culto divino[5]

- En la exhortación apostólica *Marialis cultus* Pablo VI presenta a la Virgen como modelo de la Iglesia en el ejercicio del culto. Esta afirmación constituye *casi un corolario de la verdad que presenta a María como el paradigma del pueblo de Dios en el camino de la santidad:* «La ejemplaridad de la santísima Virgen en este campo dimana del hecho que ella es reconocida como modelo extraordinario de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo, esto es, de aquella disposición interior con que la Iglesia, Esposa amadísima, estrechamente asociada a su Señor, lo invoca y por su medio rinde culto al Padre eterno» (n. 16).

- Aquella que en la Anunciación manifestó total disponibilidad al proyecto divino, representa para todos los creyentes un modelo sublime de escucha y de docilidad a la palabra de Dios.: «Dichosos ... los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen» (Lc 11, 28). Con esa actitud, que abarca toda su existencia, *la Virgen indica el camino maestro de la escucha de la palabra del Señor, momento esencial del culto, que caracteriza a la liturgia cristiana.* Su ejemplo permite comprender que el culto no consiste ante todo en expresar los pensamientos y los sentimientos del hombre, sino en ponerse a la escucha de la pala-

5 Cf. Juan Pablo II: Catequesis mariana del 10 de septiembre de 1997.

bra divina para conocerla, asimilarla y hacerla operativa en la vida diaria.

- Cada celebración litúrgica es memorial del misterio de Cristo en su acción salvífica por toda la humanidad, y quiere promover la participación personal de los fieles en el misterio pascual expresado nuevamente y actualizado en los gestos y en las palabras del rito. María fue testigo de los acontecimientos de la salvación en su desarrollo histórico, que culminan en la muerte y resurrección del Redentor, y guardó «todas estas cosas, y las meditaba en su corazón» (Lc 2, 19). Ella trataba de captar su significado profundo, adhiriéndose con toda su alma a cuanto se cumplía misteriosamente en esos acontecimientos. Por tanto, María se presenta como *modelo supremo de participación personal en los misterios divinos*. Guía a la Iglesia en la meditación del misterio celebrado y en la participación en el acontecimiento de salvación, promoviendo en los fieles el deseo de una íntima comunión personal con Cristo, para cooperar con la entrega de la propia vida a la salvación universal.

- María constituye, además, el modelo de la oración de la Iglesia. El contexto del relato evangélico sugiere que María estaba recogida en oración cuando el ángel Gabriel entró en su casa de Nazaret y la saludó. Este ambiente de oración sostuvo ciertamente a la Virgen en su respuesta al ángel y en su generosa adhesión al misterio de la Encarnación. Podemos añadir asimismo que *María representa un paradigma para toda expresión de la vida de oración del pueblo de Dios*. En particular, enseña a los cristianos cómo dirigirse a Dios para invocar su ayuda y su apoyo en las varias situaciones de la vida. Su intercesión materna en las bodas de Caná y su presencia en el cenáculo junto a los Apóstoles en oración, en espera de Pentecostés, sugieren que la oración de petición es una forma esencial de cooperación en el desarrollo de la obra salvífica en el mundo.

- La Virgen constituye también para la Iglesia el *modelo de la participación generosa en el sacrificio.* En la presentación de Jesús en el templo y, sobre todo, al pie de la cruz, María realiza la entrega de sí que la asocia como Madre al sufrimiento y a las pruebas de su Hijo. Así, tanto en la vida diaria como sobre todo *en la celebración eucarística, la «Virgen oferente»* (*Marialis cultus*, 20) *anima a los cristianos a «ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo»* (1 P 2, 5).

María es modelo de la Iglesia oferente, por está unida de modo singular y permanente a la obra de redención de su Hijo[6]

- Las palabras del anciano Simeón, que anuncia a María su participación en la misión salvífica del Mesías, ponen de manifiesto el papel de esta mujer privilegiada en el misterio de la redención. En efecto, María no es solo una persona individual; también es la «hija de Sión», *la mujer nueva que, al lado del Redentor, comparte su pasión y engendra en el Espíritu a los hijos de Dios.* Esa realidad la expresa Simeón mediante la imagen de la espada de dolor que le atraviesa a ella el alma, imagen pintada popularmente en las «siete espadas» que atraviesan el corazón de María. Esa representación pone de relieve el profundo vínculo que existe entre la madre, que se identifica con la hija de Sión y con la Iglesia, y el destino de dolor del Verbo encarnado.

- Al entregar en la Presentación a su Hijo, recibido poco antes de Dios, para consagrarlo a su misión de salvación, *María se entrega también a sí misma a esa misión.* Se trata de un gesto de participación interior, que no es solo fruto del natural afecto

6 Cfr. Juan Pablo II: La cooperación de la mujer en el misterio de la Redención. Catequesis mariana del 8 de enero de 1997.

materno, sino que sobre todo expresa *el consentimiento de la mujer nueva a la obra redentora de Cristo.* Al poner bajo la mirada de la Virgen las perspectivas de la salvación antes de la ofrenda ritual, Simeón parece *sugerir a María que realice ese gesto de modo absolutamente singular, para contribuir al rescate de la humanidad.* De hecho, Simeón no habla con José ni de José: sus palabras se dirigen a María, a quien asocia al destino de su Hijo.

- En su intervención, Simeón señala la finalidad del sacrificio de Jesús y del sufrimiento de María: ambos se harán «a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones» (Lc 2, 35). Jesús, ese «signo de contradicción» (Lc 2, 34), que implica también a su madre con todo su sufrimiento, llevará a los hombres a tomar posición con respecto a él, invitándolos a una decisión fundamental. En efecto, «está puesto para caída y elevación de muchos en Israel» (Lc 2, 34). Así pues, *María está unida a su Hijo divino en la «contradicción», con vistas a la obra de la salvación.* Aunque existe el peligro de caída para quien no acoge a Cristo, sin embargo, el efecto maravilloso de la redención es la elevación de muchos. Este mero anuncio enciende gran esperanza en los corazones a los que ya testimonia por anticipado el fruto del sacrificio.

- La prioridad cronológica del gesto de María no oscurece el primado de Jesús. El concilio Vaticano II, al definir el papel de María en la economía de la salvación, recuerda que ella «se entregó totalmente a sí misma (...) a la persona y a la obra de su Hijo. *Con él y en dependencia de él, se puso (...) al servicio del misterio de la redención*» (Lumen gentium, 56).

La participación de la Santísima Virgen en la obra de Cristo se centra en ese mismo sacrificio redentor[7] que se actualiza en la Eucaristía.

- A lo largo de los siglos la Iglesia ha reflexionado sobre la cooperación de María en la obra de la salvación, y ha profundizado específicamente en su asociación al sacrificio redentor de Cristo. Ya San Agustín atribuye a la Virgen la calificación de «colaboradora» en la Redención (cf. De Sancta Virginitate, 6; PL 40, 399), título que subraya la acción conjunta y subordinada de María a Cristo redentor. La reflexión se ha desarrollado en este sentido, sobre todo desde el siglo XV. Algunos temían que se quisiera poner a María al mismo nivel de Cristo. En realidad, la enseñanza de la Iglesia destaca con claridad la diferencia entre la Madre y el Hijo en la obra de la salvación, ilustrando la subordinación de la Virgen, en cuanto cooperadora, al único Redentor. Por lo demás, el apóstol Pablo, cuando afirma: «Somos colaboradores de Dios» (1 Co 3, 9), sostiene la efectiva posibilidad que tiene el hombre de colaborar con Dios. La cooperación de los creyentes, que excluye obviamente toda igualdad con Cristo, se expresa en el anuncio del Evangelio y en su aportación personal para que se arraigue en el corazón de todos los seres humanos.

- El término «cooperadora» aplicado a María cobra, sin embargo, un significado específico. La cooperación de los cristianos en la salvación se realiza después del acontecimiento del Calvario, cuyos frutos se comprometen a aceptar y difundir mediante la oración y el sacrificio. *Por el contrario, la participación de María se realizó durante el acontecimiento mismo y en calidad de madre; por tanto, se extiende a la totalidad de la obra salvífica de Cristo. Solamente ella fue asociada de ese modo al sacrificio reden-*

[7] Cfr. Juan Pablo II: La Virgen María cooperadora en la obra de la Redención. Catequesis Mariana del 9 de abril de 1997.

tor, que mereció la salvación de todos los hombres. En unión con Cristo y subordinada a él, cooperó para obtener la gracia de la salvación a toda la humanidad.

- El particular papel de cooperadora que desempeñó la Virgen *tiene como fundamento su maternidad divina*. Engendrando a Aquel que estaba destinado a realizar la redención del hombre, alimentándolo, presentándolo en el templo y sufriendo con él, mientras moría en la cruz, *«cooperó de manera totalmente singular en la obra del Salvador»* (Lumen gentium, 61). Aunque la llamada de Dios a cooperar en la obra de la salvación se dirige a todo ser humano, la participación de la Madre del Salvador en la redención de la humanidad representa *un hecho único e irrepetible*. A pesar de la singularidad de esa condición, María es también destinataria de la salvación. Es la primera redimida, rescatada por Cristo «del modo más sublime» en su concepción inmaculada (cf. bula Ineffabilis Deus, de Pío IX: Acta 1, 605), y llena de la gracia del Espíritu Santo.

- Esta afirmación nos lleva ahora a preguntarnos: ¿cuál es el significado de esa singular cooperación de María en el plan de la salvación? Hay que buscarlo en una intención particular de Dios con respecto a la Madre del Redentor, a quien Jesús llama con el título de «mujer» en dos ocasiones solemnes, a saber, en Caná y al pie de la cruz (cf. Jn 2, 4; 19, 26). *María está asociada a la obra salvífica en cuanto mujer. El Señor, que creó al hombre «varón y mujer» (cf. Gn 1, 27), también en la Redención quiso poner al lado del nuevo Adán a la nueva Eva*. La pareja de los primeros padres emprendió el camino del pecado; una nueva pareja, el Hijo de Dios con la colaboración de su Madre, devolvería al género humano su dignidad originaria.

- *María, nueva Eva, se convierte así en icono perfecto de la Iglesia*. En el designio divino, representa al pie de la cruz a la humanidad

redimida que, necesitada de salvación, puede dar una contribución al desarrollo de la obra salvífica. El Concilio tiene muy presente esta doctrina y la hace suya, *subrayando la contribución de la Virgen santísima no solo al nacimiento del Redentor, sino también a la vida de su Cuerpo místico a lo largo de los siglos y hasta el fin escatológico*: en la Iglesia, María «colaboró» y «colabora» (cf. Lumen gentium, 53 y 63) en la obra de la salvación. Así, el Vaticano II no solo presenta a María como la «madre del Redentor», sino también como *«compañera singularmente generosa entre todas las demás criaturas», que colabora «de manera totalmente singular a la obra del Salvador con su obediencia, fe, esperanza y ardiente amor».* Recordando el misterio de la Anunciación, el Concilio declara que la Virgen de Nazaret, «abrazando la voluntad salvadora de Dios (...), se entregó totalmente a sí misma, como esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo. Con él y en dependencia de él, se puso, por la gracia de Dios todopoderoso, al servicio del misterio de la Redención» (ib., 56). Pero recuerda, asimismo, que el fruto sublime de esa colaboración es la maternidad universal: «Por esta razón es nuestra madre en el orden de la gracia» (Lumen gentium, 61).

Conclusión

La oración litúrgica más importante es la anáfora eucarística o canon. Ahora bien, allí está mencionada María en un contexto tal que nos sugiere lo más profundo del vínculo que ella tiene con el misterio eucarístico. En la anáfora eucarística aparece siempre María dentro de la "comunión de los santos", ocupando el primer lugar. La fórmula clásica es la del Canon Romano, que además junta la idea del memorial: "communicantes et memoriam venerantes in primis B.V.M.": "Unidos en comunión con, veneramos la memoria ante todo de…" Unidos en comunión no solo entre nosotros mismos los cristianos que celebra-

mos la eucaristía, sino también y ante todo en comunión con María, la Madre (y colaboradora). ¿Qué estamos queriendo decir con esto?

Por todo lo dicho anteriormente, podemos en la Eucaristía dirigirnos con confianza a la Virgen Santísima, en primer lugar para implorar su ayuda, como se acude a una madre, que ha colaborado para darnos la vida divina. Hay más aún: conscientes de la misión singular que Dios le confió: estar asociada al sacrificio redentor de Cristo con toda su vida y, de modo particular, al pie de la cruz, podemos acercarnos a su misterio considerándola en el papel de colaboradora. Ahora bien, ese papel de colaboradora no es una misión ya pasada. María la sigue cumpliendo a lo largo de la historia de la salvación, mientras siga actualizándose la obra de Cristo; y sabemos que ésta se actualiza en la celebración del misterio eucarístico; por tanto, existe la posibilidad de acercarnos a María para poder participar mejor en el misterio eucarístico, por el que se actualiza y se aplica la obra de la redención hecha por Cristo. Podemos entrar en ese acto de absoluta colaboración en la fe, en la esperanza y en el amor, que se resume en el *fiat*, en el *sí* de María a su Señor. Podemos así llegar a ser cada vez mejores colaboradores en la obra de nuestra propia redención y en la de los demás.

La "comunión" o comunicación con María, Madre del Señor y madre nuestra, icono de la Iglesia y modelo para cada uno de los creyentes, intercesora ante el Hijo, colaboradora en su obra redentora, la podemos tener de una manera absolutamente singular en el misterio eucarístico, que actualiza en el mundo, por la Iglesia, la presencia y la acción eficaz de Cristo en la redención. Precisamente allí en la celebración del "sagrado misterio", como canta la liturgia, en la Misa activamente participada, es donde los creyentes y la humanidad toda pueden asociarse al sacrificio redentor de Cristo y beneficiarse fructuosamente de sus inmen-

sos tesoros. Y es allí mismo donde se hace más fuerte y más eficaz para nosotros la presencia de María, siempre referida a la presencia real del Hijo que se ofrece por la Iglesia y con la Iglesia su esposa. *En la comunión eucarística (íntima unión inefable con Cristo) tenemos también la "comunión" más estrecha con María*, no simplemente una comunión "intimista", sino un participar en su misión de colaboradora en la obra de Cristo, que es la misma misión que, de un modo análogo, tenemos en la Iglesia sus hijos, los hermanos y hermanas de su Hijo divino.

+ Julio Terán Dutari, S.J.
Obispo Auxiliar de Quito
Presidente de la Academia Nacional Mariana

La Virgen María y el Misterio Eucarístico en el Arte Quiteño

Inauguración de la Exposición de Arte en el Primer Congreso Eucarístico Mariano de la Arquidiócesis de Quito como homenaje a los 75 años de SER Mons. Antonio J. González Z.

Si con esta privilegiada muestra de arte religioso, que hoy inauguramos, la Pontificia Universidad celebra a su Gran Canciller en los magníficos espacios de este su Centro Cultural, también la Arquidiócesis de Quito quiere honrar con esta exposición a su Pastor, el Arzobispo Primado, que ha tenido el acierto de convocar al Primer Congreso Eucarístico Mariano de nuestra Arquidiócesis. No por simple coincidencia, las obras aquí presentadas pertenecen al ámbito de la que fuera Diócesis de Quito de 1545, la que, convertida en Arquidiócesis desde 1847, ha dado origen a todas las jurisdicciones eclesiásticas del actual Ecuador. Una de las creaciones más significativas de esta historia es el arte quiteño –ahora podemos decir; arte ecuatoriano- patrocinado siempre por los Prelados de la Iglesia en su pastorear que mira juntamente a lo sagrado y a lo profano, en eso que el quiteño Gaspar de Villarroel, fraile, obispo y arzobispo, dio en llamar "el gobierno eclesiástico pacífico".

Pero en Monseñor Antonio González Zumárraga (por cierto, sabio investigador de Villaroel), en nuestro Excelentísimo Prelado al que deseamos ahora rendir así el tributo de toda la Arquidiócesis, vemos mucho más que los méritos –insignes, desde luego- de un gobierno eclesiástico en el que se incluye el mecenazgo pródigo. La plenitud del sacerdocio, que él recibiera con el episcopado y volcara generosamente sobre esta grey, es lo más so-

bresaliente suyo, y guarda también mucha afinidad con la dimensión estética y artística.

Toda celebración genuina se mueve en el ámbito de la belleza y se realiza con gestos y palabras humanas que son, en sentido primordial, obras de arte. Pero la celebración religiosa tiene su propio vínculo –radical- con el arte y la estética: ella se dirige a la fuente divina de todo lo bello, que lo es también de todo lo verdadero, de todo lo bueno, de todo lo santo. En la esfera religiosa la obra de arte sirve al culto; y el culto cristiano tiene sus artistas que son los sacerdotes. Hoy queremos dedicar esta visión escogida del arte de nuestra historia, del arte sagrado quiteño, a un cultor erudito del arte y artista sagrado en la plenitud del sacerdocio, que eso es el obispo.

Don divino el arte, añoranza sobrehumana: su perfección solo se logra por el ímpetu religioso. Y debemos añadir también, en estricta teología: el arte perfecto tiene su cumbre en la comunicación de Dios por Cristo, y en la gracia de su Espíritu Santo, derramada sobre la faz de la tierra para renovarla. Ese Espíritu creador es el artista por excelencia y ha escrito en el nuevo Testamento la más sublime "teodramática" (para usar el feliz neologismo de Urs von Balthasar). El mismo Espíritu es quien modela los personajes de este drama con trazos de artífice, y los presenta en mil cuadros inspirados, como ese cuadro-resumen del Apocalipsis donde está la mujer vestida de sol, grávida de un salvador divino, al que el dragón infernal quiere tragar; pero la mujer le conculca la cabeza y el Hijo triunfa por la humillación de su propia muerte; y hace de su cuerpo victorioso un banquete de vida, una Eucaristía de salvación, para el mundo hambriento.

Cristo, el pan que baja del cielo; y María, la virgen parturienta a la que se le dan alas para sobrevolar nuestra aridez: el nuevo

Adán junto a la nueva Eva, origen de la nueva humanidad. ¿Es concebible una obra de arte más sublime? He aquí el tema de nuestra exposición: María; y desde María, Jesús pan eucarístico.

Como resumen de este doble tema, se destaca entre las obras de la escuela quiteña, la famosa "Inmaculada Eucarística" de Miguel de Santiago, que con originalidad insuperable se inspira en el pasaje del Apocalipsis y lo traspone. Presente aquí como un eje articulador, esta maravillosa pintura permitirá entender y gozar los muchos objetos bellos y sagrados de la muestra, rezar sus muchas plegarias, entrar en el múltiple camino de estas imágenes, cargadas con la fuerza de la historia y rejuvenecidas cada día por la frescura del alma creyente y sufriente de nuestro pueblo.

Podrán recorrerse aquí tres secciones: una, sobre la vida de María y otra, sobre sus advocaciones: la tercera, sobre el misterio eucarístico. La primera sección presenta el nacimiento de la Virgen, con sus padres san Joaquín y Santa Ana (espléndidas tallas en grande y en pequeño); la Virgen Niña, sus desposorios con San José. Y luego la anunciación, la visita a Santa Isabel, el nacimiento del Niño Jesús, el destierro en Egipto; sigue la Dolorosa; María en Pentecostés, la dormición, la asunción y la coronación de María Santísima. Detalle poco conocido: la estatua yacente de la Virgen de la dormición, procedente del Carmen Bajo, es obra de una monja carmelita del S. XVIII, alabada por La Condamine, Sor Estefanía Dávalos.

Diversas advocaciones y prerrogativas de la Virgen Santísima, que tienen mayor importancia para nuestra historia, conforman la sección segunda: Pueden apreciarse: la Inmaculada Concepción, patrona de Franciscanos, Clarisas y Conceptas; la Virgen del Rosario, patrona de Dominicos y Dominicas, junto con la Virgen de la Escalera (en pintura y sobre todo en esa talla estupenda del Padre Bedón OP); la Virgen de la Merced y la Virgen

del Carmen, imágenes muy veneradas en nuestro pueblo y difundidas por las respectivas órdenes religiosas; la Virgen de Loreto, que fue la advocación mariana propia de los jesuitas (aquí se admira la escultura del antiguo altar de Santa Mariana en la Iglesia de la Compañía); tres advocaciones muy quiteñas: Nuestra Señora de la Luz, la Virgen de la Nube y la Divina Pastora. No podía faltar la Virgen de Quito, obra de Bernardo de Legarda, en dos versiones (la pequeña es una joya perfecta); y entonces también, la Inmaculada Eucaristía. Por fin, varios cuadros de nuestros santuarios tradicionales Guápulo y El Quinche, junto con llamativos atuendos de las respectivas imágenes y de la del Carmen.

La última sección contiene variados objetos que juntan el arte y la piedad, relativos a la Eucaristía. Hay pinturas: un alegórico cuadro de Cristo con la viña de su sangre (S. XVIII); uno de la Ultima Cena (S. XIX, atribuido a Joaquín Pinto); y de Santa Bárbara, defensora de la Eucaristía. Hay un altar completo con frontal de plata en motivos de la Virgen; el tabernáculo, la custodia, los vasos sagrados, preciosos exponentes de nuestra orfebrería. Hay también un amplio despliegue de objetos religiosos alusivos al culto mariano y al culto eucarístico: rosarios, escapularios, detentes, medallas, devocionarios, estampas...

El contacto personal con el arte- y a través del arte, con lo sagrado- es insustituible. Por medio de esta exposición lo quisiéramos facilitar a todos cuantos se unen ahora a la Curia Primada y a la Universidad Católica en este fervoroso homenaje a nuestro muy estimado y querido Señor Arzobispo, desde la brillante cumbre de estos sus quince lustros de vida, de los que ha consagrado casi treinta años a nuestra Arquidiócesis de Quito: vida plena y apostólica, vida bella y alumbradora de esa belleza divina que resplandece en la carne de Jesús, el hijo de María, el Pan de vida para el mundo.

+ Julio Terán Dutari, S.J.



Documentos Arquidiocesanos

Administración Eclesiástica

Nombramientos

Mayo

15 P. Giuseppe Nante, Copárroco de María Estrella de la Evangelización, Carapungo Alto.

22 P. Maximiliano José Estupiñán Gaisbauer, Vicario parroquial de la Concepción.

22 P. Maximiliano José Estupiñán Gaisbauer, Director espiritual y Profesor del Seminario Menor "San Luis".

Junio

28 P. Edgar Marcelo Chicaiza Tutín, Párroco y Síndico de San José de Minas.

Julio

03 P. Roberto Thomas, Párroco y Síndico de San Judas Tadeo.

09 P. Franklin Manolo Aulestia Jácome, Vicario parroquial de Madre del Redentor de Carapungo.

09 P. Cristhian Humberto Reascos Tirira, Vicario parroquial de Sangolquí.

09 P. Fredy Santiago Hinojosa Bohórquez, Vicario parroquial de Tumbaco.

09 P. Jorge Rafael Vásquez Frías, Vicario parroquial de Conocoto.

09 P. Richard Fernando Saavedra Oña, Vicario parroquial de Machachi.

10 P. Jacinto Alomía Bolaños, Decano de la Zona pastoral "Quito Moderno-Santa Clara de San Millán".

10 P. Jacinto Alomía Bolaños, Miembro del Consejo de Presbiterio en representación del Equipo sacerdotal de la Zona pastoral "Quito Moderno-Santa Clara de San Millán".

11 P. Diego Jerónimo Cadena Narváez, Párroco y Síndico de San Miguel de Zámbiza.

12 P. Néstor Alfredo Viera Sánchez, Párroco y Síndico de San Juan de Cotogchoa.

31 P. Luis Armando Campués Guatemal, Párroco y Síndico del Santo Angel de Guamaní.

14 Señores José y Piedad Vaca, Matrimonio Presidente del Equipo Arquidiocesano del Movimiento Familiar Cristiano.

14 Señores Bolívar y Aída Garrido, Matrimonio Vicepresidente del Equipo Arquidiocesano del Movimiento Familiar Cristiano.

14 Señores Gonzalo y Judith Chávez, Matrimonio Secretario del Equipo Arquidiocesano del Movimiento Familiar Cristiano.

14 Señores Tito y Angelita Araujo, Matrimonio Tesorero del Equipo Arquidiocesano del Movimiento Familiar Cristiano.

14 P. Francisco Mena Reinoso, CSJ., Asesor Eclesiástico del Equipo Arquidiocesano del Movimiento Familiar Cristiano.

20 P. Juan Bottasso, SDB., Párroco de María Auxiliadora, El Girón.

24 Econ. Eduardo Valencia, Representante personal del Gran Canciller ante el Consejo Superior de la PUCE.

24 Dr. Enrique Galarza Alarcón, Miembro del Consejo Superior de la PUCE, en cuanto que es profesor principal nombrado por el Gran Canciller.

25 P. Pedro Gonzalo Meneses Játiva, Canónigo Honorario del Cabildo Primado de Quito.

Agosto

09 P. Osmel Hernando Valencia Vargas, SDS., Vicario parroquial de Chillogallo.

09 P. Jorge Iván Gómez Rojas, O.P., Vicario parroquial de Santo Tomás de Aquino.

10 P. Jaime Luis Chávez Sanaguano, Vicario parroquial del Espíritu Santo, San Bartolo.

17 P. Wílmer Néstor Torres López, Párroco y Síndico de Jesús del Gran Poder de Palma Real.

17 P. Jaime Luis Chávez Sanaguano, Párroco y Síndico de Ntra. Sra. de la Nueva Aurora.

17 P. Carlos Richer Yagual Quince, Vicario parroquial de Sangolquí.

18 A Mons. Carlos Altamirano, Mons. Julio Terán Dutari, Mons. José Carollo, P. Angel Heredia Mora, Hna. N. Villagómez, Sr. Fernando Cajigal, P. Manuel Fernández Estrella, P. Rafael Escobar y P. Eduardo Mantilla se les nombra delegados de la Arquidiócesis de Quito a la Asamblea de la Conferencia Episcopal encargada de elaborar el Plan Pastoral 2001-2010.

30 P. Hugo Cantos Galarza, O. de M., Párroco de la Merced de El Tejar.

30 P. Rafael Campo Rojas, Vicario parroquial de Tumbaco.

Septiembre

01 P. Luis Ernesto Andrade Cedeño, Párroco y Síndico de San Miguel de Nono.

01 P. Luis Ernesto Andrade Cedeño, Miembro del Equipo de Formadores del Seminario Menor "San Luis".

04 P. José Ricardo Valdivieso Berrezueta, Párroco y Síndico de Santa Cruz de Monjas.

04 P. José Alonso Carvajal Guerrero, Párroco y Síndico de Santa Clara de Pomasqui.

08 P. Ramiro Moreno Salgado, Párroco y Síndico del Buen Pastor de Turubamba.

08 P. Rubén Darío Carvajal Vera, Párroco y Síndico de Jesús del Gran Poder y de la Sma. Virgen de El Quinche de Cochapamba.

10 P. Alonso Guerra, Párroco de San Carlos Borromeo.

14 P. Mario Aguilar, OFM., Párroco de Nuestra Señora de Guápulo.

14 P. José Yánez, OFM., Párroco de Santa Mariana de Jesús de la Floresta.

14 P. Luis Florencio León, OFM., Párroco de San Diego.

26 P. Líder Leonardo Merino Quevedo, Párroco y Síndico de Ntra. Sra. de los Dolores de Aloasí.

Decretos

Mayo

08 Decreto de erección de una nueva Casa religiosa de la Congregación de Siervas de Jesús en el barrio San Juan de Calderón, perteneciente a la parroquia Santa Mariana de Jesús.

17 Decreto de incardinación del P. Gelacio Gaona Suárez.

17 Decreto de incardinación del P. Marcelo Ponce Guerrero.

17 Decreto de incardinación del P. Marcelo Albuja Espinosa.

Junio

07 Decreto de erección de la Casa de la Congregación de Religiosas Mercedarias Misioneras Hogar "Inmaculada Roca", ubicada en la parroquia de Conocoto.

08 Decreto de erección de una Capilla privada en casa de la familia Reyes-Ruiz, ubicada en la parroquia de Pomasqui.

13 Decreto de erección de la Casa de Ejercicios Nuestra Señora de El Quinche del Instituto de Misioneras Seculares, ubicada en el sector de El Inca.

Agosto

09 Decreto de erección de una Capilla privada en casa de Mons. José Vicente Eguiguren Samaniego.

15 Decreto de erección de la parroquia eclesiástica "San Carlos Borromeo".

17 Decreto de erección de un Oratorio en la Ermita de Ntra. Sra. de los Angeles, ubicada en el barrio San Fernando del Cantón Rumiñahui.

18 Decreto de erección de una Casa religiosa de la Congregación de Dominicas Hijas de Ntra. Sra. de Nazareth en la ciudad de Quito, destinada a Noviciado.

28 Decreto de incardinación del P. Rafael Campo Rojas.

28 Decreto de incardinación del P. Rubén Darío Carvajal Vera.

Septiembre

08 Decreto de erección de la parroquia eclesiástica del Buen Pastor de Turubamba.

08 Decreto de erección de la parroquia eclesiástica de Jesús del Gran Poder y de la Santísima Virgen de El Quinche de Cochapamba.

14 Decreto de erección de un Oratorio en la Escuela de Fe y Alegría "Carlos Ponce Martínez", ubicada en la Ciudadela del Ejército.

Ordenaciones

Mayo

20 El sábado 20 de mayo del 2000, a las 08h30, en la Catedral Primada de Quito, el Excmo. Mons. Antonio J. González Z., Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador, confirió el ministerio del Lectorado al señor Marco Antonio Acosta Arce, seminarista de la Arquidiócesis de Quito; y el orden sagrado del Presbiterado al señor Maximiliano José Estupiñán Gaisbauer, diácono de la Arquidiócesis de Quito.

Junio

24 El sábado 24 de junio del 2000, a las 08h30, en la Catedral Primada de Quito, el Excmo. Mons. Antonio J. González Z., Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador, confirió el ministerio del Lectorado a los señores Eduardo Enrique Cueva Egüez, Rubén Eduardo Parra Parra, Carlos Antonio Rosero Shuguli, Darío Alfredo Burbano Andrade y Luis Heriberto Sarango Quezada, seminaristas de la Arquidiócesis de Quito; el ministerio del Acolitado a los señores Marco Antonio Acosta Arce,

Diego Javier Andrade Aguirre, Manuel Edmundo Calispa Gualotuña y Abel Estuardo Rodríguez Barcenes, seminaristas de la Arquidiócesis de Quito; el orden sagrado del Diaconado al señor Marco Vinicio Gualoto Sotalín, seminarista de la Arquidiócesis de Quito y a los señores Marco Wilfrido Bayas Oñate, Adolfo María Campoverde Hidalgo, José Alejandro Galeano Endara y Juan Asunción Lalangui Eras, seminaristas de la Congregación de la Misión; y el orden sagrado del Presbiterado a los señores Franklin Marcelo Aulestia Jácome, Jaime Luis Chávez Sanaguano, Fredy Santiago Hinojosa Bohórquez, Cristhian Humberto Reascos Tirira, Wílmer Néstor Torres López y Jorge Rafael Vásquez Frías, diáconos de la Arquidiócesis de Quito.

Julio

29 El sábado 29 de julio del 2000, en la iglesia parroquial de la Dolorosa del Colegio, Mons. Luis Alberto Luna Tobar, OCD., Arzobispo Emérito de Cuenca, confirió el orden sagrado del Diaconado al señor Daniel de Ycaza Gehlke, profeso de votos perpetuos de la Compañía de Jesús; y el orden sagrado del Presbiterado a los señores Fernando Moyota Chávez y Antonio Dan Narváez Coronel, diáconos de la Compañía de Jesús.

29 El sábado 29 de julio del 2000, a las 08h30, en la Catedral Primada de Quito, el Excmo. Mons. Antonio J. González Z., Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador, confirió el orden sagrado del Presbiterado a los señores Luis Ernesto Andrade Cedeño, Luis Armando Campués Guatemal y Carlos Richer Yagual Quinde, diáconos de la Arquidiócesis de Quito.

Agosto

27 El domingo 27 de agosto del 2000, a las 09h00, en la iglesia parroquial de Santa Rita de Casia de Conocoto, el Excmo. Mons. Antonio J. González Z., Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador, confirió el orden sagrado del Presbiterado a Fr. Clever Ariosto Barzallo Zambrano, diácono de la Orden de San Agustín.

31 El jueves 31 de agosto del 2000, a las 09h00, en la Basílica de la Merced, Mons. Carlos Altamirano Argüello, Obispo Auxiliar de Quito, confirió el orden sagrado del Diaconado a Fr. Alonso Efraín Freire Montesdeoca y a Fr. Diego Patricio Guerrero Bermeo, religiosos profesos de la Orden de la Merced.

Septiembre

09 El sábado 9 de septiembre del 2000, en la iglesia parroquial de Cristo Salvador, el Excmo. Mons. Antonio J. González Z., Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador, confirió el ministerio del Acolitado al señor Santiago Hernán Vaca Herrera, seminarista de la Arquidiócesis de Quito.

17 El domingo 17 de septiembre del 2000, en la Capilla del Seminario Misionero Latinoamericano "María Stella Maris", a las 10h30, Mons. Olindo Spagnolo, Obispo Auxiliar de Guayaquil, confirió el ministerio del Acolitado a los señores Rubén Darío Bedoya Betancourt, Giancarlo Christensen Ferundt Espinosa, Ramiro de Jesús Ramírez Vásques, Esteban Eduardo Sarango Jumbo, Gustavo Enrique Suárez Ochoa-Avilez y Eric Emiro Vélez Montesdeoca, seminaristas de la Arquidiócesis de Quito, alumnos de dicho Seminario.

Decreto de erección de la Parroquia Eclesiástica de San Carlos Borromeo

Antonio J. González Z.,
por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica
Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador,

Considerando:

1 Que la parroquia eclesiástica de nuestra Señora del Rosario, ubicada en la urbanización Quito Norte, ha experimentado un notable crecimiento demográfico;

2 Que el sector de la urbanización San Carlos que pertenece a la parroquia eclesiástica de Nuestra Señora del Rosario cuenta, gracias al celo sacerdotal de su Párroco y Copárroco, con una iglesia y casa parroquial propias, donde la comunidad cristiana puede reunirse para celebrar el culto religioso y para realizar actividades de carácter pastoral y social, bajo la dirección de un sacerdote; y

3 Que no es posible atender debidamente al cuidado pastoral de los moradores de dicho sector si no es mediante la erección de una nueva parroquia eclesiástica;

Oído el parecer favorable del Consejo de Presbiterio de la Arquidiócesis de Quito, consultado el Párroco de Nuestra Señora del Rosario y en uso de las facultades que nos competen según el canon 515, párrafo 2, del Código de Derecho Canónico,

Erigimos y constituimos en Parroquia Eclesiástica el sector de la Urbanización San Carlos que pertenece a la parroquia de Nuestra Señora del Rosario.

El Patrono de esta nueva parroquia eclesiástica será San Carlos Borromeo, el cual será al mismo tiempo, el Titular de la iglesia parroquial.

Los límites de la parroquia eclesiástica de San Carlos Borromeo serán los siguientes:

Por el Occidente:	La Av. Mariscal Antonio José de Sucre;
Por el Sur:	La Av. Emperador Carlos V, desde la Av. Mariscal Antonio José de Sucre hasta la calle Machala;
Por el Oriente:	La calle Machala, desde la Av. Emperador Carlos V hasta la intersección con la calle General Anda Agui-

rre y, subiendo por ésta, hasta la intersección con la calle Hernán Cortez, que continúa en la calle Jiménez de Quezada, pasando un pequeño parque, la calle que queda el mismo nivel y descendiendo una cuadra, sigue por la calle Flavio Alfaro hasta encontrar la calle Jacinto de Evia y terminando en la Av. Rigoberto Heredia; y

Por el Norte: La Av. Rigoberto Heredia hasta la Av. Mariscal Antonio José de Sucre.

La iglesia de San Carlos Borromeo será tenida en adelante como parroquial y gozará, por lo mismo, de todos los privilegios y prerrogativas que el Derecho concede a las iglesias parroquiales, por lo cual tendrá fuente bautismal y podrán celebrarse en ella todas las funciones parroquiales. Junto a la iglesia funcionará el despacho parroquial.

La parroquia eclesiástica de San Carlos Borromeo deberá ser una comunidad de comunidades y de movimientos, que acoje las angustias y esperanzas de los hombres, anima y orienta la comunión, participación y misión; y deberá cumplir su misión de evangelizar, de celebrar la liturgia, de impulsar la promoción humana y de adelantar la inculturación de la fe en las familias y movimientos apostólicos y a través de ellos, en la sociedad (Santo Domingo Nº 58).

El párroco de San Carlos Borromeo coordinará sus actividades con el Equipo sacerdotal "Quito Norte-La Concepción" y con la Zona pastoral del mismo nombre.

Damos, pues, por erigida y constituida la nueva parroquia eclesiástica de San Carlos Borromeo

y ordenamos que el presente decreto de erección sea leído públicamente en la nueva parroquia y en la parroquia de Nuestra Señora del Rosario.

Dado en Quito, en el Palacio Arzobispal, a los 15 días del mes de agosto del año del Señor 2000, solemnidad de la Asunción de la Santísima Virgen María.

Antonio J. González Z.,
Arzobispo de Quito
Primado del Ecuador

Héctor Soria S.,
Canciller

Decreto de erección de la Parroquia Eclesiástica del Buen Pastor de Turubamba

Antonio J. González Z.,
por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica
Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador,

Considerando:

1 Que el sector oriental de la parroquia eclesiástica del Santo Angel de Guamaní, ha experimentado un notable crecimiento demográfico, de tal manera que se hace necesario proveerle de un cuidado pastoral más esmerado y permanente;

2 Que dicho sector cuenta con un local adecuado, donde la comunidad cristiana puede reunirse para celebrar el culto religioso y para realizar actividades de carácter pastoral y social, bajo la dirección de un sacerdote; y

3 Que no es posible atender debidamente al cuidado espiritual de los moradores de dicho sector, si no es mediante la erección de una nueva parroquia eclesiástica;

Oído el parecer favorable del Consejo de Presbiterio de la Arquidiócesis de Quito, consultado el Párroco del Santo Angel de Guamaní y en uso de las facultades que nos competen según el canon 515, párrafo 2, del Código de Derecho Canónico,

Erigimos y constituimos en Parroquia Eclesiástica el sector oriental de la Parroquia del Santo Angel de Guamaní

El Patrono de esta nueva parroquia eclesiástica será El Buen Pastor, el cual será al mismo tiempo, el Titular de la iglesia parroquial.

Los límites de la parroquia eclesiástica del Buen Pastor de Turubamba serán los siguientes:

Por el Norte: Con la parroquia eclesiáctica del Verbo Divino de Caupichu, a la altura de la bomba de gasolina, por la quebrada de San José de Guamaní;

Por el Sur: Con la parroquia eclesiástica de Jesús de Nazaret de Cutuglagua, por la quebrada de Santa Rosa;

Por el Oriente: La cumbre de la loma de Guallua; y

Por el Occidente: La carretera Panamericana Sur.

Integrarán la nueva parroquia los barrios Santo Tomás, etapas 1 y 2, Inocencio Jácome, La Venecia, El Garrochal, San Juan de Turubamba, El Cisne, La Victoria Baja, Los Arboles y Escuela María Berenice.

La iglesia del Buen Pastor de Turubamba será tenida como parroquial y gozará, por lo mismo, de todos los privilegios y prerrogativas que el Derecho concede a las iglesias parroquiales, por lo cual tendrá fuente bautismal y podrán celebrarse en ella todas las funciones parroquiales. Junto a la iglesia funcionará el despacho parroquial.

La parroquia eclesiástica del Buen Pastor de Turubamba deberá ser una comunidad de comunidades y de movimientos, que acoje las angustias y esperanzas de los hombres, anima y orienta la comunión, participación y misión; y deberá cumplir su misión de evangelizar, de celebrar la liturgia, de impulsar la promoción humana y de adelantar la inculturación de la fe en las familias y movimientos apostólicos y a través de ellos, en la sociedad (Santo Domingo Nº 58).

El párroco del Buen Pastor de Turubamba coordinará sus actividades con el Equipo sacerdotal "Quito Sur Sur-Chillogallo" y con la Zona pastoral del mismo nombre.

Damos, pues, por erigida y constituida la nueva parroquia eclesiástica del Buen Pastor de Turubamba

y ordenamos que el presente decreto de erección sea leído públicamente en la nueva parroquia y en la parroquia del Santo Angel de Guamaní.

Dado en Quito, en el Palacio Arzobispal, a los 8 días del mes de septiembre del año del Señor 2000, Fiesta de la Natividad de la Virgen María.

Antonio J. González Z.,
Arzobispo de Quito
Primado del Ecuador

Héctor Soria S.,
Canciller

Decreto de erección de la Parroquia Eclesiástica de Jesús del Gran Poder y de la Santísima Virgen de El Quinche de Cochapamba

Antonio J. González Z.,
por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica
Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador,

Considerando:

1 Que el sector de Cochapamba Norte y Cochapamba Sur, perteneciente a la parroquia eclesiástica de la Concepción Inmaculada de María, ha experimentado un notable crecimiento demográfico, de tal manera que se hace necesario proveerle de un cuidado pastoral más esmerado y permanente;

2 Que dicho sector cuenta con iglesia y casa parroquial, donde la comunidad cristiana puede reunirse para celebrar el culto religioso y para realizar actividades de carácter pastoral y social, bajo la dirección de un sacerdote; y

3 Que no es posible atender debidamente al cuidado espiritual de los moradores de dicho sector, si no es mediante la erección de una nueva parroquia eclesiástica;

Oído el parecer favorable del Consejo de Presbiterio de la Arquidiócesis de Quito, consultado el Párroco de la Concepción Inmaculada de María y en uso de las facultades que nos competen según el canon 515, párrafo 2, del Código de Derecho Canónico,

Erigimos y constituimos en Parroquia Eclesiástica el sector de Cochapamba Norte y Cochapamba Sur

Los Patronos de esta nueva parroquia eclesiástica serán Jesús del Gran Poder y la Santísima Virgen de El Quinche, los cuales serán al mismo tiempo, los Titulares de la iglesia parroquial.

Los límites de la parroquia eclesiástica de Jesús del Gran Poder y la Santísima Virgen de El Quinche de Cochapamba serán los siguientes:

Por el Norte: Con la parroquia eclesiástica de nuestra Señora de El Cisne, por la quebrada San Isidro;
Por el Sur: Con la parroquia eclesiástica de Nuestra Señora del Rosario del Pichincha, por la quebrada Caicedo;
Por el Oriente: Por la Avenida Mariscal Antonio José de Sucre (Occidental); y
Por el Occidente: Las faldas del volcán Pichincha.

La iglesia de Jesús del Gran Poder y la Santísima Virgen de El Quinche será tenida como parroquial y gozará, por lo mismo, de todos los privilegios y prerrogativas que el Derecho concede a las iglesias parroquiales, por lo cual tendrá fuente bautismal y podrán celebrarse en ella todas las funciones parroquiales. Junto a la iglesia funcionará el despacho parroquial.

La parroquia eclesiástica de Jesús del Gran Poder y la Santísima Virgen de El Quinche deberá ser una comunidad de comunidades y de movimientos, que acoje las angustias y esperanzas de los hombres, anima y orienta la comunión, participación y misión; y deberá cumplir su misión de evangelizar, de celebrar la liturgia, de impulsar la promoción humana y de adelantar la inculturación de la fe en las familias y movimientos apostólicos y a través de ellos, en la sociedad (Santo Domingo Nº 58).

El párroco de Jesús del Gran Poder y la Santísima Virgen de El Quinche coordinará sus actividades con el Equipo sacerdotal "Quito Norte-La Concepción" y con la Zona pastoral del mismo nombre.

Damos, pues, por erigida y constituida la nueva parroquia eclesiástica de Jesús del Gran Poder y la Santísima Virgen de El Quinche de Cochapamba

y ordenamos que el presente decreto de erección sea leído públicamente en la nueva parroquia y en la parroquia de la Concepción Inmaculada de María.

Dado en Quito, en el Palacio Arzobispal, a los 8 días del mes de septiembre del año del Señor 2000, Fiesta de la Natividad de la Virgen María.

Antonio J. González Z.,
Arzobispo de Quito
Primado del Ecuador

Héctor Soria S.,
Canciller

Información Eclesial

En el Ecuador

La Arquidiócesis de Quito celebró su I Congreso Eucarístico-Mariano

Del 18 al 25 de junio del 2000, con el lema: *"Jesucristo, Pan de vida para el mundo, por María"*, la Arquidiócesis de Quito celebró su Primer Congreso Eucarístico-Mariano, dentro del Gran Jubileo del Año 2000.

En su desarrollo tuvieron lugar numerosos encuentros por sectores del pueblo de Dios en diferentes iglesias de la ciudad y del campo. Además, se celebró un simposio teológico, eucarístico y mariano, con la participación de estudiantes de secundaria, universidades, catequistas, miembros de movimientos apostólicos y comunidades parroquiales. Con motivo del Congreso hubo primeras comuniones en parroquias y templos, ordenaciones, profesiones religiosas, consagración de iglesias, adoración eucarística, vigilias penitenciales, rosarios de la aurora y una peregrinación con la imagen de la Sma. Virgen de El Quinche.

En la ceremonia de clausura participaron alrededor de treinta mil fieles que se congregaron en el estadio deportivo del Aucas. Los actos principales estuvieron presididos por Mons. Antonio J. González Z., Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador y fueron solemnizados con la presencia de Mons. Alain Paul Lebeaupin, Nuncio Apostólico en el Ecuador.

Bodas de Plata y Oro Sacerdotales y Episcopales

El 29 de junio del 2000, Mons. Alain Paul Lebeaupin, Nuncio Apostólico en el Ecuador, cumplió veinticinco años de su ordenación sacerdotal. La Iglesia en el Ecuador le presentó su saludo de felicitación en la Nunciatura Apostólica; en este acto estuvo también presente el Dr. Gustavo Noboa, Presidente de la República. El día 30 de junio, la Conferencia Episcopal Ecuatoriana le ofreció una Misa de Acción de Gracias en "Betania del Colegio" y a continuación, un ágape fraterno.

El mismo día 29 de junio del 2000, celebró sus Bodas de Oro de ordenación sacerdotal, Mons. Jacinto Clímaco Sarauz Carrillo, Obispo de Azogues. La celebración se realizó en la ciudad de Azogues y le acompañaron en los diversos actos algunos obispos.

El 6 de julio del 2000, Mons. Hugolino Cerasuolo Stacey, Obispo de Loja, celebró sus Bodas de Plata Episcopales en la ciudad de Loja. Fue elegido como Obispo Titular de Valeria y Auxiliar de Guayaquil el 30 de mayo de 1975 y consagrado el 6 de

julio del mismo año. En 1985 pasó a ser Obispo de Loja. También la Conferencia Episcopal Ecuatoriana y Mons. Alain Paul Lebeaupin, Nuncio Apostólico en el Ecuador, le acompañaron en los diversos actos de la celebración.

Primer Congreso Nacional Juvenil, Vocacional y Misionero

Con el lema: *"Jóvenes, Profetas de Vida y Esperanza"* se reunieron en la ciudad de Guayaquil alrededor de 2.500 jóvenes católicos de todo el país para, desde su fe, reflexionar en su realidad, soñar en una patria nueva y buscar los caminos para hacer posible su sueño.

Con la dinámica: *mira, oye, muévete* desarrollaron los siguientes temas: "Constructores de una nueva sociedad"; "Forjadores de una economía solidaria con rostro humano"; "Formarnos y comprometernos en el bien común"; "Generadores de vida familiar"; "Eduquémonos para la vida"; "Nuestra presencia en los medios de comunicación social"; "La creación es nuestra" y "Vivamos auténticamente nuestra Fe". Concluyeron el Congreso con un Manifiesto dirigido a todos los ecuatorianos y ecuatorianas.

Capítulos Provinciales y General de Congregaciones Religiosas Ecuatorianas

En la Casa Generalicia de Religiosas Franciscanas Misioneras de la Inmaculada, desde el 31 de julio hasta el 4 de agosto del 2000, se realizó el Capítulo de la Provincia "Santa María de los Angeles" en el que fue reelegida como Superiora Provincial la Rda. M. Germania Badillo y fueron elegidas como Consejeras las Hnas. Caridad Carrillo, Estersilla Jara, Sara Palacios y Fernanda Sánchez.

En la Casa de San Diego, del 14 al 20 de agosto del 2000, se realizó también el Capítulo de la Provincia "La Inmaculada" de la misma Congregación de Franciscanas Misioneras de la Inmaculada y fue reelegida como Superiora Provincial la Rda. M. María del Socorro Bravo; como Consejeras resultaron electas las Hnas: Ana Lucía Cabrera, Aída Cisneros, Alexandra Marcillo y María José Villa.

El 9 de septiembre del 2000 se congregaron las Hermanas Capitulares de la Congregación de Oblatas de los Corazones Santísimos de Jesús y de María, en la Casa Generalicia, para celebrar el XXVI Capítulo General de Elecciones y Asuntos. Reeligieron para un nuevo sexenio de Generalato a la Rda. Madre Delfina Gárate Espinosa y eligieron como Consejeras a las Hnas. Alba Isabel Arias Ochoa, María Luisa Molina Ormaza, María Mauricia Palomino Idrovo y Yolanda Cabrera Alvarez. Después del día de las elecciones se dedicaron a la revisión de las Constituciones y Directorio General de la Congregación, bajo la acertada coordinación de la Hna. Regina Córdova Toledo.

Asamblea Nacional

Desde el lunes 11 hasta el viernes 15 de septiembre del 2000, en Betania del Colegio, se reunieron los Obispos y representantes de las diócesis del Ecuador con el fin de elaborar el "Plan Pastoral de la Iglesia en el Ecuador" para el decenio 2001-2010. En esta Asamblea se contó con el trabajo entusiasta y asiduo de 156 participantes.

NOTAS NECROLÓGICAS



Falleció el P. Juan Pozo Erazo

El P. Juan Pozo, sacerdote de la Arquidiócesis de Quito, falleció el 23 de abril del 2000 y se celebraron sus funerales en la Basílica del Voto Nacional, el lunes 24 de abril de este año 2000. Sus restos mortales fueron inhumados en la cripta de la misma Basílica.

El P. Juan Pozo Erazo nació en la provincia de Imbabura, el 29 de noviembre de 1928. Falleció cerca de cumplir 72 años de edad.

Recibió la ordenación sacerdotal, en la Sociedad de Don Bosco, el 29 de septiembre de 1957. Durante varios años trabajó como salesiano, sobre todo, en la educación católica de la juventud. Como salesiano, sirvió pastoralmente en la parroquia de Zaruma, en la diócesis de Machala.

Obtenido el indulto de secularización, fue incardinado en la Arquidiócesis de Quito. En la Arquidiócesis sirvió pastoralmente como párroco de Guayllabamba; luego fue trasladado a Cayambe, en donde sirvió poco tiempo. Fue también vicario parroquial de la parroquia de La Inmaculada de Iñaquito. Por fin fue nombrado párroco de San José de El Condado, parroquia por él fundada y organizada.

El P. Juan Pozo sufrió una larga enfermedad, que la soportó con fortaleza. Fue sometido a varias operaciones quirúrgicas.

Mons. Antonio J. González Zumárraga, Arzobispo de Quito, presidió la celebración eucarística en los funerales del P. Juan Pozo Erazo y varios sacerdotes, especialmente del equipo sacerdotal de Quito Norte, concelebraron la eucaristía en la Basílica, el lunes 24 de abril del 2000. Descanse en paz.



Falleció el Rvmo. Luis Abelardo Araujo Jácome

El Rvmo. Luis Abelardo Araujo Jácome nació en Latacunga, el 6 de febrero de 1910. Falleció en Quito, el 25 de junio del 2000, el Rvmo. Luis Abelardo Araujo Jácome, falleció a la edad de 90 años, 4 meses, 19 días.

Recibió la ordenación sacerdotal, de manos de Mons. Carlos María de la Torre, en la Catedral Metropolitana de Quito, el 29 de junio de 1936. El 29 de junio de 1996 celebró el 60º aniversario de su ordenación sacerdotal.

Sirvió a la Arquidiócesis de Quito con intenso trabajo pastoral en varias parroquias: principalmente en San José de Minas, en donde dio impulso a la construcción de la artística iglesia parroquial, hoy santuario de Nuestra Señora de la Caridad. Fue también párroco de Machachi, de Cayambe y por último de Cotocollao.

En reconocimiento a sus méritos acumulados en su ministerio parroquial, fue promovido al cargo de canónigo del Vble. Cabildo primado de Quito, en el que ha sido canónigo penitenciario y canónigo de merced.

Después de una larga enfermedad, ha sido llamado por Dios al descanso eterno, el 25 de junio, solemnidad de "Corpus Christi" de este año del Jubileo Universal 2000.

Que brille para él la luz eterna.

En el Mundo

El Papa pidió una paz verdadera y justa en Oriente Medio

Después de la meditación mariana del domingo 23 de julio del 2000, S.S. el Papa Juan Pablo II hizo un llamamiento en favor de la paz en Oriente Medio.

Dijo que desde hace varios días, en Camp David (EE.UU.) se están llevando a cabo negociaciones para llegar a un acuerdo que contribuya al establecimiento definitivo de la paz en Oriente Medio y expresó su deseo de acompañar con su oración y aliento en esas negociaciones.

El Santo Padre expresó su dolor y condenó los actos terroristas cometidos en España

Luego del asesinato de Juan María Jáuregui, ex-gobernador socialista de Guipuzcoa, en un atentado que la policía atribuye a la organización terrorista ETA, el Papa expresó su dolor y su enérgica condena de estos actos contra la libertad y la vida y ofreció sus oraciones por las familias de las víctimas. Dijo que ante la ola de terrorismo que azota España expresaba su profundo dolor, solidaridad y cercanía a las familias de las víctimas y que renovaba la condena más enérgica, reafirmando que ninguna idea o concepción social o política puede imponerse por la violencia.

III ULTREYA mundial de los Cursillos de Cristiandad

Cerca de cuarenta mil miembros del Movimiento Cursillos de Cristiandad, procedentes de todo el mundo, se dieron cita en Roma para participar de su Tercera Ultreya Mundial, dentro del ambiente del Gran Jubileo, que tuvo por tema: "Evangelizar los ambientes en el tercer milenio cristiano: un *desafío* para los Cursillos de Cristiandad". En su encuentro con el Papa recibieron sus palabras que, entre otras cosas, les invitaba a ser levadura profética en medio del mundo, contribuyendo a cambiar en sentido cristiano los ambientes.

El Cardenal Lucas Moreira Neves, O.P. fue nombrado Prefecto de la Congregación para los obispos

Dentro de la reorganización de la Curia Romana, el Cardenal Lucas Moreira Neves, O.P. ha sido nombrado Prefecto de la Congregación para los obispos y Presidente de la Comisión Pontificia para América Latina; Vicepresidente de esta Comisión es Mons. Cipriano Calderón Polo y continúa como Vocal de la misma Mons. Antonio J. González Z., Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador.

Falleció el Card. Augusto Vargas Alzamora, S.J.

El día lunes 4 de septiembre del 2000, después de tres meses de grave enfermedad, a consecuencia

de una hemorragia cerebral, falleció el Card. Augusto Vargas Alzamora, S.J., arzobispo emérito de Lima, cuando contaba con 77 años de edad. Las exequias se celebraron en la basílica catedral de Lima donde fue enterrado el 6 de septiembre.

Declaración "Dominus Iesus"

El martes 5 de septiembre del 2000, la Congregación para la doctrina de la fe presentó en la Sala de prensa de la Santa Sede la Declaración *"Dominus Iesus"* sobre la unicidad y universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia. En el documento, que consta de seis capítulos, se reafirman y aclaran algunos fundamentos doctrinales de gran importancia, respondiendo a ciertas corrientes actuales que fomentan el relativismo religioso.

En su intervención, el Card. Ratzinger destacó que no se puede utilizar el principio de tolerancia, de diálogo, de pluralismo y de aprecio de los contenidos de las diferentes religiones, para poner en duda la unicidad salvífica de Cristo y de su Iglesia, pues eso implicaría suponer que no existe una verdad objetiva y universal, revelada por Dios a través de su Hijo.

Beatificación de dos Papas

El domingo 3 de septiembre del 2000, S.S. el Papa Juan Pablo II beatificó a cinco Siervos de Dios entre los que estuvieron el Papa Pío IX y el Papa Juan XXIII.

El Papa Pío IX nació en Senigallia (Italia) el 13 de mayo de 1792 y fue bautizado el mismo día con el nombre de Giovanni María; hijo de los condes Mastai Ferretti y Caterina Solazzi, de la nobleza local. El 16 de junio de 1846 fue elegido Papa y quiso llamarse Pío IX; su pontificado resultó sumamente difícil a causa de la unificación de Italia y la pérdida de los Estados pontificios, pero fue uno de los Papas más grandes. Entre sus realizaciones está la definición del dogma de la Inmaculada Concepción de la Sma. Virgen María, el 8 de diciembre de 1854. Tras la caída de Roma, el 20 de septiembre de 1870 y el fin del poder temporal, se encerró en el Vaticano, considerándose prisionero. El 7 de febrero de 1878, con su piadosa muerte, llegó a su fin el pontificado más largo de la historia. Ha sido elevado a la gloria de los altares porque llevó una vida santa, mediante la práctica de las virtudes teologales y cardinales en grado heroico.

El Papa Juan XXIII nació en Sotto il Monti, Prov. de Bérgamo (Italia) el 25 de noviembre de 1881 y fue bautizado el mismo día con el nombre de Angelo Giuseppe; fue el cuarto de trece hermanos de la familia Roncalli que vivía en el campo y era de tipo patriarcal. Tras la muerte de Pío XII, fue elegido Papa el 28 de octubre de 1959 y tomó el nombre de Juan XXIII. Su pontificado, que duró menos de cinco años, lo presentó al mundo como una auténtica imagen del buen Pastor. Convocó el Sínodo romano, instituyó una Comisión para la revisión del Código de Derecho Canónico y convocó el Concilio Vaticano II; fue el iniciador de una gran renovación en la Iglesia. La gente vio en él un reflejo de la bondad de Dios y lo llamó "el Papa de la bondad". Falleció el 3 de junio de 1963 y ha sido proclamado Beato por la práctica de las obras de misericordia corporales y espirituales y el cultivo de exquisita paternidad hacia todos, mediante lo cual llevó una vida santa.

Junto a estos dos Papas fueron beatificados también el obispo Tomás Reggio, fundador de las Religiosas de Santa Marta; el P. Guillermo José Chaminade, Fundador de la Familia religiosa Marianista y Dom Columba Marmion, Abad y escritor de la orden de San Benito.

XV Jornada Mundial de la Juventud

Más de un millón de jóvenes participaron con S.S. Juan Pablo II, el martes 15 de agosto del 2000, en la grandiosa apertura de la XV Jornada Mundial de la Juventud, que se celebró en dos momentos sucesivos: el primero en la explanada de San Juan de Letrán y el segundo en la Plaza de San Pedro. Llegaron de más de ciento cincuenta países de todos los continentes para celebrar en la ciudad eterna el jubileo del bimilenario de la encarnación de nuestro Señor Jesucristo, acontecimiento decisivo para su vida.

Año Santo Jubilar 2.000
Himno del Congreso Eucarístico-Mariano Arquidiocesano
de Quito - Ecuador

Coro

¡Jesucristo, Pan de Vida
para el mundo por María!
¡Oh Jesús Eucaristía,
a Ti gloria, alabanza y honor!

1

En la aurora de un nuevo milenio,
congregada en torno al altar,
nuestra Iglesia Primada hoy acude
jubilosa, a Cristo a adorar.

2

¡Gloria a Cristo ayer, hoy y siempre
en el Gran Sacramento de Amor,
Sacrificio, Banquete y Presencia,
fortaleza del Pueblo de Dios!

3

¡Que este Encuentro con la Eucaristía,
fuente y signo de amor y unidad,
nos conduzca por nuevos senderos
de justicia, de amor y de paz!

4

Nuestra Patria mantenga las puertas
siempre abiertas a Cristo, el Señor,
siendo fiel a su lema sagrado:
"¡Siempre tuyo será el Ecuador!"

5

Confortados por la Eucaristía,
que nos une en amor fraternal,
construyamos un mundo más justo,
cual preludio del Reino eternal.

6

¡Jesucristo, Señor de la Historia,
te pedimos con fe y devoción,
que protejas a nuestros hogares
y bendigas a nuestra nación!

J. B.



Oración del Papa Juan Pablo II para el Gran Jubileo

4. Concede, Padre, que los discípulos de tu Hijo,
purificada la memoria
y reconocidas sus propias culpas,
sean una sola cosa para que el mundo crea.
Que se extienda el diálogo
entre los seguidores de las grandes religiones
y todos los hombres descubran la alegría
de ser hijos tuyos.
Que a la voz suplicante de María,
Madre de todos los hombres,
se unan las voces orantes
de los apóstoles y de los mártires cristianos,
de los justos de todos los pueblos
y de todos los tiempos,
para que el Año santo sea para cada uno
y para la Iglesia
causa de renovada esperanza
y de gozo en el Espíritu.

¡Gloria y alabanza a ti, santísima Trinidad, único y eterno Dios!

BOLETIN ECLESIASTICO

Congreso Eucarístico Mariano de la Arquidiócesis de Quito



En el Jubileo Universal del Año 2000

Solemnidad de "Corpus Christi"

